

A decorative border of white floral and vine motifs surrounds the central text. The background is a light gray with a fine, repeating pattern of small dots.

LOS
DICHOS DE
JESÚS

Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre

Ricardo Hussey

*Los dichos de Jesús.
Jamás hombre alguno ha hablado como este
hombre.*
Ricardo Hussey
1ª Edición - Marzo 2011

Imprime: *Eben Ezer Artes Gráficas*
www.imprentaebenezzer.com
Diseño y Maquetación: *Adrián Fonseca*

Distribuido por
Manuel Roselló. Librería la Pesca Milagrosa.
c/ Pintor Zariñena, 5 Bajo. 46003 Valencia.
Teléfono: 96 391 59 90 - 616 343 996

Depósito Legal:

I.S.B.N.:

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
expresa del autor, la reproducción parcial o total de
esta obra por cualquier medio o procedimiento.*

INDICE

Prólogo por Xoan Castro.

Sobre el Autor.

Nuestra Portada.

Introducción.

Capítulo 1.- Jesús y lo verdaderamente necesario.

Capítulo 2.- Más cosas necesarias en la vida.

Capítulo 3.- Las Parábolas de Jesús (I) La parábola del sembrador.

Capítulo 4.- Las Parábolas de Jesús (II) La pieza de plata perdida.

Capítulo 5.-Las Parábolas de Jesús (III) El hijo pródigo.

Capítulo 6.- Las Parábolas de Jesús (IV) El Buen Samaritano.

Capítulo 7.- Dichos inquietantes.

Capítulo 8.- Dichos alarmantes.

Capítulo 9.- Dichos tajantes.

Capítulo 10.- Dichos impactantes.

Capítulo 11.- Dichos desafiantes.

Capítulo 12.- Dichos reconfortantes.

Capítulo 13.- Dichos vibrantes.

Capítulo 14.- Dichos apasionantes.

Capítulo 15.- Dichos determinantes.

Capítulo 16.- Dichos culminantes.

Todas las citas son tomadas de la Versión Casiodoro de Reina, revisión 1960, salvo que se indique lo contrario.

PRÓLOGO

He tenido el privilegio de leer el borrador de la obra que ahora tienes en tus manos; es el nuevo libro del querido y admirado hermano Ricardo Hussey. Conociendo sus anteriores publicaciones, estaba seguro que las páginas que tenía delante, iban a ser un deleite para la mente, un estímulo para el corazón y un desafío para mi espíritu. Estoy seguro que ocurrirá lo mismo con cada lector que tenga la oportunidad de leer esta obra.

Aunque siempre el autor en sus anteriores libros nos refiere, como no puede ser de otro modo, a la fuente que es Cristo y a sus enseñanzas, en esta ocasión son precisamente las palabras del Maestro las que sirven de eje central sobre el que discurren las acertadas reflexiones que el hermano Hussey nos va proponiendo, siempre con gran provecho espiritual para el lector.

Los dichos de Jesús es el sugerente título de esta obra que se remarca, como subtítulo, con las palabras que profirieron los guardias que habían sido enviados para prender a Jesús y que, impactados por la enseñanza del Maestro, esgrimían como razón para no haberlo traído preso que ¡jamás hombre alguno ha hablado como este hombre! Y, ciertamente, los guardias estaban en lo correcto con su apreciación. El hermano Ricardo nos va llevando, a lo largo de los 16 capítulos de esta obra, en un recorrido maravilloso a través de sentencias del Señor, llenas de enseñanza bendita que abarcan prácticamente, cada aspecto de la vida. Nadie está excluido del alcance de los dichos de Jesús. Unos, encontrarán en estas páginas consuelo y el toque

tierno de la mano del Maestro; otros, el recordatorio de la figura valiente y generosa de Jesús que nos llama, también en estos aspectos, a imitarle. Todos, encontraremos también las exigencias que el Señor demanda a sus seguidores a fin de vivir una vida que Le glorifique y que nos conviene. Estoy convencido que a medida que el lector se adentre y digiera el sustancioso alimento espiritual que en estas páginas se nos propone, al igual que sucediera con los dos discípulos que caminaban hacia Emaús, su corazón arderá, de manera que desaparezca cualquier bloqueo o parálisis de ánimo por la que pudiera estar atravesando. Las palabras de Jesús atentan directamente contra lo superficial y mediocre. Seguro que todos nosotros estamos ya cansados de vidas conformistas que no honran a Dios, no bendicen a nadie y no asustan al diablo. Es ese fuego santo que Dios implanta en el corazón de sus hijas e hijos por Su Palabra, quien derrite tanta frialdad y, a veces, dureza.

Le doy muchas gracias a nuestro Padre por los dones preciosos que le ha concedido al hermano Ricardo Hussey, con los que ha edificado al Cuerpo de Cristo durante todo su ministerio. Este libro servirá con excelencia también a este cometido. La “escalera ascendente” se inicia con el peldaño de los dichos de Jesús sobre lo que es verdaderamente necesario, nos adentra en alguna de las parábolas más significativas, nos confronta con sentencias inquietantes, alarmantes, apasionantes...hasta llevarnos a algunos de los dichos culminantes del Señor, en la nomenclatura empleada por el autor. No nos cabe duda que traerá como fruto, no sólo conocimiento bueno y necesario, sino un deseo irrefrenable de conocerle más y mejor a Él, Quien es la fuente de todo lo bueno y el único que cambia circunstancias y vidas. Su hablar, antes y ahora, lo transforma todo.

Xoán L. Castro Gómez, nació en A Coruña en 1960. A los 21 años tuvo el encuentro personal con Cristo que cambió el destino de su vida; a este lado y al otro de la eternidad. Estudió Ciencias Químicas

en Santiago de Compostela y fue en esta ciudad, en uno de los pisos donde se congregaban fervorosos jóvenes seguidores del Maestro, que conoció al hermano Ricardo Hussey. Sirvió, junto a su esposa Jane, en la iglesia bautista de "La Esperanza" en A Coruña, compaginando el ministerio con su trabajo secular en una multinacional del ramo de la alimentación, como Jefe de investigación y desarrollo. Después de 10 años, el Señor lo llamó al servicio a tiempo completo en Su Obra. Por los últimos 11 años, es el director del ministerio de evangelización y misiones de la Unión Evangélica Bautista de España (U.E.B.E.). En la actualidad, vive en la ciudad de Torrent (Valencia) junto a su esposa y sus tres hijos. Además del ministerio mencionado, colabora en la medida de sus posibilidades en el hermoso y desafiante trabajo que realiza la iglesia Comunidad Tiempo de Cosecha de esta ciudad. Su mayor pasión es Su Señor y la extensión del Reino de Dios en nuestra tierra, así como el cuidado de su maravillosa familia; tareas para las que siempre pide al Señor de la gracia, fallar "lo menos posible".

SOBRE EL AUTOR

Ricardo Hussey nació en Buenos Aires en 1927. Se convirtió al Señor a la edad de 15 años y poco después de concluir el servicio militar, ingresó en el Centro de Enseñanza Bíblica de la Unión Misionera Neotestamentaria en Temperley, al Sur de la ciudad de Buenos Aires, donde cursó estudios de 1949 a 1951. Fue allí donde conoció a la que iba a ser su esposa, Sylvia Meyler Charles, con quien contrajo matrimonio en 1958.

Muy poco después se trasladó con ella a Inglaterra, y por 13 años fue funcionario de la entonces empresa estatal Aerolíneas Argentinas, en Londres primero, y posteriormente en Manchester. Durante este período nacieron 4 de sus 5 hijos.

Paralelamente a su trabajo seglar, durante 18 meses fue pastor laico de una asamblea Elim, en el condado de Kent, y a poco de ser trasladado por su empresa a Manchester, pasó a ser miembro del presbiterio de una iglesia en Liverpool, en la cual el Señor derramó ricas bendiciones, y de la cual salieron posteriormente siervos y siervas hacia otras partes del Reino Unido y a muchos otros países también.

En Mayo de 1971 pasó a servir al Señor a tiempo pleno, habiendo renunciado a su cargo en Aerolíneas Argentinas. Desde entonces ha servido al Señor junto con su esposa Sylvia, liderando una comunidad de fe y de vida en el Norte de Gales por casi 7 años, y como misionero en España por poco más de 10 años, y en la Argentina por 5 años.

Actualmente y desde Octubre de 1994, reside con su esposa en Reading, cerca de Londres, estando integrado en el "Earley Christian Fellowship", en el cual forma parte del equipo ministerial y es además anciano consultivo. Es también consejero de la iglesia de habla hispana C.E.L. (Congregación de Evangélicos de Londres.)

A menudo acompañado por su esposa, ha estado realizando por unos buenos años viajes ministeriales, mayormente a España, donde él y ella son bien conocidos en muchas iglesias por casi todo el país, incluyendo las de los hermanos gitanos de Filadelfia. También realizan en pequeña medida visitas ministeriales dentro del Reino Unido, y en el pasado lo han hecho asimismo con regularidad cada año a Irlanda del Sur y Chipre.

Juan Torres, misionero de la Cruzada Mundial de Evangelización, lo conoce desde hace unos 35 años. En una ocasión, al presentarlo en una iglesia de Valencia donde no era bien conocido, lo hizo diciendo de él que muchos siervos de Dios de la actualidad en España han sido formados o enriquecidos por su ministerio.

Éste es su noveno libro, constando la lista de los ocho anteriores en la solapa de la portada. También tiene en preparación otro más, y si el Señor tarda en Su segunda venida y le prolonga la vida y las fuerzas, abriga la esperanza de poder publicarlo en un futuro no muy lejano.

Reading, Enero de 2011.-

INTRODUCCIÓN

De todo y para todos

Pusimos punto final a nuestro último libro - “Del Antiguo al Nuevo” - con un capítulo titulado “La Voz Sin Igual.”

En el mismo tomamos varias afirmaciones, sentencias y promesas del Maestro, procurando desmenuzar algunas de las verdades, riquezas y maravillas que contienen.

Concluido el capítulo, y habiendo llegado al final de nuestra modesta obra, nos quedamos con la impresión de que apenas nos habíamos empezado a introducir dentro de un campo vastísimo, en el cual quedaba muchísimo por explorar y sondear.

Siempre con el deseo de seguir en la brecha, intentando dejar por escrito más del caudal que hemos ido acumulando a través de los años, nos decidimos a escribir un libro más, enfocado hacia esa tónica particular de desgranar y analizar cosas dichas por Jesús, con ése, Su hablar incomparable.

Nuestra avanzada edad - si Dios quiere, la Nochebuena de Diciembre entrante cumpliremos la friolera de 84 años - nos hace preguntar si hemos de vivir hasta el tiempo en que esta obra salga a la luz.

De todos modos - podamos o no llegar a esa fecha futura - nuestro carácter y disposición de mantenernos activos, nos

inclinan a acometer el esfuerzo, dejando librado al Señor, en última instancia, el que el mismo se vea o no cristalizado con la publicación deseada y a su debido tiempo.

Mientras nos duren las fuerzas y la salud necesaria, siempre consideramos preferible continuar brindándonos a nuestro llamamiento, sabiendo además que la atrofia resultante de la inactividad, muy bien puede acarrear consecuencias negativas.

¡Los dichos de Jesús!

Aunque Él no escribió ningún libro, Sus dichos han quedado inscritos y grabados en las cuatro biografías de Su persona, que nos presentan los sagrados evangelios. A esto tenemos que agregar alguno que otro citado en las epístolas del Nuevo Testamento, como así también un buen número de ellos que aparecen en el último libro de la Biblia, el Apocalipsis.

Algunos de ellos han quedado incorporados al lenguaje popular y corriente, como por ejemplo “la paja en el ojo ajeno y la viga en el nuestro,” “colar el mosquito y tragarse el camello,” “sepulcros blanqueados,” etc.

Pero por encima de ello, como algo de mucho más peso e importancia, está la forma maravillosa en que han sido empleados por el Espíritu Santo, como instrumentos y medios de gracia eficacísimos para bendecir y aun revolucionar las vidas de innumerables hombres y mujeres de toda raza, lengua y nación a través de los siglos. Hasta el día de hoy, a casi dos mil años de ser pronunciados, eso todavía sigue aconteciendo.

Pero Sus dichos no sólo han tenido y siguen teniendo ese maravilloso poder transformador y renovador. También contienen la enseñanza y los consejos más sabios y provechosos, para ayudarnos a conducir nuestras vidas por derroteros de paz, de cordura y de sabiduría.

Y, lo que es también muy importante, nos permiten conocer Su persona, Su carácter y Su disposición para con nosotros, los seres humanos, a través de la gama multiforme

de Sus maravillosas cualidades y virtudes que nos despliegan.

Así, por el hablar de Su boca, consignado tan fiel y tan copiosamente en las Escrituras, lo vamos visualizando como el Cristo misericordioso, de amor infinito, noble y sacrificado, además del Cristo de justicia, el de la más absoluta santidad, de bondad inmensa y generosa, de valentía y hombría a carta cabal, de paz y benignidad.

Al mismo tiempo, lo descubrimos como el Cristo que a Sus seguidores les impone, para su propio bien, las exigencias más estrictas para seguir en Sus pisadas, y poder ser así Sus verdaderos discípulos y siervos.

Nuestro libro no tendrá el carácter de un manual que clasifique a Sus dichos minuciosamente por tema, con un índice que señale el consejo o el remedio para cada situación o necesidad determinada.

Fieles a nuestro estilo y manera de desenvolvemos ministerialmente, nos dejamos llevar por la inspiración que ha ido brotando y fluyendo de nuestra mente y corazón.

La variedad de los muchos dichos que hemos tomado, asegura que haya sustancia y alimento para todos; nos atrevemos a resumirlo diciendo que hay, tal como reza en el subtítulo, de todo y para todos.

No obstante, para que así sea, desde luego, y como siempre, invocamos la inspiración y el hálito del Espíritu de verdad, el cual nos prometió el Maestro en Juan 16:13 que nos habría de guiar a toda verdad.

En un plano material y práctico, al igual que los anteriores, lo hemos de colocar a la venta a un precio sumamente módico, que lo ponga prácticamente al alcance de todo bolsillo.

Y de lo recaudado, como hasta el presente, nada será para nuestro beneficio personal, sino para la extensión del reino de Dios, de la manera que Él nos vaya indicando.

Sólo nos resta concluir con nuestra oración acostumbrada de que, por designio divino, este libro, al igual que los

anteriores, también caiga en manos de quienes tengan corazones ávidos de absorber y asimilar más de las virtudes, excelencias y glorias de Cristo, a Quien busca enaltecer y glorificar.

Cada caso y cada situación en que así sea, nos enteremos de ello en la vida presente o en la venidera, ha de significar para nosotros la cristalización de un humilde pero muy caro deseo.

Que todo ello redunde para la gloria y honra del amado Maestro, de quien dijera los alguaciles en aquella memorable ocasión que se nos narra en Juan 7:32-46:

“¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!”

CAPÍTULO 1

Jesús y lo verdaderamente necesario

*“¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es **necesario** estar?” (Lucas 2:49)*

Hemos subrayado necesario, porque en estos dos primeros capítulos tomamos dichos Suyos en los que se puntualizan cosas que, en la vida presente y con miras a la futura, son realmente necesarias. O, para ser más enfáticos, resultan totalmente imprescindibles.

Ésta que hemos citado, es la primera sentencia pronunciada por Él, de la cual tenemos constancia.

Resulta sorprendente, porque brotó de Su boca cuando sólo contaba doce años de edad, pero también porque consta de dos preguntas, y sobre todo, porque las personas que la oyeron, entre ellos Sus padres, con ser adultos y con pleno uso de razón, no la comprendieron.

Para captar bien las cosas, debemos ubicarnos dentro del contexto. Acabada la fiesta de la Pascua, Sus padres, en compañía de Sus hermanos y parientes, comenzaron el viaje de regreso de Jerusalén a Nazaret.

Se nos dice que lo hicieron “...*pensando que estaba entre la compañía.*” Es decir que, al iniciar el viaje, no se habían cerciorado de que Él iba con ellos - lo daban por sentado.

Nos resulta muy extraño pensar que, antes de partir, Sus padres no contasen las cabezas para asegurarse que no faltaba nadie.

Sin la menor jactancia, el autor recuerda los tiempos en que sus cinco hijos eran más bien jóvenes. En las muchas ocasiones en que emprendió viaje con ellos y su querida mujer, siempre, como la cosa más natural, se aseguró de que no faltara ninguno. ¡Creemos que lo mismo ha de hacer todo padre normal!

Con todo, buscando una aplicación espiritual, vemos que de esto se desprende mucha verdad.

Podemos ser tan proclives a actuar según los dictados del sentido común, haciendo lo que parece lo más natural y lógico, o bien lo que se acostumbra hacer en tal y cual situación determinada. Y al hacerlo, damos por descontado que contamos con Su aprobación y con Su presencia en medio nuestro, sin habernos esmerado en buscarlas con la diligencia con que debiéramos.

Lo curioso del caso, también resulta ser que recién se dieron cuenta de que no estaba con ellos ¡después de haber andado camino de un día entero!

Todo ese día de marcha, sus mentes y conversaciones deben haber girado en torno a muchas otras cosas, sin pensar ni hablar de Él para nada.

¡Recién al final de ese largo día, cayeron en la cuenta de que Él no estaba con ellos!

Así sucede cuando acometemos las cosas guiados meramente por los sentidos naturales. Esos mismos sentidos nos llevan a pensar, hablar y obrar en cuanto a cosas en las cuales no se encuentra Su verdadera presencia. Y – consecuentemente con el paralelo que estamos trazando – es sólo después de un tiempo que nos damos cuenta que Él no está con nosotros.

“Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo...”

Pero, todavía más tiempo es el que nos lleva el volver a encontrarlo.

Al hacerlo, notamos que Su madre le reprocha que les haya hecho así.

¿No debería haberse reprochado a sí misma, y a su marido, por haber iniciado el viaje sin comprobar

debidamente que Él estaba con ellos?

Por supuesto que sí – y que la angustia que les había sobrecogido era debido a su propia falta en ese sentido.

Para ellos, lo lógico había sido volver a Nazaret inmediatamente después de la fiesta. Para Él, había otra cosa más importante, que entraba dentro de la voluntad del Padre: que estuviese en el templo sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles.

Era el primer testimonio que Su Padre celestial quería dar de Él, a esa edad tan temprana, al quedar cuantos le oían asombrados de Su inteligencia y Sus respuestas.

De ahí Su primera pregunta: *¿Por qué me buscabais?* Era como decirles: en los lugares en que me buscabais no era donde yo debía estar -¿por qué me buscabais en ellos?

E inmediatamente la segunda pregunta:

*“¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es **necesario** estar?”*

Como dijimos más arriba, quienes le oyeron estas palabras no las comprendieron, aun siendo personas mayores y con pleno uso de razón.

Eran las palabras de un niño lleno de sabiduría y percepción espiritual, y ellos no contaban con tal sabiduría ni discernimiento. Tal vez la única excepción, hasta cierto punto, haya sido María, Su madre, que *“guardaba todas estas cosas en su corazón.”* (Lucas 2:51b)

En esta segunda pregunta, aparece, brotada por primera vez de Sus labios, la palabra **necesario**, que en el resto de toda Su prédica habría de emplear con singular peso y sustancia en muchas ocasiones.

¿Es que acaso no sabían ellos que le era necesario estar ocupado en los negocios de Su Padre?

Su Padre, por supuesto que no era José, el marido de María Su madre, sino el Padre celestial y eterno, del cual había venido al mundo. Y Sus negocios no eran por cierto comerciales ni financieros, sino aquéllos que se vinculan con el oro divino de lo que es espiritual, celestial y eterno, y las

perlas, alhajas y joyas de ese mismo reino, invisible, pero muy real e impercedero.

Allí dentro del templo y ante los doctores de la ley y otros que se encontraban presentes, Su Padre quería que hiciese las preguntas y diese las respuestas a las que se le hacían a Él, no sólo como testimonio, sino también como primicias de lo que iba a ser Su prédica y maravillosa enseñanza unos años más tarde.

¡Qué deleite y qué testimonio veraz para cuantos le oyeron!

Ver a ese niño de apenas doce años, desenvolverse con tanta soltura y tan grande sabiduría, los dejó maravillados – todo un anticipo de escenas inolvidables que iban a acontecer, con multitudes quedando prendadas y absortas escuchándole hablar largo y tendido, diciendo cosas maravillosas que no habían oído nunca antes.

Si Sus padres y el resto de la compañía de parientes y conocidos, no se hubiesen apresurado a comenzar el viaje de retorno sin reparar en que Él no estaba, ellos también habrían podido disfrutar de la dicha de escucharlo, en toda esa primera ocasión tan especial y bendita.

Al mismo tiempo, se habrían ahorrado todo el trayecto de ida, y la vuelta desde el punto en que se apercibieron de que no estaba, como así también la zozobra y la angustia que les sobrecogió.

Salirse de la voluntad de Dios casi siempre acarrea tiempo y esfuerzo perdido, y a menudo también frustración y angustia.

Por el contrario, permanecer en esa voluntad, no sólo nos permite evitarnos todo eso, sino también disfrutar de la paz, dicha y bienestar que ella siempre nos trae.

Que sepamos hacernos cargo de la exhortación de Efesios 5:17: “Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cual sea la voluntad del Señor.”

En los casos en que cuadre, trataremos de darle a nuestros comentarios de Sus dichos una aplicación práctica, trasladándolos a nuestro diario vivir.

Así, por ejemplo, y para empezar en ese sentido con este

primer dicho, pasamos a enumerar algunas cosas elementales que, para nosotros, como hijos de Dios, suponen estar ocupados en los negocios de nuestro Padre celestial.

Buscar Su rostro cada día, trayendo nuestra ofrenda de gratitud, alabanza, amor y adoración, como así también nuestras peticiones, a favor nuestro, y de nuestros semejantes.

Leer y escudriñar Su palabra a diario, a fin de nutrir nuestra vida espiritual y aprender más de Sus caminos, a la par que permitir que Él nos hable a través de ella.

Servirle dentro del ámbito de la iglesia en que estamos integrados, en armonía y unidad con nuestros hermanos.

Guardarnos sin mancha en el mundo, viviendo de blanco y con toda honradez y rectitud.

Hacer buen uso del tiempo y de las oportunidades que se presentan, absteniéndonos de cosas dudosas, como conversaciones no edificantes, películas sucias, etc., alimentándonos en cambio con lo que es provechoso para nuestra alma.

Honar al Señor con nuestros diezmos y ofrendas, procurando, siempre que sea posible, hacerlo con nuestra diestra, sin que se entere la siniestra. (Mateo 6:3)

Guardar nuestro corazón en el amor, tanto al Señor como a nuestros hermanos, y al prójimo en general.

Ser testigos de Él, nuestro Señor, con nuestra conducta limpia y correcta, y con el testimonio de nuestros labios.

Ésa fue la primera ocasión en que leemos que usó esa palabra necesario.

Veamos ahora algunas más, pronunciadas cuando ya había entrado en Su ministerio público, tras Su bautismo y la tentación en el desierto.

“No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo.” (Juan 3:7)

Aquí, junto a la palabra necesario que nos ocupa, tenemos la frase nacer de nuevo, que no aparece nunca antes en las Escrituras.

Jesús se está refiriendo a algo que, dispensacionalmente, pertenece al Nuevo Testamento, y que, estrictamente hablando, no se daba anteriormente, en el Antiguo. (#)

Es decir, algo nuevo, que no había acontecido antes, y por lo tanto, para definirlo, añade al léxico bíblico esa frase – nacer de nuevo.

Como tantas veces se ha dicho, no se trata de un cambio de religión, o de reformar o mejorar el nivel de vida. Es mucho más que eso.

Se trata del engendro de una nueva vida en nuestro interior por parte del Espíritu de Dios. Esa nueva vida que viene de lo alto, tiene, en grado incipiente, todas las cualidades de la misma vida de Cristo, estando destinada a desarrollarse, renovarse y madurar, hasta alcanzar el conocimiento pleno, como Pablo nos dice en Colosenses 3:10.

Eso nos hace depositarios de un verdadero y maravilloso tesoro, que la Escritura define, otra vez por la pluma de Pablo, como *“Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.”* (Colosenses 1:27b)

Este tesoro está contenido en el vaso de barro de nuestra humanidad, (2ª. Corintios 4:7) y se refleja de mil y una maneras distintas, en las vidas de hombres y mujeres de toda raza, cultura, nivel social, lengua y nación, transformados por el poder regenerador sobrenatural de Dios.

Así, hombres violentos e iracundos, se han vuelto en seres mansos y tiernos, destilando en sus nuevas vidas el amor de Cristo; personas soberbias y altaneras han pasado a ser humildes y sencillas; muchos que vivían en engaños, trampas y mentiras, se han visto transformados en personas transparentes, limpias y honradas; otros muchos que habían vivido esclavizados ya sea por la drogadicción, el tabaco o el alcohol, han entrado en una vida nueva, totalmente libres de esos flagelos tan perjudiciales y denigrantes; muchos y

(#) Entre otras razones, porque nos hace participantes de la naturaleza divina, cosa que no sucedía en el régimen anterior de la ley mosaica. (Ver 2ª. Pedro 1:4 y también 1ª. Pedro 1:10-12.)

muchas que estaban sumidos en la soledad, la angustia, la tristeza y aun la depresión, al abrazar de todo corazón la fe en el Crucificado y rendirle totalmente sus vidas, han hallado paz, serenidad y realización cual nunca antes habían conocido.

Los privilegiados que hemos experimentado esta dichosa experiencia y transformación, comúnmente también llamada renacimiento en nuestro lenguaje y vocabulario evangélico, tenemos así la particularidad de contar con dos cumpleaños - el primero, al nacer de nuestra madre terrenal, y el segundo, al nacer de nuevo o de lo alto.

De paso, digamos que esto señala que es un hecho puntual en un punto de tiempo determinado, y no algo que poco a poco se va insinuando, hasta que, eventualmente, uno cae en la cuenta de "haber llegado."

Las fechas de esos dos cumpleaños del autor fueron el 24 de Diciembre de 1927 y el 27 de Diciembre de 1942, respectivamente.

Y tú, querido lector ¿también tienes dos cumpleaños? ¿Puedes precisar un día concreto en que naciste de nuevo?

Recuerda que Jesús dijo: "Os es necesario nacer de nuevo."

Aun cuando Sus palabras iban dirigidas a una persona en particular - Nicodemo - se cuidó de usar el pronombre os, que denota el plural, para subrayar que es algo para todos, y no para unos pocos en particular.

La palabra necesario quedó reforzada por lo que le dijo al mismo Nicodemo en los versículos 3 y 5 del mismo pasaje, a saber, que a menos que uno tenga esta experiencia de renacer, no puede ver el reino de Dios ni entrar en él.

Si esto no te ha sucedido todavía, caro lector, tómate muy en serio estas palabras de Jesús. Se trata de algo realmente necesario, de lo cual no se puede prescindir, so pena de quedar excluido del reino celestial para siempre.

Hoy mismo está a tu alcance ponerte a cuentas con Dios.

Dile que te arrepientes de verdad de todas tus faltas y pecados, y que crees de corazón que Su Hijo Jesucristo murió en tu lugar por tus pecados, y resucitó al tercer día.

Por encima de todo, dile también que lo recibes a Él – Jesucristo – en tu corazón, para que de hoy en más Él pueda vivir en ti, y dar a tu vida ese bendito cambio de rumbo y sentido que tanto necesitas.

Si lo haces con toda sinceridad, bien pronto empezarás a experimentar señales seguras de que ya no eres el mismo de antes, sino una nueva criatura en Cristo Jesús.

¡Y podrás contar la fecha de hoy, en que has dado este paso tan importante, como la de tu bendito y dichoso segundo cumpleaños!

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquél que en él cree, no se pierda mas tenga vida eterna.” (Juan 3:14-15)

Unos pocos versículos posteriores al que acabamos de tratar, Jesús vuelve a usar la palabra necesario, y esta vez para explicarnos algo fundamental, que era lo único que podía posibilitar el milagro de nuestro renacimiento para entrar en la vida eterna, a saber, Su crucifixión.

Lo hace utilizando la comparación de lo que Moisés había hechos unos buenos siglos antes: levantar la serpiente en el desierto.

Recordamos haber leído este versículo por primera vez a muy poco de convertirnos, hace ya más de 67 años. Era algo que a esa temprana edad – 15 años – no comprendíamos, si bien sentíamos en nuestro interior que debía ser algo muy sagrado y maravilloso.

En realidad, en el uso de esta analogía o comparación que Jesús hace, se pone de manifiesto una vez más Su gran sabiduría – la del verdadero Maestro de los maestros.

La ocasión a que Él se refiere es la que figura en Números 21:5-9.

Tras salir de Egipto, el pueblo de Israel marchó por unos cuarenta años por el desierto, antes de entrar en el Canaán prometido.

Ese desierto era grande y espantoso, y estaba lleno de serpientes ardientes y escorpiones, según consta en Deuteronomio 8:15.

Seguramente que habría muchos peligros más, pero de todos ellos los guardaba la mano divina.

No obstante, al volver a hablar el pueblo contra Dios y Moisés, quejándose y diciendo que hasta tenían fastidio del maná que providencialmente les llovía del cielo cada noche para sustentarlos, la ira del Señor se encendió contra ellos.

Así fue como retiró Su protección de esas serpientes ardientes, las cuales comenzaron a morder al pueblo, y muchos murieron.

Al ver el panorama trágico que tenían delante, de muchos cadáveres que yacían extendidos por doquier en todo el campamento, cayeron por fin en la cuenta de que habían pecado contra Dios.

Por lo tanto, le pidieron a Moisés que rogase al Señor que quitase esas serpientes de en medio de ellos, para que no siguiera muriendo más gente.

Fue entonces que el Señor le indicó a Moisés que, en vez de ello, hiciese una serpiente ardiente de bronce y la levantase sobre un asta.

Esto iba acompañado de la promesa de que, cualquiera que fuese mordido y la mirase, no moriría, sino que viviría.

Moisés así lo hizo, y cuando una serpiente mordía a alguno, éste miraba a la serpiente y la picadura mortífera perdía su efecto, y la víctima quedaba con vida.

Todo esto se debe relacionar con la primera promesa mesiánica de la Biblia, que figura en Génesis 3:15, cuando, dirigiéndose a la serpiente, Jehová Dios le dijo:

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.”

Evidentemente, aquí Dios preanunciaba la pasión y muerte en la cruz de nuestro amado Señor Jesús, llamado aquí con toda propiedad la simiente de la mujer.

Resulta sorprendente y maravilloso el contraste que aquí se hace: los sufrimientos indecibles, tanto físicos como morales y emocionales que nuestro Señor iba a experimentar, iban a ser como una mera herida en el talón, que puede ser

molesta y dolorosa, pero que a su tiempo se cura y cicatriza.

En comparación con ella, lo que Jesús le iba a hacer a la serpiente sería asestarle un devastador golpe de gracia en la cabeza.

La verdad es que en el Calvario, tanto el reino de Satanás como él mismo, quedaron destruidos totalmente y para siempre, según hemos de ver más adelante.

Sin embargo, antes de pasar a examinarlo, debemos considerar otro versículo que nos viene como anillo al dedo para continuar. Se encuentra en Eclesiastés 10:11:-

“Si muerde la serpiente antes de ser encantada, de nada sirve el encantador.”

Sabemos bien que el encantador de serpientes, haciendo buen uso de una musiquilla apropiada, puede apaciguar y anular su instinto de dar su mordedura fatal, aunque ello sólo sea por un breve espacio de tiempo.

Esto nos hace pensar en el humanismo, que, con buenas intenciones, pero prescindiendo de Dios, proclama la forma en que se ha de mejorar y perfeccionar la sociedad y el género humano.

Quitando la pobreza, poniendo una buena educación al alcance de todos, construyendo más colegios, universidades e institutos de enseñanza, a la par que polideportivos para todas las especialidades, será la forma en que el hombre y la mujer se encuentren realizados y alcancen su nivel óptimo, con la resultante de una sociedad próspera, dichosa y feliz.

Mas ¡cuán distinta es la realidad práctica que salta a la vista de todos!

El crimen y la corrupción se multiplican por doquier; el abismo que separa a los ricos de los pobres se incrementa cada vez más; el cáncer y, sobre todo el sida, golpean a hombres y mujeres por centenares de miles; además, casi puede decirse que no hay nación en todo el orbe que no padezca de problemas serios e insolubles, tanto en el campo de la economía, como en el de la política, el orden público y el respeto y la autoridad, al punto que muchas de ellas son prácticamente ingobernables.

Además de todo eso, las tensiones entre países enfrentados unos con otros, lejos de disminuir, parecen ir en aumento continuo, con el peligro de que en cualquier parte y en cualquier momento, puedan estallar nuevas guerras, con repercusiones desastrosas e imprevisibles.

La razón de todo esto es una sola y bien clara: la serpiente le ha dado al género humano una mordedura mortífera y fatal, que lo ha envenenado con el pecado, que se multiplica a ultranza, tal como nos dice la antigua, fiel y veraz palabra de Dios, la Biblia.

Así, todos los intentos de “encantar la serpiente” resultan tardíos e inútiles - la horrible serpiente ha dado su mordedura infernal hace ya muchos siglos, y de nada sirven los encantadores.

Jesucristo no vino a tocar una musiquilla agradable para encantar la serpiente, el príncipe de este mundo.

En cambio, como ya hemos anticipado, vino comisionado para asestarle un golpe de gracia en la cabeza, y destruirlo a él y a su reino para siempre.

Sin embargo, debemos preguntarnos: ¿cómo fue que logró hacerlo?

La respuesta que generalmente se da a esa pregunta, es que lo hizo en la cruz del Calvario, a través de Su muerte y resurrección.

Eso es verdad, pero para comprenderlo mejor es necesario ser más explícitos.

Un versículo clave que aporta de forma determinante sobre el tema es Hebreos 2:14:-

“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, el diablo.”

Aquí tenemos algo que tiene toda la apariencia de ser una gran contradicción: ¿destruir al diablo por medio de la muerte - de Su propia muerte?

Eso es, casi como en el deporte, hacer un gol en contra.

No obstante, veamos lo que dice Pedro en Los Hechos

2:24, en la ocasión de su discurso en el día de Pentecostés:

“...al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.”

La muerte de Jesucristo fue distinta de todas las demás. Con la sola excepción de Su persona, todos los demás hombres y mujeres fallecidos, lo han sido como consecuencia de la sentencia claramente establecida por Dios, en el sentido de que *“el alma que pecare, esa morirá.”* (Ezequiel 18:4b)

El Seol, es decir, el lugar de los muertos, y sobre el cual el diablo contaba con autoridad para retenerlos en razón de la sentencia divina ya citada, era un lugar del que, por así decirlo, el que entraba no tenía posibilidad de salida.

Con todo, Jesucristo no fue a ese lugar como víctima del pecado, sino en condiciones totalmente diferentes.

Él fue totalmente exento de pecado, a hacer lo que denominaríamos una visita temporal y con unos fines bien concretos.

Una vez cumplidos los mismos, y llegado el fin de Su visita, Su resurrección fue inmediata e inevitable.

En efecto: por estar totalmente exento de pecado, Satanás y las tinieblas no tenían ni tuvieron ningún poder, ni autoridad ni derecho para retenerlo.

Así, se levantó triunfante ese primer Domingo de Pascua, *“llevando cautiva la cautividad”* de los que estaban retenidos en ese lugar (Efesios 4:8) y además, haciéndose con las llaves de la muerte y del Hades. (Apocalipsis 1:18)

Por medio de la muerte, pues, Él destruyó al que tenía el imperio de la muerte – el diablo, como ya vimos por esa cita de Hebreos 2:14.

Esa destrucción no consistió en exterminarlo y acabar con su existencia, sino en poner fin a su imperio del mal y de la muerte, que mantenía al hombre pecador en esclavitud durante toda la vida por el temor de la muerte, tal como se nos dice en el versículo siguiente:

“... y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre.” (Hebreos 2:15)

Y para que este objetivo, tan importante como maravilloso, pudiera alcanzarse, fue absolutamente necesario que Él, nuestro amado Señor Jesús, fuese levantado en alto, de la misma forma en que Moisés, unos buenos siglos antes, había levantado la serpiente en el desierto.

La serpiente estaba y está bajo maldición. Así, al ser levantado de esa forma, Él fue hecho maldición en lugar nuestro, para que la bendición y la gracia nos pudieran alcanzar a nosotros, que también estábamos bajo maldición por el pecado. (Ver Gálatas 3:13-14)

Gracias al Señor por esta maravillosa faceta de la multiforme redención que tenemos en Cristo Jesús. Sanados y librados de los efectos de la ponzoñosa mordedura de la serpiente, vivimos ahora, y viviremos eternamente con nuestro Dios en libertad, paz e inefable gozo.

A su vez, nuestro Señor, sueltos ya los dolores de la muerte, y dejada atrás para siempre la maldición que tuvo que tomar sobre sí, reina y reinará en gloria como Rey de reyes y Señor de señores por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO 2

Más cosas necesarias en la vida

“Pero sólo una cosa es necesaria, y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.” (Lucas 10:42)

Este versículo es parte de un pasaje muy precioso, y que está muy trillado. En razón de esto último, nos abstenemos de comentarlo, excepto en su parte final, contenida en el versículo citado.

En contraste con las muchas otras cosas por las cuales Marta estaba afanada y turbada, María había escogido la buena parte – la mejor.

No es que ella haya sido una despreocupada que dejaba los quehaceres importantes desatendidos. Seguramente que ella había hecho anteriormente lo que correspondía, pero al llegar el Maestro, sabía muy bien que su lugar no era otro que el de sentarse a Sus pies, y recoger y asimilar las perlas y joyas que iban saliendo de Su boca.

Jesús juzgó esa elección suya como la buena parte – aquello que es prioritariamente más importante que todo lo demás.

Y tras afirmarlo, nos agregó una muy preciosa promesa, que tanto a ella, como a cualquiera que, de su libre albedrío y sin ser presionado ni obligado por nadie, lo elige a Él como lo primero y más importante en la vida, nada ni nadie se lo podrá quitar.

¿Has elegido tú, de verdad, caro lector, al maravilloso

Jesús como lo más querido y más grande e importante en la vida?

Tristemente, muchos creyentes, después de haber recibido una nueva vida en Cristo, en una etapa posterior hacen malas elecciones, que los reducen a una vida cristiana mediocre, y que a veces desemboca en el fracaso o la derrota total.

Asegúrate, pues, que, como María, elijas de todo corazón esa buena y magnífica parte que es Él, el incomparable Jesús.

“Me es necesario hacer las obras del que me envió entretanto que el día dura; la noche viene cuando nadie puede trabajar.” (Juan 9:4)

¡Con qué precisión y perfección se desenvolvía Jesús en Su vida terrenal!

El tenía muy claro que el Padre tenía obras concretas preparadas para Él, y que debía llevarlas a cabo sin perder el tiempo de ninguna manera, para evitar toda posibilidad de que quedaran sin cumplirse.

El contraste entre el día y la noche, que Él usó en esta ocasión, es muy significativo.

En lo natural, el día con la luz del sol, es el tiempo asignado al hombre para llevar a cabo sus tareas, con el fin de ganarse el pan y abrirse paso en la vida, por así decirlo.

Por el contrario la noche, con la oscuridad que nos llega no mucho después de la puesta del sol, es el tiempo ideal para recogerse, descansar y entregarse a un sueño reparador, y así poder enfrentar las labores del día siguiente.

La falta de luz natural hace que, sobre todo las labores al aire libre, a la intemperie, no puedan continuar durante la noche, por lo menos sin iluminación artificial.

Él, como la luz del mundo que era y es, iluminaba el escenario con Su sola presencia. Mientras eso acontecía, Jesús sabía que era el tiempo en que debía llevar a cabo las muchas obras que el Padre le había encomendado.

Sin embargo, iba a venir la noche oscura en que se le iba a rechazar, apresar y llevar por toda la vía dolorosa hasta el Calvario. Llegada esa noche, ya no podría hacer ninguna de esas obras.

Por lo tanto, era importante que las hiciese durante el día y que no malgastase en absoluto el tiempo, ni desaprovechase ninguna ocasión en que se le presentase una de las muchas obras previstas y preparadas por el Padre.

Como en todo lo demás, en esto se nos presenta como el ejemplo precioso y perfecto, que debemos procurar emular, con la ayuda de la gracia que viene de lo alto.

El no malgastar el tiempo, como así también el no desaprovechar las oportunidades que se nos van presentando, requieren un alto grado de responsabilidad, y que estemos en una actitud continua de vigilancia y disponibilidad para el Señor, para cuanto Él nos necesite.

Al mismo tiempo, en nuestro deseo de no malgastar el tiempo, debemos cuidarnos de no caer en la trampa de un activismo que nos lleve a hacer muchas cosas que pueden parecer buenas y provechosas, pero que no son en realidad lo que Dios quiere que hagamos.

El mismo activismo puede muy bien también desembocar en hacer más de lo que Dios quiere, y de lo que nos tiene asignado, lo cual es igualmente negativo y contraproducente.

Con mucha razón se ha dicho que, al cojo de Los Hechos 3, Jesús lo debe haber visto y pasado por delante de él en más de una oportunidad. Sin embargo, Su fina sensibilidad espiritual le hacía discernir que el Padre no le había encomendado orar por él y sanarlo. Tal vez, hasta llegó a saber y entender de antemano que tenía reservado ese milagro para Pedro y Juan, después de Pentecostés.

Esa exactitud y perfección de Jesús, nos hace conscientes de cuánto nos queda todavía por andar, para alcanzar ese magnífico nivel en que Él siempre se desenvolvía.

No obstante, eso no debe desanimarnos. Conduzcámonos con humildad y mansedumbre delante de Él, velando por hacer un buen uso de cada hora del día, y cuidando de aprovechar las ocasiones que se nos brindan para hacer las obras del Padre.

Recordemos lo que Pablo nos dice en Efesios 2:10:-

“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”

El hecho mismo de que Dios, en Su sabia providencia, haya concebido y preparado por anticipado buenas obras para que andemos en ellas, debe significar un tremendo estímulo.

Que ello nos predisponga a descubrir cuáles son las que Él ha preparado para cada uno de nosotros, y a cumplirlas con el mayor empeño y ahínco - todas, absolutamente todas - ni una más, pero ni una menos.

“...es necesario que hoy, y mañana y pasado mañana siga mi camino...” (Lucas 13:33)

Para entender bien el uso que Jesús hace de la palabra necesario en este versículo, debemos ubicarnos en el contexto que nos fijan los dos versículos anteriores.

Fue en la ocasión en que llegaron unos fariseos, y seguramente con el ánimo de atemorizarlo, le dijeron que se marchase porque el rey Herodes lo quería matar.

Nos hace recordar la ocasión, varios siglos antes, en que un cierto Semaías le dijo a Nehemías que se reuniese con él en la casa de Dios, es decir, dentro del templo, y cerrasen las puertas, porque esa misma noche venían a matarlo.

La respuesta de Nehemías fue característica de él, como varón esforzado y valiente que era:

“Entonces dije: ¿Un hombre como yo ha de huir? ¿Y quién, que fuera como yo, entraría al templo para salvarse la vida? No entraré.” (Nehemías 6:11)

Por los versículos siguientes - 12 y 13 - vemos que Nehemías se dio bien cuenta de que el susodicho Semaías hablaba esas palabras sobornado por los enemigos, que buscaban infundirle temor y que cayese en la trampa, para así poder infamarlo, al hacerlo aparecer como un cobarde a los ojos de todos.

Por su parte, Jesús también advirtió la astucia de los fariseos al instarle a que huyera, que llevaba la misma

maliciosa intención de infundirle miedo, y así también de hacerlo aparecer como un cobarde ante la multitud que lo estaba siguiendo y escuchando.

La respuesta que dio nos muestra su típica serenidad, presencia de ánimo y dominio de la situación.

“Id, y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra.” (Lucas 13:32)

Él sabía muy bien que tenía en la voluntad del Padre un camino trazado de forma muy definida, y que lo iba a conducir a completar totalmente la obra que tenía preestablecida.

Manteniéndose firme en la obediencia a Su Padre, como de hecho lo hizo siempre, nada ni nadie lo podría desviar de Su camino, ni frustrar el propósito divino. De manera que el temor no entraba en Su razonamiento.

Pero la respuesta Suya tenía un significado de mayor alcance: *“echo fuera demonios y hago curaciones”* - es decir, Su ministerio público ante las multitudes - hoy y mañana.

Pero eso también debía ser seguido por terminar su obra al tercer día - es decir - la cruz, despreciado y rechazado por la multitud.

Nos marca las dos facetas de la vida de cada verdadero siervo del Señor.

La una, que lo levanta ante los demás como un benefactor que trae la bendición de lo alto.

La otra, el sendero de la cruz, del dolor, del precio que ha de pagar, de una forma u otra.

Hay quienes sólo contemplan la primera, y desconsideran o rechazan la segunda.

Sin embargo, es necesaria, y está claramente establecida por el Maestro, por muchas buenas y sabias razones que no vamos a detallar ahora.

Sin la segunda, la primera tendrá poca consistencia; con ella, tendrá verdadero peso y sustancia.

Pero además de esto - el equilibrio de la bendición que se imparte a otros, con el precio que se paga andando en el

camino de la cruz - hay en este dicho de Jesús otro ingrediente importante: el de la continuidad:

Hoy - mañana - pasado mañana.

No faltan los que, bajo el impulso de una bendición recibida en un encuentro espiritual, retiro u otra ocasión especial, empiezan a marchar con fervor, efusividad y buen ánimo.

No obstante, a la postre viene a resultar como la piedad de Efraín - *“como nube de la mañana y como el rocío de la madrugada, que se desvanece.”* (Oseas 6:4)

La gota de rocío, iluminada por los rayos solares de la mañana temprana, cobra un color dorado muy bonito y atractivo.

Empero ¡qué poco dura! Bien pronto el calor solar la derrite y desaparece - no queda nada de ella.

Que no erremos ni en lo uno ni en lo otro.

Abracemos el servicio del Señor con todas Sus bendiciones, pero sepamos abrazar también esa expresión personal de la cruz que a cada uno le toca sobrellevar.

Al mismo tiempo, hagámoslo con continuidad y perseverancia: hoy - mañana y pasado mañana.

Tanto lo uno como lo otro es necesario - muy necesario.

“Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.” (Juan 4:24)

¿Qué es, en realidad, adorar?

Valiéndonos de un diccionario normal y corriente, podremos extraer algunos conceptos que aporten sobre el tema. Sin embargo, no bastarán para darnos una idea cabal de lo que verdaderamente es adorar.

Decimos esto por dos razones. La primera estriba en el hecho de que sólo pueden hablar y explicar debida y adecuadamente sobre la adoración quienes adoran de verdad. Sin ánimo de ofender a nadie, los diccionarios corrientes con que contamos no proceden de personas de esa índole.

En uno de ellos encontramos la siguiente escueta

definición: “Reverenciar y honrar a Dios.”

No está mal, pero dista de ser una definición completa.

La segunda razón es que, a nuestro entender, en temas como el que nos ocupa - espirituales y celestiales - el verdadero y mejor diccionario es la Biblia misma.

Desde luego que Dios la ha dispuesto de manera muy distinta de un diccionario normal. En ella no hay nada que responda al orden alfabético, ni que esté formulado al estilo de un libro de texto o de un manual, con cada tema ubicado en el lugar correspondiente señalado por el índice.

En cambio, a lo largo de los relatos históricos y las profecías del Antiguo Testamento, y los evangelios y el resto del Nuevo Testamento, se van entrelazando, casi imperceptiblemente, las grandes verdades, principios y claves de la vida espiritual.

Para descubrirlas y comprenderlas debidamente, el lector debe necesariamente escudriñarlas con una actitud de humilde dependencia de Quien es su verdadero autor e inspirador, el Espíritu Santo de Dios.

Una de las muchas reglas básicas para una correcta comprensión, es la de saber que en el Antiguo Testamento, muchísimas veces se nos habla simbólicamente a través de lo externo, para ayudarnos a entender mejor lo interno y eterno que se encuentra en el Nuevo Testamento.

En este sentido, la adoración constituye un ejemplo muy puntual y también muy claro.

En efecto: en muchas ocasiones en que se habla de adorar en el Antiguo, vemos que va acompañado de inclinarse o postrarse.

Tomemos un par de ejemplos:

“El hombre entonces se inclinó y adoró a Jehová” (Génesis 24:26)

“Y el pueblo creyó; y oyendo que Jehová había visitado a los hijos de Israel, y que había visto su aflicción, se inclinaron y adoraron.” (Éxodo 4:31)

Añadimos algunas otras referencias semejantes para mayor ilustración, pero sin consignar los textos

correspondientes para no extendernos demasiado. El lector podrá verificarlos en su propia Biblia.

1ª. Crónicas 29:20; 2ª. Crónicas 7:3; 2ª. Crónicas 20:18; 2ª. Crónicas 29:29 y 30; Nehemías 8:6; Salmo 22:29.

Ahora bien, la postura de quien se inclina y se postra ante Dios, denota *reconocimiento y sometimiento*.

Significa en esencia darle un sí inequívoco a todo lo que Él dice, hace o dispone para la vida de uno, el cual va acompañado de un sentido de contrición, de gratitud o de alabanza, según el caso, y también, desde luego, de una tierna y sincera reverencia.

Eso nos da una buena base para una comprensión adecuada y satisfactoria de lo que es adorar.

No obstante, Jesús ahondó al decir *“en espíritu y en verdad.”*

Es decir, que fue mucho más allá de la postura del cuerpo, para señalar que debe brotar de lo más profundo del ser - de nuestro espíritu (con minúscula) - el cual, en los verdaderamente renacidos, constituye una emanación o engendro de Él - el Dios que es Espíritu (con mayúscula.)

Y además de brotar de lo más hondo, debe ser en estricta verdad.

Para definirlo con más precisión, debe proceder de lo más hondo de nuestro ser, y con la mente armonizando debidamente, en una alineación y un acuerdo total y sin reservas con nuestro Padre celestial, en todo lo que nos da y todo lo que permite en nuestra vida.

Como muy bien debe saberse, esto es algo que va más allá de la alabanza, aunque esta última nos puede llevar a ello.

En la alabanza, la expresión de los labios, acompañada del sentir del corazón y la debida comprensión mental, alcanza a menudo un sano fervor y efusividad, con los cuales nos acercamos a Dios de forma expresiva. Pero la meta debe ser un ir más allá, que nos lleva a un estado de unión y comunión espiritual con el Señor, en el cual lo que más cabe es una quietud y el silencio de un algo que es solemne, sagrado, y, a la vez, sublime.

Debido al medio ambiente terrenal en que nos encontramos, no nos es posible permanecer siempre y continuamente en semejante estado.

Con frecuencia, las presiones, tensiones o disgustos que nos toca enfrentar, traen sus secuelas que conspiran contra ello.

No obstante, al darnos a la oración con toda sinceridad, hemos de recibir la ayuda del Consolador para restablecer esa unión tan tierna y bendita, que no se ha perdido, sino que se ha interrumpido transitoriamente.

En un principio notaremos que, si bien nuestras palabras, nuestra mente y nuestras intenciones van correctamente enfocadas hacia el Señor, hay un algo no fácil de definir que está produciendo un bloqueo, una obstrucción o impedimento, y no llegamos a alcanzar esa real unión con el Señor que tanto deseamos.

La ayuda del Consolador, en tales casos, con frecuencia se manifiesta como lo que solemos llamar el quebrantamiento. El calor de Su presencia y Su amor derriten esa capa fría y rígida que insensiblemente se había ido formando, y se suele estallar en un llorar con copiosas lágrimas.

Ahora bien, cuando esto sucede la tendencia normal es inclinar la cabeza mirando hacia abajo. No faltan quienes puedan pensar que esto de estar con la frente gacha en lugar de erguida, mirando hacia arriba o adelante, es algo impropio y fuera de lugar.

Sin embargo, debieran saber que es un síntoma externo de lo que está pasando interiormente. La obstrucción o el bloqueo que nos impedía llegar, ha sido quitado por ese obrar del Espíritu, y al inclinarnos, quizá inconscientemente, esa postura que denota la adoración – con el reconocimiento y sometimiento a que ya nos hemos referido – se ha recuperado.

En realidad, para explicarlo hasta donde se pueda en términos prácticos, lo que ha pasado es que el Espíritu Santo nos ha hecho un lavaje interno con esas copiosas lágrimas de nuestra contrición, quedando la comunicación con el Señor felizmente restablecida.

No dudamos de que debe haber un buen número de hermanos y consiervos que llegan a la verdadera adoración de una forma distinta, y que lo definirían con otros términos.

Lo que hemos puesto aquí explica, hasta donde se puede, la forma en que lo hemos vivido y lo vivimos nosotros, y nos consta también, un buen número de siervos y siervas dignos y de confianza.

No obstante, sabemos que en el obrar de Dios por Su Espíritu, hay una gran variedad y diversidad, y honramos a todos cuantos alcancen una verdadera adoración, aun cuando la forma en que ocurra y la expresen o expliquen, sea distinta de la nuestra.

La conclusión importante que cabe, como reflexión final, es que, como Jesús nos dice, el Padre está buscando tales adoradores – que le adoren así, en espíritu y en verdad.

Que tú, querido lector, que quien esto escribe, y que todos Sus hijos, seamos tales adoradores, y así Su búsqueda y anhelo se puedan cristalizar plenamente en nuestras vidas.

Sería muy triste que sucediera lo contrario, ¿verdad?

“También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar.” (Lucas 18:1)

No vamos a considerar la parábola en sí, que, desde luego, es muy sustanciosa, sino el fin que perseguía Jesús al referirla.

Como Lucas lo expresa, era para hacernos comprender bien la necesidad de orar siempre y no desmayar.

El hecho de que en esa presentación que hace, Lucas pusiera las tres palabras finales “*y no desmayar*”, merece nuestra atención.

Con eso se nos da a entender claramente que hay ocasiones y situaciones que se prestan a que uno desmaye. El cansancio, la enfermedad, el dolor, las presiones y tensiones, el calor del verano, los rigores del frío invernal, y muchas otras cosas, conspiran contra la oración.

Entre las muchas otras cosas, tomaremos dos brevemente.

La primera tiene que ver con una larga espera de la respuesta divina, a algo importante que hemos estado llevando como carga por un buen tiempo.

En tales casos, sólo cabe el consejo de que continuemos con paciencia y perseverancia, según Hebreos 10:36

"...porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa."

Como vemos, esa paciencia y perseverancia deben ir acompañadas de hacer la voluntad de Dios, y vivir en ella cada día. De lo contrario, nuestra oración perderá peso y autoridad.

En cuanto a la segunda, se relaciona con las veces que nos sentimos secos, y a pesar de nuestros esfuerzos, la oración se hace árida y hasta aburrida. Se puede, incluso, llegar a pensar y sentir que se ha convertido en una rutina estéril y sin sentido.

Desde luego que esto tiende a restarnos toda motivación, y hacernos llegar a claudicar, o a desmayar, como dice Lucas.

En algunas ocasiones, sintiéndonos así y con ganas de dejar la oración – no en forma definitiva, sino a dejar de continuar en esa ocasión – hemos optado en cambio por perseverar.

A veces el resultado ha sido que el Señor nos ha premiado, dándole un vuelco feliz a nuestra oración, que nos ha permitido palpar Su presencia real, y disfrutar de ella por un buen rato.

En otro orden, y sobre el mismo tema, debemos cuidarnos de no tomar esta palabra a rajatabla, y entrar en un fanatismo de orar y orar siempre, sin parar. Hemos visto algún caso semejante, como por ejemplo, el de una hermana mientras conducía su automóvil, y lo hacía casi ininterrumpidamente y en voz alta, siendo bien oída por quienes la acompañaban.

Más bien, nos ha parecido que al hacerlo buscaba llamar la atención, por su supuesta gran devoción a la oración.

El Señor es muy comprensivo, y sabe que, aunque debemos y podemos estar en una actitud de plena

dependencia de Él en todo momento, hay ocasiones, como cuando estamos en la labor cotidiana, en que no podemos ni debemos desatenderla, procurando concentrarnos en la oración.

Como con la fe y los demás dones y gracias, con la oración sucede que hay una medida para cada uno, que puede ser por ejemplo, de media hora diaria, de una hora, y para personas o situaciones especiales, de varias horas.

Nunca debemos pensar que ese orar siempre a que se refiere Lucas, consiste en orar las veinticuatro horas del día sin parar. Eso sería imposible, por lo menos para la mayoría de nosotros.

Lo que sí significa es que, dentro de la medida que el Señor nos tiene asignada a cada uno, perseveremos a diario y sin claudicar.

Desde luego que hay ocasiones en que, habiendo orado y encomendado todo al Señor, debemos actuar y no orar.

Se cuenta el caso, más bien risueño, de un buen siervo de Dios de antaño, que tenía un mayordomo al cual le iba inculcando paulatinamente las normas de la vida cristiana.

Una de ellas era la de orar y buscar la ayuda del Señor, en toda necesidad y contingencia de la vida.

En una ocasión determinada, el mayordomo conducía la carroza de su amo, el siervo del Señor, rumbo a la estación de ferrocarril, pero se habían retrasado y corrían el riesgo de perder el tren.

Fue entonces que el mayordomo preguntó:

“¿Quiere que nos detengamos aquí para orar?”

La respuesta del siervo fue pronta y categórica:

“¡NO! ¡AHORA NO!”

Así llegamos al fin de estos dos capítulos, sobre algunas de las muchas cosas que Jesús nos señaló como necesarias en la vida.

Como ya puntualizamos, de ninguna manera se las debe conceptuar como relativamente necesarias, sino más bien

como de suma necesidad – imprescindibles.

Que podamos absorber lo leído, y permitir que le infunda a nuestro andar cotidiano un cariz sobrio, sabio y provechoso.

El mismo deberá reflejarse en un saber disciplinarnos para evitar lo innecesario, que sólo trae desperdicio del tiempo, de nuestras energías y de nuestro afecto.

En cambio, optemos siempre por lo necesario - según la valoración que nos da Jesús - que a la postre habrá de resultar edificante, y para nuestro provecho y progreso espiritual.

No olvidemos que tendremos que rendir cuentas ante el tribunal de Cristo, de nuestra mayordomía del tiempo y de las oportunidades que se nos han otorgado en éste, nuestro breve peregrinaje terrenal.

CAPÍTULO 3

Las parábolas de Jesús

La parábola del sembrador.

En los cuatro capítulos siguientes pasamos a tratar los dichos de Jesús de una manera más amplia.

En lugar de tomar afirmaciones y sentencias de carácter más bien breve, como hasta ahora, pasamos a abarcar dichos más extensos, que se encuentran en la narración de Sus parábolas.

Las mismas tienen un valor muy especial y entrañable, y constituyen un tesoro verdaderamente inapreciable, que ha enriquecido sobremanera la vida de todos los hijos de Dios a través de los siglos.

Con su gran sencillez, y a menudo con un tierno candor, nos describen lo celestial e invisible a través de lo terrenal y visible, presentándonos a veces profundidades y riquezas sorprendentes y maravillosas.

Tomamos la del sembrador en primer lugar, debido a que Él mismo le atribuyó una importancia fundamental.

En efecto: en la versión de Lucas se nos dice que, al terminar de pronunciarla, Él dijo a gran voz: *"El que tiene oídos para oír, oiga."* (Lucas 8:8b)

Era como afirmar a oídos de toda la multitud, que se trataba de algo de suma importancia, a lo cual se debía prestar la máxima atención.

Por otra parte, en la versión de Marcos, cuando los discípulos le preguntaron sobre su significado, Él les dijo:

“¿No sabéis esta parábola? ¿Cómo pues entenderéis todas las parábolas?” (Marcos 4:13)

Con esto denotaba que esta parábola contiene algo clave, sin lo cual no podremos entender todas las demás, y, nos atrevemos a agregar, habrá muchas cosas más que tampoco las alcanzaremos a comprender.

¿Por qué? Se trata de la parábola en que el sembrador va echando su semilla. Ahora bien, en los mismos albores de la creación, Dios hizo que la tierra produjese hierba y árboles, cada uno con semilla en sí mismo, para reproducir según su especie y género.

Así, de un peral sólo saldrán peras, de un manzano sólo manzanas, y así sucesivamente.

Este principio fundamental de reproducir según la semejanza propia y no la ajena, lo trasladó luego al reino animal, al género humano, y también al reino espiritual.

Esto de por sí le da a la parábola un alcance vastísimo, que casi diríamos que es inagotable.

Veamos: en Lucas 8:11 Jesús señala, al explicar la parábola al círculo reducido de Sus doce primeros discípulos, que *“la semilla es la palabra de Dios.”*

Es decir que la palabra viva de Dios es, ni más ni menos, que una semilla o simiente de Dios mismo, con todo el potencial de reproducir en nosotros la mismísima vida divina.

En la etapa posterior de su maduración espiritual, Pedro comprendió plenamente esta verdad al escribir en 1ª. Pedro 1:23 *“siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.”*

Asimismo, en 2ª. Pedro 1:4 afirma: *“...nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina...”*

Es decir, que cuando renacemos, al penetrar la palabra viva de Dios en nuestros corazones, traída por el Espíritu Santo, recibimos el depósito sagrado de una semilla de la misma vida de Dios.

Ésta primeramente cobra un carácter incipiente, del cual, no obstante, pasa a desarrollarse, crecer y madurar, hasta que, una vez puesta la puntada final de Su obra en nosotros, lleguemos a alcanzar en el más allá una semejanza a Su persona que será total y perfecta.

La eternidad de Dios, Su santidad purísima, Su amor, Su humildad, (sí, por ser un soberano eterno y majestuoso, Dios no deja de ser humilde), (#) la fe, el carácter, la sabiduría de Dios, en fin, todas Sus cualidades y virtudes - están destinadas a reproducirse en cada uno de nosotros, Sus verdaderos hijos.

Pero hay otro aspecto importante, puntualizado en Lucas 8:5; al pronunciar la parábola ante la multitud, Jesús dijo: *"El sembrador salió a sembrar su semilla."*

Si bien, como ya hemos visto, la semilla es la palabra de Dios, tenemos la verdad importante de que, para sembrar y propagarla Él se vale de hombres y mujeres, como tú y un servidor.

Al pasar esa palabra por el conducto de nuestra vida, insensible e imperceptiblemente le imprimimos o damos algo de nuestro carácter, nuestra mayor o menor salud espiritual, etc.

Esto es algo que, a los que le servimos y llevamos Su palabra, ya sea de forma oral o escrita, en privado de uno a uno, o en público, etc., nos debe motivar a purificarnos y procurar que seamos lo más sanos y robustos posible.

El mismo Señor Jesús tuvo esto muy en cuenta, al decir en Juan 17:19

"Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad."

En más de una ocasión hemos contado el caso de una madre de cinco hijos, que ha sido siempre muy adepta al café. Sin embargo, cada vez que se encontraba embarazada,

(#) Demostrado, entre otras cosas, por las palabras de Jesús "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mateo 11:29) en relación con Juan 14: 9 "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre."

sentía un rechazo absoluto del mismo, no pudiendo beberlo para nada.

Vemos en esto algo sencillo, pero a la vez maravilloso, brotado del Sapientísimo Creador. Ese rechazo del café mientras la criatura se estaba gestando en la matriz, es una valiosísima protección contra el efecto perjudicial de la cafeína, que podría dañarla desde la más tierna infancia.

Quienes servimos al Señor en cualquiera de las muchas formas de hacerlo que hay, debemos tener esto muy presente, y no ingerir toxinas espirituales que habrán de dañar la salud de los que alumbramos o tutelamos en la fe.

Quien invierta su tiempo mirando películas malas (obscenas, de crimen y terror, con brujerías o de aspecto mundano, etc.), leyendo novelillas baratas, o entregándose a prácticas dudosas, inevitablemente quedará descalificado para llevar fruto sano y robusto en su vida espiritual.

Por el contrario, lo más probable es que resulte una persona totalmente estéril en ese terreno.

En la parábola en sí, Jesús nos identifica cuatro clases de tierra sobre la cual cae la semilla. Enumeramos brevemente las tres primeras.

La de junto al camino - hollada por el rechazo o la indiferencia - *“y las aves del cielo la comieron.”*

La de la piedra y que no tenía humedad, en la cual, tras un aparente buen principio, la semilla se secó y se malogró. Y la de espinos que nacieron juntamente con la semilla, y la ahogaron.

Por mucho tiempo creímos que cada unas de éstas quedaba casi de hecho descartada, y que la única que llegaba a buen fin era la última - la buena tierra.

Sin embargo, hace unos años un hermano en Cristo nos manifestó que, en el transcurso de los años él había pasado por etapas en que su vida y corazón se asemejaban a cada una de esas tres tierras distintas, hasta que, por fin, llegó a ser como la cuarta, la buena.

Esto nos hizo recapacitar y caer en la cuenta de que, sin coincidir exactamente en cada detalle, nuestra experiencia

personal había sido, por lo menos en parte, similar a la suya. Es decir, que por un tiempo fuimos de la primera clase de tierra, más tarde de la segunda, posteriormente de la tercera, hasta que, a la postre, evolucionamos hasta llegar a ser de la cuarta.

Creemos que ninguno de nosotros, en sus cabales, podrá afirmar que haya sido buena tierra desde un principio.

Así como un buen agricultor que cuenta con una lonja de terreno en la cual hay una parte que es estéril, no se conforma con ello y la labra, abona y fertiliza hasta convertirla en buena tierra – así, decimos, nuestro Padre celestial, con muchos de nosotros, con Su trato sabio y paciente, ha podido labrar y labrar la mala tierra que éramos, hasta convertirnos en tierra buena y fértil.

Gracias a Él – infinitas gracias – por tanta bondad y perseverancia con cada uno de nosotros.

Pero pasemos ahora a la cuarta, la buena tierra, que es lo que todos seguramente queremos ser.

Resulta muy curioso y significativo que, en cada uno de los tres evangelios sinópticos en que se nos da esta parábola – Mateo, Marcos y Lucas – la buena tierra se define en términos distintos.

No es que los mismos sean contradictorios, sino más bien complementarios. Y algo muy interesante e importante: tomando ordenadamente cada una de estas tres definiciones, tenemos lo que nos atrevemos a afirmar que es una visión panorámica de la vida cristiana de principio a fin.

Consideremos, pues, lo que nos dice cada uno de los tres:

“Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra y da fruto...” (Mateo 13:23)

Vemos que aquí la palabra clave es entiende. Se trata, pues, de entender la palabra.

Ahora bien, esta palabra entender hay que entenderla (¡perdón por la redundancia!) en su verdadero alcance.

Un ejemplo práctico nos ayudará a comprenderlo mejor.

Supongamos que estamos delante de una persona de cultura razonable. Le explicamos con toda sencillez y claridad el mensaje del evangelio: ante Dios, todos somos

pecadores necesitados de Su perdón y misericordia. Cristo fue enviado a morir en lugar nuestro, y después de hacerlo, resucitó al tercer día. Ahora Dios nos llama a todos a arrepentirnos de verdad por todas nuestras faltas y pecados, a creer de todo corazón en la muerte y resurrección de Jesucristo, y a recibirlo como nuestro Salvador personal y como Señor de nuestra vida.

Tras una breve pausa le preguntamos:

¿Lo ha entendido?

La respuesta que se nos da es:

“Por supuesto que sí - está clarísimo.

Entonces le decimos:

“Bien, pues, quiere Usted. hacerlo ahora?”

Se nos contesta: “Usted verá - por mis convicciones personales (o bien por compromisos familiares, por haber sido criado en la religión de mis padres, o por lo que fuere), no siento que debo hacerlo.”

Con eso esta persona está demostrando que no lo ha entendido para nada.

¿Por qué decimos esto?

Pues, porque el evangelio, la palabra de verdad, es sin lugar a dudas el mensaje más estupendo y maravilloso que se puede dar al ser humano.

Que un Dios tres veces santo, al cual hemos ofendido con nuestras muchas faltas y pecados, de puro amor nos ofrezca un perdón gratuito, absoluto y eterno; que esté dispuesto a recibirnos como a hijos Suyos y preocuparse por protegernos y proveer para cuanta necesidad podamos tener; que nos otorgue un llamamiento santo a servirle con las buenas obras y el plan que Él tiene previsto para nuestra vida; que, además, en el más allá nos garantice una eternidad de dicha sin par - en fin, todo eso y mucho más, constituye lo más precioso y grandioso a que pueda aspirar un ser humano.

La respuesta de quien esté verdaderamente en sus cabales debiera ser un sí rotundo y categórico:

- “Eso sí que lo quiero - de verdad y ya.”

No obstante, cegados por el materialismo, el escepticismo,

la incredulidad, el “¿qué dirán?” y muchas otras cosas, la inmensa mayoría no lo entiende, se despreocupa, y a la postre lo rechaza.

En contraste con el ejemplo que hemos dado, podemos presentar otro, de una persona con igual o menor formación y trasfondo intelectual.

Tras oír el mismo mensaje, tal vez no entienda en detalle cada cosa que se le ha dicho. Sin embargo, algo en su corazón le dice que es muy importante – que no puede atreverse a rechazarlo, comprendiendo que sería desprestigiar algo muy bueno y necesario que Dios le está ofreciendo; que intentar vivir sin Dios y sin Cristo sería algo que, seguramente le llevaría a un mal fin.

De esta manera, esta otra persona sí ha entendido la palabra que se ha sembrado en su corazón, y de seguro que ha de llevar fruto.

Pasemos ahora a la versión de Marcos.

“Y éstos son los que fueron sembrados en buena tierra: los que oyen la palabra y la reciben y dan fruto...” (Marcos 4:20)

Aquí la palabra clave es reciben, la cual también debemos comprender en su verdadero sentido.

Se puede recibir de forma superficial a alguien que acaba de llegar, como a un huésped transitorio, al cual le damos la bienvenida y le indicamos que tome asiento o se ubique en un lugar determinado.

Recibir la palabra de Dios es mucho más que eso.

Nos valemos otra vez de un ejemplo ilustrativo, que nos ayudará a entenderlo mejor.

Un tiempo atrás, en el transcurso de una de nuestras giras habituales por la Península Ibérica, mi esposa y yo viajamos desde Tobarra, en Albacete, a Cartagena. El hermano en cuyo hogar nos íbamos a hospedar nos esperó más o menos a mitad de camino, en Murcia capital, dándonos un abrazo de bienvenida y ubicando nuestro equipaje en su furgoneta, para trasladarnos de allí a su hogar.

Al llegar, nos abrió la puerta de par en par y entramos con

todo nuestro equipaje. La esposa no estaba presente en ese momento, pero la casa estaba que era un primor - un dechado de orden y limpieza.

No obstante, al abrir nuestras maletas, sacar de ellas nuestra ropa y calzado, los libros que llevábamos, etc. etc., ya dejó de estar en ese estado, y, por así decirlo, con nuestra presencia, nuestro ir y venir y demás, les armamos una gran revolución y cambio en todo el prolijo esquema en que solían vivir y desenvolverse.

Además de ello, teniendo el matrimonio dos hijos pequeños, optaron por ir con ellos a dormir en la casa de los suegros, para que pudiésemos descansar mejor y estar a nuestras anchas. Así, no sólo ocupamos la habitación matrimonial, sino que quedamos totalmente a cargo de la vivienda entera, de la cual también se nos habían cedido las llaves.

En términos prácticos, podemos decir que recibir debidamente la palabra de Dios, implica recibir al personaje que ella nos presenta - el Señor Jesucristo - con todas sus consecuencias. Y éstas serán que, de una forma u otra, Él nos arme una soberana revolución en nuestra vida, y pase a ser el que nos desplaza a nosotros mismos, para convertirse en quien ocupa el lugar principal, y quien rige, gobierna y dispone en todo cuanto se ha de hacer.

A alguno que lea u oiga esto, le ha de parecer demasiado.

“¿Qué se arme una revolución en mi vida? ¿Qué mucho de lo que ahora hago ya no lo haré más, y que en vez haré cosas que nunca antes he hecho? Y todavía, ¿Qué ya no sea yo quien disponga las cosas, ni pueda seguir haciendo lo que se me da la real gana? Eso es muy fuerte; el sólo pensarlo me asusta.”

Con todo, cada uno de estos reparos y objeciones se desvanece al llegar a comprender Quién, y cómo es en realidad ese personaje que nos trae o presenta la palabra - Jesucristo, el Hijo de Dios.

Por empezar, nos ama de verdad, y sabe mejor que nadie, aun mejor que nosotros mismos, lo que es bueno y lo que es perjudicial para nosotros.

Así, en esa revolución de que hablamos, Él solamente ha

de quitar lo que es malo para nuestra alma y nuestra vida toda; y por el contrario, cuanto Él nos añada ha de ser para nuestro beneficio y más alto bien en todos los órdenes.

Por otra parte, al ocupar el lugar de gobierno y preeminencia - o llevar el timón de nuestra barquilla, por emplear una figura muy habitual y apropiada - Él nos garantiza que llegaremos a un buen fin. Y esto, en abierto contraste con que llevemos el timón nosotros mismos, pues librados a nuestros propios medios y un criterio independiente de Él, llevaremos todas las de perder. Terminaremos casi seguramente en un naufragio fatal, como tantos otros que lo han rechazado y preferido "vivir su propia vida," como se suele decir.

Así, pues, esto es lo que en verdad supone el recibir cabalmente la palabra de Dios: recibir a Aquél que nos presenta, con todas sus consecuencias, que, nos apresuramos a reiterar, no han de ser sino para nuestro bien y verdadera dicha, tanto en lo que nos queda por delante en este mundo, como lo que nos aguarda en el siglo venidero.

Caro lector, que seguramente ya tienes una buena noción de las cosas:- ¿Has comprendido bien lo que verdaderamente significa recibir la palabra de Dios? Confiamos que así sea.

Antes de pasar al punto siguiente, hacemos una aclaración. Al presentarle el evangelio a una persona interesada, naturalmente que no será sabio ni aconsejable tratar de explicarle todo lo que acabamos de decir, pues lo más probable es que no lo pueda comprender y le resulte difícil aceptarlo.

En cambio, habrá que dejar que la palabra vaya surtiendo efecto, y con la iluminación del Espíritu Santo, al recibirla, todo lo dicho se vaya plasmando paulatinamente en su vida.

La versión de Lucas es la más extensa de las tres en cuanto a la buena tierra.

"Mas la que cayó en buena tierra, éstos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con

perseverancia." (Lucas 8:15)

Este versículo nos señala, como tantos otros en las Escrituras, la importancia fundamental del estado del corazón, "porque de él mana la vida." (Proverbios 4:23)

No nos detendremos mucho en esto, puesto que en obras anteriores nos hemos extendido bastante sobre el tema.

Solamente tomaremos un par de ejemplos que encontramos en la Biblia – uno de ellos del corazón bueno, y el otro del corazón recto.

El primero es Bernabé, del cual se nos dice en Los Hechos 11:24 que "*era varón bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe.*"

Por las pinceladas de su carácter que se nos dan en el mismo libro, entendemos que era un hombre que destilaba bondad, nobleza y altruismo. Esos rasgos salieron a relucir especialmente en tres oportunidades que se consignan.

La primera fue a una altura temprana de la iglesia primitiva, cuando vendió la heredad que tenía, y desinteresadamente y sin reservas, trajo el dinero obtenido y lo puso totalmente a disposición de los apóstoles. (Los Hechos 4:36-37)

La segunda fue unos pocos años más tarde, al presentarse en Jerusalén Pablo - que entonces todavía era conocido como Saulo - después de su conversión al Señor.

Los apóstoles recelaban de él, pero Bernabé, sabiendo que el Señor Jesús se le había aparecido en el camino a Damasco, y que en esa ciudad había hablado valerosamente en Su nombre, lo presentó delante de ellos, actuando con amor como un puente para acercarlo y unirlo a ellos. (Los Hechos 9:26-28)

Y la tercera fue un tiempo más tarde, después de haber estado en Antioquía de Siria, y ver cómo la gracia de Dios había sido derramada abundante y maravillosamente sobre los gentiles en ese lugar. Moviéndose en forma acertada, y seguramente guiado por el Señor, emprendió el largo camino a Tarso, donde sabía que se encontraba Pablo. Tras hallarlo, lo trajo a Antioquía para que pudiera tener parte en aquello

tan hermoso que estaba aconteciendo. (Los Hechos 11:25)

Las tres ocasiones nos hablan con la mayor elocuencia de lo que es tener un buen corazón, del cual brota una bondad real y desinteresada, que busca hacer bien a los demás y sin segundas intenciones.

El segundo ejemplo - el de un corazón recto - es el de un varón ilustre del Antiguo Testamento, del cual se oye hablar muy poco: Jonadab, hijo de Recab.

Al promediar el reinado de Jehú, monarca de Israel, éste se encontró con Jonadab, y después de saludarlo, le hizo una pregunta muy directa y concreta:

“¿Es recto tu corazón, como el mío es recto con el tuyo?”

Sin vacilar, Jonadab le replicó lacónicamente, pero con todo énfasis: *“Lo es.”*

A continuación se nos dice:

“Pues que lo es, dame la mano. Y él le dio la mano. Luego lo hizo subir consigo en el carro, y le dijo: Ven conmigo, y verás mi celo por Jehová. Lo pusieron, pues, en su carro.” (2ª. Reyes 10:15-16)

Nos hace pensar en Jesús, buscando hombres y mujeres cuyo corazón es verdaderamente recto para con Él, para hacerlos subir a Su carro de batalla a fin de participar a Su lado en la lid.

El relato de los libros históricos no nos dice nada más acerca de Jonadab. Sin embargo, varios siglos después, en el capítulo 35 de Jeremías, se nos cuenta un evento que tiene como protagonistas a sus descendientes, que se solían llamar los recabitas.

El Señor le dice a Jeremías que vaya a buscarlos y los lleve al templo, los introduzca en uno de los aposentos, y allí les dé a beber vino.

Al hacerlo, el profeta se encuentra con una rotunda negativa de parte de ellos.

“Mas ellos dijeron: No beberemos vino; porque Jonadab, hijo de Recab nuestro padre nos ordenó diciendo: No beberéis jamás vino vosotros ni vuestros hijos.”

“...y nosotros hemos obedecido a la voz de nuestro padre

Jonadab, hijo de Recab en todas las cosas que nos mandó."
(Jeremías 35: 6 y 8) (#)

El Señor tomó ese ejemplo de obediencia fiel y perseverante, como un contraste con el pueblo de Israel, al cual Él le había establecido leyes y estatutos para que anduviesen en ellos, y los habían desobedecido en forma crónica y persistente.

El capítulo termina consignando una preciosa promesa para la descendencia de Jonadab:

"...así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: No faltará de Jonadab, hijo de Recab un varón que esté en mi presencia todos los días." (Jeremías 35:19)

Vemos en todo esto, el peso y la autoridad que tuvieron las palabras de Jonadab, un varón con un corazón recto de verdad. Las mismas, aun después de transcurrir varios siglos, seguían siendo obedecidas fielmente por todos sus descendientes.

"...retienen la palabra oída."

Las luchas, problemas y dificultades que todos debemos afrontar en la carrera cristiana, hacen necesario que despleguemos una persistente tenacidad en la lid, para retener la palabra de Dios que hemos recibido, y no soltarla y dejarla de lado, especialmente en los tiempos más difíciles.

Esa tenacidad no será una virtud natural y propia de cada uno. Quien piense lo contrario puede exponerse a un fuerte desengaño en la hora de la prueba, como le sucedió a Pedro al negar al Señor tres veces.

En cambio, ha de ser un don o una gracia recibida de lo alto, en respuesta a nuestros ruegos y súplicas, brotados de habernos dado perfecta cuenta de que, librados a nuestras propias fuerzas, seríamos totalmente incapaces de seguir adelante sin claudicar.

(#) No citamos este caso como si hubiera en la Biblia una prohibición de beber vino, toda vez que el mismo Señor Jesús bebía vino, aunque, por supuesto, con moderación; e, igualmente, Pablo aconseja a Timoteo que use de un poco de vino por causa de su estómago. (1ª. Timoteo 5:23) En cambio, lo presentamos como un ejemplo de obediencia fiel y perseverante a un mandato concreto que se ha recibido.

Aunque esto pareciera denotar una gran debilidad, la misma en realidad es un trampolín hacia una mayor fortaleza, puesto que pone a nuestra disposición el poder supremo del Señor, que se perfecciona en nuestra propia debilidad.

Por otra parte, quien se considera a sí mismo firme y consistente como un roble, va de seguro camino a descubrir, para su desengaño y desdicha, que esa firmeza y consistencia no le han de resultar suficientes ni mucho menos en la hora crucial.

Como en todo lo demás, aprendamos también en este aspecto a apoyarnos totalmente en el Señor, y no en nuestras propias fuerzas y recursos.

Un ejemplo muy precioso de la tenacidad lo tenemos en Jacob, tal como se nos presenta en el relato del Génesis.

Como sabemos, fue el menor de dos hermanos mellizos, y al nacer, su mano derecha estaba trabada al calcañar, o sea el talón, de su hermano Esaú. (Génesis 25:26)

Esto, en más de una ocasión en la exposición oral de la palabra lo hemos llamado su marca de nacimiento, como algo profético que iba a manifestarse en todo su alcance en lo que fue, muchos años más tarde, la noche cumbre de su vida.

Antes de eso, transcurrieron los veinte largos años en que sirvió a Labán, que vino a ser su suegro, cuidando de su ganado. El intenso calor solar del mediodía, el rocío y las heladas de la noche, y los rigores de sus rudas labores, se hicieron sentir en sus manos, que seguramente llegaron a ser muy rugosas y toscas.

Sin embargo, conservaban aquello que le había sido dado por el Creador, como un don precioso, reflejado tan vívidamente en el momento de nacer, cuando atenazaba el calcañar de Esaú, como ya dijimos.

Y llegado el tiempo de su regreso a la tierra de Canaán donde había nacido, la mano divina lo condujo a la noche álgida y gloriosa que se nos narra en Génesis 32. Tras enviar a sus dos mujeres, los hijos, siervos y el ganado hacia delante,

se quedó solo para entenderse con su Dios en un encuentro memorable.

No nos detendremos a examinar el mismo en detalle, dejándolo quizá para alguna otra oportunidad futura. Nos ceñimos, en cambio, a comentar sobre su mano – la misma del bebé el día de su nacimiento, pero ahora grande, tosca y con las arrugas de los años.

Fue una noche larga, en una lucha en la cual el Varón Celestial, que luego llegó a saber que era el mismo Dios y Señor, no podía con él, tal era su fortaleza.

Estando a punto de amanecer, el Varón exclamó:

“Déjame, porque raya el alba,” con la intención de marcharse, poniendo así fin al encuentro. (Génesis 32:26a)

Fue entonces que Jacob reaccionó firme y vehementemente. Sabía que ese Varón tenía una bendición cual ningún otro le podía otorgar, y por así decirlo, con su mano cual tenaza de acero, se asió de El y exclamó con todo ardor:

“No te dejaré, si no me bendices.” (Génesis 32:26b)

¡Qué espíritu! ¡Qué tenacidad bendita, que no se resigna por nada del mundo a quedarse sin la bendición celestial, al punto que detiene al Todopoderoso y no le deja marcharse sin que antes lo bendiga!

Ese amanecer Jacob pasó a llamarse Israel, en señal de que ya nunca volvería a ser el mismo. Al lugar le puso el nombre de Peniel *“porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma”* (36:30) y desde allí se puso otra vez en marcha, cojeando, pero con el Sol brillando sobre su rostro, como prenda de que de ahí en más, brillaría en su semblante y su ser entero una luz nueva, celestial y gloriosa.

Acotemos también que esa tenacidad desplegada en el momento crucial, estaba entremezclada con un intenso rogar y llorar, como consta en Oseas 12:4. Es decir, que se encontraban allí los dos polos opuestos que tantas veces aparecen en encrucijadas como ésta: por una parte, la fortaleza divina manifestada en el don de la tenacidad, que le fue acordada desde el vientre de su madre Rebeca; por la

otra, la debilidad de un alma profundamente necesitada, la cual, ayudada por la gracia del Espíritu Santo, ruega con las más tiernas súplicas, llorando y derramando lágrimas a raudales ante el Dios de su vida, con el anhelo ardiente de recibir Su bendición. Quedarse sin ella le habría significado una inmensa tragedia y una pérdida irreparable.

Amado lector: ¿Sientes con intensidad un clamor por Dios y lo que Él solo puede darte en la vida?

Tal vez, como muchos de nosotros en el pasado, te sientas débil, y, a veces, hasta inconstante. No obstante, busca con diligencia al Señor, pidiéndole que te bendiga con esas dos gracias imprescindibles: la tenacidad y la constancia, y no te detengas hasta que se plasmen en tu alma.

Así, tu vida será de veras como la buena tierra, que retiene la palabra oída y da fruto con perseverancia.

Al concluir la exposición de esta parábola de forma oral, en más de una ocasión hemos agregado un breve comentario sobre lo que se nos dice en Lucas 11:27-28.

Después de pronunciar Jesús unas palabras muy solemnes en los versículos inmediatamente anteriores, posiblemente hubo unos momentos de profundo silencio en la multitud que le rodeaba. Fue entonces que una mujer levantó la voz y le dijo:

“Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste.”

Jesús muy bien le podría haber contestado en tono afirmativo, diciendo que, efectivamente, Su madre, la virgen María, por haberlo alumbrado a Él, el Mesías prometido, era muy agraciada y bendita entre todas las mujeres.

Sin embargo, con ese pragmatismo tan acertado que le caracterizaba, y que siempre iba a lo más importante en la vida, afirmó contundentemente:

“Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan.”

La palabra de Dios a través de la parábola que hemos tratado, se resume en *entender, recibir y retener la palabra oída*

con corazón bueno y recto, y así dar fruto con perseverancia, tal como ha quedado explicado.

Quien se toma esta palabra muy en serio, y con firme resolución busca la gracia de Dios para guardarla con toda solicitud y diligencia, es una persona bienaventurada y muy agraciada – un verdadero dichoso.

Pero entonces, ¿qué será la persona que, por el contrario, no la toma muy en serio, ni le da mayor importancia?

La cruda respuesta es que será un miserable, un pobre desdichado.

¿Por qué?

Porque a aquello de más valor en la vida, y que perdura por toda la eternidad, no le presta la debida atención. Y en cambio, y para colmo de males, a lo otro – lo material y terrenal, que a la postre quedará hecho cenizas y desaparecerá - le está brindando ciegamente todo su afecto, tiempo y energía.

Que seamos sabios y sepamos ubicarnos en el terreno de los verdaderamente bienaventurados, y que no caigamos en la trampa fatal de deslizarnos en sentido opuesto, que eso sería para nuestra ruina eterna.

CAPÍTULO 4

Las parábolas de Jesús (2)

La pieza de plata perdida (*Lucas 15:8-10*)

Ésta es muy breve, y se encuentra como parte de un “sándwich”, precedida por la de la oveja perdida y seguida por la del hijo pródigo, ambas muy bien conocidas.

“¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa y busca con diligencia hasta encontrarla?” (Lucas 15:8)

A diferencia de la que le precede y de la que le sigue, esta parábola nos presenta algo doméstico, sucedido dentro de la casa, y no afuera, a la intemperie – es decir, en el mundo.

Entendemos que las diez dracmas – o piezas de plata, como las llamaremos en adelante – formaban parte de la diadema que el desposado le daba a su prometida, como prenda de amor y de compromiso pleno y fiel para con ella.

Ella debía conservarlas cuidadosamente, como prueba de su cariño y debida valoración de tanpreciado presente.

La parábola no nos da cuenta de cómo se extravió la pieza de plata, pero sí nos da a entender claramente que la mujer se percató, y probablemente bien pronto, de que se le había perdido.

Muy triste resulta cuando a alguien se le pierde algo importante, sobre todo si se trata de algo del reino celestial, y no se da cuenta de ello.

Esta mujer contaba con una buena dosis de sensibilidad, y al advertir lo que había pasado, de inmediato se puso en marcha para encontrarla.

Veamos los pasos que tomó:

1) Encendió la lámpara.-

Esto denota que se encontraba en la oscuridad, o bien a media luz, no pudiendo ver bien y con claridad.

Algo típico de cualquier pérdida de valores espirituales que experimentemos, es que sucede cuando no andamos en la luz plena de la palabra de Dios, y la comunión con nuestros hermanos, es decir, a oscuras, o a media luz, como en un crepúsculo interior.

Su primer medida fue la más acertada – la de encender la lámpara, que para los fines nuestros es la palabra de Dios.

“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.”
(Salmo 119:105)

Ninguna como ella cuando la leemos con oración, ahínco y tierna dependencia, para escudriñar nuestro corazón, disipar las dudas y esclarecer las cosas.

2) “Barre la casa.”

También nos da a entender algo importante: la casa necesitaba un buen barrido; se había acumulado una buena dosis de polvillo, y tal vez suciedad también. ¡Es allí, en la falta de la limpieza adecuada, que generalmente se pierden las cosas!

3) “...y busca con diligencia.”

En ese barrido y en esa búsqueda, es necesario que haya diligencia y esmero.

No debe ser como la niña de doce años, encargada por la madre de barrer el comedor y la sala, y que intenta hacerlo ¡llevando con una mano el cepillo, mientras que en la otra tiene el mando del televisor!

Seguramente que además, habrá que barrer en todas partes, debajo de las camas, tal vez mover los muebles por si la pieza está debajo de uno de ellos, y, en fin, no dejar de

buscarla en ningún rincón de cada habitación.

4) “...hasta encontrarla.”

Nada de decir “hoy he buscado bastante y me sentaré a descansar y mirar este programa que ahora empieza, y mañana continuaré la búsqueda.”

Persistencia – constancia y continuidad – no cejar hasta encontrarla – que es muy preciosa y bien merece la pena.

Una vez hallada, la mujer no puede contener su inmensa alegría, y la exterioriza reuniendo a sus amigas y vecinas, e invitándolas a que compartan su gozo por haber encontrado aquello tan precioso que había perdido.

Jesús cierra esta escueta parábola con las siguientes palabras:

“Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.” (Lucas 15:10)

Alguno podrá argumentar aquí: “esto le da un cariz distinto a la parábola – por esto vemos que no debe tratarse de algo doméstico, en el ámbito de la iglesia, la casa de Dios, sino en la esfera de un pecador del mundo que se arrepiente.”

Aunque no descartamos la posibilidad de que esa interpretación pueda haber también, nos permitimos señalar que, dentro de la iglesia, también a menudo hay pecadores que necesitan arrepentirse.

Y si no estamos de acuerdo, leamos 2ª. Corintios 5:20b, donde Pablo les escribe a los corintios: *“...os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.”*

Se trataba de creyentes bautizados, con dones espirituales y otras gracias, y sin embargo, algunos de ellos estaban enemistados con Dios, sin estar al habla con Él, y necesitaban reconciliarse.

Esto nos lleva al fin de la parábola en sí, pero ahora, imprimiéndole una tónica distinta, volvemos a lo de la diadema dada por el desposado a la prometida, con sus diez piezas de plata.

Cuando verdaderamente entramos en una relación de amor, y en un compromiso total con el Señor, Él en realidad

nos hermosea, hablando figurativamente, con la diadema, con sus preciosas piezas de plata.

En la experiencia práctica, no las recibimos todas de golpe, sino que se van plasmando una a una de forma progresiva y escalonada, acorde con nuestro desarrollo, crecimiento y maduración.

A medida que las vayamos definiendo y comentando brevemente, el lector podrá ir comprobando si es que en realidad las ha recibido, y, en caso afirmativo, si todavía las conserva, o si se le ha perdido alguna de ellas.

En caso negativo – es decir, que no haya recibido alguna, o algunas de todas ellas – que esto sea un aliciente para que profundice su relación con el Señor, para así poder recibirla/las.

1) La pieza de plata del amor.-

Su valor es por cierto inestimable, pues el verdadero amor es la salsa de la vida, que le da sabor y color.

No sólo nos bendice, sino que nos motiva, nos eleva a lo noble y puro, nos rejuvenece, y renueva nuestras fuerzas y ganas de vivir, luchar y vencer.

Tanto en nuestra comunión con el Señor, como en nuestra relación matrimonial, en la esfera de la iglesia y en nuestro trato con el prójimo en general, es como la espina dorsal, o, si se quiere, la base firme y sólida, sobre la cual se puede edificar y sustentar todo lo demás.

Quien ama de verdad es un ser feliz; quien no ama, o deja de amar, insensiblemente se desliza en el sentido contrario de la amargura y el rencor, o bien, lisa y llanamente en el del odio.

Tanto el enemigo de nuestra alma, como todos sus secuaces, son seres saturados de odio y amargura. Cuando ven a un hombre o una mujer que está viviendo en la dicha del amor, intentan con la mayor malicia, y haciendo uso de cualquier medio a su alcance, ya sea apagar, enfriar o dañar ese amor.

Es por eso que debemos guardarnos celosamente, no dándoles la menor cabida en lo que ellos buscan, a saber, que

pequemos y no permanezcamos bien cerca de Dios, la fuente eterna e inagotable del amor.

Al poner nosotros nuestra parte, disfrutaremos plenamente de las promesas contenidas en 1ª. Juan 4:16 y 5:18, que respectivamente dicen así:

"...Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él."

"Sabemos que todo aquél que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquél que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca."

2) La pieza de plata de la oración.-

Para que nuestra vida cristiana sea sana y fructífera, un requisito indispensable es que cultivemos la oración a diario.

Ella nos relaciona directamente con el Señor, dándonos así el privilegio de estar en Su presencia, brindándole nuestra gratitud y amor, tributándole alabanza y adoración, y al mismo tiempo, permitiendo que Él nos hable, ya sea para redargüirnos, corregirnos, alentarnos, consolarnos, desafiarnos, o guiarnos.

¡Cuánta bendición nos perdemos cuando desatendemos la oración, ya sea dándole poca importancia, o bien dejándola por completo!

Vivimos en un mundo hostil, en el cual un activismo casi frenético – el ordenador, la televisión, el teléfono móvil, múltiples gestiones y trámites, carreras desenfrenadas de aquí para allá, y un largo etcétera – conspiran abierta y resueltamente contra el que nos aislemos, y, sosegadamente, pasemos un buen rato a solas con nuestro Padre celestial y el Señor Jesús.

En realidad, el hecho de que nos abramos paso en medio de todos esos obstáculos, superándolos con ánimo resuelto, para estar con el Señor, es un indicio certero de que lo amamos.

Cuando se ama a alguien de verdad, se desea ardientemente estar cerca de él o de ella y disfrutar de su compañía. Por el contrario, cuando no se le ama, no existe ese deseo.

Esto nos lleva a la cruda y ruda verdad de que, cuando corren los días y las semanas, y el saldo del tiempo que hemos pasado en oración y comunión con Él es muy escaso, o prácticamente nulo, hay una triste razón de fondo.

Podrá ser que estemos muy ocupados, y el quehacer cotidiano imponga fuertes exigencias a nuestro tiempo y energías. No obstante, si a pesar de ello no somos capaces de podar en lo que sea innecesario, para poder dedicarle un tiempo razonable al Señor cada día, será una señal de que nuestro amor hacia Él está languideciendo y en peligro de extinguirse.

Hace un tiempo leímos un dicho muy interesante, de autor desconocido. Traducido al castellano, sería algo así:

“La ausencia hace al amor, lo que el viento hace al fuego:- apaga el débil, y aviva el fuerte.”

Cuando por circunstancias ajenas a nuestra voluntad – como ser, enfermedad o compromisos ineludibles – no hemos podido acercarnos al Señor en la medida en que debiéramos, si le amamos de veras, esa ausencia parcial o temporal aumentará nuestro deseo de estar con Él otra vez, y cuanto antes, y, en la primera oportunidad que tengamos, aprovecharemos para hacerlo y ponernos bien al día.

Por otra parte, si el amor que sentimos por Él es escaso, corremos el riesgo de que esa ausencia de la oración termine por extinguirlo por completo, lo cual redundaría para nuestra desdicha y ruina en todo sentido.

Tenemos la preciosa promesa de que, en el terreno de la oración, *“...el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad”* (ver Romanos 8:26-27) y además, lo que Jesús nos dice en Lucas 11:13:

“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”

Esta promesa, aunque abarca sin duda toda la rica gama de la vida cristiana, por el contexto apunta directa y expresamente a la oración, lo cual podrá comprobar el lector leyendo los doce versículos que la preceden.

Por lo tanto, si nunca has poseído esta preciosa pieza de

plata, o habiéndola tenido la has perdido, o está opaca y falta de brillo, aquí tienes la respuesta.

Con ánimo firme y resuelto derrama tu alma ante el Señor, rogándole con fe e instancia que te dé Su Espíritu en abundancia, para orar a diario y como debieras. Si lo haces de verdad, muy bien podrá traer una feliz y dichosa renovación en tu vida, como le sucedió al autor hace ya un buen número de décadas.

3) La pieza de plata de las vestiduras blancas.-

Cuando uno experimenta la realidad del nuevo nacimiento, una de las muchas bienaventuranzas que nos trae es la de sentirnos y sabernos limpios.

El arrepentimiento verdadero y la fe en la obra expiatoria del Señor Jesucristo en el Calvario, dan lugar a que el Espíritu Santo imparta sus muchos beneficios al alma que se ha acogido a esa obra expiatoria, perfecta, y hecha de una vez para siempre.

Uno de ellos - muy maravilloso por cierto - es el de regenerarla, engendrando en el ser una nueva criatura, nacida *"no...de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios."* (Juan 1:12-13)

Al mismo tiempo, todo el pasado pecaminoso queda borrado y perdonado, y el sentimiento de culpabilidad también desaparece, pasando uno, como hemos dicho, a sentirse y saberse emblanquecido, al impartirle el Espíritu Santo la virtud purificadora de la sangre de Jesucristo derramada a su favor en la cruz.

De esta manera, se comienza a andar en novedad de vida, disfrutando de lo que Jesucristo mismo llama las vestiduras blancas en Apocalipsis 3:4-5.

¡Cuánto bien nos hace sentirnos y sabernos limpios!

Nos dignifica, nos eleva a un nivel de vida totalmente distinto, y nos llena de confianza, de amor a Dios y a nuestros semejantes, y de renovadas ganas de vivir y amar, luchar y triunfar.

Sólo Dios puede hacer tan glorioso milagro para el ser humano.

En los versículos citados del Apocalipsis, el Señor le reprochaba al ángel de la iglesia en Sardis que muchos de sus miembros, triste y lamentablemente, habían manchado sus vestiduras y ya no andaban de blanco, lo que equivalía a haber perdido esta singular y preciosa pieza de plata.

¿Quién sabe en qué variedad de formas habrán consentido el pecado en sus vidas? Lo cierto es que ya no eran los mismos. Seguramente que la comunión con el Señor, el gozo de la salvación y la vida eterna, y el amor hacia las cosas sagradas y sublimes del evangelio pleno, se habían opacado.

Sus conciencias ya no les darían el feliz sello aprobatorio de que habían disfrutado en el principio, y muy probablemente se sentirían considerablemente disminuidos en su vida espiritual. Al mismo tiempo, con casi toda seguridad los intereses terrenales de su pasado habían vuelto a reclamar su afecto y sus esfuerzos.

Quienes hayan atravesado por situaciones como ésta, seguramente que las considerarán como las páginas más tristes del historial de sus vidas. En ellas, el Espíritu Santo contrastado les habrá hecho pensar en el título del Salmo 56: *“La paloma silenciosa en paraje distante.”*

Ese testimonio vivo de ser un verdadero hijo de Dios experimentado anteriormente, ya no se oía ni estaba presente; en cambio, un silencio en ese paraje tan distante en que ahora se encontraban, con reflejos de melancolía y nostalgia en lo profundo del alma.

Pero esos reflejos de melancolía y nostalgia – que Pablo llama *“la tristeza según Dios”* en 2ª. Corintios 7:9-11 – son a menudo el medio por el cual el Señor se vale para llamar al descarriado a la realidad, e infundirle un deseo incontenible de volver – de emprender el retorno – de derramar su alma ante el Señor, suplicándole misericordia, perdón, restauración, y un volver sincero y profundo a lo que se fue antes – a esa dicha inicial que había llenado su vida de luz, amor y verdad.

¡Las vestiduras blancas! ¡Preciosa pieza de plata, digna de cuidarse con el mayor empeño y esmero!

Si la has perdido, o nunca has llegado a disfrutar de ella plenamente, date de lleno a la búsqueda del Señor de todo corazón, ya sea para recobrarla, o pasar a poseerla en toda su bendita plenitud.

4) La pieza de plata de la fe.-

La fe - ¡qué palabrita pequeña, que ni siquiera debe llevar el acento que a veces se le pone por error, y que nos habla de un algo tan grande y tan imprescindible!

Como ya se ha puntualizado en más de una oportunidad, aparte de la hipocresía de los fariseos y demás religiosos de aquel entonces, la incredulidad fue lo que más fuertemente fustigó Jesús en Su ministerio terrenal.

El nunca aprobó ni justificó la incredulidad; de eso, tenemos fehaciente y abundante testimonio en los cuatro evangelios.

En una obra anterior, hemos delineado con algún detalle las diferentes funciones o manifestaciones de la fe en la vida cristiana, que, escuetamente, son:

a) La fe por medio de la cual somos salvos al convertirnos. (Ver Efesios 2:8-9)

b) La fe como fruto del Espíritu, que nos capacita para una sana relación con el Señor en nuestro diario vivir, y para un andar y una conducta consecuentes. (Gálatas 5:22-23)

c) La fe como don del Espíritu, que nos capacita para desarrollar debida y satisfactoriamente el ministerio o servicio a que hemos sido llamados. (1ª. Corintios 12:7-10)

En este tercer sentido debemos notar cuidadosamente lo que se nos señala en Romanos 12:3 - *“conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.”*

Para nuestra función dentro del ámbito del cuerpo de Cristo y del ministerio en general, cada uno tiene un llamamiento concreto y una medida de fe, asignada por Dios, y acorde con las necesidades y exigencias de esa función.

Si nos extralimitamos, tratando de hacer cosas a que no

hemos sido llamados, no hemos de cosechar sino fracasos y sinsabores.

De poco o nada servirá que en tales situaciones se trate de ejercer una fuerte dosis de fe, pues la fe genuina necesita el complemento indispensable de estar enfocada en la voluntad de Dios; de otra manera, resulta una fe carnal, brotada del esfuerzo de querer ver cristalizado algo en lo que Dios no está interesado.

Lamentablemente, esto sucede en algunas ocasiones, dando lugar a una labor estéril y que, a veces, raya en el fanatismo.

Lo contrario ocurre cuando uno se desempeña limpia y correctamente en la esfera que le ha sido divinamente asignada. En ella lo normal es encontrarse cómodo, y comprobar que el ejercicio de la fe brota espontáneamente de su interior, con el resultado de un fruto real y apetecible.

Como fruto del Espíritu, la fe nos trae reposo, y la confianza necesaria para afrontar cada situación porque nos toca atravesar en el andar cotidiano.

Para que esa fe se mantenga sana y robusta, debe ir acompañada de las demás virtudes y cualidades, como se nos ejemplifica en 1ª. Timoteo 1:5 (amor, limpio corazón y buena conciencia) y 2ª. Timoteo 2:22 (la justicia, el amor, la paz y el limpio corazón.)

La falta de cualquiera de estas otras virtudes, necesariamente atenta contra el ejercicio y buen funcionamiento de la fe. En cambio, cuando las mismas se encuentran presentes, se logra una simbiosis muy saludable, en la cual, tanto la fe como las demás virtudes, se afianzan y enriquecen mutuamente.

Terminamos con las palabras de Pablo en Romanos 15:13.

*“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el **creer**, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.”*

El confiar en la bondad y fidelidad del Señor, nos trae ese fruto tan bendito de un gozo y una paz verdaderos, basados en la grandeza y total suficiencia de nuestro Dios.

¿Será que esa preciosa pieza de plata de la fe se te ha

perdido, o se encuentra herrumbrosa?

De ser así, ponte en marcha para recuperarla, o restaurarle su brillo debido. Al lograrlo, te encontrarás como la mujer de la parábola, lleno de gozo, y con ganas de festejarlo con tus hermanos y amigos.

5) La pieza de plata de la palabra de Dios.-

Todas las piezas de plata que estamos tratando son de suma importancia, y el orden en que lo estamos haciendo no necesariamente pone a unas en un nivel superior a las otras - en realidad, todas son importantísimas e indispensables.

¿Qué hemos de decir de la Biblia, las Sagradas Escrituras, que no se haya dicho ya?

Es el libro sin igual, compuesto de sesenta y seis libros, escritos por muchos autores distintos, pero inspirados por el mismo Espíritu Santo de Dios. Su enseñanza es multifacética, y aborda todos los temas concebibles de la vida presente, presentándolos con la sabiduría de la perspectiva divina, y anunciando además que, después de la muerte, sólo hay dos destinos que nos aguardan. El uno es el de la dicha eterna, para los que somos de verdad de Dios y de Su Hijo Jesucristo; el otro, el de la ruina y confusión perpetua, a los que lo rechazan y desobedecen.

Es la herramienta de trabajo predilecta, que se nos ha dado a los hijos de Dios para nutrirnos espiritualmente, para guiarnos, advertirnos de peligros, redargüirnos, reprendernos, corregirnos, alentarnos, desafiarnos y consolarnos, según las circunstancias, etapas o necesidades porque estemos atravesando.

Es también el medio más eficaz para comunicar el mensaje de salvación, e impartir las verdades y principios de la vida cristiana, lo cual se logra de forma efectiva cuando se lo hace con la unción y la virtud del Espíritu Santo.

Para todo hijo de Dios debe ser el primer y mejor libro de todos, el cual se ha de leer, estudiar y obedecer a diario y con todo ahínco.

Como pasa con todas las demás cosas *“que pertenecen a la*

vida y a la piedad" – para usar el lenguaje de 2ª. Pedro 1:3 - resulta indispensable que mantengamos para con la Biblia un sano apetito y una correcta disposición de corazón. Mas ¡ay! nos tememos que en tantos y tantos casos, este apetito y correcta disposición se pierden, casi insensiblemente, dejando que otras cosas interesantes y llamativas, pero de poco o ningún provecho para lo eterno e imperecedero, absorban el tiempo de uno y sutilmente se ganen su afecto y aun su devoción.

Si algo de esto le ha sucedido al lector, que estos párrafos le signifiquen una voz de alarma – un urgente llamado de atención. El trato que se le da a la Biblia es, generalmente, un índice bastante fiel y aproximado de lo que es nuestra verdadera relación con el Señor.

Sé sensible a esta voz de alarma, y pídele al Señor con instancia y ferviente insistencia, que haga renacer en tu corazón el amor a Su libro maravilloso; y si nunca lo has tenido en el pasado, que Él lo haga nacer por Su Espíritu.

Léela y léela con avidez, y no dejes de hacerlo hasta que tu oración sea contestada. De ahí en más, la amarás de verdad, y no podrás dejar pasar un solo día sin alimentarte y abrevarte de ella.

6) La pieza de plata de la humildad.-

El hecho de que Jesús, en Su enseñanza y prédica durante Su vida terrenal haya hecho tanto hincapié en la humildad, nos da una idea fiel y veraz de su gran importancia.

"Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón..."
(Mateo 11:29)

"De cierto os digo, que si no os volvéis y hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos." (Mateo 18:3)

"Cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido." (Lucas 14:11)

"El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo." (Mateo 23:11)

Estos no son sino solamente cuatro de sus muchísimas afirmaciones sobre el particular en que estamos, afirmaciones

que, por otra parte, Él revalidó cumplidamente con el ejemplo perfecto y supremo que nos dio a todo lo largo de Su vida terrenal, y sobre todo, en Su muerte redentora.

Lo contrario de la humildad – la soberbia, el envanecimiento o el orgullo – son cosas sutiles que se pueden llevar o anidar en el corazón, sin que uno se dé cuenta de ello.

Como se ha afirmado más de una vez, hay una gran diferencia entre alguien que es naturalmente de una humildad, digamos razonable, y otro, que ha sido humillado por el trato personal de Dios en su vida.

El primero, si le tocara en suerte ya sea el éxito o la fama, muy bien podría convertirse de buenas a primeras en un soberano engreído.

El segundo, enseñado por el Maestro de los maestros como Él sólo sabe hacerlo (a menudo por la vía del dolor, la disciplina o el escarmiento) será alguien que sabrá sentirse y saberse siempre, aun en la hora del éxito y la fama, como muy pequeño, muy indigno, y totalmente inmerecedor de la bendición que ese éxito y esa fama le pueden haber deparado.

El envanecimiento ha sido en no pocos casos la ruina de quienes corrían bien y prometían mucho.

Por lo tanto, cultiva con esmero la virtud de la sencillez – de saberte de veras un pequeño, muy necesitado de la gracia y el favor de Dios en todo momento y toda situación de la vida.

Así te evitarás muchos quebrantos y males, y tu vida toda podrá ser para la gloria de Dios, que, al final de cuentas, es lo mejor y lo que más interesa.

7) La pieza de plata de la consagración total.-

“...os ruego, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.” (Romanos 12:1)

En la parte final del capítulo anterior, Pablo ha expuesto con singular inspiración la grandeza de Dios, Quien sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos.

Al iniciar ese capítulo 12 toma las misericordias de Dios,

pasando del singular al plural, como su base y punto de apoyo para exhortarnos a que nos presentemos totalmente a Dios como sacrificio vivo.

Decimos totalmente, porque el presentar nuestros cuerpos presupone hacer lo propio con nuestro espíritu y nuestra alma – es decir, el ser entero.

Semejante misericordia, y tan maravillosa gracia de Su parte, nos colocan a todos en la obligación moral ineludible de darnos del todo al Señor, para cuanto Él desee de nosotros.

Al terminar con las palabras “*vuestro culto racional*” está corroborando lo dicho: nada más consecuente, lógico y razonable que lo hagamos.

Por consiguiente, el no hacerlo es lo contrario, es decir una irracionalidad y una inconsecuencia o incoherencia, propias de corazones desagradecidos, que no valoran debidamente la inmensa bondad que Él ha tenido y tiene para con nosotros.

En 2^a. Corintios 5:14b y 15, el mismo Pablo lo expresa con mayor énfasis aun, al decir “...*si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquél que murió y resucitó por ellos.*”

Por lo tanto, la consagración total de nuestras vidas, de ninguna manera debe entenderse como algo que corresponde al grupo más selecto y espiritual de la iglesia. Lo expresado anteriormente hace que se haga extensiva a todo verdadero hijo de Dios, redimido por la sangre del Cordero.

Desde otro punto de vista, no ha de verse como una exigencia muy dura y penosa que se nos impone. Si bien a veces supone esfuerzo y sacrificio, en esa consagración total al Señor nos realizamos como personas, llegando a ser el hombre o la mujer que Dios ha querido que seamos – útil, fructífero y un reflejo de Su gloria, aunque pálido e incompleto.

Adicionalmente, la consagración total es la mejor inversión que podemos hacer de nuestras vidas, y también la más segura. En ninguna otra mano que no sea la Suya, estarán tan seguras, tan realizadas y tan dichosas.

Por otra parte, si no las ponemos totalmente en Sus manos

y a Su disposición, casi seguro que terminaremos en una mediocridad opaca y muy deslucida, cuando no en la frustración y el fracaso.

Cuando un creyente se resiste a hacer la entrega total de su vida al Señor, es un síntoma de que no tiene una comprensión limpia y clara del amor divino para con su persona.

Esto casi siempre va acompañado de otros intereses, amores o compromisos, a los cuales no está dispuesto a renunciar.

Puede también deberse a ligaduras derivadas de una militancia en el ocultismo en el pasado, y que no han sido debidamente tratadas y eliminadas.

Cualquiera sea la causa, si ha sido confrontado con la necesidad, para su propio bien, de rendirse totalmente al Señor, y no lo ha hecho, se sentirá con culpabilidad en su conciencia. Por más que busque justificativos, la voz de ese juez moral interno con que Dios nos ha creado, no le dará un testimonio aprobatorio. Y debajo de la superficie, siempre yacerán en su fuero interno sentimientos de incredulidad, temor, desconfianza o falta de paz.

Todo esto es tan triste como sombrío, y a cualquier lector que esté atravesando por una situación semejante, no podemos menos que encarecerle que se aisle en su habitación, para encontrarse a solas con el Señor.

En ese lugar íntimo, contemplando al Crucificado, que, con Sus brazos abiertos de par en par todavía le sigue amando de verdad, dese por vencido, en una rendición incondicional y absoluta.

Al hacerlo, y así zafarse por la virtud del Espíritu Santo de las cuerdas y ataduras que le tenían sujeto y atrapado, comenzará a disfrutar de una nueva paz en su alma. Además, la conciencia pasará ahora a prodigarle el sello aprobatorio que antes le negaba, y su vida empezará a discurrir por carriles de reposo e íntima satisfacción.

Descubrirá también, para su gran deleite, que lejos de encontrarse agobiado por crueles exigencias o penosas

penurias, como a veces se imaginaba que ocurriría, habrá entrado a vivir en una dimensión nueva.

En la misma, poco a poco se irá afianzando en un estado de bienestar interior, y de relación diáfana y preciosa con el que habrá pasado a ser el Amo, Dueño y Señor de su vida.

Terminamos con las palabras del mismo Jesús, que lo definen y describen con toda aptitud.

“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.” (Mateo 11:29-30)

A una invitación tan amorosa y preciosa, sólo un corazón muy duro se puede resistir. Que el tuyo no sea así, caro lector.

8) La pieza de plata de trabajar con amor para el Señor.-

Ésta es en realidad una consecuencia natural y lógica de la anterior.

¡Trabajar para el Rey de reyes y Señor de señores!

¡Qué honor! ¡Qué privilegio! ¡Qué distinción y qué dicha tan grandes!

Hay trabajos que resultan desagradables, o bien ingratos, frustrantes, deshonestos o sencillamente indignos.

Por el contrario, ganarse el pan trabajando honradamente en una empresa, o en una actividad correcta y honesta, es una honra que dignifica a quien lo hace. Si a ello se añade el trabajar sirviendo al Señor en el tiempo que queda libre, de forma desinteresada y por puro amor hacia Él y hacia el prójimo, se alcanzará algo que agrada al Señor sobremanera, y que Él se encargará de premiar con creces a su debido tiempo.

Hemos hecho la salvedad de que se lo sirva, además de tener una labor seglar para el sustento, porque creemos que esto es prenda y señal de algo desinteresado y muy satisfactorio. Como quien lo hace no percibe dinero por hacerlo, pues no lo necesita, en realidad está evidenciando la motivación noble del amor, sin buscar recompensa material.

Esto debe tenerse muy en cuenta, porque a veces, debajo

del deseo de servir al Señor, puede yacer sutilmente escondida y casi inconsciente, la intención de eludir la responsabilidad de cumplir un horario de trabajo, o bien la de hacerlo por la recompensa material, que lo puede convertir a uno en un asalariado, que no está movido por el amor.

Desde luego que, a su tiempo, uno puede llegar a estar tan dedicado a la obra del Señor, que se haga necesario dejar el trabajo seglar. Quien así lo haga, y con un claro respaldo de lo alto sobre sus labores, por supuesto que pasará a ser un obrero digno de su salario, el cual, el mismo Señor se encargará de que le llegue por una vía o por otra.

Estimamos que el proceso de pasar primero por la escuela del trabajo para el sostén propio – y de la esposa y los hijos si los tuviere – le da a quien pasa más tarde al servicio a tiempo pleno, una autoridad, y un peso valioso, al tener que aconsejar y animar a otros, que tienen la responsabilidad de salir a trabajar para ganarse el pan.

Desde un punto de vista práctico, les podrá hablar y exhortar como quien ha pasado por lo que están pasando ellos, y como quien ha hallado la gracia del Señor, aun en medio del cansancio tras la jornada de labor, para dedicarle con tesón a Él tiempo y esfuerzos a los fines del reino de Dios.

Por otra parte, es evidente que no todos son llamados al servicio a tiempo pleno. Aquéllos que han de continuar perseverando en tareas u obligaciones seculares, pero que igualmente se deleitan en servir al Señor, también son, desde luego, dignos de admiración.

Tal vez no por escrito, pero sí oralmente, el autor ha citado alguna vez la acertada observación de que en la iglesia hay dos clases de personas: las que trabajan y las que critican.

Estas últimas, por atrofia, son las que llegan a un estado de frustración o malestar interno, que se habría evitado si se hubieran brindado a trabajar para Dios. Quien hace esto último de buen grado y en la voluntad divina, logrará sin duda una íntima satisfacción y disfrutará de una condición o estado interior sano y saludable.

A todas estas reflexiones, basándonos en las palabras de Jesús que se encuentran en Juan 9:4 - *"La noche viene cuando nadie puede trabajar"* - añadimos la exhortación al lector, si no lo está haciendo ya, de que busque al Señor, con la aspiración de trabajar para Él, por *"la comida que a vida eterna permanece."* (Juan 6:27)

A veces hay que estar dispuesto a empezar por el primer peldaño de algo pequeño, que no llama la atención de los demás, pero que es esa tarea precisa que el Maestro tiene para uno, y que tal vez ningún otro pueda hacerla tan bien como uno mismo.

Movido por el amor, y despojado de todo deseo de protagonismo o de recompensa material, conviértete en una hormiguita laboriosa. Por algo se la alaba en Proverbios 6:6-8 y 30:24-25.

En la primera oportunidad que se te presente, sitúate delante de un hormiguero y observa detenidamente, y por un buen rato, el ir y venir de las hormiguitas. Seguramente que al hacerlo, al igual que quien esto escribe cuando lo hizo hace un tiempo atrás, notarás detalles y verás cosas de mucho interés, que te servirán de ejemplo y estímulo.

¡Que esta octava pieza de plata esté presente en tu diadema y se encuentre bien pulida y brillante!

9) La pieza de plata de un corazón tierno y sensible.-

Como verá el lector, ninguna de estas virtudes que estamos considerando a través del prisma que nos brinda esta parábola, puede considerarse optativa o de importancia secundaria.

Como todas las anteriores, ésta del corazón tierno y sensible reviste carácter fundamental. Cuando el corazón se enfría y endurece - cuando pierde la ternura y la sensibilidad - a menos que se remedie pronto, se desembocará en un franco declive espiritual, que podrá ser muy peligroso.

La promesa de Zacarías 12:10 - *"...derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, Espíritu de gracia y de oración"* - es una de las más preciosas para quienes se

encuentran en ese triste estado.

Por supuesto que no se habrá de concretar sin que uno ponga su parte, acercándose con sinceridad e instancia al Señor, consciente de la gravedad del estado en que se encuentra.

Notemos que es una promesa dirigida a los que, espiritualmente hablando, son de la casa de David y de la Nueva Jerusalén, pero que, por las razones más diversas, han perdido el rumbo o están muy venidos a menos.

Esta operación particular del Espíritu Santo, no se ha de confundir con aquélla en la cual un alma pasa de muerte a vida al nacer de nuevo, y recibe el Espíritu Santo, por el cual, con amor filial clama "*Abba Padre*", sabiéndose ahora un hijo de Dios por primera vez en su vida.

Antes bien, se trata de una operación de restauración, encaminada hacia quienes, habiendo experimentado lo anterior en el pasado, han visto opacada su visión y llegado a un estado de abierta decadencia.

Vale la pena examinar el versículo en su totalidad, puesto que contiene importantes verdades aplicables a situaciones de esta índole.

Lo primero que hace el Espíritu de gracia y de oración, es actuar sobre el corazón frío y endurecido, para comunicarle ese calor tan Suyo - el del amor y del fuego divino - de tal modo que se derrita y se enternezca.

Esto va en un todo de acuerdo con otra preciosa promesa - la de Ezequiel 36:26b

"...y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne."

Al derramarse en el corazón el Espíritu de gracia y de oración, el corazón de piedra, duro y frío, se transforma en uno de carne - no carnal, sino como la carne de nuestra mejilla, por ejemplo, que es tierna y está a una temperatura de cerca de 37° centígrados.

Se lo llama Espíritu de gracia, porque nos trae la gracia divina que hace posible este milagro, que nunca podríamos lograr librados a nuestros propios recursos. No bien empieza

a derramarse en el corazón, se siente una gran diferencia, y el tono de nuestra voz cambia, y nos damos cuenta de que hemos comenzado a orar de una forma distinta y viva, sintiendo que estamos siendo tocados por el Señor, y también que lo estamos tocando a Él.

Otra versión - la autorizada del Rey Santiago - pone *Espíritu de gracia y súplica*, en lugar de oración, lo que refleja un clamor intenso que brota de lo más hondo del ser.

Lo que sigue en el texto: "...y mirarán a mí, a quien traspasaron" debe quedar bien comprendido y asimilado. No se nos mueve a mirarnos a nosotros mismos, en nuestra triste condición de necesidad, dolor o angustia, sino a Él, el bendito Crucificado.

El versículo tiene como interpretación primaria, el sentido profético que apunta al gran arrepentimiento que ha de experimentar el pueblo de Israel, en un futuro que se considera que vendrá cuando haya entrado la plenitud de los gentiles (Romanos 11:25-27) o bien, "...hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan." (Ver Lucas 21:24)

No obstante, indudablemente también tiene una aplicación presente para quienes, habiéndose enfriado, apartado, o entrado en un estado de decadencia, necesitan restauración.

En ese mirarlo a Él, en seguida se tomará conciencia de haberlo traspasado, pero no con los clavos de Su crucifixión en el Calvario, sino con los propios de la ingratitud, desobediencia, rebeldía e infidelidad.

Mas no ha de ser un mirarlo y pensar en esas cosas de manera fría y seca; será, en cambio, un mirarlo con tierna y profunda contrición, para pasar a llorar, movidos por el Espíritu, no por una mera emotividad natural.

Sabemos que hay tres formas de llorar, a saber: la de una persona afectada por un mal espíritu, que a veces se manifiesta llorando, pero con un llorar falso y a menudo burlón; el llorar que brota de las propias emociones, y que resulta como una válvula de escape para dar curso a una

tristeza o dolor que se siente; y el llorar por el toque del Espíritu Santo en nuestros corazones, para expresar un tierno arrepentimiento, o bien la emoción santa de una entrañable gratitud y amor hacia el Señor.

Es a esta última que se refiere este versículo. Al agregarse *“como quien llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito”*, se está dando a entender lo profundo, tierno e intensamente entrañable de ese llorar.

El hijo único es tan querido y precioso, que por él se siente de la manera más tierna que se pueda concebir. A ello se agrega el afligirse por el primogénito, por el cual también se siente profunda y entrañablemente.

Y, como broche de oro que no se nos debe pasar desapercibido, estos dos vocablos señalan con toda claridad al *Hijo Unigénito de Dios*, que por Su muerte redentora hizo posible que por el renacimiento Dios tuviera más hijos propios, engendrados por Él - no meramente adoptados - de tal manera que el Hijo Unigénito ha pasado a ser el *Primogénito*, para Su mayor gloria y exaltación aun. (Ver Romanos 8:29)

También agregamos que ese llorar del cual estamos hablando, no sólo es una expresión del más sentido arrepentimiento. Siendo provocado por el Espíritu Santo, cumple también una labor muy importante, que es la de efectuar lo que solemos llamar los lavajes internos de Dios dentro del alma. Por medio de los mismos se eliminan las toxinas, bacterias o residuos - valgan los vocablos que empleamos - que habían invadido todo el ser durante el tiempo de desobediencia y alejamiento de los caminos del Señor.

A veces ese llorar llega a ser tan intenso, que quienes lo experimentan pueden llegar a pensar que jamás se habrían imaginado que lo podrían hacer con tanta intensidad.

Esa intensidad proviene de la virtud del Espíritu Santo, que *Él ha hecho morar en nosotros, y que nos anhela celosamente*, tal como consta en Santiago 4:5.

Esto es nada menos que el llorar de Dios mismo dentro de

uno, gimiendo y clamando por una vida distorsionada por la desobediencia y decadencia espiritual. Él anhela con fervor y celo santo, que sea todo lo que Él ha querido que sea al crearla, y que no quede sumida por más tiempo en las tinieblas ni atrapada en la esclavitud del reino del mal.

Éstas son cosas muy profundas y sagradas, y deseamos y oramos que el lector pueda comprenderlas, valorarlas y asimilarlas debidamente.

Tienen que ver con la dicha de tener un corazón tierno y sensible para con las cosas de Dios, y muchas veces, esta vía del profundo arrepentimiento por la gracia del Espíritu, es la forma más eficaz para alcanzarla.

Una solemne reflexión:- si el tener un corazón tierno y sensible para lo celestial es una verdadera dicha, ¿qué será el encontrarse en el estado opuesto de tener un corazón endurecido e insensible?

La cruda verdad es que supone una gran desdicha. A quien se encuentre en esa condición, sólo se le puede aconsejar que con la mayor urgencia busque e invoque al Señor para salir de ella, y pasar a ser un dichoso arrepentido, que percibe tiernamente las cosas sagradas y sublimes de nuestro Dios.

Al final de cuentas, sólo ellas perdurarán, mientras que lo material y terrenal, convertido en cenizas, habrá de desaparecer para siempre, no quedando nada, absolutamente nada, de todo ello.

10) La pieza de plata de la llama del fuego divino.-

Aunque para algunos podrá parecer innecesario, señalamos que esta llama del fuego divino no debe confundirse con histerismos, euforias, o gritos desaforados, los cuales algunos pueden pensar que son una veraz manifestación de ese fuego.

Ciertamente, cuando uno está lleno del Espíritu y con esa llama ardiendo en el corazón, se puede muy bien proclamar la palabra o hablar a gran voz.

De hecho, leemos que Jesús así lo hizo en más de una

oportunidad (ver Juan 7:37 y 11:43), como así también el apóstol Pablo, en las ocasiones consignadas en Los Hechos 14:9-10 y 16:28.

Quien tenga olfato y oído espiritual, sabrá diferenciar entre lo uno y lo otro. En lo auténtico hay un sonido potente, pero limpio y claro, propio de una persona que, por cierto, está totalmente en sus cabales, y que al hablar de esa forma por el Espíritu, domina la situación en que se encuentra y atrae poderosamente la atención de cuantos le escuchan.

Por el contrario, en lo aparente o ficticio, se detectará un cierto desequilibrio, propio de quien está buscando impresionar a los demás, procurando dar una sensación de gran poder y fuego.

Como la fuerza con que se lo hace en tales casos es la propia y no la del Espíritu, quien cuente con el debido discernimiento y madurez, se dará bien cuenta de ello, mientras que los más bisoños o inmaduros tal vez no lo adviertan, y piensen que es el verdadero fuego.

Jesús mismo afirmó que uno de los propósitos para los cuales vino al mundo, fue el de echar fuego sobre la tierra. (Ver Lucas 12:49) El día de Pentecostés se dieron las primicias, cuando sobre cada uno de los ciento veinte discípulos que se encontraban en el aposento alto se asentaron lenguas repartidas, como de fuego.

Eso los convirtió en una fuerza incendiaria formidable, que en muy breve plazo llenó a Jerusalén con la gloriosa verdad del Crucificado Redentor, resucitado, ascendido y glorificado.

Describir la llama del fuego divino con exactitud no es nada fácil. La palabra como de fuego da a entender que hay una similitud - que se asemeja al fuego normal y corriente que conocemos, pero sin ser precisamente el mismo.

Desde luego que, una cosa es saber acerca del fuego, por lo que se ha leído u oído de él, y otra muy distinta, por haberlo experimentado.

Esto último nos hace sentir su intenso calor en el corazón,

que destierra todo vestigio de frialdad o tibieza; también, de la misma forma en que la llama siempre sigue un curso vertical ascendente, esa fuerza espiritual del fuego divino nos eleva hacia el trono del Dios Padre, y hacia Cristo que está a Su diestra.

Es además una fuerza o energía de amor, santidad y fe, que busca lo puro y lo noble, a la par que consume la escoria, la madera, el heno y la hojarasca de lo que es terrenal, carnal, e improductivo para los fines del reino de Dios.

La forma particular en que funciona o se manifiesta en unos y otros, por supuesto que puede variar considerablemente, pero creemos firmemente que los efectos o resultados, en general, han de ser necesariamente los que hemos reseñado en los dos párrafos precedentes.

Para que sea encauzado correcta y provechosamente, al igual que todas las demás operaciones del Espíritu, es necesario que discurra dentro de los lineamientos que nos traza la palabra.

Uno de ellos, muy importante por cierto, es el que figura en 1ª Corintios 14:32, en el sentido de que los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas. Nunca se podrá afirmar con razón valedera, que el fuego que sentía en su espíritu lo obligó o forzó a uno a hacer o decir algo, aun cuando sabía que estaba fuera de lugar, o que era a destiempo.

También se lo debe acompañar de las demás virtudes, o si así se lo prefiere, del fruto del Espíritu, definido en Gálatas 5:22-23 como el amor, el gozo, la paz, la paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza.

Una persona con el fuego de que estamos hablando, pero falta, por ejemplo, de paciencia y mansedumbre, puede llegar a desvirtuarlo e incluso a causar mucho daño.

La norma fundamental de que con él se glorifique a Dios y al Señor Jesús, y no al hombre, resulta imprescindible para el logro de un fruto auténtico y duradero.

Si quien ha recibido ese fuego no se ha esmerado en cultivar el carácter de Cristo en su vida, insensiblemente

puede ir perdiéndolo. En casos como ése, tal vez busque reemplazarlo con el fuego de sus propios medios y recursos, el cual, para el entendido resultará algo así como un címbalo que retiñe.

Hemos visto casos de personas que, al orar por alguien imponiéndole las manos, lo han hecho haciendo temblar sus brazos y manos. Nos ha resultado harto evidente que ese temblar ha sido provocado por ellos mismos, seguramente recordando ocasiones del pasado en que, bajo la bendición del Espíritu, siervos de Dios temblaban al fluir el poder de Dios a través de ellos.

En esto lo que ha sucedido es que ha confundido por causa lo que en realidad es el efecto. El poder no viene ni se logra por temblar uno, sino que, inversamente, el temblar se produce como un resultado del poder.

Todo esto, claro está, con la salvedad de que nos estamos refiriendo al poder y al temblor auténticos, por la genuina operación del Espíritu Santo. Apenas si hace falta acotar que hay los que no lo son, pero sobre eso no entramos en detalles para no extendernos en demasía.

La llama del fuego divino es en verdad un don muy precioso y sagrado. Debido a ello, se lo debe atesorar, velando porque nunca se apague o languidezca, y procurando encarrilarlo siempre con la mayor madurez y responsabilidad.

El chisporroteo del fuego en el fogón o la chimenea, es algo muy atractivo y hermoso, pero siempre resulta necesario que la llama esté correctamente situada y encaminada. Solemos decir que con el fuego no se juega, lo cual es tanto más aplicable aun al sagrado fuego celestial.

¿Tienes esta pieza de plata, como parte de lo que el Señor te ha dado? Cuídala bien, para que esa llama arda siempre dentro de tu corazón, viva y pura, en la vertical hacia el Señor, pero también en la horizontal hacia tus hermanos y semejantes.

Hemos llegado así al fin de la décima pieza de plata,

entendiendo que podrían ser más que diez, pero nos hemos ceñido a ese número por ser el que está fijado por Jesús en la parábola.

Creemos que, a quien posea de verdad en su vida práctica esas diez que hemos tomado, por cierto que no le podrá ir mal, antes bien, será un vaso *"para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra."* (2ª Timoteo 2:21)

CAPÍTULO 5

Las Parábolas de Jesús (3)

El hijo pródigo (*Lucas 15:11-32*)

La más famosa de todas las parábolas, la del hijo pródigo ocupa un lugar muy especial en el corazón de casi todos los hijos de Dios.

En ella, las grandes verdades que encierra, se nos presentan aderezadas por el aspecto emotivo y entrañable del relato de tal forma, que nos atrae y fascina por una parte, y nos enseña y enriquece por la otra, como sólo sabe y puede hacerlo nuestro querido Maestro que la narró.

Seguramente que el lector la habrá leído varias o muchas veces, y tal vez también haya escuchado un buen número de mensajes, y leído exposiciones y comentarios sobre ella.

No obstante, le animamos a que igualmente lea este capítulo en su totalidad. Algunas cosas que ya sabe quizá se le aparezcan presentadas desde otra perspectiva, que le ayudará a asimilarlas mejor; otras, también conocidas, tal vez se robustezcan más en su comprensión al leerlas otra vez, pero traídas y presentadas por conducto distinto; y - ¿por qué no decirlo? - quizá algún par de puntos de importancia le resulten nuevos y de provecho.

Además de muchos otros aspectos de interés que contiene, creemos que las dos enseñanzas sobresalientes son la del arrepentimiento, y la de la revelación del corazón del Padre.

Con respecto a la primera, conceptuamos que junto con el Salmo 51 y el pasaje de 2ª Corintios 7:9-10 sobre la tristeza que es según Dios, constituye la pieza más selecta, rica y profunda que se nos brinda en toda la Biblia.

En cuanto a la segunda, debe considerársela a la luz de la palabras del mismo Jesús en Mateo 11:27, repetidas casi textualmente en Lucas 10:22 -

"...nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo lo quiera revelar."

Por haber morado en el seno del Padre desde la eternidad, oyendo el latir incesante de Su gran corazón de amor, ninguno como Él para dárnoslo a conocer. (Ver Juan 1:18)

¡Y por cierto que lo ha hecho, y de qué forma veraz y cabal!

Su vida terrenal fue todo un calco, vivo y exacto, de lo que es el Padre, el Dios eterno e invisible. Y a ello ha agregado su prédica clara y maravillosa, de los más variados matices, y que, en la parábola en que estamos, resalta con pinceladas geniales que lo describen incomparablemente.

El arrepentimiento.-

Empecemos, pues, por el arrepentimiento, que es un factor importantísimo, que debe ser bien comprendido y absorbido por todo hijo de Dios, dado que nos brinda una base fundamental para la vida cristiana, sin la cual no se podrá edificar con la debida solidez.

Es la historia de un hijo menor, que pensaba en los placeres y deleites que el mundo le podría ofrecer.

Es muy probable que en una etapa anterior, su padre le haya advertido sobre lo falso y engañoso que esos placeres y deleites en realidad eran.

No obstante, no creyendo que así fuera, llegó un día en que le pidió al padre que le diese la parte de los bienes que le correspondía.

En esto ya vemos un apresuramiento indebido, siendo lo normal y correcto esperar a que el padre tomase la iniciativa al respecto. Incluso en muchos casos, aunque no siempre,

debe mediar la muerte del padre primeramente, para que así se pueda pasar a disfrutar de la herencia estipulada en el testamento.

Lo cierto es que el padre no se negó a darle los bienes que le correspondían, aun sabiendo que supondría su marcha a un mundo en que le iba a ir muy mal.

¿Por qué procedió así?

Porque era un padre sabio, que comprendía bien algo que todos debemos aprender y comprender: que cuando no se acepta y asimila por el razonamiento y la persuasión, la única vía que queda es la del escarmiento.

Ninguna como ella para grabarle a fuego, y en carne viva y a través del dolor, lo que uno no quiso aceptar cuando se le habló y explicó con toda claridad y bondad.

Así las cosas, bien pronto emprendió un viaje, del cual no sabía ni se imaginaba para nada que, a la postre, iba a regresar escarmentado y con una comprensión de las cosas y de la vida, diametralmente opuesta a la que tenía al partir.

Bien podemos suponer que en un principio, como el platudo que era, llevando consigo los bienes recibidos de su padre, seguramente que se habrá hecho de un buen número de amigos, pero no de los verdaderos.

Viene a nuestra mente el recuerdo de unas líneas de un tango porteño, aprendido, junto con muchos otros, en la niñez y adolescencia en Buenos Aires, hace muchos años.

*“Aprendí todo lo bueno – aprendí todo lo malo;
Sé del beso que se compra, sé del beso que se da;
Del amigo que es amigo, siempre y cuando le convenga,
Y sé que si tiene mucha plata, uno vale mucho más.”*

Son las falacias de este mundo vil, en el que generalmente la segunda intención y el interés personal lo rigen todo, o casi todo.

Viviendo perdidamente, muy pronto se quedó sin nada, y desde ese punto vemos al arrepentimiento entrar en funcionamiento, valiéndose de lo que deparaban las circunstancias dispuestas por la mano divina.

Coincidentemente con su quedarse sin nada sobrevino una gran hambre. Al buscar un trabajo para obtener algún medio de subsistencia, se encontró con lo que habrá sido un golpe rudo y cruel para su orgullo.

Al dejar su hogar, sin duda que esperaba abrirse paso en el mundo, tal vez ser todo un triunfador, o bien un personaje estimado y valorado. Mas el ciudadano de esa tierra al cual se arrimó en busca de trabajo, tras mirarlo y escucharlo brevemente, bien pronto lo cataloga y decide que es la persona ideal, pero ¿para qué?

Resulta que como parte de su hacienda, tenía un chiquero lleno de cerdos, y considera que para él, como forastero recientemente llegado, la tarea de estar con ellos y cuidarlos era la más apropiada.

¡Tales eran los méritos con que lo valoraba!

Arreciaba el hambre; deseaba llenar su vientre, aunque fuese con las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba.

Había ido buscando, golpeando a la puertas, pidiendo, pero en todos los casos recibía un no rotundo, frío y cruel.

Después de haberse pensado y sentido importante, descubre en cambio que nadie lo considera ni lo mira por segunda vez, y esto le supone un crudo y doloroso desengaño.

De ahí en más, el relato nos va delineando ordenada y escalonadamente los pasos a que lo va llevando el arrepentimiento.

1) "Y volviendo en sí..." Nos da a entender claramente que estaba fuera de sí, como uno que ha perdido el juicio – que no está en sus cabales.

Siendo el Señor, como nuestro Creador y Dador de la vida, El que debe ser el centro de todo nuestro vivir y andar, quien se aleja de Él de hecho se convierte en un excéntrico, lo que resulta de verdad una sentencia muy punzante. Con esto se está diciendo que es uno que ha perdido el juicio.

El arrepentimiento lo despierta a esa terrible realidad, pero no para dejarlo en ella, sino para que recobre el juicio y la cordura.

2) "¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!" El arrepentimiento también le hace reconocer la triste situación a que ha llegado. Lo contrario de cuando, empecinadamente, uno razona diciendo que no le va del todo bien, pero que espera que vendrán días mejores y podrá reponerse.

3) "Me levantaré..." Tácitamente, le hace reconocer que ha caído, pero no lo deja ahí, sino que lo impulsa a levantarse. Todo lo contrario de la autocompasión o lástima de uno mismo, que lo mueve a lamentarse a uno de lo mal que se encuentra, pero que lo deja caído y sin esperanza.

4) "Iré a mi padre..." No al psiquiatra ni al psicólogo, sin querer desmerecer el beneficio que se puede recibir, tanto del uno como del otro, siempre y cuando sus consejos no estén reñidos con las verdades que nos presenta la palabra de Dios. Sin embargo, y al final de cuentas, para el hijo que se ha descarriado y necesita restauración y perdón, es sólo el bendito Padre celestial Quien se los puede otorgar en Su infinita misericordia.

5) "... y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti." Aquí hay un punto importante, al que hay que prestar mucha atención, y sobre el cual nos extenderemos un poco.

Tanto en ésta, su propuesta intención de volver al padre, como al llegar al punto de encontrarse con Él, el hijo pródigo muy bien podría haber pensado en decirle qué mal le había ido.

"Padre, ¡si supieras qué mal me siento! Hace días y días que apenas si he podido comer algún triste bocado. Me he sentido tan solo, tan acongojado, tan abandonado..."

"He estado durmiendo muy poco, sin disfrutar de una buena cama, ni del abrigo necesario. Necesito que me ayudes y me consueles."

Aunque todo eso era verdad, en realidad habría sido autocompasión, lamentándose por todo el mal que le había sobrevenido, lo cual era en efecto la consecuencia, no la causa de su condición tan miserable.

Con Su sabiduría tan certera, Jesús nos describe al hijo arrepentido sin que haga la menor referencia a la situación en que se encontraba – sus dolores, penas y penurias – y en cambio, lo presenta reconociendo la causa de todo eso y diciendo *“He pecado contra el cielo y contra ti.”*

Aquí tenemos, pues, una verdad que – lo recalcamos – es muy importante: es imprescindible que se reconozca la causa o raíz – el pecado y la desobediencia de uno - y que haya un genuino arrepentimiento por todo ello.

Ahora bien, se puede estar totalmente de acuerdo, pero no prestarle sin embargo la debida atención en la práctica.

Así, al tratar con una persona maltrecha y muy golpeada por la vida, a menudo se pasa en seguida a hablarle de un Jesús que le ama y le puede consolar y sanar.

Eso desde luego que está bien y es parte del evangelio – sanar a los quebrantados de corazón – pero no nos debemos detener ahí, en ese punto. Resulta indispensable que por la obra del Espíritu, esa persona reconozca sus faltas y pecados, y por más que haya sido calumniada, maltratada o traicionada por otros, venga al Señor, *no como una víctima inocente, sino como un pecador arrepentido.*

Éste es el denominador común en el cual la palabra de Dios nos sitúa a todos, y nadie puede entrar en una vida nueva en Cristo, o ser restaurado integralmente, bajo otro distinto – en este caso el de la desdichada víctima que ha sufrido tanto, y que piensa no haberlo merecido.

Desde luego que hace falta mucha sabiduría y tacto, para ayudar a una persona muy dolida y agobiada a llegar a ese punto de ser un arrepentido por sus propias faltas y pecados. Tal vez lo más indicado sea prodigarle en primer lugar el bálsamo de los consuelos del amor de Dios, pero sin dejar, a su tiempo, de guiarla a un verdadero arrepentimiento.

Muchas veces ocurre que este segundo fin – totalmente imprescindible – no se persigue ni se logra. Al ver una mejoría en el estado anímico, se puede pasar incluso a considerarla convertida, y aun a administrarle el bautismo, integrarla a la iglesia y darla por realmente renacida.

Pero si no ha pasado por el arrepentimiento, que Jesús con tanto énfasis fijó como indispensable para todos - (ver Lucas 13:3 y 5) - a la larga se verá que la tal persona nunca llega a afirmarse de verdad, y tal vez a la postre, dé muestras de no haber entendido para nada lo que en realidad es la vida cristiana.

Seguirá pensando y creyendo que se trata solamente de atenderla, ayudarla y consolarla a ella, y nada más, y todo porque no se ha puesto el fundamento inamovible del arrepentimiento, sobre el cual las Escrituras hacen tanto y tan claro hincapié.

Recomendamos que esto se comprenda acabadamente y se tenga muy en cuenta, lo cual habrá de evitar los desengaños de aparentes conversiones que, a la larga, se verá que no han sido tales, y que tal vez, incluso, podrían traer muchos dolores de cabeza.

6) "Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros." (15:19) El arrepentimiento despoja de todo orgullo y hace asumir el lugar de un indigno pecador, que viene sin ningún reclamo o pretensión, y solamente se acoge a la misericordia divina; esto, de corazón y con toda sinceridad, no como meras palabras, como a veces sucede.

7) "Y levantándose, vino a su padre." (15:20) Son muchos los casos en que se expresa una buena intención, pero no se la lleva a cabo, tal como lo describe el bien conocido adagio "del dicho al hecho, hay mucho trecho." El verdadero arrepentimiento no se queda en palabras, sino que las traduce en hechos concretos.

Estimamos que estos siete puntos sirven para definir el arrepentimiento auténtico de forma muy adecuada, y admiramos el genio del Maestro, que los pudo englobar con tanta precisión y concisión dentro del relato de la parábola.

Pasamos ahora al siguiente aspecto que sobresale, a saber:

La revelación del corazón del Padre.- Ese día, mientras el hermano mayor y el resto de las personas de la casa se encontraban entregados a sus tareas normales, el padre

estaba en el portal, con la mirada fija en lontananza. Algo le decía en su corazón que ése iba a ser un día especial – que el hijo descarriado, pero muy amado y tremendamente echado de menos, iba a volver al hogar que había abandonado.

De pronto divisa su figura en la lejanía, y no puede contenerse. Tiernamente conmovido en sus entrañas, corre hacia su queridísimo hijo.

Al llegar a él, advierte que se encuentra harapiento, también sucio y oloroso.

¿Cómo reacciona?

“Hijo mío, quisiera darte un fuerte abrazo, pero primero es necesario que te des un buen baño para quitarte ese mal olor y estar bien limpio.”

No, absolutamente no – así como está, sucio, harapiento y oloroso, el padre se echa sobre su cuello y le da el beso del perdón y de su más tierno amor.

“Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo...” (15:21) Notemos que el padre no le dejó terminar; las palabras finales que iba a agregar - *“hazme como a uno de tus jornaleros”* – quedaron sin que las pudiera pronunciar, porque el padre, cortándolo en seguida, se puso a dar órdenes a sus siervos para que le pusiesen el mejor vestido, un anillo en su mano, y calzado en sus pies, e hicieran preparativos con el becerro gordo para hacer una gran fiesta celebratoria.

Todo esto nos habla de la restauración que sigue al arrepentimiento cuando el mismo es auténtico, pero antes de comentarlo brevemente, veamos otro punto importante.

El hijo fue interrumpido y no pudo seguir, cuando se disponía a pedirle que le hiciera como uno de sus jornaleros. De esto se infiere que eso – que él fuese rebajado al nivel de un jornalero – eso no, *nunca*. Era su hijo, no un siervo o jornalero, y de ninguna manera iba a dejar de serlo, porque el verdadero padre nunca pierde la valoración de su hijo; el hijo siempre ha de seguir siendo un hijo, y nunca otra cosa.

En cuanto a la restauración representada por las órdenes

que el padre dio a sus siervos, veámoslas brevemente.

·“*Sacad el mejor vestido y vestidle.*” Venía andrajoso y harapiento, y eso le traería dolor al padre – ver a su hijo en ese estado – y de inmediato dispone que se le ponga el mejor vestido.

La vergüenza por la desnudez del pecado – los trapos de inmundicia de la justicia propia (ver Isaías 64:6) – se truecan por las vestiduras de gala de la justicia de Cristo, las cuales se nos otorgan de pura gracia.

·“*Poned un anillo en su mano.*” El anillo denota autoridad, la cual el hijo había perdido por su conducta rebelde y disoluta. Otro motivo de tristeza para el padre, y pasa a remediarla sin demora.

Ilustramos pensando en una conversación a la mesa, a la cual está sentado un hijo que se ha comportado de esa forma, rodeado por otros que han tenido una conducta intachable.

Al discutirse un tema determinado, varios expresan su opinión, pero al querer hacerlo ese hijo del mal comportamiento, dos o tres de los demás bien pronto lo hacen callar diciéndole:

“Y tú, ¿qué vas a hablar sobre esto? ¿Qué te piensas que puedes aportar? Lo mejor que puedes hacer es callarte la boca.”

Todo esto le duele sensiblemente al padre – que ése, que sigue siendo su hijo a pesar de todo – sea tratado de esa forma, como si fuera un pobre miserable, al que no se le debe dar ninguna voz ni voto.

Y como buen padre que es, de inmediato se pone a tomar los recaudos necesarios para que el hijo vuelva a tener autoridad, y no tenga que guardar silencio como uno que no tiene derecho de abrir la boca.

·“*Y calzado en los pies.*” Otro punto que le traería mucho dolor al padre sería ver al hijo descalzo, o con unas sandalias rotas y sucias. Eso nos habla de otra forma de la dignidad perdida por la desobediencia y la vida pecaminosa que había llevado.

Y ¿cómo no? El padre sabe que eso también hay que remediarlo, y sin demora procede a hacerlo calzar, de modo

que de ahí en más pueda andar con dignidad y honor.

“Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse.” (15.23-24)

El padre sabía muy bien que el regreso del hijo arrepentido era totalmente genuino y sincero. Por lo tanto, no se le cruza ni remotamente por la cabeza que haya que ponerlo en cuarentena, o a prueba por un período prudencial para cerciorarse que no reincidiese.

En cambio, dispone una gran fiesta con singular regocijo, música y danzas. Para él, como padre bondadoso y amante que es, es un día muy especial y maravilloso: el hijo que era muerto y ha revivido; que se había perdido y ha sido hallado.

Su alegría es incontenible y esa fiesta es el mejor medio para exteriorizarla.

Notemos también otra vez como algo muy importante, que, aunque muerto y perdido, no dejaba de ser su hijo, y al referirse a él en esa lamentable condición en que estaba, no lo llama otra cosa que no sea hijo, porque, como ya dijimos, un hijo propio nunca puede dejar de serlo para su padre.

Para algunos parece que la parábola termina en ese punto, pero no es así. El Maestro, con inigualable sabiduría, nos da otra parte - la del hijo mayor, que estaba tan cerca del padre, y sin embargo, tan lejos.

Resulta maravillosa la forma tan amena e interesante en que Jesús va narrando el relato, pero cuidando, al mismo tiempo, de que se adapte idealmente para transmitirnos las importantes verdades que desea que se comprendan.

Leamos los cuatro versículos que siguen, del 25 al 28.

“Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino, y llegó cerca de la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello.”

“Él le dijo: Tu hermano ha venido, y tu padre ha hecho matar el becerro gordo por haberle recibido bueno y sano.”

“Entonces se enojó y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase.”

En esta segunda mitad de la parábola, Jesús nos presenta otro aspecto de las cosas, totalmente distinto: el de la apariencia de responsabilidad y fidelidad, por una conducta trabajadora y cumplidora, pero con la ausencia total del amor, la gracia y la misericordia.

Lo que correspondía desde todo punto de vista, era que el hijo mayor se regocijase por el regreso de su hermano descarriado, y entrase a la fiesta para unirse a todos los demás que la estaban celebrando.

En cambio, su reacción fue todo lo contrario; se enojó y no quería entrar. Esto constituye una revelación clarísima de la triste condición de su corazón - un corazón lleno de envidia y rencor, que en vez de alegrarse, se enfada y no quiere tener nada que ver con la fiesta.

Enterado de esto, el padre sale a buscarlo, pero no lo abraza como lo hizo con el hijo menor. Se debe comprender bien que un verdadero abrazo implica una unidad de sentimientos y propósito. De ahí la expresión que a menudo se usa: "se confundieron en un emotivo, o en un fuerte, abrazo."

El verdadero abrazo es el de dos que están unidos de corazón, y por cierto que el padre se encontraba en ese estado con el hijo menor que volvía profundamente contrito y arrepentido.

Con el hijo mayor, en cambio, había un abismo muy grande que lo separaba. Era el de su actitud totalmente amargada y rencorosa, con la que de ninguna manera se podía identificar dándole un abrazo.

(De paso, debemos cuidarnos de no abrazar a otros cuando en realidad no corresponde que lo hagamos.)

En lugar de abrazarlo, el padre amante y bueno hizo lo que nuestro Padre celestial tantas veces hace con nosotros: "*le rogaba.*"

Notemos con qué riqueza y precisión Jesús nos sigue dando hermosas pinceladas del Padre, para nosotros, los agradecidos a quienes Él lo ha querido revelar, recordando las palabras ya citadas de Mateo 11:27b.

Bien podemos imaginar los acentos tiernos y bondadosos con que le rogaba.

“Hijo, se está tan bien allí adentro, con tanta alegría, con un verdadero festín para todos – para ti también.”

“Por favor, no te quedes aquí afuera, a la intemperie, con tu enojo que te está amargando. No sabes lo que te estás perdiendo. Ven adentro y únete con nosotros en esta hora tan feliz.”

Vemos en esto unos claros reflejos de la invitación del mensaje del evangelio, extendida tierna y amorosamente al alma que está afuera, en el frío, la soledad y las penumbras.

“A Jesucristo ven sin tardar,
Que entre nosotros hoy Él está;
Y te convida con dulce afán,
Tierno diciendo Ven.”

“Piensa que Él solo puede colmar,
Tu triste pecho de gozo y paz;
Y porque anhela tu bienestar,
Vuelve a decirte Ven.”

Pero el corazón del hijo mayor, totalmente endurecido, lejos de acogerse al amante ruego de su padre, despide toda su amargura y rencor con su respuesta, tan insólita como impertinente.

“Mas él, respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos.”

“Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con ramerías, has hecho matar para él el becerro gordo.” (15:29-30)

Las palabras con que el padre le contestó nos dan otra sorprendente revelación del Padre celestial.

“...Hijo, tu siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas.”

Ese hijo mayor pensaba que su padre era un mezquino, que ni siquiera había sido capaz de darle un pequeño cabrito para disfrutar con sus amigos.

No sabía que, lejos de ello, era un padre enormemente generoso, y que todo cuanto poseía estaba a su disposición – sólo tenía que pedirlo y apropiarlo.

Como ya dijimos, estaba tan cerca, pero al mismo tiempo, se encontraba tan lejos. Lejos, por desconocer el corazón de su padre; lejos, porque ignoraba que podía contar con él para cuánta cosa necesitase o desease.

En esto tenemos una descripción muy veraz de muchos creyentes que sirven al Señor como siervos, y no como hijos. Lo hacen como por deber y obligación, sin estar motivados por el amor al Padre, pues no lo conocen como lo que verdaderamente es - un Padre amantísimo, que en Cristo Jesús pone a nuestro alcance "*todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad.*" (2ª. Pedro 1:3)

En vista de esto, podemos estimular la fe de cada lector, exhortándole a que eche mano de la rica y abundante provisión que es parte de su herencia como hijo de Dios, renacido por el Espíritu.

¿Qué necesitas, caro hermano? ¿Paz y sosiego para tu corazón turbado y atribulado?

Él es el Dios de paz - eterna e invariable - y que sobrepasa todo entendimiento, y la pone a tu disposición para que la apropiés y vivas como un verdadero hijo de paz.

¿O es que necesitas amor en tu corazón?

Él es el Dios de amor; amor inmenso, inagotable, que no conoce barreras ni límites. Abre tu corazón de par en par - reclama y recibe por la fe torrentes y raudales de ese amor tan bendito. (Ver Romanos 5:5)

¿Qué más necesitas? ¿Acaso fe y optimismo, para superar el derrotismo y pesimismo que a veces invaden tu alma?

Él muy bien puede, como el Dios de esperanza que es, llenarte de todo gozo y paz en el creer, a fin de que abundes en esperanza por el poder del Espíritu Santo. (Ver Romanos 15:13)

¿O es que te hace falta salud y energía física para poder realizar bien tus labores? Él es ese Ser Supremo y Eterno que nunca ha tenido que llamar al médico, pues goza de perfecta y maravillosa salud.

Y Él mismo ha dispuesto que el Espíritu que levantó de los

muertos a Cristo Jesús more en ti, a fin de que vivifique tu cuerpo mortal, y así tengas la capacidad y energía necesarias para hacer cada labor diaria que Su voluntad te asigna. (Ver Romanos 8:11)

En fin, querido hermano, piensa en cada cosa que te haga falta para vivir adecuadamente, dentro de la voluntad divina para tu vida. Descubre que cada una de ellas, se encuentra en la más rica abundancia que te puedas imaginar en ese Padre Eterno, Creador y dueño de toda gracia - todo bien - toda virtud y todo poder.

Con ánimo resuelto, perfora con tu fe la nube de duda y escepticismo que a menudo ha empañado tu visión y te ha desmoralizado tanto. Atravesada esa nube, te encontrarás con un cielo totalmente despejado, y con el Sol de Justicia brillando en todo Su esplendor.

Allí podrás comprobar en tu experiencia la verdad de las palabras de Pablo en Romanos 8:32:

“El que no escatimó ni a su propio hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”

Pero, para hacerle plena justicia a la parábola, no debemos concluir con lo anterior, sino con lo que expresa en el último versículo.

“Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque éste tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado.”
(15:32)

Esto robustece y pone la puntada final en la revelación del Padre que nos hace Jesús. Su dolor es muy grande cuando un hijo Suyo se encuentra lejos del redil, maltrecho, en la oscuridad y en serio peligro.

No habría correspondido de ninguna forma que el padre de la parábola fuese corriendo al mundo, tras el hijo descarriado que había elegido ese rumbo. Pero, con su dolor tan grande, ansiaba su regreso y seguramente que oraba por el mismo a diario y con toda instancia.

Al producirse ese retorno tan anhelado, su tristeza se vuelve en regocijo incontenible y dispone cuanto tiene a su alcance para celebrarlo jubilosamente.

De alguna forma u otra, esto ya lo dijimos anteriormente. Pero la parábola también termina reiterándolo, para que se nos quede profundamente grabado que nuestro Padre Celestial es, sobre todas las cosas, un Dios de inmensa misericordia, amplio en perdonar y restaurar plenamente a quienes, habiéndose descarriado y perdido el rumbo, vuelven a Él verdaderamente humillados y arrepentidos.

Para aquel lector que pudiera encontrarse en esa situación de descarriado, esto debe ser un bálsamo, un tónico y un estímulo poderoso para que acuda a Él sin demora, en la seguridad de que recibirá de Él el más cálido abrazo de perdón y misericordia.

CAPÍTULO 6

Las Parábolas de Jesús (4)

El Buen Samaritano. (*Lucas 10:25-37*)

Como un dato de interés, todas las cuatro parábolas que comentamos en esta obra se encuentran en Lucas, y tres de ellas solamente en ese evangelio.

De paso, digamos también que Lucas es el libro más extenso de todo el Nuevo Testamento, pues a pesar de tener solamente 24 capítulos, es decir cuatro menos que Mateo y Los Hechos, que tienen 28, el total de su texto se extiende por más páginas que esos dos, y todos los demás.

Quizá sea esto un indicio más de que la Biblia no puede ni debe estudiarse superficialmente; siempre se debe hacerlo de forma detenida y procurando ahondar, y sin pasar por alto cosas que, a primera vista, puedan parecer detalles sin importancia.

Las verdades y principios del reino de Dios son muchos y muy variados. Admiramos la forma en que el Señor, para ilustrar muchos de ellos, muy distintos el uno del otro, supo encontrar para cada uno la parábola indicada, que se prestaba idealmente, ya sea para esa particular verdad, o para ese principio concreto y específico que se proponía enseñar.

La del buen samaritano, que es también conocidísima, se relaciona primordialmente con la misericordia que se ha de tener y usar para con el herido o necesitado, y en particular, con el quebrantado de corazón.

Recordemos que al leer las Escrituras en la sinagoga de

Nazaret, Jesús escogió el pasaje de Isaías 61:1-2, en el que se señala que el Espíritu del Señor iba a estar sobre Él, el Mesías o Ungido, para varios fines concretos.

Uno de ellos iba a ser el de sanar a los quebrantados de corazón, el cual Él desarrolló en Su ministerio terrenal. Ahora, el mismo continúa en vigencia a través de la iglesia, que es Su Cuerpo.

Se trata de un ministerio muy importante y muy necesario en el día de hoy, en que la sociedad en general está llena de hombres y mujeres traumatizados, deprimidos, o bien angustiados por los golpes recibidos en la vida.

Antes de seguir, debemos hacer una aclaración importante. Es preciso que se tenga bien clara la diferencia entre un corazón de piedra (Ezequiel 36:26), o bien un corazón engañoso y perverso (Jeremías 17:9), por una parte, y un corazón quebrantado, por la otra.

Para los dos primeros, el remedio es quitarlo, haciendo un trasplante de corazón; el quebrantado, en cambio, ha de ser sanado, no quitado.

La parábola en sí, brotó como consecuencia de una pregunta para probarle, que le hizo un intérprete de la ley:

“Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?”

Al instarle Jesús a que dijese lo que estaba escrito en la ley al respecto, el escriba citó correctamente los dos principales mandamientos, es decir, el de amar al Señor nuestro Dios por encima de todo (Deuteronomio 6:5) y al prójimo como a uno mismo. (Levítico 19:18)

Al aprobar su respuesta y exhortarlo a que lo hiciese, para así vivir (*“haz esto y vivirás”*) el intérprete de la ley, consciente seguramente de que él no lo estaba haciendo, para justificarse le hizo la pregunta:

“¿Y quién es mi prójimo?”

Sin duda, una pregunta no del todo honesta ni sincera. Pero nos llama la atención cómo reaccionó el Señor. No se enfadó con él, ni le reprochó su evidente falta de sinceridad. En cambio, procedió a pintarle, con una serie de pinceladas

geniales, un cuadro precioso de lo que son la verdadera misericordia y el auténtico amor al prójimo.

Sin nombrarse a sí mismo para nada, describió admirablemente Su propia persona y Su abnegada misericordia, debiendo nosotros reconocerlo a Él, en primer lugar, como el Buen Samaritano por excelencia. Su vida toda desplegó maravillosamente las gracias y virtudes que con tanta riqueza nos brinda el relato.

A continuación pasamos a desgranarlo.

Se trata de un hombre que descendió de Jerusalén a Jericó, dos ciudades, tomadas, no al azar, sino con profundo significado, como veremos más adelante.

En el trayecto cayó en manos de ladrones, que lo despojaron de cuanto llevaba encima, y, tras herirlo, lo dejaron yaciendo en tierra, medio muerto.

Un sacerdote y un levita, que, yendo por el camino le vieron, se desentendieron por completo y pasaron de largo. Esto nos habla del religioso profesional, totalmente desprovisto del corazón que late de amor hacia los demás.

En cambio, un samaritano que también pasaba, y del cual tal vez no se esperaba nada, se acercó a él, y viendo el triste estado en que se encontraba, sintió un impulso de misericordia que le hizo detenerse para ayudarlo.

Podríamos imaginarnos que una persona normal en tal situación, razonaría diciendo:

“Aquí hace falta aceite, y además vino y unas vendas para brindarle auxilio a este pobre hombre. Esta tarde, al regresar, los traeré y así podré socorrerlo.”

Pero, por supuesto, esa tarde sería demasiado tarde, lo cual nos lleva a la siguiente conclusión, muy importante por cierto: el samaritano llevaba consigo esas tres cosas, es decir, que ya iba bien dispuesto, y también bien equipado para afrontar la eventualidad que ahora se le presentaba.

Esto no significa – claro está – que debemos llevar siempre en la mano un botiquín con estas tres cosas, y otras más que pudieran hacer falta.

Lo que sí significa, en cambio, es que en el cofre de nuestro corazón debemos llevar siempre lo que esos tres ingredientes representan, para así estar apercebidos y listos toda vez que el Espíritu del Señor nos dirija a un quebrantado de corazón.

Antes de examinar brevemente lo que cada uno de esos tres simboliza, debemos puntualizar que esta labor de sanar a los quebrantados de corazón no es algo que puede llevar a cabo cualquier novato o inmaduro.

Por el contrario, es algo que requiere madurez, sensibilidad espiritual, un corazón de amor y de servicio, y también, el haber pasado de alguna forma por la escuela del dolor y el sufrimiento. Esto último capacita a uno para identificarse con el que sufre y está atribulado, mientras que el que no ha transitado ese camino, difícilmente podrá hacerlo.

El aceite.- Nos hace pensar de inmediato en el aceite de la santa unción, que, como es sabido, simboliza al Espíritu Santo.

La operación del Espíritu de Dios es multifacética: es el Espíritu de fuego, que purifica el alma, consumiendo la escoria y encendiendo en el corazón la llama del amor, la fe y la santidad.

Es también el Espíritu que empuña la espada formidable e invencible de la palabra de Dios; el Espíritu de poder, que cuando la ocasión así lo requiere, inviste de Su autoridad y virtud a Sus siervos para que proclamen Su mensaje a gran voz, como de trompeta, a veces, para señalar la ira de Dios, hasta con voz de trueno en alguna ocasión, para hacer temblar a quienes oyen Su reprensión; en otras, opera como un silbo apacible, o con quietud en el secreto de la conciencia individual, para redargüir, o brindar Su sello aprobatorio, o señalar el camino que se ha de tomar, o alertar acerca del que no se debe tomar, por estar fuera de la voluntad divina.

En esta acepción particular representada por el aceite, opera con la suavidad propia del mismo, que no fricciona, rasguña ni irrita, sino que se desliza lenta y suavemente sobre la herida y toda la zona afectada, con su preciosa virtud balsámica.

Esto es precisamente lo que necesita el quebrantado de

corazón, y cualquier trato torpe o rudo debe descartarse por completo, como algo totalmente contraindicado y perjudicial.

Más allá de la virtud medicinal y curativa del aceite de la santa unción, está la de impartir el gozo, una vez que la sanidad se ha completado satisfactoriamente.

Esto surge con claridad en la predicción profética de Isaías 61, ya citada en parte:

"El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a...vendar a los quebrantados de corazón...a ordenar que a los afligidos de Sión se les dé...óleo de gozo en lugar de luto." (61:1-3)

Resulta interesante también hilvanar esto con Hebreos 1:9

"Por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros."

Ésta es una cita del Salmo 45:6-7, referida al Mesías. Si bien el contexto fija esta unción como consecuencia de la equidad, el amor a la justicia y el aborrecimiento de la maldad por parte del Hijo de Dios, ello no impide que, fundadamente, agreguemos algo más.

En efecto: Él vivió en esta tierra como varón de dolores y experimentado en quebrantos, tal como se nos dice en Isaías 53:3, y en Su sacrificio supremo en el Calvario experimentó un quebranto de corazón mayor que todo cuanto uno se pueda imaginar.

No obstante, resucitado, ascendido y glorificado, ahora se encuentra a la diestra del Padre, ungido con ese óleo de gozo que lo hace el personaje más feliz y gozoso del universo.

A quienes lo amamos de verdad, esto nos supone una enorme alegría. Y la relación que estamos haciendo nos lleva un paso más hacia delante:- el quebrantado de corazón, por la virtud curativa y la secuela de gozo propia del aceite de la santa unción, ha de alcanzar a su debido tiempo la misma meta dichosa de que ya disfruta nuestro amado Jesús.

El vino.- El vino tiene varios simbolismos, siendo uno de ellos el vino nuevo del régimen de la gracia, que reemplaza

al antiguo de la ley, y para contener el cual se hacen necesarios los odres nuevos del orden neotestamentario.

No obstante, preferimos tomar el simbolismo de la sangre, recordando Deuteronomio 32:14b, en que se lo llama "*la sangre de la uva*", siendo nuestro Señor Jesús la vid verdadera. (Juan 15:1)

Como se nos dice en Levítico 17:11, "*la vida de la carne en la sangre está*", o bien "*la sangre es la vida*", como reza en Deuteronomio 12:23.

Es decir, que todas las condiciones, virtudes y propiedades de la persona están contenidas de forma viva y latente en su sangre.

Siendo la sangre de Jesucristo la del varón que experimentó un quebranto supremo de corazón en la cruz, pero que ahora se encuentra total y absolutamente sanado, y pletórico de gozo, la misma se presta idealmente para todo quebrantado de corazón, que, contrito y humillado, se allega a Él en busca de consolación.

Desde luego que no hemos de intentar rociar con ella al atribulado a quien estamos intentando socorrer. Se trata, en cambio, de darle nuestro testimonio del poder de esa sangre, y presentar nuestra oración de fe para que el Espíritu Santo le aplique toda su virtud.

La misma se ha de encauzar primero a la sanidad necesaria, para pasar, a su debido curso, a la dichosa meta que ya hemos visto del gozo del amanecer, después de la oscura noche del dolor.

Las vendas.- En un plano normal, tienen la función de cubrir la herida para evitar que caigan impurezas sobre ella y se infecte. Pero también, la de fijarla debidamente, para impedir que un mal movimiento dañe la herida y la agrave. Además, sirven para que la medicación o el ungüento empleado, en este caso el aceite y vino, queden fijos sobre la herida y no chorreen y así se desperdicien.

Espiritualmente hablando, representan principios importantes que se relacionan con el tema - sanar a los

quebrantados de corazón. Son esas cosas prácticas que la experiencia nos enseña, y que están, por supuesto, bien encajadas dentro de los lineamientos básicos de las Escrituras.

La primera venda que de una forma u otra se ha de aplicar es la del arrepentimiento.

Significativamente, el relato comienza diciendo:

“Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó...” (Lucas 10-30)

Aquí tenemos la cuesta abajo desde Jerusalén, la ciudad santa de Dios, a Jericó, ese lugar que por su pasado abominable estaba bajo maldición.

La conclusión inmediata y lógica es que si ese hombre se hubiera quedado en Jerusalén, no emprendiendo ese viaje descendente a Jericó, nada del mal que sufrió le habría acontecido.

Aun cuando uno puede haber sufrido mucha injusticia, o haber sido objeto de mal trato o ser traicionado, nunca estará exento, en alguna o muchas formas, de faltas, pecados y culpabilidad ante Dios.

Dejar esto de lado, y centrarse solamente en la angustia, o la tristeza, o el dolor que se experimenta, lo deja a uno claramente situado en el terreno de la autocompasión – la lástima de uno mismo – y esto nunca llevará a una sanidad integral.

Ya hemos visto cómo el hijo pródigo, a su regreso, habiéndolo pasado muy mal por un buen tiempo, no le dijo nada de eso a su padre, sino que empezó por decir: *“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.”*

Si bien en muchos casos, el mal que se padece puede no deberse tan manifiestamente al pecado o la desobediencia de uno, no por eso se ha de estar exento del arrepentimiento, por lo menos en alguna medida y por más de una razón.

La segunda venda, también muy importante, es la de saber perdonar y olvidar.

Mientras el hombre del relato, llevado por el samaritano, iba de camino hacia el mesón, podemos imaginarle decir:

“Tiene que ver qué horrible fue eso. Uno de los dos,

barbudo y con cara de rabia y de odio, me dio con alma y vida como cuatro o cinco veces. Algo que no podré olvidar nunca y que no tiene perdón.”

“Bueno, pero trate de olvidarlo y dejarlo atrás,” le respondería el samaritano. “De otro modo, no le hará ningún bien a Usted. – al contrario, se sentirá amargado y falto de paz.”

Después de asentir y dejar pasar un rato, volvería a hablar de lo ocurrido.

“No le dije nada del otro; no tenía barba, pero en cambio tenía una mirada y una cara de canalla como no he visto otra. Y mientras me daba con todas sus fuerzas, soltaba unos alaridos horribles. Eso no debe tener perdón de Dios.”

“Pero no le dije que debe olvidarse de todo eso, y dejarlo atrás, e incluso perdonar a esos dos malvados,” replicaría el samaritano. “Al final de cuentas, seguro que Dios ha tenido que perdonarle mucho a Usted también. Además, si sigue reviviéndolo en su mente y albergando rencor contra ellos, no le hará más que un gran daño a Usted mismo, envenenándole la sangre.”

“Aunque sé que fue muy duro, por favor, perdónelos, y trate de olvidar todo lo que pasó. Piense, en cambio, qué bueno ha sido el Señor en enviarle una persona que se preocupase por Usted cuando se encontraba en esa situación y le socorriese.”

Esta venda del perdón y del olvido es una que, por así decirlo, a menudo se la aplica, pero sin ajustarla todo lo necesario, y al poco se suelta y se sale de su lugar.

En otras palabras, después de comprenderse bien que se debe perdonar y olvidar lo sucedido, y hacerlo en un principio, se siente como un “bichito” que busca picarle a uno en su interior, para irritarle y hacerle “rascarse” con la repetición del recuerdo de la mala experiencia, el lamento por el dolor sufrido, y el malestar contra el que le ha causado el daño.

Al hacer eso, la venda de hecho se quita, con peligro de

que la herida se agrave. Porque Dios nos ha perdonado tanto, debemos también perdonar; pero como Él también ha dicho que de nuestras iniquidades y pecados no se acordará jamás, nosotros también debemos olvidar, para así ser Sus verdaderos hijos, que se asemejan a su Padre celestial.

Además de esto, para nuestro propio bien, en consideración al hecho muy importante de que, de no hacerlo, nos dañamos a nosotros mismos, reteniendo un rencor y un recuerdo morboso del pasado, que terminará por amargarnos e impedir que disfrutemos de una comunión plena y diáfana con el Señor.

No en vano nos reiteró Jesús en muchas y diversas ocasiones, que debemos perdonar de todo corazón, y que, de no hacerlo, nosotros tampoco seremos perdonados.

A lo dicho sobre el particular, el autor debe agregar su testimonio y su sentir en cuanto a todo esto. Si bien es verdad que al ser despreciado, maltratado o herido, uno ha experimentado dolor, como no podría ser de otra forma, sin embargo, el no perdonar nunca ha entrado en su razonamiento.

¿Por qué razón? Porque uno sabe que sólo a Dios le corresponde perdonar, y uno nunca se ha sentido ni se siente facultado o autorizado para no absolver de culpa a un semejante.

Camino al mesón.- "...y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él." (10:34)

Al quebrantado de corazón, después de administrarle lo que podríamos llamar los primeros auxilios, es necesario seguir prodigándole un tierno y sabio cuidado por un tiempo. Por la parábola entendemos que todavía no podía andar por sus propios medios, y fue preciso llevarlo en la cabalgadura.

Además, no se lo podía llevar a un lugar cualquiera y dejarlo allí librado a sus propias fuerzas - había que completar la curación en el mesón, y parte de ella la debía efectuar el samaritano, pero el resto, el mesonero.

¡Que simbolismo rico y precioso encierran estas escuetas

palabras de la narración del Maestro!

“Otro día, al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese.” (10:35)

Al decir “cuídamele” y no meramente “cuídale”, el samaritano denotaba que ese hombre rescatado era suyo, y que él se responsabilizaba por todo el coste de su curación plena.

Además, sabía que el mesón que había escogido era fiable, y allí podría dejar al hombre herido y maltrecho, en la seguridad y confianza de que el mesonero lo cuidaría bien, y llevaría a buen fin la curación que él había comenzado a administrarle.

Hoy día más que nunca, habiendo tanta gente golpeada y herida en la sociedad, debemos ampliar nuestra visión de la iglesia, y comprender que debe ser también un mesón. Un mesón al cual Él, como el Buen Samaritano por excelencia, como ya lo hemos llamado, pueda traer heridos y accidentados para que los cuidemos con sabiduría, amor y ternura, hasta sanarlos por completo.

En los dos denarios vemos los recursos Suyos puestos a disposición del mesón para acometer la laboriosa tarea, que lleva la promesa de una rica retribución cuando Él regrese.

Como vemos, la parábola trasciende el tiempo y la historia, y ¡nos lleva hasta la misma segunda venida!

Tomemos plena conciencia de todo esto, a lo cual hay que agregar una sobria exhortación y advertencia: que sepamos que los heridos y accidentados sean traídos de verdad por Él.

No se trata de ser escépticos, sino de tener en cuenta lo que la madurez y experiencia nos enseñan. Y una de esas cosas muy importantes que se debe aprender, es que a veces no es el Maestro, sino el enemigo, que solapadamente trae a personas que nunca llegan a someterse debidamente a la terapia que se les ofrece, y terminan por agotar y aun dañar a los siervos que les asisten.

Para esa clase tiene que haber un radar detector que los identifique como no enviados por el Señor.

Por otra parte, a los que podríamos calificar de dudosos,

usando de misericordia, tal vez se les deba dar una buena oportunidad; pero si con su actitud y conducta no dan señales satisfactorias, habrá que hacerles saber que ése no es el lugar para ellos.

Que todo esto sirva para aportar algún granito de arena, a fin de que de las filas de las iglesias el Señor pueda levantar una legión de buenos samaritanos y samaritanas. Y que las iglesias en sí, amén de todas sus demás funciones, sepan discernir y potenciar la de ser verdaderos mesones, a los cuales el amado Señor pueda confiar con toda confianza la noble tarea de sanar y restaurar a las víctimas que va recogiendo, en esa senda tan transitada y tan en boga en el día de hoy - la de descender de Jerusalén a Jericó, en el simbolismo a que ya nos hemos referido.

CAPÍTULO 7

Dichos inquietantes

Habiendo comentado cuatro parábolas del Maestro, nos damos por satisfechos en cuanto a ese terreno, y lo dejamos, para pasar ahora a otros dichos Suyos, mucho más breves, pero igualmente sabrosos y de mucho contenido.

Hemos pensado en clasificar los dichos, según sus diversos sentidos, el carácter, la aplicación y el fin que persigue cada uno de ellos.

Nos encontramos, en primer lugar, con que todos sin excepción son interesantes, importantes y edificantes.

Avanzando desde allí, pasamos a identificar a los que corresponden a un encabezamiento determinado que va más allá de esas tres cualidades citadas, y así, en este capítulo pasamos a abordar algunos que tienen el carácter de inquietantes.

Somos conscientes de que en esto, y en todo lo que sigue de aquí en adelante, nos estamos apartando del esquema normal de la continuidad en torno a un tema central. En lugar de ello, vamos cambiando el ritmo y el tema continuamente.

Nos sentimos satisfechos de que así sea, ya que en esto nuestro hilo conductor – los dichos de Jesús – se acompasa debidamente, por la forma en que Sus dichos se van presentando en las Escrituras, precisamente cambiando a menudo de ritmo y de tema.

En algunos casos nuestros comentarios serán muy breves, mientras que en otros nos extenderemos en alguna medida.

“Pero muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros.” (Marcos 10:31)

¿Será que hemos buscado el primer lugar? ¿Que nos hemos considerado mejores que los demás, o superiores a ellos? ¿Que hemos anhelado el protagonismo, el aplauso o el reconocimiento, quizá sin darnos cuenta de ello? ¿O que hemos despreciado a otros, por estimarlos muy pequeños e inferiores a nosotros?

¿Y será que cuando llegue aquel día en el más allá, nos encontraremos con la triste e irreversible sorpresa de vernos ubicados en ese último lugar de los ambiciosos y engreídos, que no han sabido aprender del Maestro y de Su ejemplo de humildad y mansedumbre?

“Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.” (Lucas 12:15)

Cada hijo de Dios que vive en esta sociedad occidental materialista y consumista, debería tener estas palabras de Jesús bien subrayadas en su Biblia, y además, llevarlas grabadas en su corazón.

Con tristeza y pesar, casi diríamos que nos hemos cansado de ver, o saber de casos de hermanos que corrían bien, y que, al ser muy prosperados en la economía, se les ha nublado la visión y han dejado de amar y servir al Señor como lo hacían antes.

Gracias a Dios, hay honrosas excepciones de quienes han sabido encauzar su prosperidad hacia el reino de los cielos, manteniendo su amor y devoción intactos; eso, desde luego, es digno del mayor encomio.

Sin embargo, no nos llamemos a engaños; si pensamos mucho en cuánto ganamos y cuánto más podríamos ganar; si con ese fin aceptamos trabajar horas extras, o buscamos el pluriempleo, estamos pisando terreno muy resbaladizo, con grave riesgo de una caída muy lamentable.

Quien esto escribe, hace unos buenos años tenía un trabajo seglar en una empresa aérea en la que, a menudo, necesariamente había que hacer horas extras.

La gerencia ofreció a cada uno la opción de ser recompensado con pago adicional, o bien tomar en compensación un día libre

cuando el número de horas adicionales trabajadas alcanzase la totalidad de una jornada de labor.

Mientras que todos los compañeros de trabajo optaron por la paga en efectivo, recuerdo con gratitud que preferí tomar el día libre, para descansar, estar con mi esposa e hijos, y posteriormente, poder orar y buscar más al Señor. En términos económicos, esta decisión no me trajo ningún perjuicio.

Es muy importante que sepamos resistir la tentación de anteponer el dinero a los valores mayores y mejores de lo celestial, y de la vida matrimonial y familiar. Nuestro enemigo declarado busca utilizar esa fuerza materialista tan cruda y cruel, hoy día quizá más que nunca antes, para imponer su dominio en la vida de los santos y de las iglesias en general. Él sabe bien que con ello podrá causarles enormes estragos.

Seamos sabios y avisados, y aunque no nos resulte fácil vivir y andar a contracorriente, resistamos con firmeza el materialismo y la codicia del dinero, recordando que todo lo que nos puede traer terminará hecho cenizas en unos pocos años.

“Muchos son llamados, mas pocos escogidos.” (Mateo 20:16)

Esto lo dijo Jesús en más de una ocasión. La diferencia entre ser un escogido y no serlo es abismal, pues esto último supone quedar excluido del reino de Dios, con todas sus gravísimas consecuencias.

El hecho de que Jesús diga que son pocos los escogidos, nos debe inquietar seriamente. Por lo tanto, resulta a todas luces imperativo que nos cercioremos bien de que somos de los pocos escogidos, y no de los muchos desechados.

En este aspecto de cerciorarnos bien, debemos cuidarnos de no tener una paz falsa, basada en cosas irreales y no firmes y sólidas.

Citando las palabras de Pablo en 2^a. Timoteo 2:19 – *“Conoce el Señor a los que son suyos”* – en nuestra prédica oral más de una vez hemos hecho la siguiente reflexión: alguien puede decir que sabe que es del Señor por diversas razones.

Como ejemplo, citamos un par de ellas: porque estando necesitado de trabajo le pidió a Dios ayuda, y a poco pudo lograr un buen empleo; o porque habiendo tenido un pinchazo

en un lugar muy solitario de la carretera, pidió a Dios que lo ayudase, y a la media hora alguien vino a auxiliarlo.

Sin duda, éstas son manifestaciones de la bondad de Dios, pero la Escritura no dice “Conoce el Señor al que le hacía falta trabajo y se lo concedió”, o “al que tuvo un pinchazo, y a la media hora le mandó auxilio.”

Lo que la Escritura dice es que *“Conoce el Señor a los que son suyos.”*

Sabiendo que es un Dios con el cual no puede haber medias tintas, debemos entender bien que esto significa los que son suyos de verdad, es decir que Él y sólo Él es el Dueño y Amo absoluto de sus vidas.

Con el fin constructivo de ayudar a cada lector a que sepa con total certeza que es un escogido, le extendemos la siguiente receta, que consta de tres partes. La denominamos casera, pues no creemos que se la dé en ningún tratado de teología, por lo menos de la forma en que la presentamos, si bien se advertirá que es netamente bíblica.

La primera parte consiste en poder contestar sí sin ningún titubeo a la siguiente pregunta:

Cuando cometes alguna falta, como decir algo fuera de lugar, malgastar el tiempo en cosas indignas de un hijo de Dios, o cosas semejantes, ¿te sabes y te sientes reprendido, corregido, y a veces castigado por el Señor?

De no ser así, sería una mala señal, pues a Sus verdaderos hijos Dios los disciplina, corrige y castiga toda vez que sea necesario, así como un buen padre lo hace con sus hijos. (Ver Hebreos 12:5-11, especialmente el versículo 8.)

La segunda se desprende de Lucas 18:7 - *¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos que claman a él día y noche?*

Cuando uno, por su vida muy ajetreada y el incesante ir y venir cotidiano, o por cualquier otra causa, se pasa días en que apenas si ora, no presentando tal vez sino una breve petición de que se le proteja y prospere en su viaje y labores, etc.- esto también es una mala señal.

No somos quiénes para juzgar a otros, pero no es eso lo que se dice de los escogidos de Dios, sino que son personas que claman a Él día y noche.

Por supuesto, no se trata de un clamor de desesperación, sino, en primer lugar, de necesidad, propio de quienes saben que precisan Su ayuda y Su gracia en todas las cosas; pero es también el clamor de quienes le aman y anhelan, y no pueden vivir sin Él, y de quienes, como hijos agradecidos, sienten a diario la necesidad de derramar su alma ante Él, en gratitud, alabanza y amor; y que van todavía más allá, buscando adorarle en espíritu y verdad. (Juan 4:23)

¿Puedes, caro lector, decir que tu vida encaja dentro de lo que dice este párrafo que acabas de leer?

Y por último, la tercera se relaciona con el concepto de algo mutuo o recíproco, es decir, que fluye en ambos sentidos, de uno a otro.

Por ejemplo, si uno extiende el brazo con una sonrisa a un amigo para darle un apretón de manos, lo normal es que el amigo corresponda y haga lo propio. Es decir, que la buena acción o elección de uno, engendra una reciprocidad de la otra parte.

Por lo tanto, ¿quieres saber de verdad que eres un escogido del Señor?

La respuesta es muy sencilla: elígelo tú a Él de todo corazón, es decir, con absoluta sinceridad, como el primer y más grande amor de tu vida.

Si lo haces de verdad, Él pronto te dará testimonio y señales inequívocas de que Él también te ha elegido a ti.

Nos apresuramos a responder a dos objeciones a esto que se pueden plantear.

La primera es que la reciprocidad no siempre se cristaliza. Puede haber un joven que con toda sinceridad elija a una joven, pero que ésta no le corresponda.

Eso es bien cierto, pero puedes darlo por seguro que el Señor nunca ha de tratar así a quien de veras le ame y le elija.

La segunda es algo más complicada. Se trata de quien, sosteniendo la postura hípercalvinística de la elección y predestinación, argumente que es al revés - es Dios quien primero nos elige.

Eso no deja de ser verdad, pues en la palabra se nos dice

con claridad que somos “*elegidos según la presciencia de Dios Padre*” (1ª. Pedro 1:2)

No obstante, para que eso se rubrique y plasme en nuestra experiencia práctica, es totalmente imprescindible que nosotros lo elijamos a Él, y de la forma sincera y absoluta que ya hemos señalado.

Y que no nos quepa ninguna duda de que, mientras no tomemos esa determinación y lo hagamos de verdad, nunca tendremos el testimonio en nuestros corazones de que somos Sus escogidos; y además, tampoco lo seremos.

Se trata pues de “*hacer firme vuestra vocación y elección,*” como nos puntualiza también Pedro, esta vez en su segunda epístola, capítulo 1:10.

Quien de verdad elige la buena y la mejor parte, cuenta con la promesa y garantía de que no le será quitada, como Jesús lo dejó bien sentado en Lucas 10:42.

¿Puedes darle gracias al Señor de que, iluminado por Su Espíritu y Su palabra, y ayudado por Su gracia, tú lo has hecho de verdad y de todo corazón?

Confío en que así sea, pero, de no serlo, es algo que hoy mismo puedes remediar, entendiéndote a solas con Él, para decirle que lo amas más que todo lo demás en la vida, y lo escoges a Él por encima de todo.

Hazlo sin demora, y verás qué bueno es saberte Suyo de verdad – uno de Sus agraciados escogidos.

“Acordaos de la mujer de Lot.” (Lucas 17:32)

El caso de la mujer de Lot, cuyo nombre no se nos da en la Biblia, es digno de consideración. Se escapaba con su marido, que era sobrino de Abraham, y con sus dos hijas, de la ciudad de Sodoma.

A pedido de Lot, el ángel que los conducía les permitió refugiarse en una pequeña ciudad cercana, que más tarde recibió el nombre de Zoar.

Entraron en ella al salir el sol, y de inmediato el Señor hizo llover azufre y fuego que destruyó por completo a Sodoma, y también a Gomorra, ciudad cercana, y la llanura circunvecina, pereciendo todos los moradores de la zona.

Fue a esa altura que el relato nos dice: *“Entonces la mujer de Lot miró atrás, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal.”* (Génesis 19:26)

La versión literal de Young traduce el verbo mirar en el sentido de hacerlo con expectativa, una expectativa que casi seguro haya sido de esperar que su vivienda y posesiones no hubiesen sido quemadas.

Otra interpretación que cabe, es que lo haya hecho lamentándose de haber perdido su hogar y todas sus pertenencias.

El hecho de que se diga que lo hizo a espaldas de su marido le añade gravedad, y evidentemente su acción desagradó de tal manera al Señor, que quedó allí, petrificada, convertida en una estatua de sal, como una solemne señal y advertencia.

Muchos siglos después Jesús hizo la muy escueta referencia a ella en el versículo de Lucas que hemos consignado. Lo hizo dándole el sentido de querer salvar los bienes, cuando lo más urgente es escapar del juicio o del peligro sin la menor demora.

Recordamos un caso muy solemne acaecido en zonas australes de Rusia, poco tiempo antes de caer el país en manos de la dictadura stalinista.

En ese entonces hubo una clara profecía del Señor, advirtiendo a los creyentes que huyeran al extranjero para escapar del peligro que se avecinaba.

Un buen número así lo hizo, y de inmediato. Sin embargo, otros, como se acercaba el tiempo de la cosecha, decidieron esperar para comercializarla y hacerse del dinero que ello les proporcionaría.

Triste y lamentablemente, antes de que pudieran hacerlo se cumplió lo que se había profetizado, y no pudieron escapar; tuvieron que sufrir horribles consecuencias, las cuales se podrían haber evitado con prestar pronta obediencia a lo que el Señor había indicado.

Hay momentos cruciales en la vida en que hay que dejar atrás lo material, para asirse de lo espiritual y eterno, so pena de perder tanto lo uno como lo otro.

Sepamos tener bien claras nuestras prioridades, para no

anteponer nunca lo terrenal y visible, a lo celestial, que con ser invisible, es muy real, y además y por sobre todas las cosas, es eterno.

“Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios.” (Lucas 9:62)

Aunque este dicho guarda cierta similitud con el anterior, en realidad hay una diferencia, fijada por el contexto.

No se trata aquí de una coyuntura de peligro inminente, sino de la necesidad de que, al embarcarnos en las cosas de Dios, no nos volvamos atrás para atender a cosas triviales o innecesarias, para dejar así postergado o desatendido el llamamiento celestial.

Hay que hilar fino en este terreno, porque desde luego que hay obligaciones legítimas propias de marido, padre de familia, ciudadano, etc., que no pueden quedar desatendidas - eso sería una falta de responsabilidad muy seria.

Donde hay que cuidarse bien de no mirar atrás es en lo prescindible, lo innecesario, y que nos roba tiempo y energías que se deben destinar a nuestra primera obligación - la de darle al Señor lo mejor de nuestra vida, sirviéndole en Su plena voluntad.

Muchas veces ese mirar atrás puede centrarse en los recuerdos, y si lo hacemos en demasía, no nos traerá ningún provecho, sino por el contrario un sensible perjuicio.

En Filipenses 3:13 Pablo nos dice que él olvidaba lo que quedaba atrás, y se extendía a lo que estaba delante.

Detenernos con exceso rememorando lo bueno del pasado puede llevar, o bien a dormirnos sobre los laureles conquistados, o a engolosinarnos por los éxitos que hemos podido alcanzar.

Hacer lo propio con lo malo de nuestro pasado sólo puede acarrear tristeza y desaliento.

Lo más sabio es estarle muy agradecido al Señor por todo lo bueno; igualmente, estarle muy agradecido por todo lo malo, porque estando en Sus manos nuestra vida, aun lo malo que se haya debido a nuestros fallos y errores, Él lo ha

sabido canalizar hacia nuestro bien, humillándonos, corrigiéndonos, enseñándonos y forjándonos como Él sólo sabe hacerlo.

Si dejamos atrás lo pasado con esa actitud y ese enfoque, nos capacitará para enfrentar el presente y futuro en óptimas condiciones, sin estorbos ni condicionamientos que nos aten ni restrinjan.

“El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí.” (Mateo 10:37)

Esta sentencia de Jesús nos hace pensar en cierto modo en la ofrenda para holocausto del ritual levítico. La misma representa la ofrenda total de la vida.

En las demás ofrendas, parte del animal sacrificado se ofrecía sobre el altar, mientras que el resto (la piel, la cabeza, etc.) se debían sacar fuera del campamento para ser quemadas allí.

No así la ofrenda para holocausto. Después de traerla para ofrecerla al lado norte del altar, el sacerdote debía dividirla en sus diversas piezas una por una, y colocarlas sobre el altar para ofrecerlas en su totalidad.

Así suele ser el trato del Señor con nosotros. En un principio, cautivados por Su amor sin igual, con total y absoluta sinceridad le ofrecemos cuanto somos y tenemos.

Él lo acepta de buen grado, discerniendo la sinceridad de nuestro corazón, pero, a su debido tiempo – a veces con el correr de los años – cada pieza se va presentando para ser colocada sobre el altar.

Así surge una situación especial y particular, en cuanto a un hijo, una hija, o una madre, o un padre, o la esposa, o el marido. La disyuntiva es, o bien honrar y anteponer al Señor sobre cualquiera de ellos en esa situación tan especial, o, por un cariño muy entrañable al ser querido, cualquiera sea, ponerlo a él o a ella primero.

Allí, contra ese cariño natural y humano, se ha de levantar el verdadero amor hacia el Señor, para ponerlo a Él primero y por encima de todo lo demás.

Es en la hora de la crisis que la verdad de nuestro voto de

consagración se rubrica, y se confirma como algo totalmente real, o bien que queda en evidencia como algo inconsistente, que no resiste la prueba.

Que comprendamos en todo esto algo de capital importancia: amar al Señor y darle el primer lugar, por encima de nuestros seres más queridos, nos ayudará a amarlos a todos ellos mucho mejor – con un amor más puro y más sabio.

Por el contrario, amarlos a ellos más que al Señor, resultará en la paradoja de que nuestro amor a ellos será un amor inferior, menos sabio y menos puro, y que, a la postre, no les hará el bien deseado.

Que el Señor ayude a cada padre, madre, hijo e hija, marido y mujer, a comprender bien todo esto, y a orientar su amor de la forma más sabia y correcta.

Matizamos esto con un relato ilustrativo, bastante sencillo e infantil, que oímos hace muchos años, y que ejemplifica lo que acabamos de decir muy acertadamente.

Una niña de edad escolar se despertó algo tarde una mañana. Para no llegar tarde a la escuela se vistió con mucha prisa, y al ponerse la rebeca que solía llevar, que tenía muchos botones, inadvertidamente abrochó el primer botón en el segundo o tercer ojal.

Así, pronto se encontró con que le sobraban botones y le faltaban ojales, de modo que no podía terminar de abrocharse debidamente.

Por fin se dio cuenta de dónde estaba el problema y lo rectificó, desabrochando todos los botones para empezar de nuevo, pero esta vez con el primer botón en el primer ojal.

Así pudo, por fin, marchar con la rebeca bien puesta y cada botón en su debido lugar.

Apenas si hace falta decir que, a los fines de lo que venimos diciendo, y todo lo demás en cuanto a la vida cristiana en general, la sencilla moraleja es la siguiente: el primer botón de nuestro primer amor debe ir en el primer ojal, que representa a Cristo. Así, y sólo así, llevaremos bien la rebeca de nuestra vida toda, y cada una de las demás cosas encajará debidamente en su lugar.

CAPÍTULO 8

Dichos alarmantes

En este capítulo el tono se agudiza y la presión experimenta un considerable aumento, pero confiamos en que esto no ha de provocar una brusca subida de presión arterial, un infarto o cosa semejante, a ningún lector.

Las alarmas que nos da Jesús, no son las de un alarmista que exagera y desvirtúa las cosas para provocar confusión y pánico. Son, en cambio, como semáforos rojos sabiamente colocados, para llamarnos a hacer un alto en el camino y no seguir avanzando, so pena de caer en graves riesgos y peligros.

Al igual que otros siervos, pensamos que en el futuro después de la muerte habrá muchas sorpresas y muchos desengaños.

Jesús claramente lo dio a entender con sentencias tales como *“los primeros serán postreros, y los postreros primeros”* que ya hemos comentado.

No sin una buena dosis de temor y temblor, pasamos a examinar algunos de sus dichos alarmantes.

“Aquel siervo que conociendo la voluntad de su Señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes.”
(Lucas 12:47)

Como parte de un examen de conciencia que, para nuestro bien, nos debemos hacer todos, formulamos al lector las siguientes preguntas:

¿Será que has conocido y sabido bien que el Señor quería

que lo amases por encima de todo, que buscaras Su rostro a diario, y que lo sirvieses con cariño y tesón, y por una causa u otra no lo has hecho?

¿Será que en cambio has buscado la prosperidad material, el bienestar propio, y has estado llevando una vida cristiana mediocre y egoísta?

¿Será entonces, que, cuando llegues al final de tu vida terrenal, en vez de ir directamente al esperado lugar de reposo y dicha, te veas conducido por un ángel de mirada muy severa a un lugar muy grande llamado El Recinto de los Azotes, y allí recibas muchos, y muy fuertes?

Más que alarmante, éste es un dicho escalofriante-espeluznante.

“Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio.” (Mateo 12:36)

Otro dicho alarmante sobremanera. Seguramente que todos sin excepción hemos de reconocer que muchas veces hemos dicho cosas fuera de lugar, que sin duda entrarían dentro de la categoría de ociosas, o ser aun peores que eso.

No obstante, al ser redargüidos y corregidos por el Señor, arrepintiéndonos de verdad, y viendo el mal que hemos hecho a otros, e incluso a nosotros mismos, hemos aprendido a ser cautos, a medir nuestras palabras, y a procurar siempre hablar con sabiduría, decoro, y para edificación de quienes nos oyen.

Creemos, desde luego, que tras habernos arrepentido y haber enmendado debidamente nuestro hablar para no reincidir, lo hablado fuera de lugar en el pasado nos será perdonado y quedaremos totalmente absueltos.

Son muchas las promesas de la palabra de Dios que así lo afirman, entre ellas la muy bien conocida de 1ª de Juan 1:9

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.”

No obstante, ¿qué hemos de decir de creyentes que, tal vez ignorando esta solemne advertencia de Jesús, o bien no prestándole la debida atención, siguen siendo muy sueltos de lengua-hablando a menudo con necedad, en plan de chisme,

o deleitándose en cosas de mal gusto, chistes verdes y cosas semejantes?

Tenga Dios misericordia de ellos y que puedan despertar a la realidad de su triste estado, con un profundo arrepentimiento, acompañado de la firme resolución de pasar a un hablar discreto, sobrio y edificante.

En el mismo pasaje, Jesús asocia el hablar de nuestra boca con el estado de nuestro corazón, al decir *“Porque de la abundancia del corazón habla la boca.”* (12:34)

Esto no puede sino movernos a buscar la pureza de corazón, mediante un vivir muy cerca de Dios, y el cultivo de los medios de gracia que ha puesto a nuestro alcance, como la oración, el ayuno, la palabra de Dios, la fe y la plena obediencia.

Que esto sirva para que en muchas vidas el hablar indebido de lenguas largas, chismosas y criticonas quede desterrado para siempre. El resultado no podrá ser otro que una mayor bendición de lo alto, tanto en el nivel personal, como en el conjunto de iglesia.

“Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3:16)

Otro dicho escalofriante de Jesús, esta vez pronunciado desde Su posición de Señor ascendido y glorificado, a la diestra de la majestad en las alturas.

Ya hemos explicado en una obra anterior por qué le desagrada a Él tanto la tibieza, al punto de advertir que le hará vomitar de su boca a quienes persistan en ese estado.

Eso da a entender que es algo que le da náuseas, por tratarse de una duplicidad engañosa. Él ve en eso a alguien que busca aprovecharse de los beneficios que pueda lograr de Él, pero al mismo tiempo aferrándose a lo placentero, pero sucio y vil del pecado.

Esto último se desprende claramente de lo que dice un poco más adelante, en el versículo 18, a saber, *“...la vergüenza de tu desnudez.”*

Es decir que los laodicenses a quienes les escribió en estos términos, eran tibios en cuanto a Él y las cosas sagradas del Espíritu, ¡pero no en cuanto al pecado!

Así es, generalmente, con los tibios: en cuanto a intereses ajenos al reino de Dios, otros amores y aficiones, por cierto que no son tibios, sino muy calientes.

Uno se pregunta a veces cómo puede ser que tantos creyentes que han conocido este pasaje, con su severísima advertencia, siguen en un lamentable estado de falta de compromiso y poco interés, tratando las cosas sublimes de Dios y su amor infinito hacia nosotros, como de importancia secundaria, y dando en cambio la prioridad a lo terrenal y material de esta vida.

¿Será que tienen una total falta de sensibilidad espiritual? ¿Qué están atados, aprisionados o enceguecidos por el enemigo por medio de los afanes de esta vida, los placeres, y los engaños de este mundo?

¿O será que no se toman en serio estas palabras de Jesús - que piensan que son más bien en un plano alegórico - y que al final todo terminará bien?

Sea cual fuere la causa, otra vez decimos - tenga el Señor misericordia de ellos, y que los ayude a darse cuenta del serio peligro en que se encuentran.

Y en cuanto a nosotros, los que por Su gracia todavía llevamos en el corazón el calor de la llama divina del amor y la consagración total a Él, que nos sostenga con Su Espíritu cada día, para que, lejos de languidecer, esa llama bendita arda con más intensidad cada día.

“Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.” (Mateo 5:28)

Indudablemente, muchos rehúyen este dicho del Maestro y prefieren pasarlo por alto, y son muy pocas las veces que se oye hablar de él en la predicación o enseñanza de la palabra.

Sin embargo, creemos que es más atinado y consecuente enfrentarlo honestamente, dejando que la luz de la palabra de verdad escudriñe nuestras vidas y corazones a fondo.

Debemos empezar por subrayar que Dios ha creado al varón y la mujer con una mutua atracción hacia el sexo contrario, y es normal que, por ejemplo, un hombre aprecie la diferencia entre

una mujer hermosa y esbelta y una que no lo es.

Igualmente resulta normal que la mujer distinga la misma diferencia entre un hombre buen mozo, elegante y de buen hablar, y uno de apariencia contraria, y tal vez tosco y rudo en su hablar.

Decimos esto porque somos conscientes de que hay hombres y mujeres que, tal vez por ser muy introspectivos o desmedidamente escrupulosos en su conciencia, se sienten condenados, o por lo menos muy incómodos ante este versículo en que estamos.

En el mismo, evidentemente Jesús se está refiriendo a la mirada que va más allá de lo que hemos dicho, y se codicia indebidamente a esa mujer (o a ese hombre).

En tal caso, nos dice de forma bien clara e incuestionable, que aunque no se haya hablado ni tocado a esa mujer, ante los ojos de Dios ya se ha cometido adulterio. Y debemos agregar como solemne agravante que la palabra de Dios afirma que los adúlteros no heredarán el reino de Dios. (Ver Gálatas 5:19-21 y 1ª Corintios 6:9-10)

Debido a la gravedad del problema, Jesús se apresuró a agregar que quien lo tenga deberá obrar de forma drástica para superarlo, y Él mismo definió la manera en que se debe proceder.

Antes de comentarla, digamos que esto es típico de Él en toda Su prédica: al señalar una falta o un peligro, nunca lo dejó en eso, sino que siempre pasó a señalar el remedio o la salida.

El remedio que Él presentó para este problema está dado en el versículo siguiente:

“Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.” (5:29)

Debemos preguntarnos si esto se debe tomar al pie de la letra. Francamente, creemos que no, por dos razones.

La primera es que, de ser así, tendríamos que saber de por lo menos uno o dos que hayan tenido este problema, y que para solucionarlo se hayan quitado el ojo derecho, quedando así tuertos. La verdad es que no hemos tenido conocimiento

de ningún caso en que esto haya sucedido. Si algún lector tiene conocimiento fehacientemente documentado de una tal ocasión nos gustaría saberlo.

Podría en tal caso comunicarlo con la documentación pertinente, dirigida a quien esto escribe, a/c de Imprenta Ebenezer Artes Gráficas, en la dirección que se consigna al principio de este libro.

Por supuesto que no se puede concebir que algo propuesto y recomendado por el Señor, nunca, en toda la historia, haya tenido una aplicación práctica.

Por lo tanto, mientras no hayamos oído ni leído de nada semejante, descartamos la interpretación literal y al pie de la letra.

La segunda razón es que consideramos que a quien hiciere lo de quitarse el ojo derecho, todavía le quedaría el problema de su ojo izquierdo, toda vez que la raíz de esa mirada adúltera siempre está en el corazón.

Aparte de Proverbios 4:23, en que se nos dice que debemos guardar nuestro corazón sobre toda cosa guardada, porque de él mana la vida, tenemos una sentencia del mismo Jesús que corrobora esta verdad.

“Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias.” (Mateo 15:19)

La respuesta está, pues, en buscar con toda urgencia, y con la ayuda de la gracia divina, que esa raíz de adulterio sea desarraigada del corazón, para así poder mirar a las personas del sexo opuesto con ojos limpios y totalmente exentos de la codicia adúltera.

Es necesario, primeramente, reconocer esa raíz de adulterio que uno tiene; seguidamente, llegar al punto de que, debido a su gravedad y procedencia satánica, se la odie y se desee con toda sinceridad que sea arrancada totalmente del corazón.

En tercer y último lugar, orar y reclamar con fe el cumplimiento de la promesa que el mismo Jesús nos ha dado unos versículos antes, en el mismo pasaje:

“Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada.” (Mateo 15:13)

Después de haber hecho esto, tarde, o más probablemente temprano, vendrá un momento de prueba.

Debemos tener presente que hay algo en nosotros que Dios nunca quitará o desarraigará de nuestras vidas, y ese algo es la voluntad, o lo que solemos llamar el libre albedrío.

Y en ese momento de prueba se dará la oportunidad de alinearla firmemente con la decisión tomada y la oración de fe elevada en consecuencia. Al hacerlo satisfactoriamente, la nueva posición de victoria sobre el problema quedará corroborada y confirmada.

Es necesario que se comprenda con toda claridad, que el flaquear ante la prueba y otra vez prestarse a la tentación, equivaldría a volverse atrás y negar y anular la decisión tomada y la oración de fe que se hizo.

Como se ve, no hemos querido tomar este dicho alarmante de Jesús, sin explicar y presentar la solución que Él mismo da para quienes pudieran tener este problema.

Aunque Jesús pronunció muchos más dichos que podrían calificarse de alarmantes, nos damos por satisfechos con los cuatro que hemos tratado.

Oramos y deseamos que cada lector se detenga y reflexione seriamente sobre cada uno de ellos, antes de pasar al capítulo siguiente.

De hacerlo con toda honestidad y sinceridad, seguramente que le habrá de resultar de gran provecho para su vida espiritual.

CAPÍTULO 9

Dichos tajantes

Ésta es otra característica importante que encontramos con mucha frecuencia en los dichos del Maestro. Son tajantes en el sentido de que definen las cosas en un claro blanquinegro, totalmente desprovisto del gris intermedio a que los seres humanos a menudo suelen recurrir, a fin de contemporizar usando de diplomacia para quedar bien y conformar a todos.

Además, se encuentra en Su hablar el otro aspecto del vocablo tajante – que no admite réplica o discusión – al ser terminante y enfático a la vez. Esto lo vemos aparecer muchísimas veces antes de pronunciar Su afirmación, al precederla de las palabras “De cierto, os digo.” Lo hace con el fin de que no nos quedemos con la menor duda acerca de la verdad que nos va a decir.

Tomemos, pues, algunos de Sus dichos de esta índole.

“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.” (Mateo 6:24)

Tajante y sin dejar el menor lugar para una posición neutral o intermedia.

En esta sociedad tan materialista y consumista en que nos hemos visto envueltos, sobre todo antes de que surgiese la crisis económica que ahora está afectando a la mayoría de los países del orbe, muchos son los que han quedado arrastrados por el vértigo de adquirir bienes de toda índole, sobrepasando con sus compras el total de sus ingresos y líquido disponible.

A su vez las tiendas, con el afán de vender y ganar más cada vez, a menudo han ofrecido sus productos con crédito a sola firma, o bien con el slogan de COMPRE AHORA - PAGUE EN 6 MESES.

Asimismo las tarjetas de crédito con las que se compra con el dinero que se va a tener el mes siguiente, o los préstamos bancarios extendidos en muchos casos a quienes no tienen la debida solvencia, han estado en muchas partes a la orden del día.

Tristemente, muchos creyentes se han dejado tentar y han firmado letras o tomado compromisos que han ido más allá de sus posibilidades salariales.

Apremiados por la necesidad de cumplir los pagos, han tenido eventualmente que trabajar horas extras o recurrir al pluriempleo, o a que la esposa - a veces madre de criaturas en la tierna infancia - salga también a trabajar para capear el temporal económico que les ha sobrevenido.

El pastor tal vez les recuerde los horarios de las reuniones de oración, de estudio bíblico y de las células caseras entre semana, pero tienen que contestar que les es imposible asistir, por terminar la jornada laboral a hora avanzada y sintiéndose agotados.

Lamentablemente, de forma insensible han hipotecado sus vidas y no pueden darle a Dios sino la reunión del domingo por la mañana. Toda posibilidad de estar libres y en disponibilidad para servirle se ha desvanecido, y están, por así decirlo, con la soga al cuello y en grave peligro de que su vida espiritual quede estrangulada.

Vale más prevenir que curar, nos dice un adagio muy bien conocido. Quien no haya llegado a esta triste situación, sepa cuidarse bien de no caer en la trampa de las letras y compromisos que van más allá de los recursos con que cuenta.

Permítaseme que los exhorte a imitar a los apóstoles de la iglesia primitiva, de los cuales se nos dice en Los Hechos 4:13 *j"que eran hombres...sin letras."* !

Para aquéllos que desafortunadamente se encuentran en la apremiante situación que hemos descrito, sólo cabe el consejo de que dejen de lado todo gasto que no sea

estrictamente indispensable, y procuren saldar sus cuentas y compromisos pendientes lo antes posible, para quedar así libres de toda deuda.

Así podrán dormir tranquilos, y aunque económicamente hayan quedado en estrechez, podrán disfrutar del tesoro mucho mayor que cualquier otro de vivir libremente delante del Señor, para amarle y servirle como Él lo merece.

“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.” (Juan 3:3) Este punto, ya visto en el capítulo 1, lo repetiremos por su gran importancia.

Éste es uno de Sus dichos más conocidos y más repetidos. Lo precede de *“De cierto”* dos veces para subrayar bien la verdad que encierra, y hacernos entender con claridad meridiana que no hay un punto neutral intermedio.

Una de dos: o nacemos de nuevo y así pasamos a ver el reino de Dios y entrar en Él, o no nacemos de nuevo y nos quedamos fuera.

La frase *“nacer de nuevo”* que empleó Jesús es por demás significativa. Con eso dejó bien sentado que no se trata de un cambio de actitud o de religión, o de una decisión de reformar la vida.

Mucho más que todo eso, significa que una nueva vida comienza en quien lo experimenta, y que esta vida procede de Dios mismo.

Las palabras *“de nuevo”* también se traducen *“de lo alto”*, lo cual confirma lo que decimos, que, por otra parte, se encuentra inequívocamente afirmado en Juan 1:12-13:

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.”

Tanto en el capítulo 3 de San Juan en la conversación de Jesús con Nicodemo, como en los dos versículos citados del capítulo 1, se nos puntualiza que este renacimiento se produce cuando uno recibe a Jesucristo en su vida y corazón, no con una creencia tradicional, sino con una fe viva en Su persona y Su obra expiatoria.

Al verificarse el renacimiento, uno pasa a ser un verdadero hijo de Dios, con todas las maravillosas consecuencias que se derivan de ello, siendo las dos principales el perdón de pecados y la promesa segura y fiel de la vida eterna.

Esta experiencia constituye en realidad el corazón del mensaje del evangelio, sobre el cual descansa y se apoya todo el resto.

Damos por sentado que la mayoría de los lectores ya lo han experimentado y que sean, por lo tanto, nuevas criaturas en Cristo Jesús.

A cualquiera que todavía no lo haya hecho, le exhortamos con todo amor a que reciba a Jesucristo en su corazón como su Salvador y Señor, y deposite una fe viva en Él y el sacrificio que hizo por nuestros pecados en la cruz del Calvario.

“Porque todo aquél que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y hermana y madre.” (Mateo 12:50)

Estas palabras las pronunció Jesús cuando se le dijo que Su madre y Sus hermanos estaban fuera y le querían hablar.

Después de responder con la pregunta “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?” el Maestro extendió Su mano hacia Sus discípulos y dijo: “He aquí mi madre y mis hermanos”, después de lo cual agregó las palabras que ya hemos citado más arriba.

Desde un punto de vista humano y carnal, uno pensaría que habría correspondido, como una consideración especial para Su madre y hermanos, recibirlos de inmediato y tener un aparte con ellos, dejando de lado lo que estaba haciendo.

No obstante, con una reacción que a muchos les podría parecer chocante, no les dio ninguna atención especial, y en cambio, hizo otra afirmación tajante que equivalía a decir que ellos, a pesar de su relación de sangre con Él, no eran Su verdadera madre y Sus verdaderos hermanos, sino aquéllos que hacen la voluntad del Padre celestial.

Ellos también podrían llegar a serlo, pero no por la relación carnal y de sangre, sino por hacer de veras la voluntad del Padre celestial, al igual que los demás.

Esto nos muestra la clara diferencia que hay entre lo natural, carnal y terrenal y lo espiritual y celestial. Al mismo tiempo ¡cuán bendito es hacer la buena voluntad de nuestro Padre que está en los cielos, y así sabernos y sentirnos hermanos hermanísimos del bendito Jesús!

En estrecha relación con esto ¡qué bien encajan las palabras de 1ª Corintios 15:50!

“Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios.”

Jesús lo expresó también con absoluta claridad en otro de Sus dichos tajantes, en el curso de la misma conversación con Nicodemo.

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.” (Juan 3:6)

Muy tajante, y una verdad de fundamental importancia, que es aplicable a toda la vida cristiana y el ministerio. Todo hijo de Dios, como parte de su desarrollo y progreso hacia la madurez, debe avanzar en una comprensión cada vez mayor y más clara de todo lo que significa y abarca.

Damos otras dos citas que nos ayudan a explicar más sobre este dicho de Jesús, que en realidad constituye un principio inexorable.

“Porque de cierto morimos, y somos como aguas derramadas por tierra, que no pueden volver a recogerse.” (2ª Samuel 14:14)

“...el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.” (Juan 4:14)

Estas dos sentencias se prestan admirablemente para el tema. En la primera se habla de la vida natural. El hombre puede elevarse intelectual, moral y aun físicamente, sobre todo en esta época de aeronavegación y satélites. Sin embargo, inevitablemente acabará en la muerte, volviendo irreversiblemente al polvo del cual fue formado.

En la segunda, tenemos el agua de vida prometida por Jesús, nacida del Espíritu de Dios, que procede de lo alto. Esa, lejos de terminar derramada en tierra y sin que se la pueda recoger, ha de saltar hacia lo alto para vida eterna.

En realidad, todo esto nos está diciendo que, a la larga, todo vuelve a la fuente en la cual tuvo su origen.

Las derivaciones prácticas de esto, que es un principio absolutamente básico que lo abarca casi todo, son muy importantes.

Podemos, por ejemplo, tomar una iniciativa y lanzarnos a una empresa dentro de nuestra iglesia, o a un esfuerzo evangelístico, movidos por los dictados de nuestra propia mente y sin la inspiración del Espíritu divino. En ello puede haber, mirando superficialmente, la mejor buena intención, pero, como algo brotado de nosotros mismos, que somos nacidos del polvo de la tierra, llevará siempre sutilmente impreso el sello del ego, y terminará como algo terrenal y sin repercusiones para la eternidad.

Por el contrario, cuando algo brota de la motivación o dirección del Espíritu Santo venido de lo alto, terminará con repercusiones celestiales y de vida eterna.

Esa motivación o dirección del Espíritu puede venir de muchas maneras distintas, y a veces, uno no estar demasiado consciente de ello.

Un caso que se nos ocurre es el de los varones de Chipre y de Cirene, de los cuales se nos cuenta en Los Hechos 11:20-21. Habían predicado el evangelio en Fenicia, Chipre y Antioquía a judíos solamente y sin mayores resultados. Pero en este último punto decidieron anunciarlo a los no judíos, y, para su gran sorpresa, la mano del Señor estaba con ellos y un gran número creyó y se convirtió al Señor.

No se nos dice que tuvieron una revelación especial, o una profecía que los dirigiese a hacerlo. Sencillamente, lo hicieron en la sencillez de su corazón, buscando ganar almas perdidas, y totalmente exentos de vanagloria o cualquier móvil egoísta.

Y precisamente es eso lo que el Señor necesita y busca en nosotros:- personas humildes y en completa disponibilidad para cualquier cosa que Él quiere que hagamos, y mientras estemos en esa actitud le resulta fácil encaminarnos hacia las buenas obras que Él tiene preparadas para nosotros.

Lo contrario sucede cuando algo se origina en la mente de uno, sin que pase de eso. Siempre llevará detrás de sí una motivación egoísta, aun cuando a menudo muy sutilmente escondida o disfrazada, y con frecuencia sin que el que la tiene se dé ni siquiera cuenta de ello.

Habiendo brotado o nacido de la carne de una mente no inspirada ni movida por el Espíritu, a la postre el resultado será algo carnal y que no redundará para fruto verdadero y eterno.

Esto es algo que a muchos les cuesta comprender, pues no conciben que una actividad que lleva todos los indicios y las intenciones de ser para el reino de Dios, pueda resultar carnal y terminar como algo estéril.

No obstante, cuando se va alcanzando cierta madurez y un buen grado de discernimiento, uno empieza a ver las cosas con más claridad y a descubrir cuán importante y acertada es esta sentencia tan tajante de Jesús: - algo o nace de la carne, como carne se desarrolla y como carne termina; o nace del Espíritu, y aunque rodeada por el medio ambiente carnal y hostil en que se encuentra, se abre paso, prevalece y perdura para vida eterna.

“Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.” (Mateo 12:37)

Otra vez nos encontramos con el blanquinegro de sus sentencias, que en este caso establece el contraste entre un hablar sobrio, prudente y misericordioso, propio de un hijo de Dios maduro y responsable, y el de quien enjuicia y condena a otros por sus faltas y defectos, olvidándose de los muchos que él mismo tiene.

En esto, como en todo lo demás, nadie tan ejemplar y maravilloso como nuestro amado Jesús. De Él se nos dice proféticamente en el Salmo 45:2:

“Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; la gracia se derramó en tus labios; por tanto, Dios te ha bendecido para siempre.”

La ocasión que se relata en Juan 8:1-11, es una de las muchas en que esto queda acabadamente ilustrado.

Los escribas y los fariseos le trajeron la mujer sorprendida en adulterio, aduciendo que Moisés había mandado

apedrear a tales mujeres, y agregando *“Tú, pues, ¿qué dices?”*

En su ánimo estaba el cumplir el mandato de la ley mosaica al pie de la letra y sin contemplaciones, y además pensaban tomarlo desprevenido y que no acertase con una respuesta correcta, para así destruir Su buena fama.

¡No sabían con Quién se iban a encontrar!

Al decirles Jesús *“El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella”* se vieron reflejados a sí mismos, por así decirlo, en el espejo límpido y radiante de Jesús, el único en Quien nunca hubo pecado.

Así, acusados por su conciencia, salieron y se marcharon uno tras otro, sin quedar ninguno de ellos – solamente la mujer que habían traído y acusado.

La hubieron querido apedrear, con toda seguridad, pero la maravillosa intervención de Jesús lo evitó. Él, que como ningún otro la podría haber condenado, siendo como era totalmente sin pecado, optó en cambio por hablarle palabras de perdón y de gracia para que no volviese a pecar.

“Ni yo te condeno, vete, y no peques más.” (Juan 8:11)

En verdad *“La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.”* (Juan 1:17) y, como dice en el versículo anterior: *“Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia.”*

Como hijos de Dios, hablemos confesándolo a Él de corazón como nuestro Padre, y a Jesucristo como nuestro Salvador y Señor; hablemos también a los demás palabras de amor, de ánimo, de consuelo, de fe y de edificación; de misericordia y de verdad.

Así, nos asemejaremos en el hablar a Él - el de la gracia derramada en Sus labios.

A Pedro le dijeron en la noche de su triple negación:

“Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre.” (Mateo 26:73)

¡Que nuestra manera de hablar nos descubra ante los demás como lo que verdaderamente somos:- hijos del Dios viviente! y que nos guardemos bien de que de nuestra boca no salgan palabras imprudentes, hirientes o condenatorias,

para asegurarnos de que no seamos condenados, sino justificados por nuestro hablar.

“El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.” (Juan 6:63)

Las palabras que Él acababa de hablar, y a las cuales se está refiriendo, son las del contexto que se extiende del versículo 32 hasta el 58 del mismo capítulo 6. En ellas habló de comer Su carne y beber Su sangre, cosa que muchos de los que le oían encontraron muy difícil de comprender.

¿Cómo iban a comer Su carne y beber Su sangre? Al tomarlo al pie de la letra quedaron perplejos y desorientados.

Fue entonces que Él pronunció las palabras citadas más arriba. Al decir que *“la carne para nada aprovecha”* nos dio a entender con toda claridad que la interpretación literal que ellos le daban de nada servía ni valía.

¿Acaso con comer un pequeño trozo de un dedo meñique Suyo, o beber unas gotas de la sangre de Sus venas, iban a ser más espirituales, más humildes u obedientes?

Por supuesto que no. Pero en seguida agregó que esas palabras que había hablado eran espíritu y vida, es decir que se trataba de comer y beber por fe del espíritu y la vida moral y espiritual que estaba latente en Su bendita persona. Recordemos en esto la verdad de Deuteronomio 12:23 de que *“la sangre es la vida.”*

Otra vez se nos presenta, pues, la divisoria tajante de lo que viene de la carne - los pensamientos, razonamientos, motivaciones o intenciones del hombre, con el solo uso de sus facultades y recursos humanos - y aquello que viene con la iluminación, inspiración y capacitación del Espíritu de Dios.

Lo primero, de nada aprovecha a los fines de producir fruto real y duradero para el reino de Dios. Lo segundo, vivifica, glorifica a Dios y no al hombre, y produce fruto espiritual real y duradero.

Que nuestros sentidos espirituales se ejerciten y agudicen, para diferenciar con creciente claridad entre lo uno y lo otro. Así nos evitaremos mucho derroche estéril de tiempo y

esfuerzo en cosas que brotan de abajo y no de arriba.

“O haced el árbol bueno, y su fruto bueno, o haced el árbol malo, y su fruto malo, porque por el fruto se conoce el árbol.” (Mateo 12:33)

Éste es otro dicho que nos deja sin posibilidades de un punto intermedio: o bien somos árbol bueno, por la gracia de Dios operando en nuestras vidas, o árbol malo, por seguir los impulsos egoístas de la carne.

A esta afirmación Jesús agrega algo muy importante.

Se podrá disfrazar el árbol con una apariencia de bondad, piedad o aun espiritualidad, pero si no es más que eso – un disfraz – ello quedará en evidencia por el fruto, que será malo, y estará diciendo con ello a las claras que el árbol en sí es malo.

Por el contrario, si el fruto es bueno, a la larga e inevitablemente quedará comprobado que el árbol es bueno.

Este dicho lo pronunció Jesús en un contexto muy importante y que merece unos buenos párrafos. Se le había traído un endemoniado, ciego y mudo, y el Maestro lo sanó, de tal manera que oía y hablaba. Fue un milagro tan estupendo que la gente quedó atónita.

Sin embargo, los fariseos, al verlo, lejos de gozarse y celebrarlo, demostrando tener una terrible envidia y un odio infernal hacia Su persona, se pusieron a decir que eso que Él acababa de hacer había sido por el poder de Beelzebú, el príncipe de los demonios.

Además de ser una afirmación absurda, era un pecado gravísimo. Jesús lo definió como tal, y de los comentarios que Él hizo surgió la enseñanza y la verdad de lo que ha pasado a conocerse como el pecado imperdonable.

Creemos necesario y oportuno desgranar cuidadosamente las palabras del Señor al respecto, porque a veces se presentan casos de personas torturadas por pensar que han cometido el pecado imperdonable, cuando en realidad no lo han hecho.

Jesús definió lo que habían hecho los fariseos como la blasfemia contra el Espíritu Santo, agregando que eso es algo que no tiene perdón ni en este siglo ni en el venidero. (Mateo 12:31-32)

¿Por qué dijo que era la blasfemia contra el Espíritu Santo?

Él acababa de echar un demonio ciego y mudo por el Espíritu de Dios, tal como lo señaló en el versículo 28 de este pasaje en que estamos.

Teniendo los fariseos delante de sí esa evidencia palpable de una obra de amor y misericordia, hecha por el poder del Espíritu Santo con que Él estaba investido, optaron por negarlo, diciendo en cambio que era algo hecho por el príncipe de los demonios. Eso en sí ya lo constituía en una abierta y flagrante blasfemia contra el Espíritu Santo.

Ahora bien, ¿por qué eso no puede tener perdón?

Siendo el Espíritu Santo el medio dispuesto por Dios para iluminar a los hombres y llevarlos a la verdad, quien ve con claridad incuestionable Su obra benéfica de amor, luz y misericordia, pero con maldad y contumacia deliberadas las atribuye al poder del mal, de hecho se priva a sí mismo de toda posibilidad de ser iluminado, perdonado y salvado.

Esto lo hace - con disculpas por la repetición, pero es algo que debe entenderse con toda claridad - por haber rechazado a la única fuente de poder dispuesta por Dios mismo, y que lo puede iluminar y salvar; y afirmar en cambio, que es una fuerza diabólica.

Digamos de paso que estimamos que es a este pecado que se está refiriendo el apóstol San Juan, al escribir que hay pecado de muerte por el cual él no dice que se pida. (1ª Juan 5:16)

Casi seguramente que él estaba presente en las incidencias del pasaje que estamos considerando, y que oyó las palabras de Jesús al respecto, las cuales pasaron a formar parte de la doctrina de Cristo. (2ª Juan 9) Al transmitirse la misma a los primeros doce, pasó a llamarse la doctrina de los apóstoles. (Los Hechos 2:42)

Ahora bien, como ya dijimos, hay personas que se sienten angustiadas y derrotadas, pensando que han cometido el pecado imperdonable. Estas líneas que siguen van dirigidas a iluminar y alentar a cualquier lector que pudiera encontrarse en esa lamentable condición.

Lo más probable es que no lo haya cometido, por dos sencillas razones.

La primera es que, casi seguramente, no haya hecho lo que hicieron los fariseos en aquella ocasión en que Jesús lo definió contra la blasfemia contra el Espíritu Santo, que no tiene perdón jamás.

Le recordamos que el pecado de ellos fue que, viendo con toda claridad un milagro de amor y misericordia, hecho por Jesucristo por el poder del Espíritu Santo, se lo atribuyeron nada menos que al príncipe de los demonios. Era decir que el Santo Espíritu de Dios era el principal de los demonios de Satanás - toda una blasfemia horrorosa.

La segunda es que quien hace semejante cosa, como los fariseos esa vez, no tiene ningún reparo ni remordimiento por haberlo hecho, teniendo la conciencia corrompida y cauterizada.

El hecho de que uno se aflija y se sienta atribulado, pensando que puede haber cometido el pecado imperdonable, es una señal segura de que no lo ha hecho. Debe, pues, proceder a buscar a Dios, implorando Su misericordia y favor inmerecido, por la falta, pecado, o pecados que sabe que ha cometido, sabiendo con toda certeza que para aquéllos que se allegan a Él con un corazón contrito y humillado, Dios es amplio en perdonar. (Ver Isaías 55:6-7)

Por último, digamos que los hijos de Dios hacemos todo lo contrario de la blasfemia contra el Espíritu Santo. Noé, una vez que empezaron a bajar las aguas del diluvio, soltó a la paloma. La primera vez, como no pudo encontrar donde posarse en la tierra, volvió revoloteando y seguramente cansada, y Noé abrió la ventana, extendió su mano y la recibió en el arca.

Mientras en el mundo el Espíritu Santo no halla dónde posarse y reposar - todo en él es materialismo, escepticismo y pecado a ultranza - la verdadera iglesia, los hijos de Dios, le abrimos de par en par la puerta de nuestra vida y corazón, y le decimos con gran júbilo: "¡Bienvenida, Paloma Celestial!"

CAPÍTULO 10

Dichos impactantes

Al seguir pensando en los dichos de Jesús – el tema y el hilo conductor de esta obra – acuden a nuestra mente nuevas reflexiones, dos de las cuales pasamos a compartir.

La primera de ellas se relaciona con su hablar claro y sencillo, que siempre buscaba hacerse entender con toda nitidez por quienes le escuchaban.

Nada de frases altisonantes ni grandilocuentes para impresionarlos en ese terreno de la retórica, en que muchos son tan proclives a desenvolverse.

Su propósito era siempre que aquello que iba diciendo fuera presentado en los términos más claros posibles, para hacerlos perfectamente comprensibles. Además, cuando deseaba subrayar la capital importancia de algo, muchas veces recurría para ello a la repetición, desdeñando así principios de construcción bastante corrientes, que la estiman desacertada o desaconsejable.

En muchas ocasiones, también con el ánimo de recalcar algo muy importante, anteponía las dos palabritas “De cierto”, a menudo dos veces.

Un orador o escritor normal, en aras de la variedad, y para no aparecer repetitivo, buscaría emplear otros giros distintos, pero que fijasen el mismo hincapié. No así Jesús, que sabiendo bien que esas dos palabritas eran las más apropiadas, no vacilaba en emplearlas cuántas veces fuera necesario.

La segunda reflexión tiene que ver con la autoridad y el

peso contundente de Sus afirmaciones.

“Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.” (Mateo 7:28-29)

En más de una ocasión los sacerdotes, ancianos, escribas y fariseos, trataron de sorprenderlo con preguntas maliciosas que pretendían hacerlo confundirse, vacilar o equivocarse.

No obstante, el maravilloso Maestro siempre dominó la situación. Lejos de enredarse con ellos en los dimes y diretes que ellos hubieran deseado, les replicó y rebatió con tal sabiduría y acierto, que vez tras vez quedaron totalmente desarmados y tuvieron que callar y marcharse.

En este capítulo no tomaremos esa clase de dichos con que refutó a Sus enemigos y adversarios. En cambio, tal cual lo indica el título, serán aquéllos que denominamos impactantes.

En realidad, podríamos decir que casi todos Sus dichos lo son, y tendrían que impactarnos profundamente; pero aquí tomamos algunos de ellos que conceptuamos especiales en ese sentido, y que si los recibimos de verdad, habrán de dejar huellas indelebles en nuestra alma.

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.” (Mateo 5:3)

En términos espirituales del reino de Dios, un pobre en espíritu es uno que se considera a sí mismo muy pequeño, bastante incapaz y sumamente necesitado.

Por el contrario, uno que no es pobre en espíritu es uno que se considera muy dotado, muy capaz, y, generalmente, como una persona importante.

Podemos imaginar, como ejemplo ilustrativo, un predicador que sube a la plataforma muy consciente de su capacidad y su rica oratoria, y que se considera muy ungido, por lo cual da por sentado que su predicación será realmente admirable y efectiva.

Sin querer ser irónicos, creemos que el Espíritu Santo, ante semejante actitud, se sentirá no necesitado para nada, y dejará a ese predicador librado a sus propios recursos y esfuerzos. Como resultado, podrá haber una predicación

fogosa, con una oratoria que llame la atención, brotadas de una fuerte personalidad, muy segura de sí misma.

No obstante, siendo el Espíritu de Dios el único que en realidad puede conferir sustancia y verdadera vida a lo que se haga para el reino de los cielos, el resultado en ese sentido será nulo.

En cambio, sólo habrá una exhibición de recursos y capacidades humanas, que tenderán a glorificar al hombre y no a Dios.

Lo contrario sucede cuando uno se siente y se sabe tan pequeño, tan débil y tan necesitado de la gracia divina. Lejos de subir a la plataforma con aires de autosuficiencia, antes de hacerlo pasa un buen rato a solas a los pies del Señor, derramando su alma ante él, presentando su vacío y su necesidad absoluta de la capacitación que viene de lo alto, sin la cual sabe muy bien que cuanto diga y haga será totalmente improductivo.

De este último es el reino de los cielos, mientras que del primero sólo serán las huecas loas humanas, y las engañosas apariencias de algo totalmente falto de la auténtica bendición divina.

Si bien muy conocido por muchos, nos parece oportuno repetir aquí el caso del joven entusiasta, que fue enviado por su iglesia a un instituto bíblico para aprender teología y prepararse para el ministerio.

Concluido el primer ciclo de enseñanza volvió a su iglesia de origen, y, al dársele la oportunidad de ocupar el púlpito, subió al mismo con la seguridad y confianza de uno que le iba a demostrar a la congregación lo bien que él podía predicar, pensando que todos quedarían boquiabiertos y llenos de admiración.

Sin embargo, al disponerse a hablar se encontró con que no podía ordenar sus ideas; vaciló, se puso a tartamudear, y al final bajó muy cabizbajo y desanimado.

Fue entonces que un ancianito, dirigiéndose a él, le dijo con fino acierto:

“Si Usted hubiera subido como bajó, habría bajado como subió.” (!)

Nos conmueve y nos impacta que para los pobres – los pequeños – los que se sienten y se saben muy necesitados de Dios y no se les ocurre pensarse importantes – sí, para ellos es el reino de los cielos – no para los grandiosos, famosos o importantes de este mundo.

Que el Señor nos ayude a cada uno a buscar y cultivar ese espíritu, y a despojarnos por completo del contrario – el de la grandeza según los hombres y no según Dios.

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.” (Mateo 5:4)

Un dicho que va a contracorriente de lo que generalmente se piensa. Si alguien ve a una persona llorando en un rincón, lo más probable es que sienta lástima por él o por ella – “pobrecito - ¡qué desdichado! ¿qué le pasará?”

Sin embargo, Jesús nos dice todo lo contrario: que es un bienaventurado.

La aplicación de estas palabras Suyas tiene por lo menos dos sentidos.

El primero se relaciona con la forma en que Dios ha dispuesto que se tienen que saldar las cuentas, ya sea en esta vida o en el futuro después de la muerte.

Por la historia del mendigo Lázaro y el rico que cada día hacía banquete con esplendidez, (ver Lucas 16:19-31) entendemos que hay una ley o principio de retribuciones y compensaciones, y aquéllos que han sufrido y llorado en esta vida recibirán consolación en el más allá.

El segundo sentido es espiritual y se relaciona con la vida actual.

Digamos primeramente que hay tres formas de llorar: a) una, humana, cuando se siente dolor, tristeza o congoja, y en ese aspecto constituye lo que podríamos denominar una válvula de escape, para dar salida a ese dolor, tristeza o congoja.

b) La que puede ser de una persona poseída u oprimida por un mal espíritu, que en ciertas ocasiones se manifiesta con un llorar que no es limpio ni correcto, sino sucio y engañoso.

c) La que es por el obrar del Espíritu Santo en el corazón, enterneciéndolo de manera que brotan lágrimas, que van acompañadas de súplicas, profundos deseos de Dios, o de amor y gratitud hacia Su persona.

El segundo sentido en que estamos se vincula con esta tercera forma.

Tenemos presente el caso de la que hoy día es esposa de un siervo de Dios, y que, como niña de cuatro años, lloraba a solas en su habitación con un hondo deseo de conocer a Dios. Años más tarde recibió la gran consolación de conocer al único Dios verdadero y a Su Hijo Jesucristo, y de poder amarle y servirle, y disfrutar de Su gran amor y fidelidad.

Tanto en la búsqueda de conocer al Señor más allá de la mediocridad que es casi general, como así también en la obra del ministerio, es una ley casi inamovible que primero hay que sembrar con sacrificio y lágrimas, para poder disfrutar después de una buena cosecha.

"Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas." (Salmo 126:5-6)

En algunas ocasiones se da el caso de un éxito aparente, logrado rápidamente por alguien que no ha pasado previamente por la escuela de ser probado, forjado y aprobado por el Señor.

No obstante, con el tiempo generalmente sobrevienen cosas desagradables y fuera de lugar, y lo que se conceptuaba una buena o aun gran obra, se desmorona y desemboca en un mal fin.

Con todo, decimos generalmente, porque puede haber honrosas excepciones en que un éxito rápido se consolida y da buen fruto.

Esas lágrimas que provienen del obrar del Espíritu en una vida, tienen distintas funciones y propósitos. Sin examinarlos en detalle listamos los principales que conocemos, con algún breve comentario.

La primera función es la del arrepentimiento, que trae contrición y humillación genuinas delante de Dios, a menudo produciendo lo que ya hemos llamado varias veces

esos lavajes internos de Dios, que tanto sosiego traen al alma.

Otra es la de disipar y disolver la carga de quien está deprimido, acongojado o atribulado. Trae el gran beneficio de despejar el alma, y permitirle a uno continuar con serenidad y paz interior.

Una tercera es la de enternecer el corazón, comunicándole una santa emoción al amar al Señor, alabarle, agradecerle por Sus muchas mercedes, o adorarle y renovar los votos de consagración total. Quien experimenta esto sabe la gran diferencia entre hacerlo así, y hacerlo “a secas.”

Otra más - la cuarta en el orden en que las vamos presentando - es la de sentir tierna compasión por algún alma necesitada o atribulada, que nos hace orar e identificarnos con ella en lo que está pasando o sobrellevando.

Aunque indudablemente debe haber otras funciones más, en quinto y último término consignamos una que, para comprenderla mejor, la relacionamos con las palabras de Santiago 4:5

“¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?”

Ese celo santo con que el Señor nos anhela para sí, a veces se traduce en lo que es virtualmente un llorar de Dios dentro nuestro - un llorar porque seamos todo lo que Él ha querido que seamos al crearnos y redimirnos.

Es un llorar que a veces adquiere gran intensidad, y que nos ayuda a comprender cuánto nos ama y cuánto desea que seamos limpios, libres y para Él, y no para el mundo y para el pecado, o que fracasemos en la vida.

Es además un llorar muy intenso y persistente, que, con tal que pongamos nosotros nuestra parte, se habrá de salir con la suya.

Bendito el varón, y bendita la mujer que conoce este llorar santo de Dios desde lo hondo de sus entrañas. Además de ser celestial y sublime, es prenda segura de realización plena en la vida, y de fruto que ha de perdurar por toda la eternidad.

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.” (Mateo 5:8)

Una sentencia de singular peso y sustancia, y también de la mayor importancia.

En realidad, el corazón es el prisma a través del cual vemos la vida y el pequeño mundo que nos rodea.

Un corazón amargado, verá en todo un tinte de amargura, así como a uno entristecido todo se le proyectará con sombras de tristeza.

Jesús aquí nos está hablando de un corazón limpio, es decir, libre de la suciedad del pecado en sus múltiples formas, tales como la lujuria, la corrupción, la mentira, el engaño, la codicia carnal, la avaricia, etc.

Ya muchos siglos antes, David, en el Salmo 51:10, como parte de su profundo arrepentimiento elevó esta plegaria:

“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio.”

Su alma, acongojada, pero al mismo tiempo escarmentada e iluminada como resultado de su triste caída, clama al Creador Supremo que cree dentro de sus entrañas un corazón limpio – un corazón que no sea proclive a lo sucio e inmundo, sino que se incline totalmente hacia lo limpio, lo puro y lo recto.

En el Nuevo Testamento, tenemos sobradas evidencias de que el renacimiento por el Espíritu Santo tenía como uno de sus principales resultados el de purificar los corazones.

Esto se desprende claramente de las palabras de Pedro en Los Hechos 15:9:

“...y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones.”

En ellas se está refiriendo a las dos grandes ocasiones: la de Pentecostés, y la de su visita a la casa de Cornelio, narrada en Los Hechos 10.

En ambas, como vemos, aquéllos que recibieron el Espíritu Santo se encontraron con que pasaron a tener un corazón purificado.

En las epístolas de los tres principales apóstoles del

primer siglo, Pedro, Juan y Pablo, también tenemos claras referencias al corazón limpio y purificado. (Ver 1ª Pedro 1: 22-23, 1ª Juan 3:3 y 1ª Timoteo 1:5 y 2ª Timoteo 2:22)

Ese estado de limpieza y santidad del corazón, es lo que nos permite ver a Dios ya, no con los ojos naturales, sino con los del espíritu y de la fe, y de una manera muy real.

Lo vemos guardando y guiándonos, corrigiéndonos cuando sea necesario, como así también proveyendo, inspirando, animando y consolándonos a todo lo largo de nuestro peregrinaje.

El hombre natural, desprovisto de discernimiento espiritual, puede pensar que son fantasías nuestras y que estamos obsesionados o ilusionados, o bien que lo que nos acontece es pura casualidad.

No obstante, los hijos de Dios sabemos bien que nuestro Padre celestial de verdad está con nosotros, y lo vemos palpablemente, a veces hasta en los más pequeños detalles de la vida - detalles que pueden parecer insignificantes, pero que para Él son importantes.

Además de todo esto, al terminar nuestra vida terrenal, seremos hechos semejantes a Él, porque le veremos como Él es, tal como consta en 1ª Juan 3:2.

Por otra parte, quienes no tengan esta bienaventuranza, nunca lo verán.

“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.” (Hebreos 12:14)

Esperamos y confiamos que el lector sepa valorar debidamente este dicho de Jesús, tan sustancioso e impactante, y que se asegure delante del Señor de poseer esta dichosa y maravillosa bienaventuranza.

“En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó.” (Mateo 11:25-26)

El primero de otros dos dichos profundamente impactantes de Jesús, pronunciados consecutivamente uno inmediatamente después del otro.

La versión de Lucas consigna que al pronunciar estas palabras, Jesús se regocijó en el Espíritu (Lucas 10:21) lo cual demuestra la gran satisfacción que le daba lo que iba a decir.

La alabanza de Jesús al Padre, reconociéndolo como el Señor del cielo y de la tierra, y honrando y alabándolo, se debía a su gran complacencia por la doble verdad que agregó seguidamente, y que hemos citado más arriba.

¿Las ha escondido Dios de los sabios y entendidos por el mero hecho de ser eso – sabios y entendidos?

La respuesta es *categoricamente no*. Aunque no a muchos, a algunos sabios y entendidos “*estas cosas*” les han sido reveladas.

El apóstol Pablo fue uno de ellos, con todo su bagaje de conocimientos de la ley mosaica, que le permitía aventajar a muchos de sus contemporáneos. Él mismo les escribió a los corintios estas palabras:

“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles.” (1^a Corintios 1:26)

La conclusión más sencilla y lógica es que, debido a su sabiduría, erudición y entendimiento, a muchos les cuesta tener un espíritu humilde y enseñable, y más bien se apoyan en lo que saben y se piensan que son, con autosuficiencia y a veces también con arrogancia.

Con todo, hay los que no son así, aunque no muchos, y a los tales, como Pablo y algunos - pocos en general - Dios también les revela “*estas cosas.*”

Los niños – no en edad sino en sencillez y pequeñez – son los agraciados, a los cuales ha placido al Padre revelárselas.

En Su sabiduría y justicia le ha agradado que así sea:- a los sabios y entendidos que se valen de lo que ellos saben y ellos son – no. A los pequeños y necesitados que tal vez no sepan mucho ni se piensen ser gran cosa – sí.

En dos oportunidades hemos puesto entre comillas “*estas cosas*” para corresponder a las palabras que empleó Jesús. Estas cosas, las cosas sagradas, sublimes y eternas de Dios.

No se las comprende ni se las absorbe con el razonamiento natural, sino por revelación. La mente natural, librada a sus propios recursos, podrá tener una comprensión mental, pero la misma le resulta a veces locura, a veces sencillamente no le cuadran, o bien no le ven el sentido ni la importancia que tienen.

En cambio, los bienaventurados a quienes nos han sido reveladas, las vemos y entendemos con claridad, y son pura gloria para nuestro espíritu. Nos iluminan, nos llenan de luz y esperanza, de amor e ilusión, y nos resultan lo más precioso, sagrado y maravilloso que hemos hallado en la vida.

Nos podrán tratar de convencer que estamos equivocados; nos podrán decir que se nos ha hecho un lavado de cerebro, o cosas semejantes; no obstante, en el fuero interno tenemos la certeza absoluta de que son reales – que provienen del único Dios verdadero, y que en ellas, y sólo ellas, están nuestro destino y realización plena como hombres y mujeres, tanto en esta vida terrenal, como en la futura del siglo venidero.

El hecho de que le ha agradado al Padre revelarlas a los niños, nos debe motivar a que conservemos siempre esa actitud y espíritu de niños inocentes en cuanto al mal, pero maduros y adultos para el bien.

Jesús hizo mucho hincapié en esto, diciendo que para entrar en el reino de los cielos es imprescindible volver y hacerse como niño. (Mateo 18:3)

Asimismo, cuando los discípulos disputaban entre sí sobre quién sería el mayor entre ellos, él tomó un niño y lo puso junto a sí, diciendo: *“el que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande.”* (Lucas 9:47-48)

Es muy fácil, con el correr del tiempo, perder ese candor propio del niño que confía implícitamente en la bondad de su padre, y no sabe de grandezas y complicaciones.

Sepamos conservarlo, renovándonos por el Espíritu en esa actitud tan tierna y preciosa, que tanto agrada al Padre celestial. Así, Él se deleitará en nosotros, y habrá de revelarnos más de *“estas cosas”* tan hermosas y gloriosas.

“Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo lo quiera revelar.” (Mateo 11:27)

Aquí tenemos tres afirmaciones grandiosas y profundas, que nos hacen desear poder sondearlas, por lo menos en algo de su inmensa grandeza.

En la primera, el Maestro nos hace saber que Su Padre ha puesto todas las cosas en Sus manos. La misma verdad se nos presenta en Juan 13:3, y asimismo, en la gran comisión que se encuentra al final del evangelio de Mateo, en que Jesús comienza con las palabras *“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.”*

La primera conclusión que se desprende de esto, con ser bastante elemental, no por eso deja de ser muy significativa. En efecto: echa de ver la absoluta confianza que el Padre tiene en el Hijo, confianza ésta que le permite poner en Sus manos todas las cosas, en la seguridad absoluta de que serán tratadas y administradas con total responsabilidad y acierto.

De esto surge un principio importante para cada hijo y para cada siervo de Dios. Lo normal es que uno desee que Dios le confíe cosas de valor e importancia, como así también una medida creciente de poder espiritual, todo esto, a los buenos y sanos fines del reino de Dios.

Tengamos, pues, en cuenta, que para que ello pueda ser, es menester que haya una mayoría de edad, y un grado de madurez, acordes con lo sagrado y solemne de esos valores que se anhelan.

¡Qué hermoso pensar que el Padre nunca se ha visto ni se verá defraudado por el Hijo! Antes bien, siempre comprueba y comprobará que el Hijo todo lo hace a la perfección – a las mil maravillas – para Su gran satisfacción y deleite.

Aun cuando nos sintamos muy pequeños en comparación, y que nos falta un largo trecho para llegar a eso, que el ejemplo de Jesús, el Hijo amado, nos estimule a emularlo por la gracia del Espíritu, y a ser administradores fieles y responsables de aquello que se nos ha encomendado.

“Nadie conoce al Hijo, sino el Padre...”

La segunda parte de esta triple afirmación también nos llama poderosamente la atención.

Los profetas y santos del Antiguo Testamento predijeron mucho acerca del Hijo de Dios: de Su nacimiento, Su ministerio, Su muerte y resurrección, y de Sus glorias venideras. Sin embargo, era como si vieran por un espejo, oscuramente, y ninguno de ellos conocía de veras al Hijo en toda la magnitud de Su hermosura y Su gloria.

Sólo el Padre lo conocía, y lo conoce, de esa forma a Él, que es Su Hijo, no creado sino engendrado, por un engendro eterno, libre de las limitaciones del tiempo, y que le confirió en el gran misterio de la deidad y la piedad, la misma eternidad propia de Él, el Dios Padre eterno, y del Espíritu Eterno. (Ver Salmo 90:2, Isaías 9:6 y Hebreos 9:14)

Nos resulta hermoso el íntimo reconocimiento mutuo entre Padre e Hijo que se deriva de relacionar Salmo 2:7 con 89:26.

"Jehová me ha dicho: Mi Hijo eres tú" (#) y "Él me clamará: Mi Padre eres tú."

Más tierno y tocante aun nos resulta lo que se nos dice en Juan1:18:-

"...el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre..."

En esa comunión límpida y pura y que data de la eternidad pasada, el Hijo amado se encuentra en el seno del Padre, Quien así lo conoce en toda Su hermosura, gracia y gloria como ningún otro lo puede conocer.

¡Con qué propiedad, peso y sustancia llegan así estas palabras de Jesús que volvemos a citar!

"Nadie conoce al Hijo, sino el Padre."

¡Bendito Padre, que conoce al bendito Hijo, con tanta intimidad y precisión!

"Ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo lo quiera revelar."

En esta tercera parte, la profunda y gloriosa afirmación de Jesús alcanza un clímax maravilloso. Ya tocamos algo de ella al tratar la parábola del hijo pródigo, pero ahora nos

(#) Aunque la primera de las dos citas va seguida de "Yo te engendré hoy," es evidente que ese hoy era proféticamente el de la resurrección de Cristo, según surge con claridad de Los Hechos 13:33.

detenemos por más tiempo.

En el vasto contenido de las Escrituras, tenemos descripciones riquísimas y abundantes de la grandeza y la majestad de Dios el Padre, como así también de Su santidad, justicia, omnisciencia, omnipotencia y omnipresencia.

Quien conozca aunque no sea más que medianamente la Biblia, podrá recordar muchas de ellas, ubicadas ya sea en el Pentateuco, en los libros históricos, en los proféticos y también en los poéticos, sobre todo en los salmos.

Sin embargo, Jesús nos da aquí la increíble verdad de que, a pesar de todo ese copioso caudal de revelación de Su persona que se nos da en las Escrituras, no hay hombre alguno que de verdad, de verdad, conozca a ese Dios Padre invisible, sino aquellos bienaventurados, indeciblemente afortunados, a quienes lo ha querido, y lo quiere revelar.

Tenemos que desglosar o separar las dos partes – la del Dios Padre a Quien sólo el Hijo lo conoce, y la de los benditos a quienes Él lo revela.

La primera nos hace pensar en la gran diferencia entre conocer a alguno por las referencias y descripciones que nos pueda dar un tercero, y conocerlo de una manera directa, personal e íntima.

Todos los escritos de la Biblia, inspirados como son por el Espíritu Santo, contienen, como hemos dicho, innumerables descripciones del Dios eterno e invisible, a Quien ningún hombre ha visto jamás.

El que nos las ha dado es el Espíritu Santo, un dignísimo tercero, que desde luego también lo conoce al Padre. Son descripciones que nos ayudan, bendicen y enriquecen, pero distan mucho de alcanzar ese conocimiento eterno e íntimo del Hijo amado, que ha morado y mora en el seno del Padre desde la eternidad pasada.

En ese lugar tan sagrado, tan exquisitamente tierno y sublime, Él ha podido sentir el latir del gran corazón del Dios Padre, y tener la comprensión y el conocimiento más cabal de Su amor inconmensurable, que va más allá de lo que el vocabulario más rico y fluido pudiera describir.

Sólo Él, y ningún otro, conoce de verdad al Padre.

Pero ese conocimiento tan especial, tan único, el Hijo no se lo ha querido guardar para sí, y eso nos lleva a la segunda parte.

Hay aquéllos a los cuales, en total acuerdo con el Padre, Él lo ha querido revelar. No nos vamos a enredar aquí en una controversia o polémica acerca de los elegidos, y quiénes son y por qué han sido elegidos.

De la manera más breve y concisa, eso lo situamos dentro del marco de 1ª Pedro 1:2, donde leemos:

“...elegidos según la presciencia de Dios Padre, en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo.”

Es decir, que esa presciencia o conocimiento previo de Dios, le permitía a Él saber qué respuesta de obediencia darían los unos, en contraste con la indiferencia o rechazo de los otros.

En base a esa presciencia ha resultado que los unos han sido elegidos, y los otros no lo han sido.

Aclarado ese punto, pasamos ahora a ocuparnos de la forma en que Jesús lo ha revelado, y lo sigue revelando al Padre.

En primer lugar, lo ha hecho a través de Su vida terrenal, como el hombre de carne y hueso, al igual que todos los demás, llamado Jesús de Nazaret. Al vivir en medio de hombres y mujeres que lo veían, oían y aun tocaban, se hizo visible, oíble y tocable para ellos, y así pudieron verlo como una manifestación vívida, veraz y precisa del Dios Padre invisible e intocable para todo ser humano.

En Juan 14:9 Jesús afirmó: *“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre,”* denotando que Él y el Padre son absolutamente idénticos.

Para mayor abundamiento, esta verdad está clarísimamente corroborada en 2ª Corintios 4:4 y Hebreos 1:3, que nos dicen, respectivamente:

“...Cristo, el cual es la imagen de Dios” y “...el cual, siendo el resplandor de su gloria y la imagen misma de su sustancia...”

Cuantos le rodeaban, contemplaban y escuchaban, veían en Él lo más noble y puro que jamás habitó en este mundo.

Su conducta, siempre impecable e intachable; Su hablar sabio, lleno de autoridad y de verdad, y sin que nunca tuviera que disculparse por haber pronunciado una sola palabra fuera de lugar; Su sereno dominio de la situación en todo momento; Su carácter limpio y valiente que no conoció el pecado en absoluto y estuvo totalmente exento de miedo o temor; Su ubicación perfecta en la voluntad divina cada día de Su vida; Sus palabras de gracia sin igual a los que acudían a Él sinceramente en busca de socorro o perdón; igualmente, el lenguaje franco y tajante con que fustigó a los falsos e hipócritas que osaban acercársele con sus asechanzas y malvados designios; Su bendita humildad y mansedumbre como así también Su fe inquebrantable, que se mantuvo incólume aun en los momentos más oscuros y difíciles; y, en fin, todo lo que fue e hizo, incluyendo los milagros nunca vistos antes, y que llenaron de asombro y dejaron atónitos a los que los presenciaron – todo eso, constituyó una revelación cabal y perfecta de cómo era, y cómo es, Dios el Padre.

Mas a todo ello agregó el sacrificio supremo que consumó a todo lo largo de la cruenta vía dolorosa, que discurrió desde el Getsemaní hasta Sus últimas palabras al encomendar Su espíritu al Padre y morir.

Padeciendo en el terreno físico, moral y espiritual, en profundidades que nos resultan inalcanzables de sondear en ésta, nuestra finita vida, exhibió de la manera más superlativa el supremo amor de Dios el Padre por el género humano caído, al punto de entregarse a todo ello hasta la muerte para lograr su redención y restauración plena.

Como un muy pálido reflejo de esto, tenemos en 2^a. Samuel 18:33 las palabras de David, al cual, por algo, en más de una oportunidad se lo describe en las Escrituras como el varón conforme al corazón de Dios.

“¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!”

Como alguien bien ha dicho, en esta angustia y gran dolor de David, tenemos una sombra y figura del gran amor del Padre por nosotros, Sus hijos indignos y rebeldes. Ese amor

no sólo anheló morir en lugar nuestro, como David lo anheló para con Absalón; fue mucho más allá, muriendo en muerte de cruz en la persona de Su Hijo amado.

Semejante revelación de Dios el Padre – tan completa y tan acabadamente perfecta – eclipsa totalmente toda la otra revelación de Él que nos vino a través de las Escrituras, y de los padres y profetas del Antiguo Testamento.

Todo esto en cuanto a la revelación desplegada en la persona y la vida, el ministerio terrenal y la obra redentora de Cristo.

Ahora tenemos que agregar la que nos ha brindado y legado con Su prédica sin igual. Sería demasiado largo extendernos, queriendo abarcar las muchas ocasiones en que Su enseñanza tan fecunda abundó en descripciones del Padre celestial.

Digamos que, con un hablar exento de retórica o elocuencia humana, pero saturado de la más pura y fragante inspiración, nos ha hecho comprender cómo es en verdad el Padre, como ningún otro lo ha podido hacer.

Tomemos, como ejemplo, por una parte la gran descripción que se encuentra en Éxodo 34:6-7.

“... ¡Jehová! ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado.”

Desde luego que son palabras cargadas de hondo sentido, que nos traducen mucho de la grandeza y tremenda misericordia de Dios

Ahora, por la otra parte, tomemos la descripción que Jesús nos da, a la cual ya nos hemos referido en parte en la parábola del hijo pródigo.

El padre, lleno de la expectativa del regreso del pródigo, se sitúa en el portal y con sus ojos fijos en lejanía, espera hasta que de repente divisa la silueta del hijo que retorna.

Su amor y su gozo son incontenibles; no puede permanecer quieto esperándolo, y va corriendo hacia él, y así como está, sucio y oloroso, se le echa al cuello, lo abraza y lo besa con el abrazo y el beso del perdón más absoluto, y de la

ternura del amor más entrañable, y que va mucho más allá de lo que podemos comprender o imaginar.

Más que palabras acertadas e inspiradas, tenemos en esto un cuadro que nos pinta el Maestro de los maestros de los hechos reales y concretos de un Padre superlativamente amante – y este cuadro tan precioso como emotivo nos habla con una exquisita elocuencia, muy, pero muy por encima de todas las demás descripciones que se nos han dado – es verdaderamente el *súmmum* y el zenit.

Son muchas más las descripciones del Padre que Jesús nos ha dado y que están inscritas en los evangelios.

Nos hace mirar las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros. Despreocupadamente, picotean donde encuentran algún granito o alguna migaja, y no se afanan guardando y escondiendo por si no tuvieran nada en el mañana. Llegado el crepúsculo y el anochecer, se entregan al descanso y el sueño con la más apacible calma.

“¿Y mañana, qué comeremos?” es una pregunta que no se les cruza por la mente, pues aunque no han sido instruidas en doctrina ni en teología, saben instintivamente que en el cielo hay un Padre, Creador Supremo, que cuida de ellas a las mil maravillas. Y aunque en las plazas y mercados de aquel entonces se vendían a precios casi insignificantes, ninguna de ellas cae a tierra, llegando al final de su vida, sin que Él lo sepa y lo permita. (Mateo 6:26 y 10:29)

Y dos versículos más abajo nos insta a que dejemos de lado todo temor o ansiedad, puesto que para el Padre celestial nosotros, los seres humanos, valemos más que muchos de esos pajarillos, a los cuales Él cuida con tan tierna solicitud. (Mateo 10:31)

¡Cuánto, pues, valemos ante Sus ojos!

También nos llama a considerar las flores, de las cuales elige como ejemplo los lirios del campo. Van creciendo sin esforzarse ni afligirse, y Dios los viste con una hermosura tal, que sobrepasa toda la gloria con que se vistió el famoso rey Salomón.

Con lo cual nos llama a reflexionar así: si a esa hierba del campo, que tan pronto se marchita, encoge y desaparece,

Dios la viste tan de gala, ¿cuánto más se cuidará de vestirnos a nosotros, y de encargarse de que nada nos falte?

Siempre práctico, siempre yendo a lo más importante y aconsejable, redondea esta tierna y candorosa enseñanza, exhortándonos a que desechemos toda preocupación inútil, y toda pérdida de tiempo y energía en lo superfluo e innecesario.

En cambio, nos anima a que busquemos en primer lugar el reino de Dios y su justicia, en la feliz y bendita seguridad de que al hacerlo, todo cuanto nos haga falta nos será dado. (Mateo 6:33)

En todo esto tenemos al Maestro perfecto. Por una parte, nos presenta al Padre tierno y amante, que nos cuida con la máxima bondad y fidelidad.

Por la otra, valiéndose del efecto tonificante que tiene que surtir esta revelación, nos motiva y exhorta a que le busquemos a Él, Su reino y Su justicia por encima de todo lo demás.

Lo hace, sabedor de que será la forma más eficaz y segura de realizarnos plenamente en la vida; de llegar a ser los hombres y las mujeres, que, al crearnos, Dios se había propuesto que fuésemos, y de que, terminado nuestro peregrinaje terrenal, nos vayamos a morar con Él por los siglos de los siglos.

¿Acaso habrá otro maestro y consejero, tan sabio, tan bueno y puro, y cuyas palabras infundan semejante seguridad y confianza?

“Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.”
(Juan 17:26)

Al hablar en párrafos anteriores de la revelación de Dios el Padre, bien que en Él se encuentran muchos otros atributos propios de la Deidad - Su omnipotencia, omnipresencia, omnisciencia, santidad y justicia, majestad y gloria, etc. - lo que más ha resaltado es Su inmenso amor y Su gran misericordia.

En el versículo que hemos citado arriba, Jesús concluye Su sublime oración que abarca todo el capítulo 17 de San Juan. Lo hace poniendo claramente de relieve la preeminencia del amor, en esa revelación del carácter del Padre que Él había dado a los Suyos, y que les seguiría dando.

Y la meta o el propósito de esa revelación era, y sigue siendo, que el amor con que el Padre lo ha amado a Él, esté en nosotros, los verdaderamente Suyos, y que Él mismo - el Cristo amado - también esté en nosotros.

Si bien la letra y la teoría de esta verdad son bien sabidas y conocidas, el disfrutar experimentalmente de ella es algo que va mucho más allá. Cuando, por el obrar bendito del Espíritu Santo en nuestros corazones lo gustamos y paladeamos de veras, nos estamos remontando a anticipos sublimes de lo que nos espera en la gloria eterna con Él.

Resumiendo todo esto, consignamos lo que nos dice Juan 1:18:-

"A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer."

Una forma muy concisa, pero a la vez muy precisa, de condensar esta gran verdad. Si no hubiera sido por Él, el Hijo amado, nunca habiéramos podido conocer al Dios Padre de verdad, lo cual, desde luego, nos llena del más caro agradecimiento hacia Él.

CAPÍTULO 11

Dichos desafiantes

Para poder abrirnos paso y progresar en la vida, necesitamos, junto con muchas otras cosas, encontrarnos con situaciones que nos motiven y que nos desafíen a superarnos, ya sea redoblando nuestro esfuerzo, o bien quemando las naves, o jugándonos por una aspiración o una meta determinada.

Cuando esa aspiración y esa meta se relacionan con los bienes sagrados e imperecederos de Dios, pasan a convertirse en un noble ideal, que nos mueve a brindarnos a él de lleno y con lo mejor de nuestras fuerzas.

En la vida del verdadero hijo y siervo del Señor, esas situaciones suelen presentarse en una encrucijada particular, o bien en un momento crucial, en el cual, como resultado de una búsqueda intensa de Su rostro, Él nos lleva a tomar un paso que puede ser muy importante, y a veces decisivo, en cuanto a nuestro rumbo futuro.

¡Qué privilegio grande el nuestro!

Como hijos Suyos que le estamos siguiendo y sirviendo, Él nos va señalando el camino más alto, que ha de llevarnos a lo mejor en esta vida y en la del siglo venidero.

En contraste con ello, ¡cuán azarosa y peligrosa es la porción de los que no disfrutan de esa tutela, ni desean recibir esos desafíos que el Maestro nos va haciendo a lo largo de nuestra marcha!

Para ellos no existe ninguna garantía de que lleguen a buen puerto. Es más: a menos que, arrepentidos y

sintiéndose necesitados se vuelvan a Él de todo corazón, llevan todas las de perder, tanto para su existencia en este mundo, como en el futuro después de la muerte.

Hecha esta breve introducción, pasamos ahora a considerar algunos de Sus dichos desafiantes más destacados.

"...haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan." (Mateo 6:20)

Estas palabras van precedidas en el versículo anterior de la exhortación a no hacerse tesoro aquí en la tierra. Sobre todo en el mundo occidental en que vivimos y nos desenvolvemos, este dicho es revolucionario y va francamente a contracorriente.

Aunque atenuados en parte por la crisis económica imperante de un tiempo a esta parte, el materialismo y el consumismo siguen a la orden del día.

En la sociedad, en general, parece que lo que más interesa es la prosperidad material. Se busca con mucho esfuerzo y afán, y no pocas veces hasta por medios dudosos o abiertamente ilícitos, aumentar el caudal monetario, y también disponer de bienes muebles e inmuebles, y de toda suerte de artefactos que van mucho más allá de lo necesario.

La tendencia es tan fuerte que muchos creyentes se ven arrastrados por ella, con el consiguiente perjuicio para su vida espiritual.

Jesús nos dice claramente que no hagamos semejante cosa, y que en lugar de ello nos centremos en hacernos tesoro en el cielo.

De paso nos señala la precariedad del tesoro terrenal, expuesto a que la polilla o el orín lo corrompan, o que los ladrones lo hurten.

Desde luego que una persona muy acaudalada, corre el riesgo de recibir anónimos amenazando secuestrarla, o bien a sus seres queridos o a ella misma, con el frecuente y consiguiente reclamo de una fuerte suma en rescate.

Lo cruel y doloroso que resulta esto, sobrepasa de por sí todo el efímero beneficio y satisfacción que pueden traer las riquezas que se han acumulado.

¡Cuánto mejor vivir desahogadamente, disponiendo de cuánto sea necesario, pero evitando ser lo que llamaríamos un ricachón desafortunado!

¿Cómo podemos hacernos tesoro en el cielo, donde no hay ningún riesgo de que nos pasen cosas como éstas?

Evidentemente, de muchas maneras distintas.

No obstante, en toda la gran variedad de formas que hay, habrá de privar la virtud del amor al Señor y al prójimo, además de la generosidad, el desprendimiento, y el desinterés en cuanto al provecho personal.

Tomamos primeramente un ejemplo en el nivel básico de lo material.

A pesar de que sus libros y los de su esposa se habían ido vendiendo a un precio sumamente módico, un siervo de Dios pudo acumular con la venta de un buen número de ejemplares, un superávit si no muy abultado, por lo menos interesante.

Hace unos tres o cuatro años, el automóvil que poseía tuvo que darse de baja, a pesar de que el motor estaba en buenas condiciones, debido al alto grado de corrosión de la carrocería.

Ante la necesidad de adquirir uno nuevo, pudo haber pensado en uno, si no de lujo, por lo menos, digamos, de categoría, incluso invirtiendo para ello los beneficios logrados de la venta de los libros.

Sin embargo, se sintió guiado por el Señor a comprar uno más bien pequeño, aunque en buenas condiciones, y que había estado en un garaje sin usar como diecinueve años. Su aspecto era como de un vehículo que acababa de salir de fábrica, y lo consiguió a un precio sumamente bajo, que sufragó de su propia cuenta bancaria.

De esta forma, los fondos acumulados por la venta de libros no se tocaron para ese fin, y en cambio pudieron seguir siendo utilizados para apoyar a la obra del Señor, en algunos casos con sumas bastante interesantes, en unos doce países distintos.

El siervo en cuestión, además del privilegio de sembrar para el Espíritu, pudo experimentar la verdad de las palabras de Jesús *"más bienaventurado es dar que recibir,"* citadas por Pablo en Los Hechos 20:35.

La forma en que tratamos o administramos lo material, puede dar un indicio de nuestro estado espiritual, aunque el mismo no siempre necesariamente resulte exacto.

Puede haber alguien que maneja consciente y acertadamente sus finanzas, y sin embargo en lo espiritual no es todo lo que debiera ser. Pero lo que podemos afirmar sin temor a equivocarnos, es que quien se desenvuelve desafortunadamente y de forma crónica en lo material, está dando muestra evidente de una condición espiritual insatisfactoria.

Pero debemos ahondar bastante más en este terreno de hacernos tesoro en el cielo. Por supuesto que va mucho más allá de lo que concierne al dinero y los bienes materiales.

Hacernos tesoro en el cielo implica que nuestra mirada y nuestro amor están enfocados hacia el mundo espiritual y celestial. Sin dejar de tener los pies bien puestos sobre la tierra, nuestro Dios y nuestro Cristo y los valores eternos están por encima de lo terrenal y tangible, y esto último se ve solamente como algo transitorio, necesario para vivir y desenvolvernos adecuadamente, pero nada más.

San Pablo consigna en 2^a. Timoteo 1:12 unas palabras que se prestan muy bien para lo que estamos diciendo:

"...pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día."

Su depósito era mucho, muchísimo más que los pocos bienes que parece haber tenido, y que había dejado atrás desde un principio,

Era su vida toda; su amor apasionado al Cristo al cual le debía tanto; su servicio incesante, cada día y cada hora, en el cual derrochaba lo mejor de sus fuerzas, y a menudo teniendo que enfrentar feroz persecución, y encarcelamiento, llegando así a perder su libertad y estar detrás de unas rejas, sin poder ver la luz del sol.

Sin duda, el suyo fue un maravilloso ejemplo de hacer un grandioso depósito en el reino celestial, que le habrá de reportar los más altos intereses por toda la eternidad.

Que su ejemplo, y los de muchos otros de la misma

estirpe, sirvan para animarnos a hacer lo propio, en la medida de nuestra fe y de la voluntad de Dios para nuestras vidas.

Sin dejar de cumplir con nuestras obligaciones cívicas, y con la responsabilidad de ser padres y madres buenos y concienzudos, hagámonos eco en lo más hondo del ser, del desafío que nos presenta Jesús - *"haceos tesoro en el cielo,"* porque, como Él agrega a renglón seguido, *"donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón."*

"Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir." (Lucas 6:38)

Este es otro desafío de Jesús, que tiene cierta afinidad con el anterior, pero que no es igual.

Se trata, otra vez, de algo que va en sentido inverso de lo que generalmente se dice y hace: guardar, ahorrar, acumular para uno mismo, ya sea con avaricia y el deseo de ser un ricachón, o bien en busca de una prosperidad material, que permita disfrutar con holgura de los muchos bienes y artefactos tecnológicos, propios del consumismo de la actualidad.

Lo que Jesús en esta ocasión nos reta a hacer es otra vez totalmente revolucionario, y está regido por el principio de la fe - fe en la fidelidad de Dios, Quien premia al que da con generosidad al prójimo, a la obra del Señor, o a los necesitados, y que al hacerlo, da al mismo Señor en las personas de esos prójimos o necesitados, o de quienes están haciendo Su obra.

Citamos varios hermosos versículos que van en esa línea.

"De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis." (Mateo 25:40)

"Mas el que tiene misericordia de los pobres es bienaventurado." (Proverbios 14:21)

"A Jehová presta el que da al pobre, y el bien que ha hecho, se lo volverá a pagar." (Proverbios 19:17)

Al oír que se cita el versículo de Lucas 6:38 que va más arriba, o bien otros que apuntan en ese sentido, sin querer pecar de irónicos, nos atrevemos a decir que muchos, casi

insensiblemente, se llevan la mano a la billetera como medida de protección, ¡pensando que aquí viene una invitación a vaciarla!

Verdad es que esa cita, y muchas otras afines, se relacionan con diezmar y ofrendar dinero. Pero no es menos verdad, que ese dar a que se refiere Jesús va mucho más allá, abarcando una amplia gama de posibilidades.

Dentro de la misma podemos visualizar el darnos a Dios en primer lugar, de forma amplia y generosa, pasando unos buenos ratos en Su presencia, derramando nuestra alma en amor, adoración, alabanza y gratitud hacia Él, a Quien se lo debemos todo.

Darnos también a Su palabra santa, leyéndola a diario con avidez y obedeciéndola en todo; darnos además en amor a nuestros hermanos y semejantes; darnos en el ejercicio de los dones y talentos con que hemos sido dotados, buscando no el lucimiento personal, ni el reconocimiento o la admiración de los demás, sino el provecho y el bien de ellos.

Darnos, en fin, en lo que sea una ofrenda total de nuestra vida, a la voluntad de Dios, a la gloria de Su nombre, y a la extensión de Su reino.

Consecuente con el principio de la siembra y la cosecha, claramente establecido en las Escrituras, Jesús nos asegura que recibiremos en retribución medida buena, apretada, remecida y rebosando.

Aunque no somos muy proclives a usar términos numéricos al referirnos a los sagrados valores espirituales, como excepción esta vez lo hacemos. Así quedarán mejor ilustrados los cuatro adjetivos que Jesús empleó.

Para ello nos valemos de la promesa contenida en Marcos 10:29-30, donde el Maestro nos dice que si por causa de Él y del evangelio dejamos casa, hermanos, hermanas, hijos, tierras, etc. recibiremos cien veces más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna.

A algunos que han considerado esto superficialmente, les hemos oído decir que esto supone un interés del 100%, que es muchísimo más de lo que cualquier banco terrenal pueda dar.

No obstante, se han quedado cortos, pues un 100% sería darnos otro tanto, es decir una casa, hermano, hermana, hijo, o tierra más, por cada casa, hermano, hermana, hijo o tierra que hayamos dado.

Pero, al prometernos cien veces más, ¡Jesús nos está hablando de una tasa del 10.000%! Y agregamos, de paso, que por nuestra parte, en algunas de esas cosas por cierto que hemos recibido ya aun más de cien veces lo dado.

No hay ningún banco tan rentable, que reditúe intereses tan altos como el celestial. Invierte en él tus valores, amado hermano lector, y no en los mezquinos bancos terrenales.

Digamos en conclusión sobre este punto, que aquí se presenta la afinidad con el anterior de hacernos tesoro en el cielo que señalamos al principio. Aunque por rutas distintas, desemboca en el mismo fin bendito.

“Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.” (Apocalipsis 3:18)

Este es un desafío triple, de la más alta envergadura, y que, desde luego, merece y exige nuestra más detenida consideración.

Notemos que va dirigida al ángel y mensajero de la iglesia de los laodicenses, pero creemos que, por extensión, vale para la iglesia toda, o por lo menos, para gran parte de ella.

Ellos - los laodicenses - creían que eran ricos y que de ninguna cosa tenían necesidad, y con el lenguaje más franco y crudo Jesús les dice que eran unos desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos.

¡Qué radiografía desgarradora!

Tengamos en cuenta, de paso, que éstas son palabras, no del Maestro de Galilea en Su ministerio terrenal, sino del Cristo ascendido y glorificado.

Aunque la franqueza con que les describe su verdadera condición puede, a primera vista, parecer hasta cruel, en realidad estaba motivada por un verdadero amor hacia ellos.

Un amor que necesitaba, antes que ninguna otra cosa, quitar de en medio el velo engañoso que les impedía ver con claridad el verdadero estado en que se encontraban.

Esto lo hace con Su palabra veraz y certera, que en esta ocasión funciona como una de las muchas cosas que es en verdad: - una palabra viva y eficaz, y más cortante que toda espada aguda de dos filos. (Ver Hebreos 4:12)

Tratemos de imaginar la sorpresa, y - ¿por qué no decirlo? - el desconcierto que les habrá causado leer semejantes palabras. Estaban tan seguros y satisfechos, pensándose ricos y faltos de nada, y ¡ahora el Maestro les dice estas cosas tan fuertes, tan crudas!

Tal vez en un principio no lo creerían: *¿será que esta carta tenía que haber ido a alguna otra iglesia y nos ha llegado por error?*

El engaño es algo muy sutil, que procede de la astucia infernal de la serpiente, y muchas veces quien está engañado no se da cuenta de ello, y cree estar en lo correcto y verdadero.

Creemos que al seguir con la lectura de la carta y recapacitar detenidamente sobre ella, habrán comenzado a entrar en razón; a comprender que eran palabras de reprensión, y muy fuertes por cierto, pero del Cristo que los amaba de verdad, y que lo hacía para el bien de ellos.

Pero pasemos ahora al triple consejo y desafío a la vez, tomando la primera parte:

"...Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico..."

Cuando el Señor nos habla en reprensión nunca queda en eso, sino que siempre continúa hablándonos, para mostrarnos la solución o el remedio.

Esto lo debemos recordar y tener como contraste con profecías o afirmaciones enjuiciatorias o de reprensión que a veces se oyen, y que no presentan ni señalan la salida ni el remedio.

La solución que Él aquí les presenta es que compren de Él oro refinado en fuego, a fin de que sean ricos, y no continúen en su condición de pobres, desventurados y miserables.

Esto echa de ver la evaluación que Jesucristo hace de la verdadera riqueza. Para Él no tiene nada que ver con una

gran prosperidad material y económica, sino con recibir ese oro del trato de Dios en nuestras vidas, al ser probados y aprobados tras pasar por el fuego de la prueba y el dolor.

En Lucas 12:21 Él habló de ser rico en Dios. Se trata de una riqueza adquirida o lograda por la entrega total e incondicional de nuestra vida, lo que necesariamente ha de llevar de una forma u otra a que uno pase por la fragua de la adversidad, la tribulación o el sufrimiento, para salir purificado, transformado y altamente enriquecido.

Recordamos parte de una canción alusiva al herrero, aprendida en la niñez:

“¡Pan! ¡Pin! Mueven los fuelles un sano trájín;
¡Pin! ¡Pan! Rojas de fuego las fraguas están;
Y el hierro suena, y el hierro siente,
Y si a la fragua se entrega luego,
El hierro sale todo de fuego,
Como una fuerza pura y ardiente.”

Esta rima nos presenta una sencilla, pero a la vez profunda analogía. No el hierro, sino el vaso de barro, es el que suena y que siente; mas, si con entereza se entrega a la fragua de la prueba, a su tiempo ha de salir todo de fuego, tal como reza la canción, como una fuerza pura y ardiente.

Esto es algo que debe tocar las fibras más íntimas del ser, provocando los más nobles sentimientos y aspiraciones: jugarse por Jesús – pagar el precio, como respuesta agradecidísima a Quien dio y sufrió tanto por lograr nuestra redención.

Que ningún lector quiera eludir este maravilloso desafío de Jesús, optando en cambio por el camino bajo del egoísmo, la comodidad y el confort personal. Eso equivaldría a desdeñar la meta del verdadero oro, que no sólo lo hace a uno rico en Dios, y por la eternidad, sino que también lo capacita para enriquecer a muchos otros.

La segunda parte del desafío no es menos significativa:

“...y *vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez.*”

Para empezar, digamos que el estado de tibieza que había en Laodicea, era síntoma de un mal mucho más grave de lo que pudiera parecer a primera vista.

No se trataba solamente de estar tibios. Detrás y debajo de ello había otros intereses y otros amores, y en ellos yacía, tal vez sutilmente escondida, una buena dosis de pecado, según se desprende de la tajante frase *"la vergüenza de tu desnudez."*

La tibieza es engañosa. Da a entender que sólo se trata de no tener tanto calor como otros que están encendidos en amor, pero en realidad encubre algo muy lamentable:- en cuanto a otras cosas que son ajenas al Señor y los valores eternos, se está muy interesado y hasta apasionado. Y entre ellas, por cierto que no falta el pecado, que lo reduce a uno a la triste y despreciable condición de un desnudo vergonzoso.

Eso pasó en el Edén en un principio. Adán y Eva quedaron en ese triste y lamentable estado. Tras su fallido intento de cubrirse con delantales de hojas de higuera - ¡y cuán pronto se habrán marchitado y encogido, hasta no servirles de nada! - el Señor tuvo misericordia de ellos y los vistió de túnicas de pieles.

Como sabemos, esto denotaba ya desde un principio, la necesidad del sacrificio de una víctima inocente, la cual, a su tiempo, iba a ser el Cordero de Dios, Jesucristo, en Su muerte expiatoria en el Calvario.

¡Cuán triste resulta vivir en esa condición tan baja y despreciable!

Su amor hacia los laodicenses, lo mueve a Jesucristo a proponerles el remedio que les habría de restaurar la dignidad perdida.

Otra vez se trata de comprar algo, y ese algo es las vestiduras blancas. Comprarlas porque hay un precio que pagar, y ese precio en este segundo caso tampoco tiene nada que ver con el dinero ni los bienes materiales.

En cambio, es el de renunciar irrevocablemente a todo el pecado en sus diversas formas; ese pecado que se ha amado

y se ha estado acariciando, besando y albergando en el corazón.

Ello solamente es alcanzable merced al más sincero y profundo arrepentimiento, de lo cual nos hemos de ocupar más adelante.

¡Que contraste abismal entre el estado en que se encontraban y la meta que les presenta Jesús!

En lugar de un estado vergonzoso de desnudez, estar vestidos, y no de cualquier forma, ni con cualquier cosa, sino vestiduras de un blanco impecable, propio de la hermosura de la santidad. Y así, poder levantar la frente en alto, con la dignidad recobrada, pudiendo ahora mirar al Señor y a los semejantes, sin tener que bajar la vista, pues ya no hay nada de qué avergonzarse, ni nada que esconder.

Dichosa condición y porción de los redimidos del Señor, que odiando el pecado y amándolo a Él de todo corazón, disfrutaban de semejante calidad de vida.

¿En cuál de las dos parcelas te encuentras, amado lector?

Si estás en la de los laodicenses, ¿no sientes algo en el fuero íntimo de tu conciencia que te mueve a salir de ella, abrazando el consejo y desafío santo que te presenta Jesús?

Hazlo pronto – hazlo ya, y con toda la sinceridad que se merece. Si vas en serio, el Espíritu Santo vendrá en tu ayuda, para que de veras pases a la parcela de los bienaventurados que viven de blanco delante de Dios y de los hombres.

La tercera parte del desafío, no está concebida en los mismos términos de comprar algo de Jesús. Es una exhortación a ungir los ojos con colirio para que veas.

¿Qué será esto de ungir los ojos con colirio?

Por supuesto que no se tratará de ir a la farmacia para procurar un frasco de colirio, y pedirle a la esposa o a la madre de uno que le eche unas gotas en cada ojo dos veces al día.

Se trata de colirio espiritual, por así llamarlo. Como muchas veces se ha dicho, el corazón es el prisma a través del cual se ven y se valoran las cosas de la vida.

Cuando en el mismo se alberga el pecado, los efectos que surte son terribles. Endurece el corazón, a la par que ensordece y enceguece los sentidos espirituales, y si se le permite seguir su curso indefinidamente, puede llegar a enloquecer a quien lo hace, todo lo cual está debidamente atestiguado en las Escrituras. (Ver Hebreos 3:13; Ezequiel 12:2 y Números 12:11, respectivamente, y entre otros versículos)

En Laodicea Jesús nos hace entender que, si bien no se había llegado al estado de locura, sí se había caído en el de ceguera espiritual - sencillamente no veían las cosas como verdaderamente eran:- se encontraban en un estado grave y lamentable, y ellos lo ignoraban y pensaban todo lo contrario.

Por el colirio, espiritualmente hablando, entendemos ese resultado y esa gracia y virtud que produce el verdadero quebrantamiento - el del corazón realmente contrito y humillado.

En el mismo, a menudo fluyen las lágrimas, que a veces llegan a chorrear profusamente, deslizándose por las mejillas.

Son los lavajes internos que el obrar del Espíritu efectúa en los corazones, y que eliminan las malezas y suciedades que se han ido acumulando, a veces por largo tiempo. Al salir por los ojos, esas lágrimas tienen un efecto muy saludable, que quizá no sea fácil de comprender por quien no lo ha experimentado.

Lo cierto es que esas lágrimas realizan un lavado de los ojos, sintomático de lo que ha sucedido en el corazón. Quitada la suciedad que enturbiaba la visión, ahora se ven las cosas muy distintas, por el prisma de un corazón limpiado, que ya empieza a verlo todo como lo ve el Señor, como lo ven lo hermanos que andan en el Espíritu, y como verdaderamente es.

No quedaría completo nuestro análisis de este triple desafío que hace el Señor, si no le diésemos unos párrafos al versículo 19, que dice:

"Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete."

El hecho de que Él nos reprende, y también castigue cuando sea necesario, es una muestra inequívoca de que nos ama de verdad.

Malo sería que no nos dijera nada, ni nos mandase una señal de desaprobación, ni nos castigase cuando viese que vamos mal encaminados y hacia un peligro y un triste fin.

Sería algo así como la diplomacia humana, que, por quedar bien y no ofender a nadie, calla y consiente cuando no se debe hacerlo.

Al principio de esta carta Jesucristo se presenta como "*el testigo fiel*", y aquí confirma serlo de verdad con su reprensión franca y cruda, pero totalmente justificada, y además, movida por un genuino amor hacia ellos, los laodicenses.

Nunca esperemos de Él un trato diplomático, que rehúye reprendernos cuando obramos mal, para evitar ofendernos o dolernos.

En más de una ocasión, quien esto escribe ha compartido oralmente, y tal vez por escrito también, acerca de una oración sincera y muy importante que elevó al Señor hace unos buenos años.

En la misma le pidió encarecidamente que no le permitiese nunca, de ninguna forma, desviarse del camino santo y verdadero, reprendiéndolo al menor atisbo de error o desviación, y recurriendo al castigo si ello fuese necesario.

No se avergüenza de atestiguar que, a través de los años, ha recibido claras reprensiones del Señor, incluso algunas bastante fuertes. No han faltado tampoco las veces en que ha recibido un castigo, que en una determinada ocasión fue por cierto muy severo.

No obstante, tanto las unas como los otros, siempre han tenido un muy saludable resultado. Además, le han permitido apreciar el amor y la preocupación amorosa del Señor, incluso por detalles que otros pasarían por alto, pero que Él le ha señalado muchas veces, siempre en aras de una continua superación y la búsqueda de la excelencia, hasta donde sea posible.

Desde luego que, en nuestro crecimiento y maduración, hemos de procurar alcanzar un grado de responsabilidad y plena obediencia que haga innecesarios tanto el castigo como la repreñión.

Por otra parte, como claramente se nos dice en Hebreos 12:5-11, esta disciplina del Señor es una prenda segura de que somos Sus hijos de verdad.

La ausencia de toda disciplina, repreñión o llamado de atención, aun cuando la conducta no sea correcta, debe ser algo que resulte muy preocupante, y aun alarmante.

O bien no se es un auténtico hijo de Dios, o con haberlo sido, se ha llegado a un estado en que Él ya no le habla a uno, quizá por haber desatendido muchas veces Sus consejos y repreñiones.

Quien esté en esa triste y gravísima condición, no demore en buscar al Señor con toda urgencia e instancia.

En el primer caso, para clamar arrepentido y con fe en la muerte de Cristo a su favor, por un verdadero renacimiento que lo convierta en un hijo de Dios.

En el segundo, porque la gracia de Dios le enterezca el corazón y destapone los oídos espirituales, a fin de que pueda recordar debidamente las repreñiones y castigos recibidos en el pasado, y reaccionar favorablemente.

En esto tiene puntual aplicación el bien conocido adagio más vale tarde que nunca.

Las palabras finales del versículo 19 en que estamos – *“se, pues, celoso, y arrepiéntete”* ponen de manifiesto las cosas que Él espera de parte de los laodicenses, y por extensión, de quien o quienes se encuentren en situación semejante o parecida.

El celo consiste en este caso en un anhelo y una preocupación muy real por ponerse a cuentas con Dios. Necesariamente debe conducir al arrepentimiento, que, en lo que estamos, empezaría por un profundo pesar por haber llegado a ese estado de desventura, miseria, pobreza, ceguera y desnudez, y para colmo, de haber estado pensando que

todo iba bien – que se era rico y de ninguna cosa se tenía necesidad.

Cuando esto realmente acontece, se pueden dar escenas de estar por largo rato a los pies del Señor, con el rostro en tierra, derramando el alma con la más tierna contrición y humildad, a menudo acompañado todo esto de profusas lágrimas que brotan, no superficialmente, sino de lo hondo de las entrañas.

Pero además, todo esto debe traducirse en un abrazar de lleno el consejo del Señor en los términos del triple desafío que hemos considerado. A la postre, el resultado será que de ese estado de desventura y miseria en que uno se ha encontrado, se pase gradual y progresivamente a uno muy distinto – el de ser realmente rico, de estar vestido de las vestiduras blancas de la santidad, y de ver con claridad y acierto las cosas, es decir, como verdaderamente son.

El resto de la carta a Laodicea es tan sustancioso, que no podemos menos que pasar a comentarlo, dedicándole unos párrafos, aunque sin extendernos demasiado. No obstante, nos abstendremos de tocar el versículo 21, que nos vemos precisados a postergar hasta el último capítulo.

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz, y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.”

Éste es un versículo que se emplea mucho en la labor evangelística, pero que, en realidad, iba dirigido a los que ya eran creyentes convertidos en Laodicea.

No es, estrictamente hablando, un desafío, sino una invitación amorosa a que se le abra la puerta, a fin de que Él pueda entrar, trayendo todo un inmenso bien para quien lo haga.

El hecho de que Él mismo se declare situado a la puerta, hace entrever algo muy doloroso, y a la vez, muy tierno y entrañable.

Doloroso porque revela que con toda la riqueza y suficiencia con que se creía contar en Laodicea, lo habían ido gradualmente relegando a un lado, hasta llegar al tristísimo estado en que Él, el Redentor y la Cabeza de la iglesia, había

quedado afuera - a la intemperie, y como si ya no contase para nada.

Una verdad, más que dolorosa, desgarradora, que nos debiera motivar a orar y desear entrañablemente que nunca semejante cosa nos llegue a acontecer, tanto en el plano colectivo de iglesia, como en el personal de hijos de Dios.

Pero su ubicación, a la puerta, llamando con el deseo de entrar, nos hace ver a la vez, como decimos, algo muy tierno y entrañable.

Habiendo recibido semejante trato, muy bien podría haberlos dejado de lado, prescindiendo totalmente de ellos, para dirigirse a otros que supieran corresponder a Su amor y misericordia con una conducta obediente y sumisa, basada en una total dependencia de El.

Eso es lo que habría correspondido en Laodicea, como así también debiera ser en toda iglesia y con todo hijo de Dios. Pero, a pesar de que por cierto eso no fue así por parte de los laodicenses, con una humildad asombrosa se rebaja a golpear a la puerta, y con toda bondad espera, por si alguno, oyendo Su voz, se siente movido en su interior a abrirle la puerta y darle una sincera bienvenida.

¡Asombroso, y casi increíble amor! ¡Pensar que pueda haber corazones tan endurecidos, que se nieguen a aceptar semejante invitación!

El hecho de que Él haya dicho "... *si alguno oye mi voz, y abre la puerta*" denota que no esperaba una respuesta favorable que fuera masiva, es decir, de toda la iglesia. Tal vez sabía que eso no podía ser, siendo tan grave el estado de ceguera imperante.

No obstante, tenía presente que entre ellos había quienes no estaban tan ciegos ni endurecidos, y no quería dejarles sin la oportunidad de ponerse a cuentas con Él, abriéndole la puerta de par en par.

A ese alguno que lo hiciera, le extiende la promesa de que comerían juntos en un tiempo de rica comunión.

Para quienes no la hayan advertido, consignamos la razón

significativa por la cual dice “*cenaré con él*” y no desayunaré, haré la comida, o merendaré, como bien podría haber dicho.

Esos creyentes de la iglesia de Laodicea habían andado en el camino de la fe por unos buenos treinta y cinco años, desde que el fiel siervo Epafras les había anunciado por primera vez el evangelio, según se desprende de la epístola a los Colosenses. De manera que se encontraban en una etapa avanzada de su peregrinaje terrenal, en la que, por así decirlo, las sombras del anochecer se cernían sobre ellos.

El desayuno es a primeras horas de la mañana; la comida al mediodía, y la merienda a la tarde. Todo eso ya había quedado atrás para ellos, pero quedaba la última oportunidad de la cena, antes que la jornada de su única vida tocara a su fin, y, otra vez, figurativamente hablando, sonara la campanada de la medianoche con el llamado al más allá.

Resulta entonces por demás conmovedor que ese amor, tenaz e incansable del maravilloso Maestro, les extendiera Su invitación para darles todavía una última oportunidad, después de tanto tiempo malgastado y perdido.

¡Cómo debiera esto tocar las fibras más íntimas de nuestro ser, para motivarnos a una búsqueda solícita y anhelante de Dios! Y también a un andar muy tierno delante de Él, con todo el temor y temblor que cosas tan sagradas demandan de nosotros.

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”
(Apocalipsis 3:22)

Jesucristo, que se ha presentado como el testigo fiel y verdadero al principio de esta carta a Laodicea, ahora la cierra con las mismas palabras que van al final, o muy cerca del final, de las seis cartas restantes.

Tres cosas de gran importancia se desprenden de ellas.

La primera es la necesidad de una fina sensibilidad espiritual, con los sentidos agudizados de tal manera que se capte bien lo que se está queriendo decir, y no caiga en saco roto.

Ya sea por acostumbrarse a leer o escuchar estas cosas de

forma rutinaria, y sin tratarlas con la debida devoción y solicitud que se merecen, o por cultivar otros intereses y amores, se puede ir perdiendo esa sensibilidad, llegándose a un lamentable estado de sordera espiritual.

“Que nunca me suceda semejante cosa”, debería ser el ruego de cada lector.

La segunda cosa es la total identificación y unidad del Señor Jesús con el Espíritu Santo. Lo que Él está escribiendo y diciéndonos no sólo viene de parte de Él, sino del Espíritu Santo también, Quien habla al unísono con Él, y en completa y absoluta concordancia.

Esto nos lleva a verlo a Él como el Verbo Eterno, la palabra de Dios personificada, en Su total armonía con el Espíritu de Dios. Y a su vez, da un rotundo mentís a quienes, queriendo justificar una acción o línea de conducta reñida con las directrices de las Sagradas Escrituras, aducen que, a pesar de ello, el Espíritu Santo les dijo o los guió a que lo hicieran.

“Él no puede negarse a sí mismo,” según se nos dice en 2^a. Timoteo 2:13b.

Y el tercer y último punto es que estas palabras finales, si bien dirigidas en primera instancia al ángel de la iglesia en Laodicea, en realidad valen también para todas las iglesias.

Ésta es una consideración de mucho valor, que amplía considerablemente el alcance de todas las siete cartas a las iglesias del Asia de aquel entonces.

Aunque enfocadas primariamente a cada una de ellas, según el estado en que se encontraban y las dificultades porque atravesaban, su caudal de enseñanza, advertencia, corrección y consejo, se hace extensivo a toda la iglesia universal hasta el día de hoy.

Éste es todavía otro motivo que le confiere a los dichos de Jesús un peso sumamente contundente, que va mucho más allá de las limitaciones de espacio y de tiempo:- su validez y valor tienen vigencia en todo el orbe hasta el día de hoy, y por toda la eternidad.

CAPÍTULO 12

Dichos reconfortantes

En el ministerio de la palabra, tanto oral como escrito, en general, junto con la exposición y enseñanza de la sana doctrina, debe ir una buena dosis de exhortación a redoblar los esfuerzos, a buscar al Señor cada día con ánimo resuelto, a servirle con el mayor ahínco, etc.

Sin embargo, si se insiste continuamente en este aspecto, casi seguramente se alcanzará un punto en que la conciencia, la voluntad y el ánimo se saturarán de tanta exhortación, y ya no se pueda responder a la misma como se debiera.

Es por eso que la experiencia y el discernimiento recogidos con el correr de los años, nos hacen comprender la necesidad de alternar la exhortación con aquellos aspectos del multiforme consejo de Dios que nos llevan a reposar en la gran fidelidad del Señor, y a apoyarnos en Sus promesas y Su compromiso de llevar a buen fin la obra que Él mismo ha comenzado, y está llevando a cabo en nuestras vidas.

De acuerdo con todo esto, pasamos en este capítulo a considerar varios de los muchos dichos de Jesús que van en ese sentido, con el deseo de infundir al lector buen ánimo, fe y confianza.

“Pues aun vuestros cabellos están todos contados.” (Mateo 10:30)

Este dicho no deja de ser sorprendente: ¡que en el cielo se lleve una cuenta tan meticulosa de todo, que incluya el número preciso y exacto de los cabellos de cada uno de nosotros!

No creemos que el Señor mismo los cuente, pues Su omnisciencia le permite saberlo sin necesidad de contarlos. No obstante, los que los cuentan deben ser los ángeles.

Para algunos de ellos la tarea ha de ser muy laboriosa, mientras que para otros debe ser comparativamente fácil y sencilla.

¿Qué nos hace pensar eso?

Simplemente el hecho de que, respectivamente, a aquéllos les toca contar los cabellos de varones velludos y de cabellera muy abundante, como el profeta Elías, mientras que para éstos, ¡la labor asignada puede ser la de hacerlo con los que se asemejan a su dignísimo sucesor, el calvo Eliseo!

En un plano más sobrio ahora, esta declaración de Jesús debe constituir un gran aliciente para todo hijo de Dios. Cuando nos encontramos en una situación difícil, o enfrentando los que pueden parecer problemas insolubles ¡qué bueno saber que allí arriba, nada, absolutamente nada, pasa desapercibido! ¡todo se conoce con lujo de detalles! Incluso pensar que, cuando con el correr de los años se nos van cayendo algunos pelos de la cabeza ¡los mismos se van descontando y la cuenta queda perfectamente actualizada!

Bien podemos hacernos eco de las palabras de David en el maravilloso Salmo 139, versículo 6:

“Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender.”

Ánimo, caro lector que te encuentras atribulado o en medio de una dura prueba. Si el número de nuestros cabellos – que al final de cuentas no es lo más importante que hay en la vida – allí en lo alto está minuciosamente contado y contabilizado, ¡cuánto más se sabrá y comprenderá el pormenor más pequeño de todo lo que nos prueba o atribula!

“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino.” (Lucas 12:32)

¡Qué manera entrañable de referirse a los Suyos!

En contraste con las multitudes innumerables de quienes van por el camino ancho que lleva a la perdición, hay un

rebaño comparativamente reducido, de ovejas y corderos que transitan por el otro camino – el que conduce a la vida eterna.

El mundo no los conoce ni los tiene en cuenta; con todo, a veces al verlos los desprecia y los trata con indiferencia o con antagonismo; en otras ocasiones los ridiculiza y considera estrechos y fanáticos en su insistencia en que hay un solo camino y una sola forma de agradar a Dios: la del arrepentimiento y el abrazar la nueva vida que Él nos ofrece en la persona de Su Hijo Jesucristo.

Desconocida o despreciada por el mundo, la manada pequeña es, por el contrario, bien conocida por el Padre celestial y muy preciosa en Sus ojos.

Las ovejas y los corderos que forman parte de ella nada tienen que ver con las luces engañosas de este mundo, ni con sus lujurias, fiestas y orgías; tampoco se rigen por los dictados de la sabiduría humana, que, llena de arrogancia y autosuficiencia, prescinde totalmente de Dios y de Cristo.

Aunque a veces torpes y por cierto muy sencillos, conocen la voz de su Pastor y le siguen adondequiera que vaya. Tienen, además, una diferencia substancial con los cerdos – un algo que los distingue de ellos fundamentalmente.

Mientras estos últimos no vacilan ni tienen ningún reparo en revolcarse en el fango, las verdaderas ovejas y corderos tienen un instinto que los hace muy diferentes.

Podrán accidentalmente quedar o ser salpicados con algo del barro del entorno, pero, si se encuentran ante un lodazal, instintivamente se hacen a un lado, evitando embarrarse en el mismo. Lo hacen sin que nadie se lo indique o aconseje, porque tienen bien dentro un impulso, inclinación o tendencia que los induce a no ensuciarse – a quedarse limpios – en fin, a ser todo lo contrario de los cerdos.

El Buen Pastor los ha llamado y separado del mundo en que se encuentran, para hacerlos Suyos – para pastorearlos, guiarlos y protegerlos, de manera que puedan estar a salvo y a buen resguardo dentro de su bendito redil.

El Padre celestial, con Cuyo corazón el del Buen Pastor late al unísono, los contempla con sumo agrado. Para ambos son, como ya dijimos, preciosos.

Y como Padre amante que es, ha tenido y tiene el mayor placer en darles el reino.

¿Qué significa darles reino?

Significa mucho, y en muchas maneras.

Significa otorgarles realeza, es decir, que los constituye en reyes, por una realeza derivada del Rey de reyes. Por medio de ella reinan en esta vida sobre los muchos enemigos que gobiernan y oprimen al resto de los seres humanos, como las tinieblas, el temor, la incertidumbre, la maldición y el pecado en todas sus ramificaciones.

Reinarán en distintos grados y medidas en el siglo venidero, desplegando entonces la realeza plena, propia de la perfección que todo habrá de tener en ese siglo. Mientras tanto, en el presente aquí en la tierra, vivirán, como bendito anticipo, con la dignidad y el honor, la humildad y el amor, propios del Rey Supremo que es a la vez su Pastor.

Conscientes de todo esto, y de mucho más, de buen grado renuncian a cuanto les quieran o puedan brindar los reinos de este mundo, sabedores de que su relumbre y todos los manjares que puedan ofrecer, no son más que vanidades ilusorias, carentes de verdadero valor y sentido.

¡Cuánto les alegra saber que el Padre tiene el mayor placer en darles semejante dicha!

Su proyección es multiforme, abarcando y abrazando esta vida y la del más allá futuro, con el esplendor de la púrpura real. Para el mundo podrán ser ignorantes, insignificantes o plebeyos despreciables, pero para el Padre eterno, son y serán por siempre jamás, reyes y reinas de verdad.

“Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más.”
(Mateo 13:12)

Estas palabras de Jesús iban dirigidas a discípulos Suyos, a los cuales les había sido dado el saber los misterios del reino de los cielos.

Sin presunción ni envanecimiento alguno, quienes han experimentado el milagro de ser nuevas criaturas en Cristo Jesús, pueden identificarse con esos discípulos, pues de hecho, a ellos también se les ha dado el saber los misterios del reino de los cielos.

Nos dirigimos ahora personalmente a cada lector, preguntándole si de verdad se sabe encuadrado dentro de esto, y sabe a ciencia cierta que, por la gracia de Dios, es uno de los que ya tiene, aun cuando, por modestia normal no se considere uno que ya lo tiene todo, o que nada le falta.

En otras palabras, la pregunta es:

¿Sabes con seguridad que ya tienes algo que en verdad te ha sido dado de lo alto?

Si puedes contestar afirmativamente, tenemos una buena noticia para ti: *eres un firme candidato a recibir más.*

Esto te debe llenar de un sano deseo y expectativa de que así sea.

No obstante, eso en sí no bastará para que se cristalice. No es concebible que, enterado de lo que ha dicho Jesús, tú te alegres y lo celebres, pero no hagas nada al respecto, y esperes que ese más que Él ha prometido, te llegue como caído del cielo, por así decirlo, y sin que tú pongas lo necesario de tu parte para que así sea.

"...me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón" se nos dice en Jeremías 29:13.

Esto establece claramente que para que las bendiciones del Señor que han de mejorar o enriquecer nuestra vida espiritual se concreten, se hace necesario que las busquemos anhelantes y con una actitud correcta y expectante.

Un ejemplo perfecto es el que tenemos en el capítulo 1 de Los Hechos. Jesús había prometido a los discípulos que recibirían poder cuando viniese el Espíritu Santo sobre ellos.

No obstante, eso no bastaba de por sí. Los discípulos, conscientes de esa promesa y ávidos de recibirla, se dieron a perseverar unánimes en oración y ruegos. Así, esa actitud expectante de ellos y su búsqueda perseverante de la

bendición de lo alto, vino a ser la labor preparatoria ideal e indispensable, que aseguró que lo prometido por el Señor se cumpliera plenamente.

De esto debes sacar en limpio dos cosas, a saber:

1) Que el Señor desea añadir más a tu vida. No te centres demasiado en saber con precisión qué es lo que te quiere añadir, ni te propongas grandes cosas que tal vez no sean para ti. En cambio, déjalo en Sus manos, sabiendo que ninguno como Él sabe lo que es bueno y apropiado para ti.

2) Preséntate asiduamente delante de Él, pidiéndole incluso que por el obrar de Su Espíritu seas tú un auténtico hambriento y sediento – uno de esos que le anhelan de verdad. Cuídate bien de que en ello tengas limpias motivaciones, desprovistas de todo egocentrismo o deseo de un protagonismo indebido.

Pero dadas estas dos cosas básicas, mientras te brindas de lleno a ellas podrías encontrarte con algo tal vez imprevisto.

¿Qué podría ser ese imprevisto?

Pues muy bien podría ser que te encuentres con que, en medio de tus ruegos y tu búsqueda, se haga oír en tu interior como un suave susurro que te está diciendo que Él también quiere más de ti.

¡Qué casualidad!

Tú quieres más de Él, y ¡ahora resulta que Él también quiere más de ti!

Alguno podría decir:

“Caramba, eso no se me había ocurrido – que Él a Su vez quiera más de mí.”

Sin embargo, no deja de ser absolutamente lógico y razonable. Más aun: no sería lógico ni razonable pretender más de Él, pero sin entrar en esa reciprocidad de que Él también pretenda y desee más de ti.

Esperamos que cada lector entienda bien esto y que lo asuma debidamente: así como es necesario y del todo aconsejable que uno anhele y desee más de Él, también lo es que uno esté dispuesto a darle a Él más de sí mismo.

En esto último, muchas veces resulta indicado el ser específico y saber qué más le debemos dar. Ello no se ha de hacer en base a deducciones y cálculos nuestros. Debe provenir de la guía del Espíritu Santo en Su trato personal con cada uno.

Si uno es tierno y consecuente en su vivir delante de Dios, no le será difícil darse cuenta de esa, o esas, más cosas que él quiere de uno.

Sin querer, desde luego, ponernos en el lugar del Espíritu y sugerirte lo que pudiera ser para tu caso particular, listamos una serie de cosas, que, de una forma u otra, llegados el tiempo y la ocasión, Él ha de pedir a los Suyos cuando le buscan con sinceridad.

¿Más prudencia en el hablar, diciendo quizá menos que hasta ahora, para no tener que arrepentirse de haberlo hecho fuera de lugar, a destiempo, o con indiscreción?

¿Más sobriedad en el comer, evitando ese exceso que más de una vez ha ocasionado trastornos en el organismo?

¿Más sabiduría en la mayordomía del tiempo, dejando de lado pasatiempos dudosos, lecturas no edificantes, y esos largos ratos delante de la televisión, mirando programas que en realidad no se debieran mirar?

¿Más preocupación por los demás: por las almas perdidas y por hermanos, familiares o consiervos, enfermos o necesitados?

¿Más valoración de las virtudes y los logros de los demás, y menos centrarse en los propios?

¿Más comprensivo y tolerante con los errores de los demás y más estricto con los propios?

¿Más consciente de que sin Él, de veras que nada podemos hacer?

¿Más anhelo de ser manso y humilde de corazón, así como lo es Él?

¿Más ahínco y esmero en la oración y la lectura de la palabra?

¿Más amor hacia Él, tu Señor, y hacia tu esposa (o marido), tus hermanos y tus semejantes?

¿Más generoso y consecuente en diezmar y ofrendar?

¿Más santo temor de Dios, que te impulsa a vivir de blanco, con cada vez mayor transparencia delante de Él cada día?

Al sopesar esta docena de posibilidades, algunos se darán cuenta de que, casi curiosamente, algunos de estos más que Él podría desear de ellos, coinciden precisamente con los *más* que ellos desean de Él.

De ser así, se trataría de una feliz coincidencia, en la que la voluntad y el deseo de uno están en total acuerdo con Él, lo que casi seguramente habrá de garantizar que se concreten satisfactoriamente.

Condensándolo, podemos redondear orando:

“Querido Señor, dame más de Ti según Tus sabios designios, y ayúdame a corresponder dándote más a Ti, también según Tus sabios designios.”

Como vemos, esto supone una estrecha relación con el Señor, junto con un trato paralelo de Él en la vida de uno.

Con el correr de los años, uno ha podido percibir en este sentido un aspecto entrañable de ese trato del Señor.

Efectivamente: en Su omnisciencia Él ha sabido de muchos más que le debíamos dar, pero en Su bondad y comprensión, muchas veces nos los ha ido indicando gradualmente y uno a la vez, sabedor de que si nos los hubiera pedido todos de una vez, no habríamos estado preparados para ello, ni lo podríamos haber sobrellevado.

Y sin embargo, viendo bien lo mucho que todavía nos quedaba por darle – tal vez once de la docena que hemos enumerado - ¡igualmente se ha dignado usarnos para ayudar y bendecir a otros!

¡Cuán magnánimo y exquisito es Él en Su trato con Sus amados siervos e hijos!

Aprendamos de Él, y que sepamos ser como Él en el trato con aquéllos que nos toca tutelar y guiar en la fe.

Antes de pasar al punto siguiente, una breve reflexión sobre lo que dijimos al principio del capítulo, en el sentido de que si se insiste con demasía en exhortar a redoblar los esfuerzos, luchar y consagrarse más cada vez, se llega a un punto de saturación.

Por cierto que eso es verdad, y algún lector podría decir para sus adentros: “Yo pensé que en este capítulo se nos daría un buen descansito en esto de dar más y más, y que en vez todo sería para ayudar a relajarnos.”

Creemos que ya llevamos dicho bastante que apunta hacia Su fidelidad, Su suficiencia y Su compromiso de llevar a buen fin la obra que ha comenzado en cada uno de nosotros, lo cual va claramente en ese sentido.

No obstante, los dos aspectos se entrelazan casi continuamente, y para vivir en un estado de sana paz y confianza interior, es imprescindible que la relación de plena obediencia sea una constante en nuestra vida; de otra forma serían una paz y una confianza falsas, y seguramente que ningún lector quiere eso.

“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros.”
(Juan 15:16)

Éste es uno de los dichos más reconfortantes que conocemos, de los muchos que han brotado de Sus labios.

En este terreno de la elección hay una reciprocidad sumamente significativa.

Tal cual reza la cita que estamos tomando, Él sin duda nos eligió primero, viniendo a nuestra vida tan necesitada con un mensaje de luz, amor, esperanza y fe cual nunca habíamos conocido antes.

Para mayor abundamiento, esto lo hizo con cada uno de nosotros de manera distinta y personal, adaptada y adecuada a la idiosincrasia y la necesidad particular de cada uno, como así también al propósito que ya tenía para cada uno de nosotros.

Con todo, ese mensaje de luz, amor, esperanza y fe, nos iluminó en tal forma que comprendimos que Él era – y es y será – lo mejor, lo más sagrado y sublime a que un ser humano pueda aspirar en la vida.

Es el único que podía llenar nuestro vacío interior – otorgarnos perdón y vida eterna – darnos esa vida y ese comienzo nuevo que tanto necesitábamos, y, en suma, darnos y ser para nosotros lo que ningún otro.

Tal vez algo o mucho de todo eso no se comprendió bien al principio, pero aun así, lo poco que se pudo comprender, bastó para que pudiésemos corresponderle, y por nuestra parte así elegirlo a Él, después que Él nos hubiera elegido a nosotros.

¡Feliz y bendita reciprocidad que selló nuestro destino eterno!

¡Qué hubiera sido de nosotros, de no haber mediado ese punto en el que Él se nos cruzó en el camino, para cambiar fundamentalmente nuestro rumbo y norte en la vida!

No obstante, lo que resulta especialmente reconfortante y nos llena de confianza y reposo, es el hecho de que en todo esto fue Él Quien tomó la iniciativa, no nosotros.

De haber sido a la inversa, en ocasiones nos podrían asaltar dudas, temores o serios interrogantes.

¿Será que mi egoísmo, que buscaba o ambicionaba una escapatoria fácil, fue lo que me indujo a dar ese paso inicial que di?

¿O será que fue por los problemas que tenía en ese entonces que opté por hacerlo, al solo fin de solucionarlos y salir del atolladero en que me encontraba?

Verdad es que todo esto puede haber sido muy cierto. No obstante, lo que debemos poner bien de relieve es que detrás y debajo de esos problemas, estaba Su mano diestra y sabia, permitiéndonos atravesar por ellos como un medio para llevarnos a elegirlo a Él, y que en todo ello, Él ya se nos había adelantado a nosotros, eligiéndonos de antemano.

Sabemos entonces, y comprendemos con toda claridad que todo comenzó en Él y por Él, no en nosotros ni por nosotros.

Esto le da a las cosas el fundamento más sólido y firme que uno se pueda imaginar. Fue Su sabiduría y Su omnisciencia lo que lo previó y lo planificó; Su poder y total suficiencia es lo que lo apoya y sustenta; además, Su amor y Su gracia se complacen en ello, y Él mismo está comprometido a llevarlo a buen fin.

Todo esto despeja las brumas de la incertidumbre, la duda

y el temor, y nos deja sumergidos en la calma y el reposo más absolutos.

Al mismo tiempo, tiene la virtud de motivarnos a corresponder a tanta gracia y bondad, haciendo que nos brindemos de lleno a cuanta tarea y propósito Él nos ponga por delante

Y así se forja y se perfecciona otra preciosa reciprocidad: la de Sus recursos ilimitados puestos a nuestra disposición, y los nuestros, limitados, pero potenciados por Su gracia, y puestos también enteramente a Su disposición.

Como bendita consecuencia de todo ello, tenemos la preciosa culminación que Él mismo nos da a continuación inmediata:

“...y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, él os lo dé.”

Esa elección Suya ha tenido como meta que no quedemos estériles y con una vida sin propósito, sino muy por el contrario, que seamos fructíferos, y que nuestro fruto no sea algo pasajero o transitorio, sino que permanezca para toda la eternidad.

Y todavía con el agregado de que todo lo que hemos de pedir al Padre en Su nombre - es decir, estando por el Espíritu en Su persona, y en la voluntad divina - nos ha de ser concedido.

Como dicho reconfortante, que nos alienta a ponernos en pie y seguir la marcha con ánimo firme y llenos de confianza, creemos que no se puede pedir más.

Oxigena tu pecho, querido lector con estas palabras de Él, saturadas de gracia y dichosa promesa, y prosigue con firmeza y aplomo tu marcha ascendente hacia el pleno cumplimiento de lo que Él se ha propuesto, al elegirte a ti antes que tú lo eligieras a Él.

CAPÍTULO 13

Dichos vibrantes

Usamos este calificativo para designar a dichos Suyos que bullen, vibran y se estremecen, por así decirlo, ya sea de amor, de poder y virtud, de exhortación, reprensión, y aun de indignación o frustración santa, o bien, de fuego celestial.

Son muchos los que encuadran dentro de esta categoría, y a continuación pasamos a tratar algunos.

"Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera!"
(Juan 11:43)

Creemos que fue Campbell Morgan, el predecesor del Dr. Martín Lloyd-Jones en Westminster Chapel (Capilla de Westminster) en Londres, quien dijo que, de no haber nombrado Jesús expresamente a Lázaro, habrían resucitado todos los demás difuntos que se encontraban en las inmediaciones, tal era el poder de Sus dos breves pero potentes palabras "*Ven fuera*", que resonaron en toda la zona adyacente.

Con un poco más de sobriedad, comentamos la impresión que habrán causado a todos los presentes, entre ellos muchos judíos, además de Sus discípulos, María y Marta.

Se encontraban ante una cueva que era la tumba de uno sepultado hacía cuatro días. Jesús les ordena quitar la piedra que la tapaba, y con suma confianza alza los ojos al cielo, diciendo:

"Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado." (Juan 11: 41-42)

En seguida, ante la mirada de todos, eleva la voz

pronunciando las palabras que ya hemos citado, que resuenan por todo el ámbito con potente vibración.

De inmediato, ante el asombro general, el que había estado muerto se incorpora y sale de la cueva, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario.

Dominando la situación con su acostumbrada autoridad y calma, Jesús dice a los que le rodean: *“Desatadle, y dejadle ir.”*

Así se completa esta escena, totalmente inolvidable para quienes la presenciaron. Como resultado de ella muchos judíos que habían venido creyeron en Él.

Pero poco más tarde sucedió algo insólito, casi increíble. Los principales sacerdotes, llenos de envidia y odio, visto que este milagro movía a muchos a apartarse de ellos y creer en Jesús, ¡acordaron dar muerte a Lázaro!

Parece mentira que el engaño satánico pueda enceguecer a los que se niegan a creer la verdad, hasta tal punto que lleguen a buscar cometer semejante cosa - matar a un inocente resucitado.

Pero, a los que por la gracia de Dios hemos optado humildemente por creer la verdad y obedecerla, las vibraciones de esas palabras de Jesús también nos han llegado con todo su poder.

Habiendo estado encerrados dentro de la cueva del engaño y el pecado, al oírlas salimos fuera; las ligaduras que nos tenían atados y amarrados quedaron desatadas y rotas, y comenzamos a ir en pos de Él.

“No llores.” - “Joven, a ti te digo, levántate.” (Lucas 7:13–14)

Aquí las palabras de Jesús fueron igualmente vibrantes, aunque no fueron pronunciadas a gran voz.

Se trataba de una viuda, cuyo hijo único acababa de fallecer y lo llevaban a la sepultura. No era la ocasión propicia para clamar a gran voz. Había una viuda frágil y acongojada, y las vibraciones de Su voz eran en este caso de la más tierna misericordia y consolación: *“No llores.”*

Sin embargo, no por eso estaban exentas de virtud y poder. Al decir, otra vez con absoluta confianza, y también

con serena calma: *“Joven, a ti te digo, levántate”* se produce otro maravilloso milagro de resurrección.

El que estaba muerto se incorpora, comienza a hablar, y Jesús se lo entrega a su madre.

¿Te imaginas la alegría, casi indescriptible, de la madre?

Solo Jesús puede transformar la desdicha y angustia más profundas, en límpida y radiante felicidad.

Con razón que la multitud que estaba presente quedó atónita, y llena de un sano temor, glorificando a Dios por el milagro que acababan de ver.

Su fama comenzó a extenderse por toda Judea y toda la región de alrededor, una fama gloriosa y bendita, que hoy día sigue extendiéndose por doquier, llegando a alcanzar las regiones más recónditas del mundo entero.

“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?...” Yo soy Jesús a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón.” (Los Hechos 9:4-5)

Estas palabras de Jesús fueron pronunciadas después de Su resurrección y ascensión, y estaban dirigidas a Saulo, como todavía se lo llamaba, cuando, en el calor del mediodía se estaba acercando a Damasco.

Era todavía un enemigo declarado de los primeros cristianos, y enfurecido sobremanera contra ellos los perseguía hasta en ciudades extranjeras, procurando arrastrarlos a la cárcel y hacerlos blasfemar y renegar del Santo Nombre del Señor, so pena de muerte.

La deslumbrante luz celestial que las precedió, y las palabras en sí, cargadas de intensas vibraciones de amor y misericordia, iban a transformar su vida de tal modo que muchos quedarían atónitos, y para no pocos el cambio radical que experimentó sería increíble.

Pensemos un poco en el significado de estas palabras. Fueron dichas en hebreo (Los Hechos 26:14), la lengua materna de Saulo – la más indicada para tocar las fibras más tiernas de su ser – llamándolo, en primer lugar, por su nombre – hablándole así, en forma totalmente personal.

Saulo estaba persiguiendo a los creyentes, pero al decirle “¿por qué me persigues?” Jesús se estaba identificando con ellos de tal manera que sentía que lo estaba persiguiendo a Él mismo, lo cual, de hecho se confirma en la verdad de que Él vive en los Suyos.

Pero ahondando un poco más, eran las palabras de Quien había muerto por él – para salvar su alma de la perdición, y para que se le pudiese otorgar el perdón de sus pecados y la vida eterna.

A cambio de eso, él lo estaba persiguiendo a muerte. ¡Que contrasentido, ciego y falto de toda lógica y razón!

Al agregar “*dura cosa te es dar coces contra el aguijón*” nos da a entender más todavía de ese contrasentido y esa sinrazón. En Jesús estaba y está la única esperanza de redención, y la única fuente de dicha eternal para el ser humano.

Al perseguirlo de esa manera tan cargada de rabia y de furia, se estaba dañando terriblemente a sí mismo.

Imaginémonos un aguijón metálico, puntiagudo y bien afilado, y él dándole de puntapiés, uno tras otro. Sería como destrozarse a sí mismo, y eso, nada menos que eso, es lo que estaba haciendo él, y lo que hace todo el que se opone y persigue al Autor de la vida y Redentor del género humano.

¡Cómo vibraban esas palabras de verdad, solemne y terrible! Pero al mismo tiempo, de inmensa misericordia y de gracia superlativa – misericordia y gracia que lo iban a transformar en un siervo y apóstol sobresaliente de Jesús, a Quien de ahí en más iba a amar apasionadamente, y a dar toda su vida y su más alta devoción y servicio.

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” (Lucas 13:34)

“¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en éste tu día, lo que es para tu paz!” (Lucas 19:42)

La segunda de estas dos sentencias sobre Jerusalén, Jesús la pronunció tras haber llorado sobre ella. Fue una de las tres ocasiones que se nos consignan en que Jesús lloró, siendo las otras dos la de Juan 11:35 al situarse ante la tumba de Lázaro, y

la de Hebreos 5:7, que con casi toda seguridad se refiere al punto álgido de Su intercesión en el Getsemaní. (Ver Lucas 22:44)

Revelan y reflejan algo del enorme pesar, de la gran tristeza que le causaba el encontrarse con la ciudad santa, que debía recibirlo con el mayor beneplácito y regocijo, y que en cambio lo rechazaba e iba a pedir a gritos Su crucifixión y Su muerte.

La primera sentencia, además de vibrar de esa pena y de ese dolor, nos da una pauta muy descriptiva y gráfica del tierno y entrañable amor divino.

¡Deseaba juntar a sus hijos como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas!

Cuando se ama así, de esa manera tan exquisita y delicada, el corazón se encuentra en un estado de suma ternura. Al recibir el cruel impacto del rechazo por parte de quien o quienes se ama tanto, el dolor resulta muy agudo – es algo sumamente hiriente y doloroso.

Con razón que el Señor, al contemplar de cerca la ciudad y estar plenamente consciente de ese rechazo final y determinante que iba a recibir, lloró sobre ella, derramando lágrimas de amor, pero también de la más profunda tristeza.

Alguien ha tomado alguna vez el ejemplo del contraste entre una hormiguita diminuta, y un elefante, para relacionarlo con la capacidad y sensibilidad de nosotros, como pequeños seres humanos, en comparación con el Señor, con Su gran corazón de amor y de la más fina y tierna sensibilidad. Para Él, el dolor habrá sido mucho mayor que todo lo que podamos imaginar.

Que esto nos sirva para que, por nuestra parte, jamás le traigamos tristeza o pesar con acciones, actitudes o gestos que no condigan con el amor y la máxima gratitud y reverencia que Él se merece.

“Jesús entonces, enseñando en el templo, alzó la voz y dijo: A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy; y no he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero.” (Juan 7:28)

“...y no queréis venir a mí para que tengáis vida.” (Juan 5:40)

Hemos tomado estos dos dichos de Jesús, hilándolos el uno con el otro, porque ambos reflejan una combinación de

frustración e indignación santa por la fingida ignorancia, y por la ceguera y obstinación con que se rechazaba la vida maravillosa que Él ofrecía.

En el primero, alzó la voz en el templo para que todos pudieran oír.

Acababan de decir “...éste, sabemos de dónde es; mas cuando venga el Mesías, nadie sabrá de dónde sea.”

Esto era una muestra deliberada de ignorancia fingida. Casi seguramente que estaban infiriendo que sabían que Él había venido de Nazaret de Galilea, de donde nunca antes se había levantado profeta, y de María y José el carpintero.

Por otra parte, como judíos que eran, debían saber que cuando viniese el Cristo, sería de Belén de Judá.

Ante semejante contradicción, Jesús levantó la voz bien en alto y exclamó: “A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy.”

Se sabía que Él había nacido en Belén; que había sido concebido en la matriz de la virgen María, y que Su nombre sería Emanuel (Dios con nosotros) según se predijo claramente en Isaías 7:14; sabían que había hecho prodigios y milagros cual ningún otro, que lo acreditaban sin lugar a dudas como el Cristo que había de venir.

Sin embargo, con esa ignorancia que hemos denominado fingida, porque en realidad era inexplicable, absurda y contradictoria, ¡afirmaban que sabían de dónde era, y que por lo tanto no debía ser el Cristo, pues cuando el mismo viniera nadie iba a saber de dónde sería!

Cuando uno se cierra a la luz y a la verdad, se pierde toda lógica y razón, y se cae en los más crasos errores y aberraciones.

En la segunda cita que hemos dado, también cargada de frustración y santa indignación, Él pone el dedo en la llaga al decirles, también a judíos hostiles: “y no queréis venir a mí para que tengáis vida.”

¡Que triste estado, regido por el orgullo de no reconocer su necesidad, ni querer humillarse ante Quien les ofrecía, con tanta bondad y tanta gracia, la vida verdadera y en abundancia!

Las Suyas son otra vez palabras que vibran, pero esta vez, como ya hemos dicho, de frustración e indignación santa, como así también de tristeza, por tanta contumacia y tan abierto rechazo de la luz y verdad que tanto les hacían falta

Ubicándonos en el terreno diametralmente opuesto, por Su gracia afirmamos que, efectivamente, bien sabemos de dónde es Él; asimismo, que muy bien le conocemos como el verdadero Cristo que había de venir para salvar a la humanidad; y que, de muy buen grado, hemos venido a Él, y seguimos viniendo a diario, para recibir renovadas dosis de esa preciosa vida eterna que Él nos ha traído.

“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían.”
(Lucas 24:22)

Así resume Lucas lo que debe haber sido la exposición teológica más acabada y perfecta que jamás se haya pronunciado en la historia.

Los dos agraciados oyentes, Cleofás y su compañero anónimo, tuvieron el privilegio de escucharla de la misma boca del Eterno Verbo de Dios.

El hecho de que dice *“todos los profetas”* y *“todas las Escrituras”*, nos da una idea de lo completa y exhaustiva que debe haber sido. Iniciada a poco de ponerse en marcha los tres, y finalizando cuando ya el día había declinado, tras recorrer, a paso lento, casi once kilómetros, nos da una prueba fehaciente de ello.

¡Lástima grande que en aquellos tiempos no había grabadoras! ¡Sería tan maravilloso tener un CD con la grabación completa, de principio a fin!

No obstante, en un plano más realista, tenemos algo que es de la máxima importancia. Se trata de la forma en que Jesús hablaba - del tono y de la voz con que lo iba diciendo.

“¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (Lucas 24:32)

Esto que se decía el uno al otro confirma lo que estamos diciendo. En efecto: ese hablar de Jesús a lo largo de casi todo

el camino de Jerusalén a Emaús, también bullía y vibraba, y esta vez, de la llama del fuego celestial.

Él sabía muy bien cuál era el desconcierto y cuál la desilusión de esos dos queridos discípulos. Los habían embargado de la más profunda tristeza, y el estado de sus corazones era de un bloqueo y una parálisis interna, por decirlo de esa forma.

Eso no era algo que se remedia con razonamientos ni explicaciones, ni aun solamente con las verdades limpias y hermosas de las Escrituras que Él les iba citando y explicando.

Muy consciente de ello, Jesús añadía a las palabras que iba pronunciando, un ingrediente que en este caso particular era vital e imprescindible: el bendito fuego celestial.

Cada explicación que iba dando vibraba del mismo, de tal manera que los corazones de los dos varones, de ese estado frío y triste en que se encontraban, empezaron gradualmente a arder bajo el impacto de ese fuego.

Como resultado inmediato se operó en ellos una gran transformación. Ese estado de tristeza y el letargo que generalmente produce, bien pronto se desvanecieron, y la esperanza y la ilusión renacieron en sus pechos.

Habían recorrido un largo trayecto y ya había anochecido. Lo normal y lógico habría sido acostarse y dormir para descansar y reponer energías.

¡Pero nada de eso!

"Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén."
(Lucas 24:33)

Nada importaba lo avanzado de la hora, ni el esfuerzo considerable de caminar otros once kilómetros. Renovados y revitalizados por ese fuego bendito, lo hicieron de muy buen grado, llenos del gozo de haber recobrado la visión perdida, al saber que el bendito Señor había resucitado de verdad.

Una más de las muchas ocasiones en que el hablar sin igual del Maestro lo transforma todo.

Con Él, la noche más oscura y triste se convierte en un día

de sol radiante y lleno de gozo; la muerte es vencida por la resurrección y la vida; lo amargo se hace dulce, lo imposible, posible y viable; lo duro y difícil, ligero y fácil; la duda y el temor se disipan para dar lugar a la fe y confianza; al apocado y cabizbajo lo impregna de nuevas fuerzas y optimismo, y, en fin, del infierno que a veces uno parece estar probando, lo transporta al cielo de Su paz, amor y presencia bendita.

CAPÍTULO 14

Dichos apasionantes

Todos sabemos que hay pasiones desmedidas y también indebidas, que muy bien pueden llegar a hacerse descontroladas y derivar en resultados lamentables.

Mas no nos referimos a esa clase de pasiones, sino a las más nobles y elevadas que despierta el Espíritu Santo, al arrancar de nuestras fibras más íntimas deseos puros y ardientes.

Esto sólo puede suceder cuando buscamos al Señor en profundidad, y comenzamos a visualizar algunas de las glorias sublimes que proceden de lo alto. Es entonces que nuestro espíritu y nuestra visión se ensanchan, y dichos de Jesús que anteriormente habíamos comprendido en forma relativa, pasan a cobrar un sentido mucho más profundo y emotivo.

Como consecuencia, nos motivan y apasionan de tal forma que pasan a constituirse en metas y realizaciones que perseguimos con el más caro ahínco.

Veamos, pues, tres de Sus dichos que encuadran dentro de esa categoría.

“Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.”
(Juan 14:23)

Resulta casi extraño advertir que estas palabras las pronunció Jesús en respuesta a una pregunta de Judas (no el Iscariote), que parece rayar en una curiosidad más bien superficial.

“Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros y no al mundo?”

Sin embargo, pensándolo bien, vemos que hay en la

respuesta de Jesús una conexión lógica que no se percibe a primera vista. Es la del conocimiento perfecto que Dios tiene del corazón de cada ser humano.

Ese conocimiento le permite saber cuáles son tierra fértil para Su gracia y Sus valores sagrados, y cuáles no lo son.

El ver en ellos, Sus discípulos, un algo especial que respondería de forma tierna y coherente, le movía a manifestarse a ellos de una manera en que no lo podía hacer con el resto - el mundo. En síntesis, se trata de los *“elegidos según la presciencia de Dios Padre.”* (Ver 1^a. Pedro 1:2)

El dicho que nos ocupa en sí es realmente maravilloso. Empieza por poner al amor como la fuerza vital que lo mueve a uno a guardar Su palabra.

Es importante que esto se comprenda bien. Hay quienes tratan de provocar el trabajo, la actividad, las obras, la obediencia, pero sin advertir la necesidad de que el amor sea la fuerza propulsora.

Cuando eso sucede, casi siempre se llegará a un estado de frustración, por algo casi forzado, sabiéndose que es el deber que hay que cumplir, pero sin la disposición amorosa que lo hace deseable y apetecible.

¡Que sea el verdadero amor a nuestro amado Señor lo que nos motiva e induce a servirlo y hacer Su plena voluntad!

El resto del versículo es algo que nos llega de forma muy tierna y entrañable.

“...mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.”

Es como si el Padre le dijese al Hijo: *“¿Ves ese tesoro de hombre? ¿Y esa perla de mujer?”* *“¡Con qué tierna devoción! ¡Con qué cariño entrañable te aman, mi Hijo amado!”*

“Fíjate cómo te buscan de verdad; con cuánto esmero procuran a diario servirte y agradarte en cuanto hacen; cómo invocan temblorosamente Tu nombre, y cómo hablan de Ti a los demás, de esa forma tan especial y asidua, que hace que todos vean que eres lo que más aman en la vida.”

“Hijo, vayamos a él y a ella, y hagamos de sus corazones un nido de amor - un lugar en el que puedan sentir y disfrutar del calor de nuestra presencia en ellos.”

Este estilo y este idioma, no son habituales entre los que buscan, prioritariamente, grandes guarismos en términos de diezmos y ofrendas, y de nuevos convertidos o adeptos.

Son más bien propios de aquéllos que, sin dejar de tener los pies bien puestos sobre la tierra, se deleitan por sobre todas las cosas en el amor y la comunión íntima con el Señor.

El autor recuerda tiempos en que, no mucho después de su conversión, al leer hermosos pasajes de los evangelios, generalmente conteniendo preciosos dichos de Jesús, se daba cuenta que había algo maravilloso en todos ellos.

No obstante, aun cuando los comprendía y los apreciaba en grado sumo, deseaba que su corazón le pudiese acompañar en ello, sintiéndose tiernamente conmovido, pero no lo lograba.

No era que estuviese endurecido, pero en realidad necesitaba ese toque del Espíritu que lo sensibilizase, de tal manera que los sentimientos del corazón acompañasen el aprecio y la valoración que experimentaba en su conciencia y su comprensión mental.

Unos buenos años más tarde, le plugo al Señor derramar el Espíritu Santo en su corazón en una nueva y mayor medida que todo lo que había conocido anteriormente.

Uno de los muchos resultados que produjo, fue el enternecer su corazón de tal manera, que pasó a sentir las cosas sagradas de Dios de forma muy entrañable, a veces exquisitamente, y muy a menudo con raudales de lágrimas.

Todo esto le significó, y le significa hasta el día de hoy, el conocer y el paladear algo de esta magnífica promesa de Jesús. La de venir Él con el Padre celestial a morar en él, llenando su corazón del calor inconfundible del amor divino, haciéndole sentirse tierna y maravillosamente amado, y aun acariciado a veces, por esas efusiones tan exquisitas del corazón de Dios.

Esperamos que el lector pueda tener suficiente sensibilidad espiritual para captar y valorar todo esto debidamente. Se trata de algo muy precioso, que le da a la vida cristiana y al servicio al Señor un nivel más elevado que lo común y corriente, y que a veces alcanza ocasiones de sublime unión y comunión con Él.

Pero notemos ahora el versículo 21 del mismo capítulo de Juan:

“El que tiene mis mandamientos, y los guarda, éste es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él.”

A primera vista, esto parece contradecir lo que hemos dicho anteriormente, en el sentido de que el amor es la fuerza propulsora que hace que guardemos Su palabra.

Parece estar diciendo lo contrario, pero en realidad no es así. Lo que está señalando es que el tener Sus mandamientos y guardarlos, es la prueba palpable y visible de que verdaderamente se le ama. El no guardarlos sería, por el contrario, una clara evidencia de que no se le ama.

En suma, que el estar sirviéndole, guardando Su palabra y haciendo Su voluntad, es la demostración clara e inequívoca de que se le ama de verdad, siendo ese amor hacia Él lo que nos motiva e induce a hacerlo, y de muy buen grado - con sumo gusto y placer.

“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?” (Juan 21:15)

El pasaje de que forma parte esta pregunta ya lo hemos tratado con bastante detalle en el capítulo final de nuestro cuarto libro titulado “Las Preguntas de Dios.”

Con todo, ahora tomamos esta pregunta desde una perspectiva muy distinta, abstrayéndonos de su contexto inmediato, relacionado directamente con Pedro y la condición en que se encontraba en ese entonces.

En cambio, la miramos y la vemos con más amplitud, como una pregunta plenamente aplicable a todo otro verdadero siervo del Señor.

En el caso particular de Pedro, se trataba de uno que no se merecía nada, y del cual parecería que nada podía esperarse, pues había fallado lamentable y deplorablemente, defraudando a su Señor y la confianza que había depositado en él al llamarlo al ministerio.

En una ocasión anterior el Señor dijo:

“Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados,

porque amó mucho; mas aquél a quien se le perdona poco, poco ama.” (Lucas 7:47)

Llama poderosamente la atención el hecho de que los dos apóstoles sobresalientes del primer siglo – Pedro y Pablo – que, desde luego, amaron mucho al Señor, fueron hombres a los cuales se les perdonó mucho.

Lo de Pedro fue por su triple y terrible negación del Señor, bajo juramento y maldición, según consta en la versión de Mateo.

Lo de Pablo, por su feroz persecución, encarcelamiento y muerte de muchos discípulos.

Esto concuerda con la afirmación de Jesús que citamos. No obstante, uno que no haya pecado de forma tan abierta y manifiesta, en no pocas ocasiones, bajo una fuerte convicción de pecado por parte del Espíritu Santo, puede igualmente sentirse como un gran pecador, totalmente indigno e inmerecedor de las mercedes divinas.

Sin haber caído en la inmoralidad, ni haber cometido grandes crímenes penados por la ley, puede caer en la cuenta, en cambio, de su arrogancia, autosuficiencia, rebeldía o idolatría y, bajo el trato de Dios, y ante Su majestad y grandeza, desplomarse a los pies de la cruz, en total bancarrota espiritual.

Job por cierto que llegó a ese estado (ver Job 42:5-6) aun cuando no se puede decir que en él haya habido arrogancia, rebeldía ni idolatría.

¡Cuánto más, entonces, aquéllos que han dado muestras de esos tres fallos o de otras tendencias egoístas, perversas o malignas!

Con todo esto que precede, queremos poner de relieve que el Señor puede hacer entender al siervo con el cual está tratando, que muchos pecados que generalmente no se consideran como muy graves ni gruesos, en realidad sí lo son ante Su presencia santísima.

De esta forma, uno puede sentirse tremendamente indigno y enormemente endeudado para con la gracia de Dios, aunque no haya hecho cosas como las que hicieron Pedro y Pablo.

Lo cierto es que ese trato personal y tan particular del Señor, lo hace sentirse a uno como el peor de todos, y el que

no se merece nada, absolutamente nada.

Es entonces, en esa coyuntura, que la pregunta de Juan 21:15 en que estamos cobra especial relevancia.

“¿Me amas más que éstos?”

Es como si uno se encontrase en el nadir más ruin y vergonzoso, y el Señor le hablase de remontarse al zenit más excelso y sublime – amarlo a Él apasionadamente, como otros no saben, no quieren o no pueden hacerlo.

Esto es algo que va mucho más allá de lo normal y corriente, y que no muchos podrán valorar y apreciar con la fina sensibilidad espiritual que se requiere. Pero es algo muy precioso, y que, cuando se cuenta con esa fina sensibilidad espiritual, llega a conmover las fibras más íntimas del fuero interno.

“¿De mí, Señor? ¿Nada menos que de mí, que he sido tan indigno y que todavía me siento como el peor de todos?”

“¿De mí, esperas que te ame con todo ardor y devoción, y en mayor medida que los demás?”

Gracia superlativa e insondable, sólo comprendida cabalmente por quienes han sido el objeto privilegiado de un trato tan especial del Señor.

Que esta pregunta de Jesús a Pedro la podamos sondear debidamente, de manera que nos motive a amarlo a Él como nunca lo hemos hecho.

“*Apacienta mis corderos.*” “*Pastorea mis ovejas.*” “*Apacienta mis ovejas.*” (Juan 21:15,16 y17)

Este triple mandato de Jesús a Simón Pedro, que es en realidad tan sencillo y directo, encierra, no obstante, riquezas y profundidades dignas de que les dediquemos unos buenos párrafos.

Empecemos por notar el simple detalle del adjetivo posesivo que Jesús, emplea en las tres oportunidades: *mis* corderos, *mis* ovejas y otra vez, *mis* ovejas.

Son de Él – le pertenecen a Él. No son de Simón Pedro ni de ningún otro, sino de exclusiva propiedad de Jesús, el Buen Pastor.

Aunque tan elemental, esto es importantísimo que se comprenda bien. Por ser de pertenencia de Él, se las debe tratar con el más esmerado cuidado – con la ternura y bondad propias de Él, que es el Príncipe de los pastores. (Ver 1ª. Pedro 5:4)

El autor recuerda una experiencia aleccionadora que tuvo hace más de cuarenta años, cuando viajaba en automóvil desde la ciudad de Sheffield hacia el condado de Lancashire, al Norte de Inglaterra.

Al conducir por una zona montañosa, de repente se encontró con varias ovejas en la carretera, por lo cual aminoró considerablemente la velocidad. Al situarse, en marcha muy lenta, casi a la par de una que avanzaba en el mismo sentido, pero del otro lado de la estrecha carretera, tocó la bocina, pensando así alertarla para que no se pasase al lado contrario en que él venía.

Para su sorpresa, el toque de bocina surtió un efecto muy inesperado. La oveja se asustó de tal forma, que dio un salto repentino hacia su izquierda, dando con fuerza contra la parte posterior del automóvil.

Afortunadamente, lo hizo con su parte trasera, y siendo muy lanuda, resultó como una bola u ovillo de lana que rebotó, sin causarse daño a sí misma ni al automóvil.

Desde entonces, la siguiente moraleja – *a las ovejas no se les debe gritar ni se las debe asustar* – le ha quedado grabada indeleblemente, como algo que nunca olvidará.

Para dar la otra cara de la moneda, justo es mencionar que hay algunas ovejas que, con ser del Señor, son, no obstante, bastante rebeldes o problemáticas.

Sin perder los estribos, ni tratarlas con aspereza, se hace necesario a veces, para su propio bien, darles un trato firme, que las oriente hacia una conducta coherente y sumisa.

Pero, habiendo hecho esa aclaración, se reitera la necesidad de que se las cuide y apaciente, teniendo bien en cuenta siempre que son propiedad del Señor, y no nuestra.

Imagínate, querida lectora, que un matrimonio amigo y de confianza, por tener que emprender un viaje importante,

en el cual no se pueden llevar a un precioso hijito de unos tres años de edad, te lo dejan a ti, con la encomienda de que se lo cuides, alimentos y enseñes por unos días.

Ante semejante responsabilidad ¿Habrías de olvidarte de darle su alimento cada vez que corresponda? ¿Dejarías de estar pendiente de él para que no corra ningún peligro? ¿Le gritarías con ira e impaciencia por alguna pequeña torpeza que pudiera cometer? ¿Saldrías de compras dejándolo solo, con peligro de que se sienta triste o se haga daño? ¿No te preocuparías por animarlo y consolarlo en todo momento, sobre todo en la última media hora antes de acostarlo, para que se entregue con toda calma al sueño de la noche?

Desde luego que cualquier mujer consciente, al presentársele semejante compromiso, se lo pensaría dos veces antes de acceder.

Sin embargo, a veces sucede que quienes tienen la encomienda de apacentar los corderos y las ovejas del Señor, no toman conciencia de toda la responsabilidad, el esmero, la dedicación, entrañable ternura y comprensión, y todas las demás virtudes que ello requiere y exige.

En contraste con ello, el autor tiene conocimiento de una labor muy meritoria que un matrimonio cristiano viene haciendo desde hace varios años en su hogar en la ciudad de Zaragoza.

Aunque no es precisamente la de apacentar las ovejas del Señor, sino la de criar bebés desamparados, o bien de padres que no están en condiciones de hacerlo ellos mismos, lo han venido realizando con tal vocación y devoción, que ha llamado la atención de muchos.

El cariño, la eficiencia y la bondad que despliegan resultan admirables, sobre todo teniendo en cuenta que el tiempo que tienen cada criatura a su cargo es, generalmente, de sólo unos meses, antes de devolverla, para su eventual adopción, a las autoridades que se la cedieron.

En todos los casos llegan a encariñarse mucho con la criatura, a pesar de no ser propia, y lo sienten tiernamente cuando llega el momento de entregarla, quizá para no volver a verla más.

Recomendamos la lectura del breve libro “Yo no podría” que la esposa, Marta Vásquez, ha escrito, dando cuenta emotiva y fehaciente de la hermosa labor que están acometiendo. Se puede obtener solicitándolo a Visión Libros Editores, www.visionlibros.com, Plaza Castilla, Avda. de Asturias s/n impares, local 5, Plaza Castilla 3, 28029, Madrid, o bien a la autora, tfnos. 976-091-782 y móvil 653-947-985.

También es justo mencionar la excelente labor que está efectuando en un reformatorio para delincuentes juveniles su marido, Jesús Fernández, cariñosamente llamado Jesúsín.

Un joven, catalogado por las autoridades de la institución como incorregible e imposible, ha sido ganado para el Señor, y el cambio radical operado en su vida ha impactado poderosamente a todos los que lo han advertido. En virtud de ello se le permite a Jesúsín visitar el lugar regularmente, organizar torneos deportivos y otras actividades que redundan en evidente beneficio de la atmósfera del reformatorio.

Pero, continuando ahora con el dicho en sí - “*Apacienta mis corderos*” - “*Pastorea mis ovejas*” - ¡qué privilegio grande! Y al mismo tiempo, ¡qué tremenda responsabilidad el Señor pone sobre los hombros de quienes hemos recibido esa encomienda de Él!

El privilegio supone también el honor de que, al otorgarlo, Él nos ha tenido por fieles, contando con que lo haremos consciente y cumplidamente.

De hecho, la responsabilidad se encuentra en la necesidad de que en la práctica esto último se cumpla cabalmente.

El autor se encuentra abocado a esta tarea desde hace unos buenos decenios. No lo hace en función de pastor de una congregación determinada, sino en la de ministerio itinerante que visita regularmente un amplio círculo de iglesias, cuyos liderazgos le invitan a entrar en sus labores para alimentar a la grey.

Su ministerio trasciende esos confines, y también ha sido usado por el Señor para poner fundamentos apostólicos y proféticos en determinados lugares, y también se desenvuelve en el área de la evangelización, en el de la restauración de descarriados, la reconciliación de

matrimonios, la liberación, y, en cierta medida, también ha visto al Señor obrar eficazmente en sanidades físicas.

No obstante, la labor que sobresale por encima de las demás, es la de procurar llevar alimento sólido y en sazón, y comida fresca y nutritiva a los corderos y ovejas de la grey del Señor en un elevado número de iglesias, sobre todo en España, pero también, aunque en menor medida, en algunos otros países.

Si bien hace ya un buen número de años que alcanzó la edad en que uno normalmente se jubila, continúa realizando esa labor, más que nada, por un sentido de vocación, que no le permite replegarse a cuarteles de invierno mientras el Señor le siga favoreciendo con salud y energías para continuar en la brecha.

Esa labor lo lleva a estar fuera de su hogar, viajando, más de doscientas noches en el año. Supone hacer las maletas, abrirlas, y volver a hacerlas, casi de continuo, a la par que cambiar de cama, comida, y a menudo, de clima también, en forma casi constante.

También supone renunciar a muchas cosas legítimas, pero que le robarían tiempo y fuerzas, para poder dedicarse así de la manera más solícita, y con toda avidez, a la búsqueda de pastos frescos, sanos y apetecibles, para seguir y seguir apacentando los corderos y las ovejas del Señor por doquiera vaya.

Sin embargo, nada de esto le resulta gravoso o una carga pesada, Por el contrario, comprueba en todo ello la verdad de la promesa del Señor de que *“mi yugo es fácil, y ligera mi carga.”* (Mateo 11:30)

Al mismo tiempo, le hace identificarse en alguna medida con el espíritu noble y abnegado del Buen Pastor, que da Su vida por las ovejas. (Juan 10:11)

Sin que le quepa, por lo que sabe, el honor del martirio, toda esta actividad representa, en cambio, un continuo ofrendar la vida por las ovejas.

Y eso, con la altísima distinción que conlleva, hace que este dicho de Jesús, como un glorioso mandato, resulte de veras sumamente apasionante.

CAPÍTULO 15

Dichos determinantes

Por dichos determinantes queremos significar aquéllos que, como lo indica el adjetivo que hemos escogido, determinan, es decir que definen o deciden. Esto, ya sea en cuanto al rumbo o el destino de uno en la vida y el siglo venidero, o el bien o el mal que se puede derivar de lo que uno haga, o la actitud que se tenga en situaciones, encrucijadas o aspectos cruciales que haya que enfrentar.

A medida que avancemos esto se entenderá con más claridad.

“El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta.” (Juan 7:17)

Al igual que en aquel entonces, en la actualidad la mayoría de la gente cuestiona la veracidad y la razón de las enseñanzas del Maestro. Muchos las consideran pasadas de moda, no aplicables a los tiempos en que vivimos, carentes de sentido práctico, o bien se desentienden de ellas totalmente, queriendo regirse por sus propias ideas, o su filosofía particular de la vida.

En la forma tan clara y precisa que le es característica, en este dicho Jesús va a la raíz de lo que ha de determinar en cada uno, o bien la aceptación plena de Su enseñanza, o bien el considerarla desacertada o sin importancia, y por lo tanto, que se la rechace.

Lo que lo ha de decidir nos es el razonamiento mental, la mayor o menor capacidad de comprensión, ni el grado de formación intelectual de cada uno.

En cambio, estará determinada por un algo que generalmente yace debajo de la superficie de todo eso. Ese algo es un deseo, una inquietud, una aspiración que tal vez no se formule o manifieste expresamente, pero que, sin embargo, se encuentra anclado allí, en la profundidad del ser.

Ese deseo, inquietud o aspiración, no es otra cosa que el querer que la vida de uno esté regida, no por los deseos propios, sino por la voluntad de Dios.

Quien de veras tenga esta disposición en el fuero interior, tendrá de seguro la dicha de saber que todo cuanto enseñó Jesús, es de procedencia divina, del Dios y Padre celestial sapientísimo, y no algo que Jesús elaboró independientemente de Él, y lo trajo como algo personal Suyo.

Podrá ser que alguna o algunas cosas que forman parte de esa doctrina o enseñanza de Jesús, no las termine de comprender totalmente, pero no por eso habrá de cuestionarlas o rechazarlas.

Por el contrario, con un espíritu humilde que lo hace muy consciente de lo pequeño y finito que él es, las ha de respetar como cosas que escapan de su comprensión por ahora, pero que, ya sea más adelante en esta vida, o bien en la futura del siglo venidero, las habrá de comprender amplia y cabalmente.

Además, tendrá el inmenso aliciente de que todas las cosas verdaderamente importantes que atañen a su vida, conducta y destino, le resultarán clarísimas, lo cual, a su vez, le trazará también con mucha claridad el camino a seguir en su peregrinaje terrenal.

Ese deseo, inquietud o aspiración de hacer la voluntad de Dios y no la propia de que hablamos, en un principio casi seguramente se encontrará en un estado incipiente, necesitado de un cultivo y desarrollo que lo lleve, a la postre, a su debida maduración.

Esto vendrá escalonada y paulatinamente, a medida que, obedeciendo los dictados de la conciencia, se vayan tomando pasos concretos en lo que uno sepa o entienda que es la

voluntad divina, aun con las pocas luces de un principio.

Con el correr del tiempo, se irá comprobando la verdad de lo que Pablo nos dice en Romanos 12:2, en el sentido de que la buena voluntad de Dios es agradable y perfecta.

Así las cosas, estos dos factores – la voluntad de Dios y la comprensión de que la doctrina de Jesús viene del Padre celestial – se complementarán en una simbiosis muy favorable. Cada paso que se dé en lo primero robustecerá lo segundo, e inversamente, el entendimiento más claro y amplio de lo segundo, habrá de consolidar y afianzar en lo primero.

Que nos asemejemos más cada día a Jesús, en esa disposición de hacer la voluntad de Dios que regía totalmente Su vida. Nos redituará beneficios inapreciables y nos evitará muchos quebrantos y desengaños.

“El que en él cree no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.”

“Y ésta es la condenación: que la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.” (Juan 3:18-19)

Distinguiamos en esto dos cosas: creer en Jesús y amar la luz, y no creer en Él, y amar más las tinieblas que la luz.

Quien en su interior de veras ama la luz, necesariamente habrá de creer en Jesús, Quien es la luz del mundo. Por el contrario, quien ame más las tinieblas que la luz – que de hecho será amar las malas obras que hace – no habrá de creer en Jesús.

Debemos puntualizar aquí que hay una diferencia entre hacer malas obras porque uno las ama, y hacerlas sin desearlo, por un principio interno que es más fuerte que uno.

Éste es el estado que se nos describe en Romanos 7, resumido en el versículo 23:

“...pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.”

En el versículo siguiente se expresa el anhelo de ser librado del mal, para así poder hacer el bien:

“¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”

Sin entrar en un análisis en profundidad de todo ese pasaje de Romanos 7, nos limitamos a decir que aquí se nos presenta el caso de la persona que peca contra su voluntad, y que en realidad odia ese pecado, contra el cual es impotente.

Lo normal es que la tal persona busque la ayuda divina, y encuentre, por la gracia de Dios, la respuesta que se nos da en el segundo versículo del capítulo siguiente:

“Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.”

El caso opuesto es el del que practica el pecado y lo ama, y hasta se deleita en él. Ello supone amar más el mal y las tinieblas, que el bien y la luz, lo cual constituye la condenación debajo de la cual se ubica, por gravitación de su propio deseo y elección.

Que un amor sincero al bien y a la luz, nos afiancen cada vez más en el desarrollo y crecimiento de nuestra fe en el unigénito Hijo de Dios.

“Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido.” (Mateo 7:2)

Éste es otro dicho del Maestro que debemos tener muy presente siempre. Se puede ser muy propenso a juzgar o enjuiciar a los demás, a ver sus fallos, e incluso a ver fallos donde en realidad no los hay.

Esto equivale en cierto modo a tener el ojo maligno, al cual Él se refiere en el mismo sermón del monte, del cual el dicho en que estamos forma parte. (Ver Mateo 6:23)

Lo contrario de esto lo encontramos en la mirada bondadosa, la cual, ante una situación que podría prestarse para interpretar el mal, opta por desecharlo, y en su lugar pensar el bien.

Anteriormente, al principio del sermón, Jesús ya había afirmado: *“bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.”* (Mateo 5:7)

En realidad, se trata de tener un corazón de amor y de bondad que prefiere ver y pensar lo bueno y no lo malo.

Esto no supone ser un ingenuo que no se da cuenta de las cosas, ni percibe cuando hay una mala actitud, o una segunda intención.

Muy bien puede ser lo contrario, es decir, uno que por su madurez tiene los sentidos bien ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.

No obstante, aun detectando el mal, movido por el amor y la benignidad, no se apresura a enjuiciar o condenar, sino que, con sabiduría y gracia, recuerda las ocasiones del pasado en que él mismo ha incurrido en faltas o errores.

Eso le lleva a recordar también la paciencia y misericordia con que el Señor lo trató para corregirlo, y con un espíritu misericordioso y que destila bondad, se abstiene de juzgar o condenar, y escoge, en cambio, amar y orar a favor del otro.

No olvidemos que *“todos compareceremos ante el tribunal de Cristo”* (Romanos 14:10b)

Que cuando esto suceda, Él no tenga que reprocharnos, o aun hacernos castigar, por habernos erigido en jueces de otros, olvidando la mucha gracia inmerecida que hemos recibido de Él.

Por el contrario, teniendo todo esto bien en cuenta, cultivemos un espíritu misericordioso y bondadoso para con los demás, y en cambio, para nuestro propio bien, seamos exigentes y severos con nosotros mismos.

Así podremos crecer y desarrollarnos favorablemente, lo que nos convertirá en firmes candidatos para recibir el galardón que se promete en la versión del mismo pasaje que nos da Marcos, a saber:

“...porque con la medida con que medís, os será medido, y aun se os añadirá a vosotros los que oís. Porque al que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.” (Marcos 4:24-25)

El cultivo asiduo y diligente de las virtudes de que hablamos, como así también de todas las demás, nos habrá de asegurar un incremento de valor inapreciable en todos los

niveles de nuestro carácter y nuestra formación espiritual.

Seamos sabios, e invirtamos oración, tiempo y esfuerzos para enriquecer nuestro caudal, siguiendo estos sanos y sabios consejos que rigen el reino de Dios.

“Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.” (Mateo 12:37)

Se trata de otro dicho claramente determinante, y que nos debe llevar a un muy saludable temor y temblor delante del Señor.

Va precedido inmediatamente por una solemne sentencia, que lo robustece sobremanera.

“Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen lo hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio.” (12:36)

No cabe duda de que una de las armas más eficaces de que se vale el maligno para causar daño y estragos incalculables en las iglesias, es la de la lengua descontrolada, quejosa y crítica.

Santiago nos dice con mucho peso en su epístola que *“si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo.”* (Santiago 3:2)

Antes de eso, en el mismo versículo, leemos la franca confesión que él hace: *“Porque todos ofendemos muchas veces.”*

Si hemos de ser sinceros, todos hemos de reconocer que en no pocas ocasiones en el pasado, hemos hablado a destiempo, o dicho cosas fuera de lugar. Ha sido algo de lo que nos hemos tenido que arrepentir, y pedirle gracia y sabiduría al Señor para no reincidir.

Tristemente, algunos lo han hecho o lo hacen sin caer en la cuenta del mal que han hecho, ya sea hiriendo innecesariamente a otros, diciendo cosas de mal gusto, haciendo comentarios de crítica solapada, o cosas afines.

Tengamos una conciencia muy tierna, que nos haga llegar campanas de alarma toda vez que se deslice por nuestra mente el decir algo impropio.

En una obra anterior, ya mencionamos que, en los tiempos en que cursamos estudios en el Centro de Enseñanza Bíblica

de la Unión Misionera Neo-Testamentaria en la República Argentina muchos años ha, tuvimos excelentes profesores, todos ellos de conducta irreprochable.

Uno de ellos en particular era una persona de mucho tacto, discreción y prudencia, a la cual, alternando con él durante muchas horas de comunión en las labores del evangelio, nunca le oímos hablar una sola palabra fuera de lugar.

Como ya señalamos en nuestra obra anterior, este ejemplo tan singular y edificante, dejó en nuestro espíritu una preciosa semilla, por la cual le hemos estado sumamente agradecidos al Señor desde entonces.

El libro de Proverbios, que en todas sus páginas está impregnado de una sabiduría muy práctica y provechosa, contiene abundantes consejos y exhortaciones sobre este tema particular.

Aquí van algunos de ellos:

"El que ahorra sus palabras tiene sabiduría." (17:27)

"El corazón del sabio hace prudente su boca, y añade gracia a sus labios." (16:23)

"La lengua apacible es árbol de vida." (15:4a)

"El corazón del justo piensa para responder." (15:28)

"El que guarda su boca guarda su alma; mas el que mucho abre sus labios tendrá calamidad." (13:3)

"En las muchas palabras no falta el pecado; mas el que refrena sus labios es prudente." "Plata escogida es la lengua del justo... Los labios del justo apacientan a muchos." (10:19-21)

Estos dichos que hemos citado, y muchos otros que se encuentran en Proverbios, son verdaderas perlas y joyas, y merecen que los consideremos detenidamente, a fin de absorberlos y enriquecernos.

Como algo de suma importancia, digamos aquí que nuestro hablar está regido primordialmente por dos factores: el estado de nuestro corazón, y la mayor o menor prudencia y discreción con que nos conduzcamos.

Si andamos en la carne, por más cuidado que tengamos, a

la larga a menudo saldrán cosas fuera de lugar, o que reflejen de algún modo nuestra enfermedad espiritual.

Inversamente, si andamos en el Espíritu, lo normal será que habrán de brotar palabras de edificación y provecho. No obstante, aun así deberemos ejercer vigilancia y dominio propio para saber encauzar nuestro hablar sabiamente y evitar que, para amenizar, hacer que la conversación sea entretenida, etc., caigamos en superficialidades o temas que en realidad no son provechosos.

Al acercarnos al final de este capítulo, no podemos menos que reiterar nuestra admiración por los dichos del maravilloso Maestro, que constituyen el hilo conductor de este libro.

No hay en ellos nada superficial o sensacionalista, antes bien, apuntan a lo más profundo de la personalidad de uno, imponiéndonos unas metas y niveles que son muy altos y exigentes, y, al mismo tiempo, hacen brotar de nuestras fibras íntimas las aspiraciones más nobles y altruistas.

Sepamos atesorarlos y asimilarlos plenamente, para que a través de ellos, el Espíritu Santo pueda plasmar en cada uno de nosotros un carácter y una disposición acorde con el alto llamamiento que hemos recibido.

Y al traducirse esto en un hablar decoroso, sabio, prudente y edificante, nos encontraremos con el feliz desenlace de ser ampliamente justificados cuando, terminado ya nuestro peregrinaje terrenal, tengamos que rendir cuentas de lo que hemos hecho y hablado aquí en la tierra.

CAPÍTULO 16

Dichos culminantes

Hace unos buenos años, mientras cursaba estudios secundarios, uno de los libros que el autor tuvo que leer como parte del programa de estudio de la lengua castellana, fue uno que terminaba, textualmente, con las palabras: “Me fui como quien se desangra.”

Cree recordar que se debían a que ya no se vería más al protagonista principal de la obra, por el cual se sentía gran admiración y respeto.

No obstante, ¡qué fin triste y desesperanzado!

Como contraste, la Biblia, con su inmensa variedad de tonos y matices, termina con unas bodas esplendorosas de una desposada radiante y deslumbrante por su hermosura, con el Desposado, Quien es el personaje más bello y glorioso de todo el universo – la maravilla que en cielos y tierra es contemplada y admirada por cuanta criatura tiene la dicha de poder verlo.

Es el contraste entre lo efímero y vil de este mundo, con la gloria sin par de lo excelso y sublime que viene de lo alto.

Con Dios, seguramente que en el largo trayecto terrenal habrá dolores, pruebas y espinos, que de una forma u otra nos habrán de afectar. Sin embargo, quien le sea fiel y obediente de verdad, siempre habrá de llegar a un fin dichoso y lleno de las más caras realizaciones.

No se nos pasa por alto que algunos capítulos anteriores, como los de dichos inquietantes, alarmantes o tajantes,

pueden haber hecho morderse los labios a más de un lector. No obstante, hemos querido ser fieles, consignándolos, dado que, por haber salido de la boca del Maestro, de ningún modo se los puede dejar de lado.

Pero ahora que entramos en el último capítulo, queriendo guardar cierto paralelismo con la palabra de Dios, pasamos a presentar y comentar dichos culminantes del Maestro - de esos que nos encienden de fervor, visión y ganas de seguir amando, luchando y avanzando, hacia esas metas tan maravillosas que Él tiene preparadas para los Suyos de verdad.

Aquí, pues, va el primero:-

"Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva." (Juan 7:37-38)

Es muy probable que fueran estas palabras las que hicieron que los alguaciles, enviados para apresarle, dijeran de Él, al regresar desarmados y con las manos vacías:

"¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!" (Juan 7:46)

Las de Jesús fueron palabras sencillas, sin ningún aderezo de retórica, pero pronunciadas con esa voz límpida, clara y potente, que caracterizaba al Maestro cada vez que la ocasión lo requería.

Y esa era, por cierto, una ocasión que lo requería. Se trataba del último y gran día en que culminaba la fiesta de los tabernáculos. Multitudes procedentes de muchos lugares distintos habían venido con el deseo y la esperanza de recibir algún beneficio o bendición, y que el esfuerzo realizado no resultase en vano.

Si bien el Espíritu Santo todavía no había venido, de manera que la promesa de esas palabras no pudo cristalizarse plenamente ese mismo día, Su impacto igualmente debe haber sido muy fuerte, como algo que no se olvida nunca.

La presencia serena y calma de Jesús, que dominaba la

situación, a la par que Su voz singular e incomparable que expresaba semejante promesa, deben haber dejado huellas indelebles, si no en todos, por lo menos en gran número de los que lo escucharon.

Aquello se convirtió así en una preciosa semilla, y no nos cabe duda de que más tarde, después de venir el Espíritu Santo el día de Pentecostés, y se propagase el evangelio en plenitud, muchos de ellos pasaron a experimentar esa bendita gracia prometida por Él por adelantado.

¡Cuanta sencillez, pero al mismo tiempo, cuánta profundidad y riqueza encerraban y encierran esas palabras de Él!

Empecemos por el símil que Él escogió - "*ríos de agua viva*"

¿Dónde nacen los ríos?

En las montañas, a menudo en las alturas cubiertas de nieve, donde las pisadas del hombre no han llegado, y sólo se ve un manto blanquísimos e inmaculado.

Tales las alturas del trono divino, de donde proceden estas aguas. Llevadas por el principio de la gravedad establecido por el Creador, siguen un curso descendente, que no se detiene hasta llegar a las partes más secas, y a todos los huecos de la tierra, para irrigarlos y llenarlos.

Apenas si hace falta señalar que ésa es, en síntesis, la función espiritual de esas aguas que prometió Jesús. De su origen en las alturas celestiales, saturadas de la blancura de la santidad divina, bajan a lo seco, hueco y estéril de nuestras vidas, llenando así nuestro gran vacío interior.

No las llamó aguas milagrosas, ni aguas de poder, aun cuando estos dos factores se dan ellas. En cambio, las llamó "*ríos de agua viva*," porque en esencia contienen la misma vida divina, con sus inefables virtudes. De algunas de ellas nos hemos de ocupar en detalle dentro de poco.

Notemos que tras citar las palabras de Jesús, el apóstol Juan, escritor del evangelio, divinamente inspirado, pasó a definir su significado concretamente.

Esas aguas, como un simbolismo, no representan una mera experiencia espiritual, sino mucho más.

"Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él." (Juan 7:39)

Es decir, que representan una persona, y esa persona es el Santo Espíritu de Dios.

Otro punto importante es que Jesús no dijo "un río de agua viva", en el singular, sino "*ríos de agua viva*" en el plural.

Dios es uno, y estrictamente hablando, el río de Dios es uno solo. (Ver Salmos 46:4 y 65:9, y Apocalipsis 22.1) No obstante, tal como en un principio el río que salía del Edén se repartía en varios brazos, así resulta en lo que estamos comentando.

En efecto, los seres humanos somos tan complicados en nuestras profundas y variadísimas necesidades, que ese río pleno de Dios se abre en varios brazos distintos, para así poder solventarlas todas.

Pasamos entonces a considerar algunas de las virtudes, simbolizadas por los ríos de agua viva a que se refiere Jesús.

El río del arrepentimiento.-

Aunque a algunos les podría parecer extraño o inesperado, conceptuamos que no debemos omitir esta operación del Espíritu Santo. Por el contrario, la colocamos en primer término porque es en ese nivel - el del arrepentimiento - que comienza a operar en nuestras vidas.

Jesús mismo lo afirmó al decir en Juan 16:8 que "*cuando Él (el Consolador) venga, convencerá al mundo de pecado...*"

Al redargüir y convencer de pecado, muchas veces quebranta el corazón frío y duro, enterneciéndolo de tal manera que fluyen raudales de contrición y arrepentimiento. Aunque esto no representa en sí una virtud de la vida divina, supone sin embargo un requisito previo indispensable para despejar y allanar el camino, a fin de que esas virtudes puedan fluir libremente.

Debemos comprender que antes de que se cumpla esa labor preparatoria, el alma se halla en un estado de bloqueo que cierra el paso, impidiendo que esas virtudes puedan derramarse debidamente.

De una forma u otra, el arrepentimiento que se opera en un individuo por la gracia del Espíritu, debe, como norma general, preceder a lo demás que ha de venir.

Digamos de paso que un evangelio que no contiene este ingrediente fundamental del arrepentimiento, debe conceptuarse como *otro evangelio*, ajeno al que predicaron Jesús, Pedro, Pablo y los demás apóstoles de la iglesia primitiva. Ver, entre otros muchos pasajes, Marcos 1:15; Los Hechos 2:38; 17:30; 20:21 y 2ª Timoteo 2:25.

¿Por qué otra razón lo incluimos como uno de esos ríos prometidos por Jesús?

Porque en muchas de las poderosas operaciones de la gracia de Dios, comúnmente llamadas avivamientos, ha sido lo que primero se manifestó, con profunda convicción de pecado y la más tierna contrición y arrepentimiento, muy a menudo acompañados de copiosos raudales de lágrimas.

Y además de ello, e independientemente de avivamientos, en las vidas de muchos siervos de Dios que han sido impregnados del Espíritu y usados significativamente, primeramente se ha dado en buena medida esta manifestación a que nos estamos refiriendo.

El río del amor.-

El ser humano, en su estado natural, se encuentra sumamente desnutrido del verdadero amor. No necesariamente del amor humano, aunque en muchos casos éste también está ausente en sus vidas.

Al decir verdadero amor nos referimos al amor de Dios, que es sin lugar a dudas el amor por excelencia, multifacético, eterno e incomparable.

La falta de ese amor se refleja en una multiplicidad de formas, algunas de las cuales podríamos describir como raquitismo anímico, un vacío en el fondo del alma, falta de seguridad y confianza, y de un nivel y rumbo cierto en la vida, grietas y lagunas en la personalidad y el carácter, etc.

Para quienes se encuentren en un estado semejante a alguno de los nombrados, ¡qué bálsamo exquisito y qué

terapia maravillosa, resulta el que se derramen en su interior raudales y torrentes del amor divino!

Como resultado pasan a saberse y sentirse amados por ese Ser Supremo, que es, no sólo la fuente de toda razón y justicia, sino, por sobre todas las cosas, la del amor celestial, bendito y puro como ningún otro.

Sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que ese amor es el remedio, si no de todos, por lo menos de muchos de los males de que padecen los hombres y las mujeres.

Este amor divino nos presenta la preciosa paradoja de algo, que con ser tierno y sumamente delicado, es al mismo tiempo una fuerza poderosísima, que cuenta con todo el potencial necesario para realizar los milagros más grandes y transformadores en las vidas de criaturas necesitadas.

Para que opere de forma efectiva, desde luego que se hace necesario que el corazón necesitado se abra al mismo, y al Señor, como la fuente inagotable de que procede, en una actitud contrita, humilde, y al mismo tiempo, hambrienta y sedienta.

Dadas esas condiciones ideales, el amor puede transformar una vida desahuciada y falta de todo sentido, en una útil, valiosa y llena de ricas posibilidades; a un cobarde, en un valiente de verdad; a un torcido y pervertido, en un hombre hecho y derecho que se conduce con la más rigurosa corrección y rectitud; a un pobrecito desdichado y despreciado por los demás, en una persona distinguida y plenamente valorizada; a un depresivo inconstante y acongojado, en un ser feliz y estable; a alguien que ha quedado afeado por las huellas del pecado y la mala vida, en una persona hermosea y dignificada, al punto que llama poderosamente la atención, sobre todo de quienes la conocían antes; a quien ha vivido como un esclavo, atrapado por el poder de las drogas, el alcohol, el tabaco, u otros vicios, en un individuo plenamente liberado de esos flagelos, y puesto en pie para emprender un nuevo camino, digno y fructífero; al que, como víctima del temor, ha vivido en zozobra y turbación casi ininterrumpidamente, en alguien

totalmente distinto, plenamente sereno y confiado.

Podríamos sin duda llenar varios párrafos más sobre el potencial del maravilloso amor divino. No obstante, baste lo que hemos puesto para estimular la visión y comprensión del mismo, y para proclamar algo de su inmensa grandeza.

Añadimos de paso que, cuanto hemos consignado, y desde luego, que mucho más también, no se encuentra meramente dentro del potencial o las posibilidades del amor divino.

De hecho, a lo largo de la historia, y especialmente a partir de la venida de Jesucristo a este mundo, son numerosísimos los casos de hombres y mujeres de muchos países distintos, y de condiciones sociales de las más diversas, que han hallado en ese amor divino el maravilloso remedio para sus vidas.

Además, no sólo el autor, sino muchos otros consiervos y creyentes de la actualidad, podemos dar fe de la eficacia de este remedio, tanto en nuestra experiencia personal, como en la de otros que hemos conocido.

El amor nos ennoblece, purifica y eleva, de tal manera que nos va transformando a la imagen y semejanza de Dios, en Cuyo carácter el amor se encuentra como ingrediente esencial.

Por otra parte, por algo Él nos ha dado como el primer y más grande mandamiento el del amor: es lo que nos completa y realiza en la vida, y también lo que nos hace felices, porque quien ama de verdad es dichoso y feliz, y quien no ama, no lo es.

"...el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado." (Romanos 5:5)

El río de la santidad.-

Dijimos anteriormente que los ríos nacen en las montañas, y muchas veces proceden de alturas cubiertas de nieve, donde todo es blanco blanquísimo.

El símbolo escogido por Jesús se presta admirablemente, sobre todo en esto de la santidad en que estamos.

Son aguas en las cuales no ha de encontrarse nada turbio,

sino la frescura límpida y cristalina que viene de lo alto, totalmente exenta de cualquier contaminación.

En el pasaje paralelo del Antiguo Testamento que aparece en Ezequiel 47, tras hablar de toda clase de árboles frutales que crecerán a uno y otro lado de la ribera, y que darían su fruto para comer y sus hojas para medicina, significativamente se señala, como punto final, que *“sus aguas salen del santuario.”* (Ezequiel 47:12)

Es decir, que su procedencia es de ese lugar santo, o más enfáticamente, *“El lugar Santísimo”*, como se lo llama en Hebreos 9:3.

Es el lugar en que el Dios tres veces santo mora en forma permanente, y lo impregna con Su santidad purísima e inmaculada.

De hecho, semejantes aguas, al fluir por nuestro interior, no pueden sino ejercer un efecto purificador y santificador en nuestra vida práctica. Nos hacen sentir, en ese fluir tan suyo, cómo impurezas tales como el polvillo del hostile mundo terrenal en que vivimos y que a veces se asienta, hasta inconscientemente, en nuestra alma, es arrastrado y quitado, de tal manera que nos hace sentirnos y sabernos totalmente limpios.

Esto no es un logro atribuible a nuestros propios méritos, sino una de las múltiples gracias del régimen del Espíritu y del Nuevo Pacto en que estamos.

Querido lector, que tal vez te sientes contaminado y hasta sucio e indigno de entrar en la presencia de Dios: acércate contrito y humillado, con corazón sincero, y derrama tu alma ante Él. Dile con ruegos profundos que anhelas ser blanco y puro como Él es, y que deseas que derrame en tu ser torrentes y raudales de ese río tan santo y tan cristalino.

Persevera en ello con instancia e insistencia, hasta convencerte a ti mismo de que lo quieres y lo estás buscando de todo corazón, como una perla de gran precio, que habrá de hermosear tu vida y hacerla mucho más útil y provechosa para los fines eternos del reino de Dios.

Al ver total sinceridad de tu parte, el Señor no te ha de

dejar defraudado, sino que habrá de colmar tus más caras aspiraciones – de esto puedes estar bien seguro.

¡Qué fea y desagradable es una vida sucia y contaminada!

Por el contrario, ¡cuán preciosa es aquélla que, sin el menor fingimiento, es un fiel exponente de la hermosura de la santidad!

Una hermosura, por otra parte, que trasciende los límites de la mera estética – valga el vocablo – proyectándose hacia un fruto sano y santo.

“Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será un instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra.” (2ª. Timoteo 2:21)

Finalmente, en un terreno muy práctico, la verdadera santidad tiene también la virtud de restarle todo lugar en nuestra vida al enemigo de nuestra alma, con el inestimable bien y beneficio que ello supone.

El río de la fe.-

Puede parecer extraño, por lo menos a primera vista, que, al referirnos al principio de algo intangible, aunque muy real, como lo es la fe, lo hagamos en estos términos de un río.

No obstante, insistimos en señalar que todos éstos son ríos de agua viva – de la misma vida divina – en la cual la fe es una constante de capital importancia.

Todo cuanto hace Dios, y todo cuanto ha hecho y hará, lleva, ha llevado y llevará el ingrediente insustituible de Su fe – de Su confianza total y absoluta, sustentadas por Su poder y Sus recursos ilimitados e inagotables.

Ya hemos explicado en obras anteriores que, en la caída de Adán y Eva, el vínculo que los unía tierna y entrañablemente al Creador se rompió en el eslabón de la fe.

Verdad es que ellos le desobedecieron, pero esa desobediencia se debió a que creyeron la astuta y malvada insinuación de la serpiente, de que Dios no les estaba diciendo la verdad, y más aun, que los estaba engañando, al privarlos de algo que, según daba a entender, sería muy bueno para ellos.

Al creer y aceptar esa mentira, de hecho la incredulidad y

la duda invadieron sus almas, y como consecuencia de ello desobedecieron el mandato divino. De inmediato sobrevinieron la vergüenza de la desnudez del pecado, el temor, y posteriormente, todas las interminables, tristes y dolorosas secuelas del pecado.

De esta forma vemos que la incredulidad – el no creer la palabra de Dios – vino a ser la madre de todos los pecados.

Acotemos de paso que, al referirse Jesús a la obra del Espíritu Santo de redargüir o convencer de pecado, la definió diciendo: “...de pecado, por cuanto no creen en mí.” (Juan 16:9) siendo Él, como sabemos, el Verbo, o sea la palabra de Dios por excelencia.

Al hablar de incredulidad, no nos estamos refiriendo necesariamente a no creer en la existencia de Dios, sino a dudar de Su palabra, es decir, a no fiarnos de lo que Él dice y afirma.

El ser humano en ese estado, se encuentra en una condición gravísima, y para colmo de males, casi siempre está totalmente inconsciente de ello.

Veamos: Dios es el único Ser que nos puede llenar la vida del verdadero bien, tanto para lo presente, como para el siglo venidero.

No obstante, al no creer ni confiar en lo que Él dice y afirma, uno cae insensible e imperceptiblemente en un estado de separación o divorcio de Él, que, como queda dicho, es la sola fuente de todo bien.

Esto lo deja a uno en un estado lamentable de penumbra y desesperanza, en un vacío total, en el cual no le quedan nada más que sus muy pequeños y pobrecitos recursos – totalmente insuficientes – tanto para la vida actual, como para la por venir.

Es por eso que en Su sabiduría tan lógica y cristalina, Dios ha establecido que no sólo para la salvación, sino también para todo el resto de la vida cristiana, que todo ha de ser por fe, es decir por un creer vivo y de corazón en la palabra y las promesas que Él nos ha dado.

De esta manera, sencilla pero a la vez maravillosa, el eslabón que se había roto queda restaurado, y así la unión y comunión con el Creador al cual le debemos todo, quedan también plenamente restauradas.

No debemos olvidar que uno de los muchos nombres del Espíritu Santo que se nos dan en las Escrituras es Espíritu de fe. (Ver 2ª. Corintios 4:13)

Al derramarse en el interior de quienes buscan al Señor necesitados y anhelantes, una de las virtudes que les infunde es la de la fe, sin la cual *“es imposible agradar a Dios,”* según se nos dice en Hebreos 11:6.

El feliz resultado ha de ser que uno disfrute del bendito reposo de la fe, el cual despeja las brumas de la duda y la incredulidad, y nos permite vivir confiados en el Señor, con una fe firmemente anclada en Su palabra.

Tomemos cuatro ejemplos de varones de cuyo ser fluía este río de la fe.

a) Pedro, el día de Pentecostés, lleno del Espíritu, en medio de su discurso, con las palabras *“Sepa pues ciertísimamente toda la casa de Israel”* hizo gala de una seguridad absoluta, totalmente exenta de toda duda. (Los Hechos 2:36)

b) Lucas, en su introducción al evangelio, y posteriormente en la del libro de Los Hechos, dice *“...las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas”* y *“...se presentó vivo con muchas pruebas indubitables”* (Lucas 1:1 y Los Hechos 1:3 respectivamente)

¡Que diferencia abismal entre este lenguaje de absoluta certeza, y lo que a menudo vemos en escritos o exposiciones orales de quienes no están llenos del Espíritu, ni nada saben de Él, y que se extienden en conjeturas, especulaciones o hipótesis, pero sin llegar a nada concreto y seguro.

c) Bernabé, a quien Lucas describe en Los Hechos 11:24 como *“varón bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe.”*

d) Pablo y Bernabé, de los cuales se nos dice que en Iconio *“entraron juntos en la sinagoga de lo judíos, y hablaron de tal manera que creyó una gran multitud de judíos, y asimismo de griegos.”* (Los Hechos 14:1)

¡Pensar que muchos de ellos tal vez nunca habían oído el mensaje del evangelio, ni el nombre de Jesús! Estos dos varones hablaban con tal certeza y convicción, que los que les oían, a poco de escucharlos, se encontraron con que les brotaba una fe viva y real en ese Jesús del cual estaban oyendo.

Bendita comunicación de una fe igualmente bendita, con su origen en el río de la fe que mana del Espíritu Santo.

El río de la humildad.-

Éste es otro que puede llamar la atención, ya que el concepto generalizado que se tiene del pasaje en que estamos, a menudo apunta a términos numéricos, manifestaciones del poder de Dios para señales y milagros, y cosas de esa índole.

Con todo, insistimos en que Jesús no dijo “aguas de gran poder,” ni “aguas milagrosas,” sino “*agua viva*” - lo cual, como ya acotamos, no puede referirse sino a la vida Suya que Él vino a comunicarnos en toda su abundancia.

Con el riesgo de sonar repetitivos, pero por ser algo de suma importancia, volvemos también a recordar que ése ha sido el propósito primordial para el cual hemos sido creados y redimidos, según Génesis 1:26 y Romanos 8:28-29, respectivamente.

Lo contrario de la humildad - la arrogancia y el envanecimiento - fueron las dos cosas que provocaron la caída de Satanás, tal como se nos hace saber simbólicamente a través de Isaías 14:12-15 y Ezequiel 28:12-17.

Lamentablemente, no pocos siervos, algunos de ellos tras carreras brillantes, han sufrido posteriormente caídas estrepitosas por la misma razón.

Ya hemos comentado en obras anteriores, la forma en que el Señor permitió deliberadamente el aguijón en la carne, que, cual mensajero de Satanás, abofetease a Pablo.

Era el medio que mejor se prestaba para impedir que se exaltase desmedidamente, debido a la grandeza de las revelaciones que había recibido.

Por cierto que habría sido trágico y fatal que un hombre

de sus quilates cayese en esa trampa, y se frustrasen así los altísimos designios que Dios tenía para él.

Tenemos la firme convicción de que a muchos de Sus siervos auténticos, antes de usarlos significativamente para Su gloria, el Señor les hace pasar por un trato sabio y severo - adecuado para cada uno de forma particular - a fin de vacunarlos contra la vanidad, valga la expresión.

En toda Su vida y ministerio terrenal, Jesús dio muestras acabadas de Su gran humildad. Podemos recordar entre muchas otras, la ocasión que se nos consigna en la primera parte del capítulo 13 de San Juan.

"...sabiendo que el Padre le había dado todas las cosas en las manos," contrariamente a lo que haría en semejante situación todo otro mortal carente de la gracia divina en su vida, pasó a hacer lo que Él mismo dijo que como ejemplo nos lo había dado, *"para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis."* (Juan 13:15)

Lo que hizo, como es bien sabido, fue quitarse el manto, tomar una toalla y ceñírsela, poner agua en un lebrillo, y ponerse a lavar dos docenas de pies sucios.

Es claro que la repetición de esto en sí, si no se la hace en el Espíritu y por real inspiración divina, muy bien puede resultar algo hueco y falta de una humildad genuina.

Lo importante es el espíritu con que se lo hace - un espíritu de humildad no fingida, auténtica, tierna y entrañable.

Él nos exhortó en Mateo 11: 29 a que aprendamos de Él, que es manso y humilde de corazón, agregando que la secuela de ello sería el hallar descanso para nuestra alma.

Bendita paz y reposo interior, los cuales son tan distintos de la inquietud que a veces debe agobiar al que busca proyectar su propia imagen, y que se piensen y digan grandes cosas de su persona.

¿Se le habrá ocurrido al lector pensar que Dios el Padre, con ser el Dios eterno, todopoderoso y lleno de majestad que es, con todo, es un Ser sumamente humilde?

Por una parte, tenemos las palabras que Jesús nos dejó en Juan 14:9: *“Él que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”*

Esto lo dijo en respuesta al pedido de Felipe: *“Señor, muéstranos al Padre y nos basta,”* (14:8) significando con ello claramente que el Padre es igual que Él, o, dicho inversamente, que Él es la manifestación vívida y real de lo que es el Padre, ese Dios invisible que nadie ha visto jamás. (Ver Juan 1:18 y 1ª. Timoteo 6:16)

Es decir, que así como es Jesús de manso y humilde, así lo es también el Padre.

Por la otra parte, tenemos un ejemplo práctico que algunas veces hemos utilizado en nuestra prédica oral.

Supongamos que alguno de nosotros le haga llegar al monarca de su país - ya sea España, el Reino Unido o cualquier otro que cuente con un rey o una reina - una invitación a que el mismo, o la misma, nos visite en nuestro pequeño hogar, con el fin de poder agasajarle y contarle como nuestro/a huésped/a de honor.

Con todo respeto a su persona, diremos que lo más probable es que, o bien no nos conteste por falta de tiempo, o que si lo hace, sería para excusarse por tener su agenda repleta, con muchísimos compromisos en el futuro previsible.

En cambio, si a nuestro Dios y Padre extendemos con toda sinceridad una invitación en el mismo sentido, por más pequeña y humilde que sea nuestra vivienda y nuestra alcoba, Él no vacilará en acceder, y por Su Espíritu Santo venir a donde moramos, para convertirlo en un bendito y dichoso santuario.

Esto no es utopía, fantasía ni misticismo irreal, sino algo bendito y precioso que muchos de los Suyos hemos experimentado de verdad, y de lo cual podemos dar fehaciente testimonio.

Es claro que hay una humildad falsa, que busca llamar la atención de los demás para que se piense cuán humilde es uno, o bien que se manifiesta de otras formas distintas. No

obstante, de esto preferimos no añadir nada más.

A su debido tiempo, cada cosa termina por poner en evidencia lo que realmente es.

Dejando ese aspecto, que es la seca o el reverso de la medalla, pasamos a lo positivo del anverso o la cara.

La verdadera humildad sabe callar o decir muy poco, aun cuando podría decir muy mucho; se abstiene de contar a otros sus propios logros y virtudes, dejando que sean otros, y no uno mismo, quienes hablen de ellos; prefiere no discutir, y aun “perder”, cuando sabe que el expresar su punto de vista contrario conduciría a una polémica y no sería de edificación; opta por cambiar pronto de tema cuando se le felicita o alaba por algún acierto, pasando a reconocer buenas cualidades y los aciertos de otros.

Cuando ha cometido algún error, o ha contrariado sin querer a alguien, no le resulta difícil reconocerlo y pedir sinceras disculpas; tampoco le resulta difícil perdonar a quien le ha ofendido y le pide perdón, o pasar por alto ofensas para evitar discordias y contenciones.

Éstas y muchas más, son las maneras en que la genuina humildad se manifiesta, entremezclándose, como vemos, con el amor, la bondad, el buen gusto y la buena educación, la discreción y la prudencia.

Sepamos, pues, permitir que ese río de la humildad moldee nuestra disposición y carácter, a fin de que se asemejen progresivamente al Cordero de Dios, manso y humilde.

No añadimos más ríos de agua de vida para no extendernos en demasía, y pasamos en cambio a señalar los dos requisitos presentados por Jesús, a saber:

1) *Tener sed.*- no de poder, de ganar muchas almas, de ser de gran bendición a otros, ni ninguna de esas cosas, por buenas que algunas sean. Se trata, en cambio, de tener sed – “*Sed de Dios, del Dios vivo*” (Salmo 42:2) para dejar de ser el ogro egoísta que uno ha sido por años, y asemejarse a ÉL, que ése es el fin primordial para el cual hemos sido creados y redimidos, como venimos repitiendo.

2) "El que cree en mí." Fe y absoluta confianza en Jesús y Su palabra. Es decir, la convicción de que no nos está presentando una mera proposición teológica, ni un simbolismo instructivo, ni nada de esa naturaleza. Lo que nos está diciendo es algo real y práctico, y que está al alcance de quien reúna estos dos requisitos que Él ha estipulado.

¿Tienes esa sed del Dios vivo? ¿Crees de veras y en serio en lo que Jesús dijo en esa ocasión?

De ser así, vé a Él ahora mismo, y bebe, bebe y bebe, hasta saciarte y desbordar.

Como punto final al comentario de este maravilloso dicho de Jesús, hemos de puntualizar que el fluir de estos ríos de vida que hemos considerado - y otros que por razones de espacio nos hemos abstenido de tratar - es algo que debe mantenerse vivo y latente, y no quedar en una gran experiencia vivida, pero como algo del pasado.

Para ello, los dos requisitos señalados deben mantenerse vivos y firmemente en pie.

En cuanto al primero, tenemos en él una preciosa paradoja: aun después de saciarnos inicialmente con esas aguas de vida, debemos mantenernos llenos de anhelos santos de beber más y más.

En lo que respecta al segundo - la fe en Él y en lo que nos ha dicho - debemos cuidar bien de que no pierda su vigor ni su filo, y que por medio de ella nos acerquemos a Él a diario para no estancarnos, sino avanzar paulatina y progresivamente.

Como complementos indispensables, los dos requisitos deben ir acompañados de estas tres cosas:

a) El cultivo asiduo y cotidiano de la lectura detenida y estudiosa de la palabra, que tendrá la doble virtud de enriquecernos, y de asegurar que esas aguas sigan un curso sano y correcto.

b) Lo mismo en cuanto a la oración, que nos mantiene en comunicación con el Trono de la gracia, con sus múltiples beneficios.

c) El darnos al servicio del Señor según Su voluntad, y brindándonos con todo ahínco, con las capacidades, dones y ocasiones que se nos brindan.

En este último sentido, tengamos bien presente lo que se nos dice en Efesios 2:10: *“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas.”*

Nos debe conmover y motivar fuertemente, el saber que Dios se ha anticipado planificando buenas obras para cada uno de nosotros, a fin de que nuestras vidas no sean ociosas ni estériles, sino que estén a Su servicio y den buen fruto.

Desde luego que lo contrario de esto – una vida pasiva y ociosa en cuanto a los valores eternos – impedirá el fluir de las aguas, y, como bien sabemos, el estancamiento sólo puede traer derivaciones negativas y perjudiciales.

Confiamos en que todo esto podrá servir adecuadamente de guía y orientación, para que el lector deseoso pueda echar mano de la invitación maravillosa que presenta este dicho estupendo de Jesús, y poder disfrutar así de la consiguiente bendición y dicha que promete y encierra.

“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.” (Juan 10:10)

Aun cuando los términos con que se expresa Jesús aquí son distintos de los del dicho anterior, la esencia del contenido es virtualmente la misma. En efecto: los ríos de agua viva no pueden hacer otra cosa que llevarnos a una vida en abundancia.

Seremos mucho más breves que con el anterior, empezando por decir que, hasta cierto punto, estamos mirando y viendo la misma cosa desde una perspectiva diferente.

Valiéndonos del símil que se nos da en Ezequiel 47:5, diremos que se trata, figurativamente hablando, de nadar en el río de Dios, en función de su voluntad para nosotros, se sobreentiende.

Llevados por la corriente de ese río, nos encontramos con

que cosas que nos resultaban imposibles cuando estábamos con nuestros pies apoyados sobre la tierra, y librados así a nuestros propios medios, conocimientos y recursos, ahora resultan posibles y viables.

Una gracia y una virtud, a menudo imperceptibles, hacen que descubramos con gratitud y deleite que problemas que antes resultaban insolubles, ahora encuentren feliz solución; que escollos que antes no podíamos superar, ahora quedan superados y dejados atrás; que cosas que nunca podríamos haber hecho o alcanzado valiéndonos de nuestras propias fuerzas, ahora las hacemos y alcanzamos sin esfuerzo, casi con naturalidad.

Esto se proyecta no solamente en el orden espiritual de emanciparnos del señorío del pecado y sus ligaduras, y de vivir una vida ordenada, en el Espíritu, y con una sana relación con el Señor.

Trasciende esos límites, para abarcar también lo físico en cuanto a nuestra salud y fuerzas naturales, y también lo material en el ámbito de la economía.

Así nos encontramos, como ejemplo ilustrativo, con el caso de un siervo del Señor, que, si en su juventud, entre los veinte y treinta años, le hubieran dicho que a los sesenta, setenta y ochenta años de edad iba a estar viajando de lugar en lugar, ausente de su hogar por más de doscientos días del año, llevando la palabra del Señor, no lo habría creído.

“Yo nunca podría hacer semejante cosa - debe haber un error aquí - esta predicción seguramente que será para otra persona - no para mí”, habría argumentado.

Sin embargo, eso es lo que ha estado haciendo por décadas, llevado por la corriente de ese río del cual hablamos. Tal vez dentro de poco, debido a su edad avanzada, tenga que renunciar a esa vida, pero las décadas ya transcurridas quedan en pie como testimonio elocuente y veraz.

El mismo siervo, antes de comenzar a servir al Señor a tiempo pleno, gozaba de un buen puesto de trabajo, con un sueldo bastante satisfactorio, un coche nuevo cada dos años

para sus labores por cuenta de la empresa, y otras buenas franquicias.

Al recibir confirmación de su llamado al campo misionero, vendió su vivienda, y donó el producido a la obra del Señor en el país al cual estaba siendo llamado.

Pocos meses antes de partir, él y su esposa, por razones que sería muy largo explicar detalladamente, optaron por renunciar a las pequeñas herencias que a ambos les correspondían.

Fue un quemar los puentes en el más amplio sentido de la palabra. O, si se quiere, sin ser precisamente ricos, fue un vender y dejar cuanto tenían para la obra de Dios, y salir como misioneros acompañados de sus cuatro hijos, y sin llevarse más que la ropa y sus libros.

No gestionaron apoyo económico de ninguna iglesia ni misión, apoyándose sola y totalmente en la promesa del Señor de que nada les faltaría.

Así, desde entonces, por casi cuatro décadas, hasta el día de hoy, han vivido por fe en la provisión del Señor, la cual ha sido fiel y generosa.

No sólo nunca han debido nada a nadie, sino que han podido emprender numerosos viajes transatlánticos, apoyar liberalmente a la obra del Señor en muchos países, y vivir holgadamente, aunque sin lujos innecesarios. Y todo esto sin que nadie jamás les haya dado ni estipulado un sueldo fijo - todo ha venido de la mano pródiga y fiel del Señor.

Nunca antes se habían imaginado que podrían vivir de semejante forma.

Desde luego que se podrían dar muchos más ejemplos de otros siervos y siervas que, con matices distintos, pero por la misma gracia divina, han experimentado la dicha y el privilegio de la vida en abundancia prometida por Jesús.

Por otra parte, no debemos dejar de puntualizar que, paralelamente a todos esos beneficios de semejante vida, en la misma se han de encontrar etapas de lucha, esfuerzo, sacrificio y aun dolor.

Eso es una forma de comprar oro refinado en fuego, según el consejo de Jesús en Apocalipsis 3:18, como forma de enriquecer aun más la propia vida, y también para poder comunicar mayores riquezas a otros.

La parte dura y difícil es el precio que se debe pagar, pero, sabiendo cuánto sufrió Jesús por amor de nosotros, todo siervo fiel debe estar dispuesto a aceptar el consejo y desafío, y pagar el precio.

Dijimos que seríamos más breves sobre este dicho que sobre el anterior, pero, para el lector ávido de más, recomendamos la lectura de nuestro sexto libro, titulado "Cruzando el Jordán."

En él encontrará catorce capítulos enfocados hacia la vida en abundancia, vista desde el prisma de cruzar el río Jordán de Este a Oeste, dejando atrás el desierto, para entrar en el Canaán prometido de la plena herencia.

"Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono."
(Apocalipsis 3:21)

En la rica y surtida trama de los dichos del Maestro, nos encontramos ahora casi imprevistamente, con otro de Sus desafíos y dichos culminantes, entrelazado esta vez con las exhortaciones, reprensiones y consejos que van en el resto de Sus cartas a las siete iglesias del Asia.

Las palabras "*al que venciere*" en esta ocasión las repite por séptima vez, ya que van hacia el final de cada una de las restantes seis cartas. Además de ello, en el versículo 7 del penúltimo capítulo del libro, las vuelve a pronunciar por octava vez.

Desde luego, el hecho de que Él lo repita nada menos que ocho veces, nos tiene que dar mucho que pensar.

Lo primero que debemos tener claro de esas ocho veces, es que los verdaderamente Suyos, que lo amamos y servimos, estamos en medio de una batalla, así como lo estuvo Él a lo largo de Su vida y ministerio terrenal.

No somos de este mundo, así como Él no lo fue ni lo es. Es

un mundo que está dominado por un príncipe declarada y enconadamente contrario a la luz, la verdad y el amor del reino de Dios.

Aun cuando en nuestro entorno occidental, en general, hasta ahora hay libertad de pensamiento y de religión, cobijados detrás del humanismo, la nueva era, el liberalismo y muchos otros “ismos”, operan poderes siniestros de tinieblas, que están empeñados en una guerra a muerte contra los santos.

Además, las tentaciones de una sociedad materialista y consumista a ultranza, a la par que nuestras debilidades físicas que se acentúan con el correr de los años; la buena dosis de presiones, luchas, problemas y adversidades que nos toca enfrentar a cada uno – en fin, todo eso y mucho más, hace que sin buscarlo ni provocarlo, nos hallemos situados en medio de un escenario de combate muy concreto y real.

Afortunadamente, tenemos la promesa de que no seremos tentados o probados más allá de nuestras fuerzas. (Ver 1^a. Corintios 10:13) No obstante, a veces la lucha arrecia hasta tal punto, que llegamos a pensar “de ésta no me escapo”, o bien, que ésta que se nos viene encima no la podremos sobrellevar o sobrevivir.

Nos apresuramos a agregar, con todo, que el Señor es siempre fiel para llegar a tiempo con Su oportuno socorro; a veces justo a tiempo, cuando ya estábamos llegando al límite absoluto de nuestras fuerzas y posibilidades.

En resumen en cuanto a esto:- sí que estamos en medio de una verdadera batalla, y como más de una vez se debe haber dicho, quien abraza la carrera de la fe cristiana, y sobre todo del ministerio, que no se haga ninguna ilusión de pasarse una vida fácil y regalada.

Por cierto que se encontrará con muchas alegrías y satisfacciones; que después del fragor de la lucha, el Señor siempre le dará intervalos de reposo y refrigerio; pero, que no le quepa la menor duda de que si sigue y sirve al Señor de verdad, su trayectoria estará jalonada con las más diversas pruebas, dificultades y escollos.

Eso es una parte integral de la vida cristiana, y es, además, algo establecido por el Señor mismo para purificarnos, moldearnos y forjar en nuestras vidas de forma progresiva el carácter de Jesucristo, el varón perfecto.

La siguiente reflexión que presentamos es que Jesús nunca nos exhorta a hacer algo que Él no haya hecho antes.

Hay una sola excepción, y es la exhortación a que nos arrepintamos, que Él hizo en reiteradas ocasiones. La razón es – bendito sea Su nombre – que Él jamás hizo algo de lo que tuviera que arrepentirse. Su vida, intachable e impecable en todos los aspectos, jamás conoció pecado ni falta alguna.

En esto de luchar y vencer, casi huelga decir que Él tuvo que librar la batalla más grande del universo y de la historia.

Mientras continuemos aquí en la tierra, con las limitaciones propias de seres humanos finitos, nunca comprenderemos en todo su alcance la inmensidad de esa batalla.

No nos cansamos de loar Su nombre y Su persona santa, por haber logrado una victoria total y absoluta, aunque a costa de tanto sacrificio y dolor.

Ahora, desde esa posición victoriosa, Él nos anima a que luchemos y venzamos, así como Él lo hizo. Es un desafío y una exhortación a no claudicar, ni a resignarnos a la mediocridad, ni dejar de enfrentar las situaciones con valentía y denuedo.

Otra vez Su voz toca las cuerdas más íntimas del ser, haciendo brotar esos anhelos y aspiraciones de elegir el camino más alto, bien que nos cueste en todos los niveles.

Luchar con Él y por Él contra el mal en todas las formas en que se nos presente, en una justa noble, santa y viril, en que la mujer también tiene plena cabida, para derrochar todo su potencial de valor y denuedo, como lo hicieron tantas grandes mujeres de antaño.

La frase – “al que venciere” – que emplea, como se ve, lleva el verbo en singular. Esto denota que cada uno debe librar su propia batalla, bien que puede ser ayudado y estimulado por otros empeñados en la misma lid.

No obstante, la última palabra, por así decirlo, la da cada uno individualmente, con luchar hasta vencer, o en caso contrario, claudicar y ser vencido.

Sin embargo, debemos desechar y descartar esta última posibilidad, como algo impensable para varones y mujeres que hemos recibido un llamamiento celestial y santo. Para fortalecer nuestra fe, y animarnos a redoblar nuestros esfuerzos, recordemos que Él nos ha dado de Su Espíritu, el cual no es por cierto el del derrotado, sino el del total y absoluto vencedor.

El galardón que promete a los vencedores nos eleva al sùmmum y el zenit de nuestra carrera. En las seis cartas anteriores ha ido prometiendo escalonadamente maravillosos premios *"al que venciere"*, siempre en singular, y todos ellos relacionados, o bien con una mejor calidad de vida, o con una mayor autoridad en el orden cósmico - nunca se relacionan con guarismos numéricos, tales como tener una iglesia de mil miembros con un local de reuniones grandioso y lujoso, o recaudar cuantiosas sumas en diezmos y ofrendas.

Ahora nos eleva a Su mismo trono; a sentarnos con Él y compartirlo, sentados juntamente con Él en lugares celestiales.

El Suyo no es ni será un trono como los que conocemos, con cabida para un solo monarca. Desde luego que Él estará en el lugar principal y céntrico, junto al Padre, el Monarca Supremo, pero será un trono muy amplio - más aun, vastísimo - en que, por Su gracia, la enorme legión de los vencedores ocuparemos nuestro dignísimo lugar.

Dejamos librado a la imaginación de cada uno el visualizar el honor y la honra, la enorme satisfacción y la gloria de semejante galardón - de ocupar semejante lugar.

Para el logro de una culminación como ésta, bien merece la pena el jurgarnos de lleno por Él en esta vida.

"El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo." (Apocalipsis 21:7)

Antes de considerar este último dicho del Señor, y

teniendo en cuenta que nos estamos acercando al final del libro, nos sentimos movidos a hacer un comentario general en cuanto al alcance de los cuatro dichos que tratamos en este capítulo postrero

Es muy probable que algunos jóvenes lectores, con sanas y sinceras aspiraciones de alcanzar metas altas en su vida cristiana, sientan que en lo que están leyendo falta algo que les gustaría encontrar.

Ese algo podrían ser cosas de mayor envergadura, por así decirlo, en cuanto a los ríos de agua viva, la vida en abundancia, y a heredar todas las cosas.

Para ser más específicos o concretos, un mayor poder en el ministerio, con sanidades notables, una gran autoridad en el terreno de la liberación de poderes demoníacos, conversiones más numerosas y poderosas, etc.

Desde luego que quien esto escribe desea, al igual seguramente que todo buen siervo del Señor, que se puedan experimentar éstas y otras muchas manifestaciones palpables de la presencia y el poder de Dios.

Tuvimos también – ¡hace ya un buen número de décadas! – nuestros veinte o veinticinco años, en que, con el vigor y la ilusión de la juventud uno anhelaba ardientemente esas cosas, y se prodigaba en su búsqueda.

No obstante, la madurez que viene con el correr de los años y la experiencia práctica, nos han enseñado bastante sobre el tema.

Una de las cosas muy importantes es saber que en ese terreno, quizá más que en cualquier otro, es la soberanía de Dios lo que dispone, para hacer y no hacer, y, a menudo, para levantar para Sus propósitos a quien o quienes uno menos espera.

Debemos recordar lo que Pablo nos dice en Romanos 9:16:-
“Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.”

Asimismo, no son pocas las veces en que el fuerte deseo de lograr esas cosas, por más sincero que sea o parezca, sea uno al cual el Señor le tenga que hacer la misma pregunta, y

darle inmediatamente el mismo consejo que le dio hace muchos años a Baruc por mediación de Jeremías:

“¿Y tú buscas para ti grandezas? No las buscas.” (Jeremías 45:5)

El apóstol Pedro tuvo en su ministerio el privilegio de predicar el día de Pentecostés, con el resultado de unas tres mil almas verdaderamente convertidas. No fueron meras profesiones de fe.

Asimismo, en los albores de la iglesia primitiva, su sombra daba sobre enfermos y endemoniados y todos quedaban sanados y liberados, (Los Hechos 5:15-16) y además fue usado para la milagrosa resurrección de Dorcas.

Años más tarde, al escribir sus epístolas, quizá para evitar todo rasgo de envanecimiento, no se refiere a ninguno de esos milagros, y la única experiencia que cuenta es la de haber sido testigo de la transfiguración, en que Jesús recibió gloria y honra desde la magnífica gloria. (2ª. Pedro 1:16-18)

Por otra parte, al exhortar a quienes escribe a añadir con toda diligencia a la fe preciosa que habían alcanzado, no lo hace en términos de lograr gran poder para salvación de muchos, poderosos milagros y liberaciones, levantamiento de grandes iglesias, ni nada que vaya en esa línea.

En cambio, da una significativa lista de siete cualidades que se habían de esmerar en agregar a su fe, a saber: *virtud, conocimiento, dominio propio, paciencia, piedad, afecto fraternal y amor*. (2ª. Pedro 1:5-7)

Como vemos, todas ellas apuntan a una mejor calidad de vida y la formación de un carácter estable, maduro y responsable.

Para mayor abundamiento, tenemos algo semejante en las siete cartas que Jesús dirige a las iglesias del Asia en Apocalipsis capítulos 2 y 3.

Como ya hemos señalado, cada una hacia el final incluye una promesa de un premio al que venciere en la lid. Si el lector las examina verá que siguen la misma tónica que Pedro en sus epístolas.

Resumiendo sobre todo esto: todos debemos aspirar a asemejarnos más a Cristo en nuestra vida y carácter, que para eso hemos sido creados y redimidos, según lo venimos repitiendo.

En el otro aspecto de logros de conversiones, sanidades, milagros, plantar iglesias y demás, debemos saber que hay una voluntad de Dios para cada uno de nosotros, y debemos buscar que Él nos guíe a aquellas obras que ha preparado de antemano para cada uno de nosotros, según Efesios 2:10.

El empeñarnos en buscar grandezas que van más allá de eso, ha llevado a malas consecuencias a algunos, que, al no alcanzarlas, se han sentido defraudados y han terminado en el fracaso.

Que no se nos considere estrechos en la visión, puesto que nosotros también deseamos que Dios se manifieste poderosamente en estos tiempos, pero tenemos que inclinarnos ante Su sabia soberanía, que dispone quiénes, cuándo, dónde y cómo.

Ahora sí pasamos a este último dicho, que es por cierto culminante y definitivo.

Va precedido de la condición de vencer, lo que ratifica lo ya dicho anteriormente: se reconoce que estamos en batalla, y lo estamos hasta el final de esta dispensación - la de la iglesia militante.

Es la octava vez que estas palabras: *“el que venciere”* - proceden de Jesús para los Suyos.

La parte segunda y final de la promesa que sigue - *“yo seré su Dios y él será mi hijo,”* se entiende en el sentido de hijos en plenitud, que no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección. (Ver Lucas 20:36)

¡“heredará todas las cosas”!

En Hebreos 1:2 tenemos la gran verdad de que Dios el Padre, al Hijo, por el cual nos ha hablado en estos postreros días, lo *“constituyó heredero de todo.”*

Esto nos da una conexión muy preciosa y significativa. En

efecto: una de las muchas virtudes del verdadero amor, es que se deleita en compartir con aquéllos que ama, las cosas que le son más caras y hermosas.

Aquí tenemos un ejemplo puntual en este sentido. El Hijo eterno de Dios, constituido en heredero legal y formal de todo, no se aferra a ese todo como propietario heredero único y exclusivo.

En lugar de ello, movido por Su amplio y generoso amor a Sus fieles que perseveran en la lid hasta vencer, decide compartir con ellos Su vasta y gloriosa herencia, haciéndoles plenamente partícipes de ella.

Es como el marido que ama de verdad a su esposa, o el hermano que de la misma forma ama a su hermano, y al tomar posesión de algo – un don, o un regalo muy preciado, o bien, al disfrutar de un paseo o unas vacaciones muy agradables – encuentra una mayor satisfacción en compartirlo con el ser amado, que en tratar de disfrutarlo él solo.

Así, pues, debemos entender que el Hijo constituido en heredero de todas las cosas, se complace en compartir Su grandiosa herencia con Sus amados, mucho más que en ser Él el único depositario de ella.

Por lo tanto, nos lanza este octavo y último desafío a luchar y vencer, para así disfrutar con Él del deleite de compartirla, lo cual, de hecho, hará que sea aun más deleitosa para Él.

¡Herederá todas las cosas!

¿Dónde empiezan, y dónde terminan todas esas cosas?

Por empezar, no se nos debe pasar por alto el contexto del versículo 5, en el que el que está sentado en el trono afirma:

“He aquí yo hago nuevas todas las cosas.”

Por cierto que es una afirmación estupenda, y por si a alguno le cupiese la menor duda, va rubricada por otra afirmación contundente:

“Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas”.

No se trata pues, de fantasía ni de utopía, sino de pura y

absoluta verdad. Y esa pura y absoluta verdad es que no se trata de cosas venidas a menos, o en estado de deterioro, como a veces en un plano terrenal puede suceder con la herencia de una vivienda o una finca. Se la hereda y uno pasa a tomar posesión de ella, pero muchas veces hay que hacer costosas reparaciones y reformas.

Por el contrario, se trata de cosas absolutamente nuevas – flamantes – sin el menor vestigio de desgaste por el uso, ni ninguna cosa semejante. Cosas nuevas, impecables en su aspecto y presentación, ¡y hasta con el muy agradable olor a nuevas!

Recordamos cómo en la niñez nos resultaba tan placentero el olor de un libro nuevo que se nos había regalado. Aun en la actualidad, cada vez que un libro nuestro sale de imprenta, nos gusta el olor a nuevo que tiene.

Pensemos primeramente en nuestro nuevo cuerpo. ¿Jaquecas? ¿Cansancio? ¿Debilidad? ¿Molestias y trastornos estomacales o de cualquier otra índole? ¿Resfriados o gripe? ¿Caries o extracción de muelas?

¡Nada de eso! Junto con las aspirinas, calmantes, antibióticos, vitaminas, visitas al médico o al dentista, y mil cosas más – ¡todo eso quedará dejado atrás y olvidado para siempre!

En el reino espiritual Él también hará que todas las cosas sean hechas nuevas – es decir, que amaremos con un amor nuevo, muy superior al que conocemos y experimentamos ahora, por más puro y noble que sea.

Igualmente, nuestra paz será más profunda y bendita que lo que hemos conocido aquí en la tierra; una paz que no sabrá nunca de zozobras y turbaciones y que nos permitirá morar en una constante de la más acabada serenidad y calma.

Nuestro gozo también será uno nuevo y distinto, exento de toda interrupción o interferencia, y sin que nada nuble o empañe la visión para disminuirlo de alguna forma.

Es más, creemos que será un gozo, que, junto con el amor, la paz y todas las demás virtudes, irá en aumento, hasta

alcanzar alturas que, en nuestra condición actual de seres finitos, no estamos capacitados para concebir ni comprender.

Nuestra gratitud y alabanza, al igual que nuestra adoración, serán en un nivel mucho más elevado y digno de lo que hemos conocido en la vida presente.

Asimismo, le serviremos al Señor amado en un grado de total perfección, y además, el hacerlo será un deleite continuo y creciente. Y, como de alguna forma ya hemos señalado anteriormente, no habrá ningún estancamiento que produzca aburrimiento ni nada parecido, sino que, por el contrario, habrá una progresión constante hacia nuevas y mayores alturas de gloria, con colores y melodías celestiales que estarán muy por encima, en su encanto y hermosura, de cuanto hemos conocido aquí.

Recordamos lo que nos contó una hermana en Cristo hace unos buenos años. Ella se encontraba acompañando a su anciana madre, que contaba algo más de noventa años de edad, cuando se acercaba el tiempo de su partida.

Había sido una fiel hija de Dios, generosa y servicial, y muy amada por cuantos tuvieron el gusto de conocerla.

En un momento dado, su rostro se encendió de un gozo indescriptible, al punto que su hija quedó totalmente sorprendida y le preguntó qué le pasaba.

La madre contestó jubilosamente: “¡Yo sé a dónde voy! – ¡yo sé lo que me espera!”

El Señor le había dado una visión anticipada del lugar al cual iba, y del futuro que le aguardaba, y lo había visto tan inefablemente hermoso y precioso, que le había hecho prorrumpir en un regocijo cual nunca antes había experimentado.

A lo largo de nuestros años de servicio, viajando y llevando la palabra del Señor, nos hemos enterado de otros testimonios fehacientes y totalmente fiables, de santos que han recibido anticipos maravillosos de los deleites y las glorias del siglo venidero.

Naturalmente que no basamos nuestras convicciones y

nuestra prédica en esos testimonios, sino en lo que las Escrituras nos dicen sobre el tema.

No obstante, puesto que concuerdan con las verdades bíblicas que tenemos sobre el particular, y que, como hemos dicho, todo nos ha indicado que han sido testimonios veraces y fehacientes, no creemos que esté de ninguna manera fuera de lugar el que hayamos consignado uno de ellos aquí.

Ante todo esto ¿qué diremos?

Enfrentados con este último dicho culminante, que nos llama a seguir luchando hasta vencer, sabiendo que nos viene del que tanto nos amó hasta dar Su vida en rescate por nosotros, moralmente, y por todo otro concepto, no nos queda más que una determinación, sola y única.

Esa sola y única es, echando mano de la gracia divina, perseverar con el mayor amor y la máxima devoción, hasta irrumpir como auténticos vencedores, y así pasar a heredar todas las cosas, junto con nuestro amado Señor y la legión multitudinaria de vencedores en la gran lid.

Caro lector y lectora: ¡arriba esos corazones! No es tiempo de tibieza, ni de mediocridad ni pereza, sino de cobrar buen ánimo, fe y valentía; de estar con los lomos ceñidos y la lámpara de nuestra vida ardiendo con fulgor celestial hasta el fin.

Así alcanzaremos, como hijos en plenitud, el momento cumbre y culminante de ser trasladados a la dicha sin par de nuestra plena herencia celestial, a la luz y en la presencia de nuestro glorioso Padre y de nuestro amado Señor Jesús, a Quienes se lo debemos todo.

Querido lector o lectora que has perseverado en la lectura hasta llegar al final del libro: pido al Señor que ése sea tu más caro y profundo anhelo.

*Impreso en Sevilla, España
Eben Ezer Artes Gráficas
www.imprentaebenezzer.com
Marzo, 2011*